



Raanan Rein

LOS MUCHACHOS PERONISTAS JUDÍOS

Los argentinos
judíos y el apoyo
al Justicialismo

Sudamericana

Raanan Rein

Los muchachos peronistas judíos

Los argentinos judíos y el apoyo al Justicialismo

Sudamericana

*A la memoria de nuestro tío, Mauricio Walovnik,
que a lo largo de los años siempre me abrió
las puertas de su casa cada vez que vine
a Buenos Aires para mis investigaciones*

AGRADECIMIENTOS

El presente libro supone la culminación de un viaje empezado hace 20 años con la presentación de una ponencia sobre la imagen del primer peronismo en el Estado de Israel durante el congreso organizado por la Latin American Jewish Studies Association, en México, en 1995. A lo largo de este viaje he acumulado muchas deudas con bibliotecarios y archivistas, colegas y estudiantes, amigos y familiares. Cada uno contribuyó de una u otra forma a la elaboración de ciertos conceptos, a la búsqueda de material inédito o a la realización de un proyecto de historia oral. No voy a poder nombrarlos a todos.

Quiero agradecer en primer lugar a Jorge Gelman, quien me alentó a escribir este libro después de publicarme *Los Bohemios de Villa Crespo: Judíos y fútbol en la Argentina* (2012) en la colección Nudos de la Historia Argentina, que él dirigió para Sudamericana. Claudio Panella, de la Universidad Nacional de La Plata, ha colaborado conmigo en varios proyectos relacionados con el primer peronismo. Su apoyo y colaboración han sido invalorable.

Tengo una particular deuda de gratitud con Jeffrey Lesser, de la Universidad de Emory, David Sheinin, de la Universidad de Trent, Federico Finchelstein, de la New School, y José Moya, de Barnard College, por un diálogo intelectual inspirador y continuo sobre temas de inmigración, etnicidad, diáspora y transnacionalismo. Daniel Anchorena ha sido durante muchos años no solamente mi editor sino también un amigo cercano. En distintas etapas de este proyecto mantuve interesantes conversaciones con Manuela Fingueret, Saúl Sosnowski, Mirta Kupfermink, Adriana Brodsky, Edna Aizenberg, Mariano

Plotkin, Emmanuel Kahan, Alejandro Dujovne, Benjamin Bryce y Nerina Visacovsky.

Susana Brauner, Fabián Bosoer, Santiago Senén González, Gustavo Nicolás Contereras, Adrián Krupnik, Diego Rosemberg, César Tcach, Andrea Matallana, Beatriz Gurevich, Ariel Kocik me ayudaron a conseguir material importante para esta investigación. Julián Blejmar me ayudó en la preparación del capítulo sobre Gelbard. Agradezco a Rosalie Sitman, de la Universidad de Tel Aviv, que siempre me acompaña en mis estudios sobre la Argentina del siglo XX. Mi gratitud también a varios de mis estudiantes, del pasado y del presente: Efraim Davidi, Ariel Noyjovich, Tzvi Tal, Uri Rosenheck, Mollie Lewis Nouwen, Ariel Svarch, Ilan Diner, Maayan Pasamanik y Omri Elmaleh por su ayuda para ubicar varias de las fuentes utilizadas en esta investigación. También agradezco a Eliezer Nowodworski y Pablo Bornstein por la ayuda para preparar la versión en castellano de este texto. Igualmente me gustaría transmitir mi agradecimiento a todos las personas que he entrevistado a lo largo de los años y son mencionados en este libro.

Por último, y no menos importante, quiero agradecer a mi esposa Mónica, nacida en Villa Crespo, a mis hijos Omer y Noa y a las familias Walovnik, Frid y Bichman que siempre me abren sus puertas (y corazones) en mis estadías de investigación en Buenos Aires.

En la Universidad de Tel Aviv tuve el apoyo del Centro S. Daniel Abraham de Estudios Internacionales y Regionales y de la cátedra Elías Sourasky de Estudios Iberoamericanos. A todos ellos quiero agradecer el haber hecho posible este libro.

INTRODUCCIÓN

LA DECONSTRUCCIÓN DE UN MITO

A principios de agosto de 2014 fui invitado a participar en un debate que tuvo como eje la figura de Juan Domingo Perón y sus vínculos con la colectividad judeoargentina. La discusión se realizó en el salón principal de Tzavta, el club sionista progresista localizado, precisamente, en la calle Perón al 3.600 de la ciudad de Buenos Aires. Según la nota publicada después por el periódico *Nueva Sión*, el evento se caracterizó por “una asistencia de público inédita”.¹ No era necesariamente mi propia conferencia en esta reunión la que atrajo a tanta gente, sino la posibilidad de un debate acerca de si el fundador del movimiento justicialista y su gobierno eran antisemitas o no, un tema que a casi 70 años de su primera presidencia todavía genera fuertes polémicas dentro y fuera de la comunidad.

Muchos de los asistentes quedaron sorprendidos por los “diez mandamientos” (que en realidad eran once) presentados por mí en aquella oportunidad. Parecía que en su mente estaba grabada aún la propaganda electoral de la Unión Democrática de fines del año 1945 y principios de 1946, según la cual Perón era nazifascista. El régimen que estableció Perón después de su triunfo electoral era supuestamente antisemita y, por lo tanto, los argentinos de origen judío debían ser necesariamente hostiles al justicialismo. Estos mitos están bien arraigados en la conciencia colectiva de amplios sectores de la sociedad argentina. Y son precisamente estos mitos a los que el presente libro

viene a desafiar.

En forma telegráfica, los argumentos que expuse fueron los siguientes: primero, que Perón no era nazi. Esta imputación, basada fundamentalmente en la política de neutralidad durante la Segunda Guerra Mundial seguida por el gobierno que él integró antes de ser presidente, es falsa. En realidad, la tardía declaración de guerra al Eje se relaciona con dos aspectos inherentes a la diplomacia argentina. Por un lado, la tradición de neutralidad en conflictos internacionales, apoyada mayoritariamente por la población de ese país, tal como ya había sucedido durante la Primera Guerra Mundial; y por el otro, que la neutralidad argentina tenía una importancia vital para Gran Bretaña, su principal cliente comercial en esos años, ya que una declaración de guerra a Alemania hubiera puesto en serio peligro el envío de trigo y carne por mar, que fue un aporte vital para la supervivencia de la población británica.

El segundo argumento: que Perón no era fascista. Pasó algún tiempo en Italia a fines de la década de los 30 para especializarse en alpinismo, pero muy alejado de Roma y el centro de los acontecimientos políticos; no se codeaba con jefes del régimen. Sin ninguna duda su pensamiento era nacionalista y contenía elementos autoritarios, pero eso no significa que fuera fascista. Además, en el contexto de la posguerra mundial era inviable planificar un régimen fascista. Y llegó entonces el tercer argumento: enfatizando el carácter heterogéneo del peronismo, me referí a la mezcla de influencias políticas e ideológicas en su formación. Si bien el nacionalismo de extrema derecha influyó, no era la única fuente. El pensamiento social de la Iglesia, así como corrientes socialistas de diversos matices, también dejaron su impronta. Al momento de caracterizar al primer peronismo, para ponerlo en alguna categoría teórica, insistí en el concepto de populismo que sigue siendo mucho más relevante que el de fascismo para entender este fenómeno.

La cuarta afirmación fue que Perón no era antisemita. Si uno lee sus numerosos discursos en contra del antisemitismo durante sus dos primeras presidencias se da cuenta de inmediato de que ningún otro presidente antes de la

llegada de Perón al poder expresaba de forma tan clara, tajante y contundente, su rechazo a la discriminación contra los judíos. Lo mismo vale para Eva Duarte de Perón. En varios de sus discursos, Evita intentaba plantear la tesis de que de hecho la oligarquía era la que mantenía actitudes antisemitas, pero no el peronismo.

El régimen peronista tampoco fue antisemita. Durante la década peronista se registraron menos incidentes antisemitas que en cualquier otro período de todo el siglo XX. Muchos judíos a finales de los años 40 y principios de los 50 ingresaron a la burocracia estatal, y lograron cargos más importantes que los alcanzados anteriormente. Por lo tanto, el sexto argumento refutaba la idea de que la comunidad judía era en su totalidad hostil al peronismo. Una mirada tajante al respecto enfrenta la falsa imagen de una colectividad homogénea, cuando, por un lado, la mayoría de los judíos nunca se han afiliado a las instituciones comunitarias, y por otro, la comunidad siempre se caracterizó por su posición heterogénea respecto de cualquier tema político, social, económico o cultural.

No fueron pocos los judíos que apoyaron al naciente peronismo desde las primeras horas. Su número creció a medida que el régimen se afianzaba en el poder, y a raíz de la reelección de Perón en noviembre de 1951. En esos momentos, la Segunda Guerra Mundial empezaba a quedar atrás. Además, estaba bien claro que el peronismo no era un fenómeno pasajero y, sobre todo, que un número nada desdeñable de judíos cambiaban su opinión al ver sus políticas económicas y sociales, que beneficiaban a muchos argentinos judíos de las clases media y media baja. Pero también, la lucha permanente en contra del antisemitismo y el alejamiento de gente de extrema derecha de cargos importantes contribuyeron al creciente apoyo brindado al gobierno.

Luego abordé el rol de la Organización Israelita Argentina (OIA), abiertamente cercana al peronismo. Algunos suelen describirla como un grupo de marginales dentro de la comunidad, buscando una oportunidad para jugar un papel más protagónico. Había entre ellos, obviamente, oportunistas o gente marginal, pero

muchos otros entraron en la OIA por distintos motivos: por identificarse con el concepto de justicia social o con las políticas económicas y sociales del peronismo, o por querer integrarse y respaldar a un movimiento que tenía un apoyo mayoritario en la sociedad argentina.

El vínculo del gobierno nacional con el Estado de Israel siempre revestía importancia para muchos de los argentinos judíos. En el caso de Perón, las relaciones entre el gobierno argentino y el nuevo Estado judío fueron excelentes. Si bien Argentina se abstuvo en la votación en la ONU que decidió la partición de Palestina y la creación del Estado de Israel, pocos meses después fue el primer país latinoamericano en establecer una embajada en Israel y el primer país latinoamericano en firmar un acuerdo comercial con el nuevo Estado. De hecho, una de las mejores décadas de las relaciones bilaterales fue precisamente la de la presidencia de Perón.²

El décimo argumento daba cuenta del intento del *establishment* judío de borrar de la memoria colectiva el apoyo brindado por muchos judíos al primer peronismo, apenas fue expulsado del poder. La dirigencia de las instituciones judías hizo un esfuerzo en línea con las nuevas circunstancias políticas de ese momento. Y, por último, en el undécimo argumento, sostuve que Perón fue el primer mandatario argentino que legitimó el mosaico de identidades de distintos grupos étnicos en su país. Él no vio ninguna incompatibilidad entre ser un buen argentino, ser un buen judío, y dar apoyo al sionismo o al Estado de Israel. Para él, cualquier argentino de origen español podía apoyar a su madre patria, España, cualquier argentino de origen italiano podía apoyar a Italia, y cualquier argentino de origen judío podía apoyar al Estado de Israel. En los discursos de Perón en esta etapa no hubo ninguna referencia a una supuesta “doble lealtad”, una acusación muy común desde la extrema derecha en Argentina a lo largo del siglo XX.

Estos argumentos, que voy a presentar en detalle en los siguientes capítulos, provocaron un fuerte debate en aquella noche del invierno argentino. Se trataba de un público variopinto, que incluía tanto a investigadores en la materia,

historiadores, estudiantes y personas interesadas en la temática, como a quienes habían vivido aquella época, los que desde su testimonio daban cuenta de sus vivencias personales. En el encuentro también estuvieron presentes militantes y diputados del peronismo, y hasta participaron dos de los hijos de Pablo Manguel (el dirigente de la OIA nombrado primer embajador argentino en Israel), uno de ellos, Juan Domingo, nacido en Tel Aviv. Según una nota publicada al día siguiente, mi conferencia “suscitó contrapuntos interesantes en el intercambio, entre aquellas miradas centradas en lo autobiográfico y las fundadas en investigaciones historiográficas, y no faltó acaloramiento y pasión en el debate, entre quienes veían a un Perón cuasi nazi y fascista y aquellos que coincidían con la mirada de Raanan Rein”.

Una semana después me invitaron al Círculo de Legisladores para encontrarme con un grupo de exsenadores y exdiputados peronistas, incluyendo algunos veteranos como Rodolfo Decker, jefe de la mayoría peronista en el congreso nacional a partir de junio de 1946, o Duilio Brunello, que colaboró estrechamente con José Ber Gelbard en la Confederación General Económica (CGE). En esa reunión hablaron también la vicepresidenta del Congreso Metropolitano del Partido Justicialista, Raquel Cecilia *Kelly* Kismer de Olmos, y la exdiputada Ana Kessler. Ambas se conocieron a mediados de los años ochenta como militantes justicialistas, y contaban cómo la gente, judía o no, reaccionaba con sorpresa al conocer a “una judía peronista”, como si se tratara de un fenómeno insólito.

Efectivamente, según la historiografía tradicional, a lo largo de la década peronista (1946-1955) Juan Perón fracasó en su intento de conseguir el apoyo de sectores significativos de la comunidad judía argentina, pese a sus esfuerzos por erradicar el antisemitismo y a pesar de haber cultivado relaciones estrechas con el Estado de Israel. La mayoría de los argentinos de origen judío, nos dicen los comentaristas e historiadores, continuaron siendo hostiles a Perón. Los numerosos esfuerzos de Perón por conquistar a la colectividad no rindieron, supuestamente, los frutos esperados. A poco tiempo de finalizada la Segunda

Guerra Mundial, cuando comenzó a conocerse la magnitud de la hecatombe de los judíos en el Viejo Continente, los judíos argentinos, oriundos en su mayoría de las zonas devastadas en Europa Oriental y Central, mostraban una comprensible sensibilidad hacia un gobierno con varias características que recordaban a los recientemente derrotados países del Eje. El apoyo de círculos nacionalistas y antisemitas a Perón en los inicios de su carrera política, especialmente la Alianza Libertadora Nacionalista, y su pacto con la Iglesia Católica en la segunda mitad de los cuarenta, solo contribuían a tal impresión. La identidad política de numerosos judíos (pertenecientes a grupos demócratas liberales o de izquierda), así como su identidad socioeconómica (muchos pertenecían a las capas medias de la sociedad argentina), los llevó a manifestar sus reservas respecto del régimen, que desarrollaba crecientes tendencias autoritarias y se identificaba con la mejora de las condiciones de vida de la clase obrera argentina. El hecho de que Perón fuera convirtiendo gradualmente la lucha contra el antisemitismo en parte integral de su política no logró modificar la suspicacia de muchos judíos hacia su gobierno.

Este cuadro no es falso, pero es sumamente unidimensional y no refleja correctamente una realidad mucho más compleja. En la inauguración de la sede de la OIA en la avenida Corrientes al 2000, en agosto de 1948, su presidente Sujer Matrajt dijo: “Perón no es solo el celoso gestor de nuestra soberanía política sino también el gobernante que en un mundo dominado por la intolerancia supo levantar en la Argentina la antorcha de la consideración y del respeto hacia todas las colectividades que integran la nación, alejando de esta tierra el fantasma de la persecución y de la intolerancia”. Perón, por su parte, manifestó en ese acto: “¿Cómo podría aceptarse, cómo podría explicarse, que hubiera antisemitismo en la Argentina. En la Argentina no debe haber más que una clase de hombres. Hombres que trabajen por el bien nacional, sin distinciones [...] Por esta razón [...] mientras yo sea presidente de la República, nadie perseguirá a nadie”.³ El diario *El Argentino* tituló su reseña sobre este acontecimiento: “Quedó incorporada al peronismo la Organización Israelita

Argentina”.

Con pocos días de diferencia, Evita expresó conceptos similares: “En nuestro país los únicos que han hecho separatismos de clases y de religiones han sido los representantes de la oligarquía nefasta que han gobernado durante cincuenta años nuestro país. Los causantes del antisemitismo fueron los gobernantes que envenenaron al pueblo con teorías falsas, hasta que llegó con Perón la hora de proclamar que todos somos iguales”.⁴ Mediante este tipo de muestras de simpatía hacia los judíos, el matrimonio Perón intentaba desafiar a las élites argentinas tradicionales, que no se habían caracterizado por su apertura hacia los judíos.

La OIA no logró desafiar el liderazgo de la DAIA, pero sí sirvió como un importante mediador entre las autoridades nacionales y la colectividad, y consiguió gestionar ante el gobierno beneficios colectivos para los argentinos judíos, promoviendo intereses étnicos y religiosos comunitarios. La mayoría de los dirigentes de la OIA pertenecía a la primera generación de inmigrantes judíos de Europa Oriental. Algunos estaban muy involucrados con la colectividad, el sionismo e Israel, pero se identificaban como argentinos y judíos antes que como judíos y argentinos. Abogaban por la integración social a través del peronismo, sin renunciar a los componentes judío y sionista de su identidad. En su mayoría siguieron siendo leales a Perón y al movimiento justicialista, también después de caer su gobierno, lo que constituye una prueba adicional de que la relación que tenían con el justicialismo no fue mero oportunismo. Muchos pagaron durante la Revolución Libertadora un alto precio por dicho apoyo al peronismo.

Es cierto que la mayoría de los dirigentes de las organizaciones judías tenía sus reservas hacia el movimiento y el gobierno justicialistas, pero no todos. Lo interesante, y poco conocido, es el hecho de que el mismo presidente de la DAIA, Ricardo Dubrovsky, llegó a afiliarse al Partido Peronista. A mediados de 1953 Dubrovsky fue designado profesor titular de la cátedra de Obstetricia en la Universidad de Buenos Aires. La dirigencia del Hospital Israelita también

apoyaba al gobierno peronista y sus políticas económico-sociales. Dentro de la comunidad judía organizada, pero aún más importante y menos estudiado, entre mucha gente común, no afiliada a las instituciones comunitarias judías (que después de todo representaban a una minoría de los argentinos judíos), había apoyo o identificación con este movimiento social y político cuyo impacto en la sociedad argentina ha sido duradero. El peronismo, que dividió a la sociedad entre sus adherentes y sus oponentes, causó divisiones similares también entre los argentinos de origen judío, aunque entre estos últimos los simpatizantes del gobierno nunca fueron mayoría.

La columna vertebral del peronismo eran los sindicatos, y distintos dirigentes judíos en el movimiento trabajador no solamente se identificaban con el naciente movimiento político sino que también tuvieron un papel importante en la movilización del apoyo popular al peronismo. Ángel Perelman, fundador en 1943 y primer secretario general de la Unión Obrera Metalúrgica, es reconocido por su aporte a las manifestaciones obreras del 17 de octubre de 1945, que dieron origen a la coalición política que ganó las elecciones generales de febrero de 1946. Un aporte similar le correspondió a Ángel Yampolsky, secretario general del Sindicato Autónomo del Frigorífico La Negra de Avellaneda y uno de los fundadores del Partido Laborista. A Rafael Kogan, uno de los fundadores de la Unión Ferroviaria y su secretario gerente, hay que darle mucho crédito por el apoyo que este importante gremio le daba a Perón. Abraham Krislavin, que llegó a ser subsecretario en el Ministerio del Interior, y David Diskin, ambos del Sindicato de Empleados de Comercio, servirían después también como importantes nexos entre el gobierno peronista y varias personas y grupos judíos.

El populismo argentino fue una coalición policlasista que reunía no solamente al movimiento obrero organizado y a sectores de las fuerzas armadas, sino también a nuevos industriales, sobre todo fabricantes de alternativas a los productos importados para el mercado local, junto con élites comerciales provinciales. Entre estos grupos se encontraban también hombres de negocios y empresarios judíos favorecidos por el peronismo y su política proteccionista de

la industria nacional. Este fue el caso en las ramas de la industria textil y del vestido, cueros, muebles, alimentos y otros productos de consumo. Un ejemplo claro de movilidad social y económica puede verse en la figura de José Ber Gelbard, que llegó a la Argentina con sus padres desde Polonia, prosperó como comerciante en la provincia de Catamarca y se convirtió luego en la figura dominante de la Confederación General Económica, de tendencia peronista, durante casi dos décadas. Julio Broner e Israel Dujovne son otros ejemplos de argentinos de origen judío que acompañaron a Gelbard en esa trayectoria.

Hablando de gente de negocios y su apoyo al peronismo, habría que mencionar también al magnate de los medios de comunicación, Jaime Yankelevich. Yankelevich jugó un papel central en el surgimiento y desarrollo de la radiofonia comercial en Argentina y fue también el iniciador de la televisión en el país (el “día de la lealtad popular” de 1951 fue también el día de la inauguración de la televisión en Argentina). Su historia es la de un hombre que se hizo a sí mismo pasando rápidamente de humilde inmigrante a rico empresario, dueño de Radio Belgrano, fundador de la primera Cadena Argentina de Broadcasting y director general de la radio del Estado Nacional durante el primer peronismo. Hubo quienes vieron la actitud positiva de Evita hacia los judíos como una muestra de gratitud hacia el dueño de Radio Belgrano, desde donde ella fue catapultada a la fama. En 1943 comenzó a difundir desde aquella emisora un programa sobre mujeres célebres de la historia.

Es notable el apoyo brindado al peronismo por intelectuales judíos, como los que integraron el equipo responsable del suplemento cultural del diario *La Prensa*, después de que el gobierno peronista lo expropiara y lo pusiese en manos de la CGT.⁵ Este equipo editorial estaba compuesto por intelectuales argentinos de ese origen, incluyendo al director del mismo, Israel Zeitlin (conocido por su seudónimo César Tiempo), Bernardo Ezequiel Korembli, León Benarós y Julia Prilutzky Farny. En su corta vida, de 1952 a 1955, *La Prensa* publicó a más autores argentinos judíos que el diario *La Nación* en cincuenta años. Entre otros intelectuales judíos que mostraban simpatía hacia el

peronismo, cabe mencionar a Bernardo Kordon y a Fernando Valentín (seudónimo de Abraham Valentín Schprejer), autor de *El día de octubre*, una de las pocas obras literarias sobre el entramado profundo del 17 de octubre de 1945.

Cabe destacar que en las colonias agrícolas hebreas de Santa Fe y Entre Ríos el Partido Peronista ganó la mayoría de los votos en las elecciones presidenciales de noviembre de 1951. Aun en ciudades y provincias no necesariamente consideradas peronistas, como Córdoba, había destacados militantes justicialistas de origen judío, como el diputado José Alexencier o Raúl Bercovich Rodríguez. Curiosamente, hasta la sucursal cordobesa del movimiento juvenil sionista, conocida como *Lamerjav*, cambió su nombre a “Eva Perón” en 1954. Vemos también funcionarios judíos en distintos organismos estatales, como la Cancillería (Pablo Manguel, el primer embajador de Argentina en Israel, Ezequiel Zobotinsky, quien lo reemplazó en ese cargo, o Israel Jabbaz, miembro de la delegación argentina en la ONU cuando se discutió la partición de Palestina y el establecimiento del Estado de Israel), donde prácticamente no habían podido entrar anteriormente. En este sentido, el primer peronismo significó un paso adicional para los judíos en su esfuerzo por superar el techo de cristal en distintos ámbitos de la vida pública.

La figura que simbolizó para muchos antiperonistas el lazo entre Perón y los argentinos judíos fue la del joven rabino Amram Blum, que encabezaba el tribunal rabínico de la comunidad. Perón lo designó como asesor suyo en cuestiones religiosas y en 1952, en una ceremonia en el templo de la calle Paso, auspiciada por la OIA, Blum llegó a pronunciar una oración por el restablecimiento de la salud de Evita. Las gestiones de Blum aseguraron que por primera vez en el país se otorgara asueto para los conscriptos judíos en las festividades religiosas de Año Nuevo (*Rosh Hashaná*) y del Día del Perdón (*Yom Kipur*). Blum inauguró también la cátedra de Estudios Hebraicos en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, “fruto de la inspiración de su Excelencia el Jefe de Estado”.

Y uno de los gestos más notables hacia el Estado de Israel —aparte de un

acuerdo comercial bilateral que beneficiaba a dicho Estado— fueron los envíos de ropa y medicinas a los campos de nuevos inmigrantes en Israel, a través de la Fundación Eva Perón. En su visita a la Argentina, en abril de 1951, la ministra israelí de Trabajo, Golda Meir, agradeció personalmente a Evita las donaciones enviadas por la Fundación.

Sin embargo, la dirigencia de las instituciones judías comunitarias, una y otra vez, ha hecho un esfuerzo sistemático para borrar un fenómeno que no le parecía conveniente. A partir de setiembre de 1955, hizo cuanto pudo para desdibujar la memoria del apoyo al peronismo de ciertos sectores de la colectividad judeoargentina. De hecho, una vez derrocado el régimen peronista, los esfuerzos para desperonizar a la colectividad judía tuvieron un éxito mayor que el conseguido por el nuevo régimen con la sociedad argentina en general. Una frase frecuentemente empleada dice que “los judíos tienen una larga memoria”. Quizá. Pero su memoria, como la de otros grupos étnicos y sociales, es selectiva. En la memoria colectiva de los argentinos judíos, así como en la historiografía, se borró casi por completo el hecho de que no fueron pocos los judíos que sí apoyaron a Perón y al movimiento justicialista en las décadas de 1940 y 1950.

Este libro pretende recobrar las voces silenciadas de los argentinos de origen judío que apoyaron al primer peronismo. Pero pretende hacer por lo menos dos aportes adicionales. Primero, el análisis de las relaciones entre Perón y la colectividad judeoargentina muestra que el poder de intervención del gobierno peronista en ciertas áreas y sectores de la sociedad civil tuvo límites más marcados de lo que se suele reconocer. La capacidad que demostraron las asociaciones judías para defender su autonomía frente a la acción estatal, que intentaba movilizarlos y peronizarlos, muestra los límites del paradigma interpretativo con el que tradicionalmente se tiende a pensar la naturaleza de las relaciones entre el peronismo y la sociedad civil.

Segundo, uno de los argumentos que pretendo presentar aquí es que antes del surgimiento del peronismo los judíos no eran considerados parte de la *polis*, la *civitas* o el *demos* de la nación argentina, imaginada por sus élites gobernantes

con poco asidero en las realidades sociales y demográficas. Es más, en parte bajo influencias católicas, no solamente se excluía a ciertos sectores sociales, sino también a importantes sectores étnicos. La concesión de la ciudadanía formal a todos los grupos indígenas e inmigrantes carecía de gran significado en una sociedad con elecciones fraudulentas, en la que las élites miraban de una manera condescendiente a la cultura popular o la de los inmigrantes. Fue el peronismo, en parte bajo influencia socialista, el que aceleró en forma notable los procesos que darían cabida a un nuevo significado social, político y cultural de la ciudadanía. A través de la rehabilitación de la cultura popular y del folclore, de sus intentos por reescribir la historia nacional, y mediante la inclusión de diversas minorías étnicas que hasta el momento habían estado en los márgenes de la nación argentina, como era el caso de árabes y judíos, el peronismo transformó a muchos de estos “ciudadanos imaginarios” en parte integral de la sociedad. Los esfuerzos de Perón por redefinir la ciudadanía se reflejaron en sus políticas destinadas a reconocer el reclamo legítimo de las identidades étnicas colectivas, que eran múltiples, y a redistribuir el patrimonio nacional. Justamente, al no considerar sus derechos como individuales, sino colectivos, fue que pavimentó en cierta medida el camino hacia la Argentina multicultural de la actualidad.

1 Ariel Abramovic, “Perón y los judíos”, *Nueva Sión online*, 13.8.2014.

2 Raanan Rein, *Argentina, Israel y los judíos*. Buenos Aires: Lumiere, 2007, 2ª ed.

3 *Mundo Israelita*, 21.8.1948, 29.8.1948; DAIA, *El pensamiento del presidente Perón sobre el pueblo judío*. Buenos Aires: DAIA, 1954, 15; DAIA, *Perón y el pueblo judío*. Buenos Aires: DAIA, 1974, 11; *American Jewish Year Book* (en adelante *AJYB*), Vol. 50 (1948-1949), 270.

4 DAIA, “Medio siglo de lucha por una Argentina sin discriminaciones”, en:

Todo es Historia, Suplemento, 1985, 10; Juan José Sebreli, *La cuestión judía en la Argentina*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo, 1973, 156.

5 Raanan Rein y Claudio Panella (comp.), *Cultura para todos: el suplemento cultural de La Prensa cegetista (1951-1955)*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional, 2013.

CAPÍTULO 1

LA OTRA TIERRA PROMETIDA: LA INMIGRACIÓN JUDÍA EN ARGENTINA

Entre 1889 y 1930 cerca de cien mil judíos abandonaron Europa Central y Oriental para asentarse de forma permanente en Argentina. Su historia es similar en muchos aspectos a la de millones de otros inmigrantes europeos que viajaron al Nuevo Mundo para escapar de las miserias del Viejo Continente. Los avances tecnológicos en los medios de transporte y la desigual suerte de las naciones de origen en su integración a la economía mundial favorecieron esos movimientos de población. Los emigrantes pioneros hicieron las veces de primeros eslabones para la migración en cadena de amigos y familiares desde sus países de nacimiento. La prensa étnica de estos grupos de inmigrantes y su correspondencia personal difundían información sobre tierras que ofrecían nuevas oportunidades, como la Argentina.

Hacia fines del siglo XIX y comienzos del XX se dio un vertiginoso crecimiento demográfico en el país del Plata, y la ciudad de Buenos Aires se convirtió en una gigantesca metrópolis, la más grande y populosa de América Latina. Si en 1870 la población era de apenas 180 mil habitantes, en 1910 ya se había multiplicado este número siete veces, y los porteños eran 1.300.000. Buenos Aires se convirtió en una ciudad de inmigrantes europeos, sobre todo de

italianos y españoles. La arquitectura, la planificación urbana, sus cafés y sus instituciones culturales le valieron el apodo de “la París de América del Sur”.⁶

Las élites argentinas y sus autoridades adoptaron durante la segunda mitad del siglo XIX una política estratégicamente concebida, inspirada en ideales positivistas, para fomentar la inmigración desde Europa. El propósito era bien claro: aumentar la relativamente pequeña población y mejorar (eufemismo utilizado en lugar de “blanquear”) la composición demográfica local atrayendo inmigrantes, preferentemente del norte del Viejo Continente, para que trajeran consigo “la civilización europea”, en perjuicio de la población indígena y su “barbarie”. De esta manera, los inmigrantes podrían promover el desarrollo y la modernización de la República. “Gobernar es poblar” fue el lema acuñado en 1853 por el destacado intelectual y político liberal Juan Bautista Alberdi.

Ese lema se tradujo en hechos y en apenas tres años, de 1888 a 1890, representantes argentinos en Europa distribuyeron más de 133 mil pasajes en barco, gratuitos, a Buenos Aires. Cabe recordar que al comenzar el proceso de independencia del yugo del colonialismo español, en 1810, la superficie del país era de aproximadamente 2.780.000 km², o sea algo equivalente a casi toda la Europa continental, pero sus pobladores no llegaban al medio millón, que era solamente la cuarta parte de lo que tenía por entonces la pequeña y montañosa Confederación Suiza, o la quinta parte de los pobladores con que contaba la ciudad de Londres. En la economía mundial del siglo XIX Argentina estaba destinada a un papel importante como proveedora de diversos productos alimenticios, pero para poder jugar ese papel necesitaba decenas de miles de manos trabajadoras. La revolución demográfica que vivió Europa por aquel entonces alentó la migración de grandes masas al Nuevo Mundo, sobre todo a Estados Unidos y la región del Plata, o sea el este argentino, Uruguay y el sur de Brasil. Entre 1880 y 1950 Argentina recibió más inmigrantes, tanto en términos absolutos como relativos, que cualquier otro país de América Latina.⁷

La esperanza de convertir al país en un polo de atracción para inmigrantes protestantes del noroeste europeo más industrializado quedó pronto reducida a la

nada. La mayor parte de los recién llegados fueron precisamente del sur y del este de Europa, y en menor medida otros grupos de la cuenca del Mediterráneo y los Balcanes. Una minoría profesaba religiones no cristianas, como el islamismo y el judaísmo. Muchos no se asentaron ni siquiera de forma provisoria en las colonias del interior, sea por falta de voluntad o por su imposibilidad de adquirir tierras allí, y se dirigieron hacia las grandes concentraciones urbanas, sobre todo Buenos Aires. Esta ciudad se convirtió rápidamente en una metrópolis donde hasta la década del veinte del siglo pasado la mitad de sus habitantes, o más, no habían nacido en ella. En esas circunstancias arreciaron las voces xenóforas y nacionalistas y se incrementaron los esfuerzos por asimilar a los nuevos inmigrantes en el “ crisol de razas ” argentino, sobre todo mediante el sistema educativo estatal. Los deportes y la música ofrecieron también a los inmigrantes una forma de integración, con el añadido, para los hebreos, de proveer una oportunidad para contrarrestar las habituales acusaciones de cobardía y falta de hombría hecha por los antisemitas.

La comunidad judía de Argentina, la más grande de América Latina, es básicamente uno de los productos de esta misma gran ola de migración transatlántica desde Europa Central y Oriental y, en menor medida, desde Oriente Medio y los Balcanes hacia las Américas. Con el estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914, los judíos de Europa Oriental (asquenazíes) se convierten en el tercer grupo inmigrante en volumen y la más grande de las minorías no católicas del país. En su apogeo, a fines de la década de 1950 y comienzos de la de 1960, sumaban unos 310 mil en una población total de veinte millones.⁸ Su visibilidad, sin embargo, superaba holgadamente su presencia numérica. Esto se debe en gran medida a que la mayoría vivía en Buenos Aires, y que dentro de la geografía urbana muchos de ellos se encontraban concentrados en barrios específicos como el Once y Villa Crespo. Podemos añadir también el hecho de que muchos de la primera generación de inmigrantes no lograron dominar el castellano y tenían un acento que resultaba extraño a muchos oídos, casi tanto como las vestimentas de los ortodoxos con

sus tocados, sus trajes y sus guedejas. Simultáneamente, la acumulación de estereotipos acerca de los judíos, sean de carácter religioso o racista, redundaba en una visibilidad de los asquenazíes que iba más allá de su peso demográfico. Estos judíos, deseosos de integrarse y ser aceptados, vieron al fútbol, el tango y más tarde el cine como aspectos de la cultura local que les permitirían convertirse en argentinos. Su integración social, económica y cultural ha sido una historia exitosa.

Este capítulo introductorio ofrece el contexto necesario para entender algunos de los temas centrales de este libro. Después de analizar los procesos de inmigración y asentamiento, así como las características de la comunidad judía, el capítulo pone énfasis en su rápido proceso de argentinización y su presencia también en la clase obrera y media baja durante la primera mitad del siglo pasado. Estos procesos explican en parte el apoyo de ciertos sectores judíos al peronismo, mientras que los lazos de los argentinos judíos con sus países de origen en Europa los hicieron más sensibles hacia ideas nacionalistas, liderazgos carismáticos y movimientos de masas. En las páginas siguientes cuestionamos también la suposición común existente dentro de la historiografía sobre los judíos en Argentina, por la cual se ha exagerado la importancia que aquí ha tenido el antisemitismo en general y, en particular, dentro del peronismo.

De “rusos” y “turcos” a criollos

Tal como sucede con cualquier otro grupo inmigrante, debemos analizar qué factores llevaron a que algunos abandonaran sus hogares y qué factores los atrajeron hacia determinados parajes, así como los patrones de migración adoptados por esos grupos en particular. A fines del siglo XIX, los judíos de Europa Oriental, en particular los de la Zona de Residencia, una franja con una gran proporción de población hebrea que abarcaba parte de lo que es hoy Polonia y Rusia, sentían una creciente urgencia de buscar un futuro mejor fuera de Europa. Contribuyeron a ello los acosos físicos, las presiones sociales y las

penurias económicas.

El año 1905 fue un hito en la migración judía; el imperio ruso perdió su guerra contra Japón y abortó una revolución. Grupos reaccionarios, en colaboración con las fuerzas policiales fieles al Zar, se embarcaron en una serie de pogromos en más de 600 ciudades y aldeas de la Zona de Residencia. El quiebre económico, el temor a la violencia y la sensación de inseguridad estimularon una emigración masiva. Simultáneamente, desde mediados del siglo XIX, la crisis del Imperio Otomano fue acompañada por la persecución a minorías religiosas, un creciente nacionalismo árabe y un servicio militar impuesto por la fuerza. Los cambios económicos dificultaron las vidas de un creciente número de artesanos y pequeños comerciantes. Así vemos el surgimiento de una migración siriolibanesa —tanto de cristianos, como de judíos y musulmanes— por una combinación de factores políticos, económicos, religiosos y culturales.⁹ En los primeros años de inmigración árabe a las Américas, la abrumadora mayoría de los llegados eran cristianos (católicos maronitas u ortodoxos griegos), y Argentina, como en el caso de los judíos, era el destino más popular de América Latina. En cualquier caso, el porcentaje de musulmanes también creció de forma constante, convirtiéndose en una minoría importante dentro de la comunidad de lengua árabe.

El continente americano, tanto al norte como al sur, parecía prometer prosperidad y un futuro mejor tanto a los judíos (popularmente apodados “rusos”) como a los árabes (popularmente apodados “turcos”). Argentina se convirtió en el hogar de cientos de miles de ellos. Mientras que unos pocos judíos de Europa Oriental encontraron refugio en Palestina, su patria real o imaginada, otros buscaron formas de cruzar el Atlántico para forjar sus vidas en el Nuevo Mundo. Diversas organizaciones judías consideraron variadas propuestas para asentar familias de Europa Oriental en otros países. Una de estas propuestas se concentraba en un país sudamericano prácticamente desconocido para ellos. Theodor Herzl mismo, en su libro *Judenstaat* (1896), describió la elección que enfrentaban las masas judías del este europeo en términos de

“Palestina o la Argentina”.

De los que optaron por Argentina, la mayor parte se estableció en la capital y una minoría significativa se convirtió en agricultora, dando origen al mito de los gauchos judíos (nombre común dado a los inmigrantes que se asentaron en regiones del interior del país). Estos inmigrantes fueron brillantemente retratados por Alberto Gerchunoff en su obra publicada en 1910, para la celebración del centenario de la Revolución de Mayo.¹⁰ En trabajos posteriores de numerosos escritores judeoargentinos, la figura emblemática del gaucho judío aparecerá como tema recurrente para enfatizar su autenticidad, su arraigo y su apego al suelo que los acogió.¹¹ Los asentamientos agrícolas establecidos en Argentina, y posteriormente también en Brasil, por un filántropo judío, el barón Moritz von Hirsch, aparentaban ofrecer una solución parcial a la cuestión nacional judía en esos tiempos.¹²

Resueltos a cortar con la antigua potencia colonial, España, los miembros de la élite gobernante de Argentina dirigieron sus miradas hacia la Francia republicana como modelo secular y progresista a seguir. Esta orientación cultural y política, junto con los crecientes vínculos económicos y comerciales con Gran Bretaña, contribuyeron a la sanción de una constitución liberal en 1853, que garantizaba la libertad de cultos y mostraba la predisposición a recibir inmigrantes. La siguieron en 1876 la adopción de una ley de migración también de corte liberal —que no discriminaba a inmigrantes no católicos— y leyes de educación estatal y de registro civil en 1884. De esta manera se limitaban el poder y la influencia de la Iglesia Católica.

Los rumores sobre las posibilidades que ofrecía la migración a la Argentina, donde cualquiera podía vivir libremente y prosperar, se difundieron en las concentraciones urbanas y rurales de judíos en Europa Central y Oriental y el Imperio Otomano. El mito de “hacerse la América” fue diseminado rápidamente por redes transoceánicas familiares y étnicas, donde parientes, amigos y exvecinos intercambiaban en su epistolario novedades sobre oportunidades que se presentaban y sobre medidas de precaución que convenía tomar. En realidad,

para la mayor parte de los judíos inmigrantes, tanto asquenazíes como sefardíes, Argentina demostró ser la “tierra prometida”, un lugar en el que podían asegurarse la vida para ellos mismos y una educación para sus hijos y donde podían intentar establecer su nuevo hogar. En un lapso breve establecieron instituciones comunitarias y escuelas judías que satisfacían sus necesidades sociales, económicas y culturales. De esta forma crearon un rico mosaico de vida social, cultural, política e ideológica que reflejaba una amplia variedad de creencias, identidades y prácticas sociales: comunistas y sionistas, ortodoxos y seculares, aquellos que enfatizaban su condición judía y otros que preferían destacar el componente argentino de su identidad. Muchos de estos inmigrantes llegaron a posiciones prominentes en esferas sociales, económicas, artísticas y políticas.

Esto no significa que los judíos, o cualquier otro grupo étnico de inmigrantes para el caso, hayan sido siempre bienvenidos por todos. Al igual que los árabes y otros grupos, los judíos se beneficiaron de las políticas argentinas de puertas abiertas, pero también sufrieron a partir de fines del siglo XIX por la desilusión de las élites criollas ante los resultados del proyecto que debía supuestamente “europeizar” o “emblanquecer” su país. Como resultado, ambos grupos étnicos se toparon con un sentimiento general contrario a los inmigrantes. Con un telón de fondo que incluía el crecimiento de las corrientes nacionalistas, autoritarias y xenófobas, especialmente en las tres primeras décadas del siglo pasado, los inmigrantes semitas, fueran estos árabes cristianos, judíos de Europa Oriental, árabes musulmanes o árabes judíos, en definitiva todos aquellos que no fueran considerados del todo “blancos” o católicos, eran objeto de críticas por parte de aquellos que los veían como lo más indeseable del flujo migratorio. El discurso de ciertos positivistas argentinos los veía a veces como racialmente inferiores, sucios y contaminantes.

Un artículo aparecido en 1898 en el *Buenos Aires Herald* refleja esta actitud: “¿Estamos convirtiéndonos en una república semita? La inmigración de judíos rusos es ahora la tercera en tamaño, mientras que árabes sirios (turcos) y de

Arabia también recalcan en estas costas”.¹³ Algunos periódicos en español publicaron artículos de similar tenor. Por ejemplo, *La Nación*, en 1910, afirmaba que el deplorable tráfico de baratijas por parte de los siriolibaneses era una deshonra para el país anfitrión, y pedía la restricción de la migración desde el Levante.¹⁴ Contra la inmigración árabe y judía se podían utilizar argumentos raciales, no solamente económicos. Así, por ejemplo, el político salteño Ernesto M. Aráoz, favorable a la exclusión de los judíos del país, amenazaba con el desafío a la homogeneidad de lo que llamaba “nuestra raza” y con una posible disolución nacional.¹⁵

Entre las élites liberales, incluso los más leales defensores de la inmigración abrazaban el concepto del “crisol de razas”. Se esperaba de todos los recientemente llegados, particularmente aquellos que no eran de fe católica, que dejaran las costumbres e idiosincrasias de sus lugares de origen para adoptar las de la nueva cultura que iba surgiendo en la sociedad argentina con la mezcla de inmigrantes. Esta actitud y la presión en pro de una homogeneidad y la asimilación eran particularmente pronunciadas entre aquellos que pertenecían a sectores nacionalistas y xenófobos. Aunque representaban a una minoría dentro de la sociedad argentina, siempre han existido, y en algunos períodos ejercieron una influencia que superaba su importancia cuantitativa, en círculos políticos, militares y clericales, así como en el clima intelectual contemporáneo. Este fenómeno fue una fuente de permanente incomodidad entre los argentinos judíos, quienes por sus orígenes europeos y sus lazos familiares con el Viejo Mundo no podían dejar de ver sino desde una perspectiva europea los sucesos argentinos de creciente hostilidad hacia los suyos.¹⁶ Con el primer peronismo se va a producir un cambio en la relación de sus múltiples identidades.

El número de judíos que vivían en Argentina durante el siglo XX y el de los que hay actualmente sigue siendo objeto de debate.¹⁷ Parte del problema reside en la tendencia de la mayor parte de los estudios a concentrarse en aquellos judíos afiliados a instituciones comunitarias formales, pese al hecho de que la

investigación indica que la mayoría de ellos —al igual que la mayoría de los miembros de otras comunidades étnicas— nunca se afiliaron a tales instituciones. Más aún, en los censos nacionales de población muchos judíos han preferido no definirse como tales, sea por temor de aparecer con una etiqueta étnica en bases de datos gubernamentales, especialmente en tiempos de gobiernos autoritarios, o bien porque no se les ofrecía la opción de una identidad compuesta, algo que uniese varios componentes identitarios con un guión, al no querer ponderar más el rasgo judío que el argentino de sus identidades. Además, el uso de criterios religiosos en lugar de culturales ha creado obstáculos adicionales a la recolección de datos en una comunidad conocida por su alto índice de secularidad. Una de las razones de la imagen distorsionada que tienen muchos acerca de la actitud de los argentinos judíos hacia el peronismo tiene que ver con el uso de fuentes elaboradas por las instituciones de la colectividad organizada, ignorando la posición de muchos judíos no afiliados.

Remitiéndonos a los estudios del demógrafo Sergio DellaPergola, el número de judíos en Argentina creció de 14.700 en 1900 a 191.400 en 1930. Judíos de Rumania, Polonia y Lituania que buscaban formar nuevos hogares se sumaron a los que ya habían llegado desde Rusia, después de que las condiciones en Europa Oriental empeoraran durante la Primera Guerra Mundial y el período de entreguerras. El hecho de que Estados Unidos (y después varios otros países) instituyeran un cupo muy estricto en 1921, que dejó fuera a la mayor parte de los migrantes provenientes de Europa del Este y del Sur, aumentó el atractivo de Argentina para quienes salían como refugiados.

El número de judíos llegó aquí a 273.400 al finalizar la Segunda Guerra Mundial, y al apogeo de unas 310 mil almas a comienzos de la década de 1960. Desde entonces, el número ha ido en descenso por la migración de algunos a Israel, Estados Unidos, otros países de América Latina o Europa. El número de matrimonios exogámicos fue incrementándose, desde el 1 al 5% de mediados de la década de 1930, al 20 o 25% a comienzos de la década de 1960, hasta un 35 o 40% a mediados de los ochenta del siglo pasado. Las estimaciones actuales

establecen que en Argentina viven hoy unos 200 mil judíos.¹⁸

Tabla 1: población judía en Argentina, 1895-1965

<i>Año</i>	<i>Censo</i>	<i>Rosenswaike</i>	<i>Schmelz y DellaPergola</i>
1895	6.085		
1900			14.700
1905			24.700
1910			68.100
1915			115.600
1920		120.000	126.700
1925		160.400	162.300
1930		200.200	191.400
1935		226.400	218.000
1940			254.400
1945			273.400
1947	249.326	265.000-275.000	285.800
1950			294.000
1955			305.900
1960	291.877		310.000
1965			296.600

Fuentes: Sergio DellaPergola, “Demographic Trends of Latin American Jewry”, en: Judith Laikin Elkin y Gilbert W. Merks (ed.), *The Jewish Presence in Latin America*. Boston: 1987, 92; Ira Rosenswaik, “The Jewish Population of Argentina: Census and Estimate, 1887-1947”, en: *Jewish Social Studies*, Vol.

La inmigración judía en Argentina fue sobre todo asquenazí, a pesar de que paralelamente a los primeros contingentes llegaron también judíos de Marruecos, desde mediados del siglo XIX. Más adelante se sumaron inmigrantes judíos del decadente Imperio Otomano, particularmente de Alepo y Damasco, que llegaron casi simultáneamente con la ola de correligionarios provenientes del centro y el este de Europa.¹⁹

Desde un punto de vista cronológico, los primeros inmigrantes judíos comenzaron a llegar en la década del 40 del siglo XIX (a diferencia de Brasil, las evidencias de conversos en Argentina durante el período colonial son escasas). Se trataba sobre todo de un pequeño número de familias alemanas y francesas altamente asimiladas. La primera sinagoga fue establecida recién en 1862. No obstante, el primer hito de importancia en este aspecto se registró en 1881, cuando tras una serie de pogromos en la Rusia zarista el gobierno argentino resolvió enviar un emisario especial para invitar a judíos que desearan asentarse en el país. El primer grupo organizado de inmigrantes, compuesto por 820 judíos rusos, llegó en agosto de 1889 a bordo del buque *Wesser* (transformado en la memoria colectiva judeoargentina en su *Mayflower* de pioneros).²⁰ Fueron enviados a colonias agrícolas, y algunos de ellos fundaron las ya míticas Moisés Ville (1889), Mauricio (1892) y Villa Clara (1892), entre otras. La JCA (Jewish Colonization Association) del barón Hirsch fundó 26 colonias agrícolas en Argentina, muchas de las cuales tuvieron una existencia efímera. En su apogeo, en vísperas de la Primera Guerra Mundial, estas colonias contaban con un número total de habitantes que no superaba los 20 mil. Hacia mitad de los años 30 solamente el 11% de los judíos argentinos vivían en las colonias.²¹

Tabla 2: establecimientos agrícolas judíos fundados por la JCA en Argentina

<i>Colonia</i>	<i>Provincia</i>	<i>Año</i>
Moisés Ville	Santa Fe	1889
Mauricio	Buenos Aires	1892
Clara	Entre Ríos	1892
San Antonio	Entre Ríos	1892
Lucienville	Entre Ríos	1894
Montefiore	Entre Ríos	1902
Barón Hirsch	Buenos Aires / La Pampa	1905
López y Berro	Entre Ríos	1907
Santa Isabel	Entre Ríos	1908
Curbelo-Moss	Entre Ríos	1908
Narcisse Leven	La Pampa	1909
Dora	Santiago del Estero	1912
Palmar-Yatay	Entre Ríos	1912
Louis Oungre	Entre Ríos	1925
Avigdor	Entre Ríos	1936
Leonard Cohen	Entre Ríos	1937

Fuente: elaboración del autor.

La política migratoria estatal modificó significativamente el perfil demográfico del país, hecho que reflejaron las cifras del censo realizado en 1914. En el lapso de 20 años la población nacional casi se había duplicado (llegando a aproximadamente 7,9 millones). Más de un tercio de los residentes eran nacidos en el extranjero, y en la ciudad de Buenos Aires estos eran más de la mitad. El

ritmo de crecimiento de la población judía fue aún mayor: de los 6 mil que había en 1895, un cuarto de siglo después, en 1919, se pasó a 125 mil.

La visión original de un emprendimiento agrícola como foco principal de atracción para la migración judía no duró mucho. Si bien a fines del siglo XIX la mayor parte de los que llegaban se concentraban en las colonias de la JCA, al finalizar la Primera Guerra Mundial encontramos una mayoría judía como pobladores urbanos, y de ellos el grueso en Buenos Aires. En las ciudades, los judíos tendían a concentrarse en ciertos barrios, lo que ayudaba a su mayor visibilidad urbana y social.²²

Con la excepción de un cese temporal en el flujo migratorio durante la guerra mundial, cuando los inestables lazos comerciales con Europa contribuyeron a una recesión económica y a la desocupación, los inmigrantes continuaron llegando a la Argentina, y entre ellos numerosos judíos. En contraste con las limitaciones impuestas por Estados Unidos y otros países, la política liberal adoptada por el Estado argentino para cuestiones migratorias quedó prácticamente inalterada, exceptuando unas pequeñas enmiendas hechas a mediados de la década de los años veinte. Fue la gran recesión económica mundial que siguió al desplome de la bolsa de valores de Wall Street la que prácticamente detuvo la inmigración. La efervescencia política que siguió provocó el primer golpe de estado militar en la historia del país (setiembre de 1930), que a su vez reforzó las tendencias nacionalistas, católicas y xenófobas latentes en la sociedad argentina.²³

En la década del treinta, la población judía creció hasta alcanzar el cuarto de millón. Las restricciones contemporáneas a la inmigración eran tanto de índole política como económica. La agitación social y política en Europa despertaba temores en las élites argentinas por el posible ingreso al país de elementos “indeseables”, que podían llegar a constituir un peligro potencial para el orden existente. Consecuentemente, los exiliados y refugiados republicanos que huían de la Guerra Civil Española y de la nueva dictadura del generalísimo Francisco Franco tuvieron que enfrentarse a todo tipo de obstáculos en sus intentos por

entrar al país del Plata. Las autoridades temían que estas personas fueran portadoras de un “virus” izquierdista o anarquista.²⁴ Lo mismo regía para los judíos, frecuentemente considerados “bolcheviques”. Además, teniendo en cuenta la recesión, se daba prioridad a aquellos profesionales que podían ser requeridos por la economía nacional, mientras que actitudes xenóforas añadían dificultades a los inmigrantes no católicos o que supuestamente podrían tener dificultades para adaptarse a la sociedad y la cultura argentinas.²⁵

Aquellos judíos que habían puesto sus esperanzas en la posibilidad de una postura argentina favorable en la conferencia de Evian, Francia, convocada por la Liga de las Naciones en julio de 1938 para debatir soluciones viables al problema de los refugiados de la Alemania nazi y de Austria, se desilusionaron. Argentina, al igual que la mayor parte de los otros países (con la excepción de la República Dominicana del general Trujillo), no tenía una voluntad real de abrir sus puertas a estos refugiados. La misma política restrictiva se mantuvo a lo largo de la contienda mundial. No obstante, entre 1933 y 1945 llegaron a las costas argentinas, en forma legal o ilegal, unos 40 mil judíos; de ellos, casi la quinta parte en los años en que en Europa eran aniquilados sistemáticamente.

A mediados de los años cuarenta, tras la derrota del fascismo y el fin de las hostilidades en Europa, se reanudó la migración hacia Argentina, aunque no con las mismas cifras que en el pasado. El presidente populista Juan Perón derogó en 1947 la mayor parte de las restricciones impuestas a la inmigración, y en los tres años subsiguientes llegaron al país alrededor de 300 mil inmigrantes, sobre todo de España e Italia, las dos principales vertientes de las que se nutrió siempre la población argentina. Si bien en la segunda mitad de los 40 llegaron apenas 1.500 judíos, la decisión del régimen peronista de amnistiar a todos los residentes ilegales permitió blanquear la situación de otros 10 mil judíos.²⁶ Lamentablemente, algunos beneficiados con la misma amnistía fueron criminales de guerra y colaboradores de los nazis que habían hallado refugio en Argentina, mayormente bajo identidades falsas. Su presencia contribuyó en gran medida al mito de que la sociedad argentina y sus autoridades eran antisemitas y pronazis.

La década de los cincuenta fue testigo de la última ola de migración judía a la Argentina (y a Brasil). En esta oportunidad, se trató principalmente de refugiados de la represión comunista en Hungría, en 1956, de judíos que huyeron de Egipto por la política hostil que adoptó el régimen de Gamal A. Nasser después de la ofensiva conjunta de Israel, el Reino Unido y Francia, o de judíos marroquíes que llegaron tras la independencia de los países norteafricanos. A partir de entonces comenzó a reducirse el número de judíos en el país.

Del Hotel de Inmigrantes, pasando por el conventillo, hacia la clase media alta

Al llegar al Río de la Plata, muchos de los pasajeros judíos pasaron sus primeros días en el Hotel de Inmigrantes, primera estación en su periplo para convertirse en argentinos. La siguiente estación fue para muchos de ellos el conventillo. El conventillo tenía dos o tres pisos, con largos pasillos alineados en torno a uno o dos patios internos, que daban a una serie de departamentos de una o dos piezas. En cada pieza, alta y mal ventilada, se amontaban una o dos familias de inmigrantes. La cocina, el baño y la pileta de lavar eran compartidos. En 1887 ya existían 2.885 casas de este tipo en Buenos Aires, donde habitaban unas 80 mil personas. En ese año, más de un cuarto de la población de Buenos Aires vivía en conventillos. En 1901, este porcentaje bajó al 17% y, en 1904, al 14%.

El médico e higienista Eduardo Wilde escribió, en 1877:

Esas casas ómnibus que albergan desde el pordiosero al pequeño industrial, tienen una puerta al patio y sirve para todo lo siguiente: es la alcoba del marido, de la mujer y de la cría como dicen ellos en su lenguaje expresivo; la cría son cinco o seis chicos debidamente sucios; es comedor, cocina y despensa, patio para que jueguen los niños, sitio donde se depositan los excrementos, a lo menos

temporalmente, depósito de basura, almacén de ropa sucia y limpia, si la hay; morada del perro y del gato, depósito de agua, almacén de combustible; sitio donde arden de noche un candil, una vela o una lámpara; en fin, cada uno de estos es un pandemónium donde respiran, contra todas las prescripciones higiénicas, contra las leyes del sentido común y del buen gusto y hasta contra las exigencias del organismo mismo, cuatro, cinco o más personas.²⁷

Son muchas las descripciones contemporáneas de la humedad, suciedad y densidad de los conventillos, pero en el acelerado cambio de la ciudad pronto apareció una nostalgia entre quienes compartían esa forma de vida, destacando la solidaridad entre diversos grupos de inmigrantes, así como la rápida socialización de los recién llegados. Allí aprendían las primeras palabras en castellano, algunos códigos culturales y costumbres del país. Jevél Katz, el popular cantautor en ídish, fascinó a lo largo de los años 30 a los argentinos judíos componiendo y cantando, en un lenguaje a mitad de camino entre el ídish y el lunfardo porteño (que él definía como “casteidish”), canciones que reflejaban con gracia y picardía las vivencias de los inmigrantes judíos en Argentina (algunos lo llamaban el Gardel judío). Katz dedicó a este tipo de vivienda una de sus canciones, “En un conventillo”, que incluye las siguientes estrofas:

Vivir vivo en caye Lavaye / En un palacio-conventiye / Mis muebles son la caniyé
/ Y sobre dos patitas una siye.

Al ídish no le tengo paciencie / Y tengo siempre La Preense / Y cuando la ubico /
fente a mis ojes / Entiendo en ellas un kadojes.

En cuanto a la historia urbana y social de los judíos de Buenos Aires, cabe examinar sus patrones de asentamiento en los diversos barrios de la ciudad. Eugene Sofer señaló cuatro etapas que se pueden distinguir en el período 1890-1947, a las que vincula con el proceso de desarrollo de la comunidad organizada: la primera es de entrada y búsqueda de cierta estabilidad

institucional y espacial; a la segunda etapa la denomina “guetoización y unidad”, algo con lo que personalmente discrepo; la tercera es de desplazamiento hacia el Oeste, que también se vincula a los procesos de “guetoización”; la cuarta es la etapa de dispersión y fragmentación de la comunidad.²⁸

De cualquier manera, la elección de vivienda en un barrio o en otro estaba influenciada por varios factores que tenían que ver, entre otros criterios, con la distancia al lugar de trabajo, precio del alquiler, los medios de transporte disponibles, las oportunidades comerciales para el negocio que pensaban instalar, la cercanía de familiares y paisanos. Obviamente, para muchos resulta más fácil integrarse en una zona donde también se puede utilizar la lengua materna, donde existen las instituciones sociales y culturales para satisfacer sus necesidades y donde los códigos culturales, por lo menos de una parte de los habitantes, no resultan desconocidos. En tales circunstancias, es menor el desafío de desarrollar sentimientos de pertenencia con la adopción de componentes identitarios locales, pero sin perder algunos componentes étnicos.

En 1895, el 62% de los judíos asquenazíes de la ciudad vivía cerca de plaza Lavalle, y solo una minoría habitaba en los barrios del Oeste. La plaza era el centro de la comunidad judía. Los inmigrantes se dirigían allí en cuanto terminaban con sus trámites migratorios en el puerto, y en ese espacio encontraban a otros judíos, buscaban trabajo, aprendían la realidad. Fue en esa zona donde surgió una institución religiosa, la Congregación Israelita, y en 1897 también la sinagoga de la calle Libertad. Durante años sería esa la calle en la que discurría buena parte de la actividad comercial de los judíos, en pequeñas tiendas y puestos montados a lo largo de sus veredas. Fue también el centro de la prostitución hebrea y de la infame Zwi Migdal, una organización de proxenetas judíos.²⁹ Sin embargo, no se trataba de un barrio judío, sino de uno con una densa y heterogénea población inmigrante, con una alta concentración de aquellos.

No pasó mucho tiempo hasta que comenzó el desplazamiento de judíos de plaza Lavalle al Once (barrio que recibió su apodo por la estación de trenes de

corta distancia 11 de Setiembre). Se trata de la segunda etapa, la de “guetoización y unidad”, que Sofer ubica entre 1907 y 1925. Una de las consecuencias de la epidemia de fiebre amarilla que azotó a la ciudad en 1871 fue que las élites porteñas se mudaron hacia el norte de la Capital, zona más elevada desde el punto de vista topográfico y más segura en términos de higiene. Paralelamente, el crecimiento de la población a causa de la migración constante, la construcción de edificios públicos y el desarrollo de la zona de la Avenida de Mayo —que con frecuencia requería la destrucción de viviendas— condujeron a un incremento vertiginoso de los precios de los terrenos en sus inmediaciones durante la primera década del siglo XX, fomentando la migración hacia el Oeste. Numerosos judíos, que no podían permitirse los elevados precios de las propiedades, comenzaron a abandonar el centro de la ciudad, en pujante desarrollo, y pasaron a calles menos solicitadas, entre ellas las del barrio de Balvanera que, como se dijo, suele ser denominado “el Once”, y que pasó a ser durante muchos años el barrio judío por antonomasia. Se convirtió rápidamente en el centro de comercio y vivienda más importante de los judíos de la ciudad. Allí surgieron varias de las instituciones de la comunidad organizada: AMIA y DAIA, los clubes sociales y deportivos y los religiosos, las redacciones y oficinas de los dos diarios más importantes en ídish, *Di Presse* y *Di Idishe Tzaitung*, junto a símbolos de la etnicidad hebrea, que cobraron visibilidad en el barrio: desde los templos asquenazíes hasta los almacenes y rotiserías que vendían los manjares de la cocina de Europa Oriental.³⁰ La sinagoga erigida en la calle Paso, entre Corrientes y Lavalle, era una especie de respuesta que los inmigrantes judíos llegados desde Rusia tras la fallida revolución de 1905 dieron a la de la calle Libertad, construida por inmigrantes de Francia y Alsacia. Pero lo importante es que precios asequibles para la vivienda, vínculos culturales y lingüísticos, cercanía al lugar de trabajo y una amplia gama de instituciones educativas, culturales y comerciales, fueron todos factores que contribuyeron a la adaptación de los judíos a la realidad argentina y, simultáneamente, a mantener sus características étnicas.

Se sobreentiende que, al emplear el término “gueto”, tampoco Sofer tiene en mente fronteras físicas de ningún tipo que limitaran a los judíos a una zona específica para habitar. Se refiere, en cambio, a la creación informal de una zona, basándose en móviles económicos y en decisiones voluntarias de individuos que prefirieron permanecer cerca de los miembros del mismo grupo étnico y cultural y de sus marcos educativos, sanitarios, sociales y de bienestar. Los índices de segregación de la comunidad hebrea de Buenos Aires a comienzos del siglo XX parecen haber sido mucho mayores que los de las comunidades de inmigrantes españoles, franceses o italianos, pero, sin embargo, como indica José Moya, “los judíos de Buenos Aires estaban menos segregados que cualquiera de sus correligionarios en otros puntos de la diáspora. Además, la segregación de los judíos en los barrios de Buenos Aires disminuyó más rápidamente y de forma más aguda que en la mayoría de las otras ciudades”.³¹

El idioma ídich y la creación cultural en dicha lengua fueron parte inseparable del paisaje barrial del Once, al menos hasta la década del 40. Sin embargo, siguieron siendo minoría en este nuevo barrio, pues no eran más del 10%, aunque su presencia era muy notable en sus calles. En 1914, casi el 40% de los judíos oriundos de Europa Oriental que residían en Buenos Aires se concentraba en el Once o en un barrio contiguo, por lo que no sorprende que ese haya sido el primer escenario en el que actuaron los grupos de choque nacionalistas, durante la Semana Trágica, cuando quisieron arremeter contra inmigrantes israelitas.³²

Los judíos de habla hispana y algunos de los que hablaban el judeoespañol (oriundos del Norte de África, de Turquía o de los Balcanes) optaron por el barrio de Constitución, y los que vinieron de Siria (sobre todo los de Damasco) se instalaron principalmente en La Boca, Barracas o Flores, pero también en Once, Lanús y Ciudadela. Sin embargo, entre los alepinos y los judíos turcos algunos prefirieron vivir con los judíos de la Europa Oriental en el Once, y no mezclarse con los damascenos.

En las tres primeras décadas del siglo XX, la expansión de Buenos Aires hacia el Oeste fue acelerándose. El barrio Vélez Sársfield pasó de 4.500

habitantes en 1895 a 100 mil en 1914; Belgrano, que fue anexado a la jurisdicción municipal en 1887, pasó de tener unos 15 mil habitantes en 1895 a casi 230 mil en 1936. Otro barrio que pasó a formar parte de la Capital en 1887 fue Flores, cuya población se decuplicó en ese mismo período. Villa Crespo atravesó un proceso similar, entre otras razones favorecido por la línea del subterráneo que cruzaba el barrio por las calles Triunvirato y Corrientes y unía, en pocos minutos, Chacarita con el centro comercial. Hacia mediados de la década de 1930 era ya el hogar de unos 30 mil judíos, que eran aproximadamente la cuarta parte del total de los judíos de la ciudad. Se trata ya de la tercera etapa en la historia urbana de los judíos porteños: el desplazamiento hacia el Oeste y la conversión de Villa Crespo en la concentración más grande e importante de judíos en la ciudad de Buenos Aires.

También aquí hubo quienes vivieron en conventillos, mezclados con otros grupos étnicos. El más famoso fue el de la Paloma, con entradas por las calles Serrano y Thames al 100, con sus 112 habitaciones, inmortalizado entre otros en el celeberrimo sainete de Alberto Vaccarezza llamado, precisamente, *El conventillo de la Paloma*.³³ Sus inquilinos fueron mudándose a medida que se afirmaban en una clase socioeconómica media baja. A diferencia del Once, allí había más judíos pobres y menor número de practicantes de la religión. Buenos Aires cambió su aspecto paulatinamente después de la Primera Guerra Mundial. Los tranvías desplazaron a las carretas y comenzó a funcionar lo que sería la primera de las líneas del subterráneo. Para las nuevas olas de inmigrantes judíos, que llegaban sobre todo de Polonia, Villa Crespo era el principal polo de atracción, como lo habían sido plaza Lavalle y luego el Once para los más antiguos, entre los que el grupo dominante provenía del Imperio Ruso.

La última etapa en la periodización de Sofer es la de dispersión y fragmentación de la comunidad a partir de mediados de la década del 30, con judíos que se desplazan hacia Almagro y Caballito, Floresta, Villa Devoto o Villa Urquiza, así como al Norte (Belgrano y Palermo). Después de la Segunda Guerra Mundial se produce otro traslado hacia zonas del conurbano de Buenos

Aires (para trabajar, por ejemplo, en la industria textil instalada por judíos polacos en Villa Lynch). Ya no había ningún barrio porteño sin alguna presencia judía. Entre oportunidades y limitaciones presupuestarias, muchos se integraron lo suficiente como para no necesitar más vivir con otros judíos en las inmediaciones. Se hicieron porteños, a pesar de las dificultades iniciales. Solamente el Once y Villa Crespo adquirieron el estatus icónico de “barrios judíos”. A finales de los años cincuenta y principios de los sesenta circulaba un repetido chiste por radio y luego por televisión: “¿Cuál es la capital de Israel? Villa Crespo”.

Desde principios de siglo, Villa Crespo, y por lo tanto también su población judía, se caracterizaron por su pasión por el fútbol, que se practicaba en varias de sus instituciones sociodeportivas. En su mayor parte no pudieron sobrevivir a los desafíos del fútbol profesional y no lograron fama a nivel nacional. Sin embargo, la historia de tres clubes de fútbol está relacionada con el barrio: Chacarita Juniors, Argentinos Juniors y Atlanta. Este último se instaló en Villa Crespo en 1922, y a mediados de los años 40 se transformó en el club representativo del barrio, al mudarse el club de Chacarita a San Martín. Muchos judíos se asociaban a Atlanta, y fueron consiguiendo gradualmente una presencia destacada en la dirigencia del club. La peronización de Atlanta contribuyó a la peronización de diversos sectores populares entre los argentinos de origen judío.³⁴

Si bien es cierto que la presencia judía en Argentina siempre estuvo acompañada por manifestaciones de antisemitismo, es importante diferenciar sus distintos tipos, en lo que probablemente es uno de los campos más estudiados de la vida de los judíos en América del Sur. Haim Avni ha señalado tres niveles de antisemitismo en ese país: popular, organizado y promovido por el Estado.³⁵ El antisemitismo popular es difícil de medir. Profundamente arraigado en las enseñanzas católicas, se ha visto alimentado con frecuencia por la propaganda nazi (en la década del 30 y durante los años de la Segunda Guerra Mundial) o por la propaganda árabe (a partir de la década del 60). Sin embargo,

encuestas recientes indican que los judíos no son más odiados que otros grupos étnicos o sociales (seguramente lo son menos que los paraguayos y los bolivianos), mientras que muchos consideran a corporaciones multinacionales, bancos, políticos o las fuerzas armadas como detentores de un poder excesivo, mayor que el de los judíos.

Los primeros grupos antisemitas organizados aparecieron en 1910, el año de los festejos ceremoniosos del centenario del inicio del proceso de independencia nacional. En 1919, aprovecharon una huelga obrera para atacar barrios judíos, a los que veían como concentraciones de fermentación revolucionaria. En los inicios de la década del sesenta utilizaron el secuestro del criminal de guerra nazi Adolf Eichmann, hecho por agentes del Mossad en Buenos Aires (mayo de 1960), para acusar a los judíos argentinos de doble lealtad y llevar a cabo una serie de violentos ataques antisemitas, ejecutados por grupos tales como Tacuara y la Guardia Restauradora Nacionalista.³⁶ Estos incidentes no se repitieron, pero en las décadas subsiguientes hubo organizaciones que con frecuencia distribuyeron propaganda antisemita y hasta realizaron algunos ataques aislados contra instituciones judías. Generalmente reducidos en número de activistas, estos grupos ganaron en algunas ocasiones cierta influencia en círculos militares, eclesiásticos o políticos. Desde los años 60, parte de la propaganda antijudía se arrojó con un discurso antiisraelí o antisionista.

El antisemitismo fomentado por el Estado fue raro en el caso argentino. Se manifestó en las limitaciones impuestas a la inmigración judía en las décadas de 1930 y 1940, y también pudo notarse en los años de la brutal dictadura militar que gobernó el país entre 1976 y 1983. Durante el Proceso de Reorganización Nacional la comunidad judía sufrió de forma desproporcionada los efectos del terrorismo impuesto por las fuerzas armadas: si bien los judíos conformaban el 1% de la población, fueron alrededor del 10% de los desaparecidos.³⁷ Es cierto que esta abultada presencia de judíos entre los desaparecidos revela también el peso desproporcionado que estos tenían dentro de la militancia de izquierda. Sin embargo, conforme a numerosos testimonios, aquellos judíos arrestados por los

militares sufrieron más que los detenidos no judíos; a pesar de esto, las instituciones comunitarias continuaron con sus actividades normales, no se promulgaron leyes antisemitas en ninguna etapa y las relaciones de las autoridades nacionales con el Estado de Israel fueron excelentes.³⁸

La sombra del golpe militar de junio de 1943

Tanto el golpe de estado encabezado por el general José Félix Uriburu, el 6 de setiembre de 1930, como el que inauguró la Revolución del 4 de junio de 1943, uno de cuyos líderes era el coronel Juan Perón, crearon condiciones auspiciosas para el auge de la derecha nacionalista y el comienzo de una nueva ola antisemita en Argentina. Documentos del GOU (Grupo de Oficiales Unidos), los jóvenes uniformados artífices del golpe del 43, indican tendencias judeofóbicas en algunos de ellos, como mínimo.³⁹ Varios grupos, entre los que destacaba la Alianza Libertadora Nacionalista (ALN), comenzaron a atacar abiertamente a judíos e instituciones vinculadas a la comunidad en la Capital Federal y en varias de las grandes ciudades del interior, sin que las autoridades intentaran impedir o al menos frenar estas actividades. La Alianza alarmaba a muchos porteños con sus marchas en escuadra, haciendo el saludo fascista con el brazo extendido y dando “muera” a los judíos, los comunistas y el imperialismo anglosajón. La aparición de publicaciones antisemitas se hizo cada vez más frecuente, lo mismo que los *graffiti* con lemas peyorativos hacia el pueblo hebreo en las paredes. La atmósfera imperante era propicia para este tipo de manifestaciones. Varias personalidades destacadas de la derecha nacionalista, tendencia que desde los años treinta venía dejando una notable impronta en el debate público en Argentina, ocuparon cargos de diversos niveles en el gobierno militar.

En octubre de 1943 fue reorganizado el gobierno de facto, tras la renuncia de varias personalidades moderadas que lo conformaban. El perfil de los mandatarios era ahora mucho más reaccionario y nacionalista. Como ministro

del Interior fue designado el coronel Luis Perlinger, un oficial germanófilo partidario de eliminar a liberales y comunistas, a quienes consideraba enemigos de la patria. La cartera de Justicia e Instrucción Pública fue ocupada por un intelectual nacionalista, el doctor Gustavo Martínez Zuviría, uno de los más destacados activistas de la Acción Católica, que ocupaba desde 1931 el cargo de director de la Biblioteca Nacional, en el que fue designado por el gobierno de Uriburu. Martínez Zuviría era conocido por las novelas que escribió bajo el seudónimo de Hugo Wast. Dos de ellas, publicadas a mediados de la década del treinta, eran de una ponzoñosa tonalidad antisemita: *El Kahal* (editada 22 veces hasta 1955, con una tirada de 107 mil ejemplares) y *Oro* (sus 21 ediciones sumaron 104 mil ejemplares). Estas dos obras, inspiradas en escritos como *Los protocolos de los sabios de Sión* y otros por el estilo, gozaron de profusa difusión, lo que provocó gran ansiedad en la comunidad judía local, que intentó impedir su venta. La embajada alemana en Buenos Aires adquirió 40 mil ejemplares de estas novelas para difundirlas gratuitamente entre ciudadanos argentinos en puestos de influencia. Los libros fueron también traducidos a numerosos idiomas.

Particularmente durante los primeros meses del gobierno militar, las nuevas autoridades nacionales y provinciales adoptaron varias medidas antisemitas. Algunas regulaciones o decretos limitaron la posibilidad de acción de matarifes según el rito judío, aunque las gestiones de los líderes comunitarios ante los gobernadores y el ministro del Interior condujeron, generalmente, a la resolución de los inconvenientes. Asimismo, se hicieron frecuentes las denuncias acerca de docentes judíos que eran despedidos de sus puestos, y de hospitales municipales capitalinos que impedían a médicos judíos recién recibidos hacer allí su período de residencia.⁴⁰ Aún tenía vigencia la prohibición del uso de lenguas extranjeras, incluyendo el ídish. La prensa en este idioma fue cerrada el 11 de octubre de 1943, argumentándose que los censores no podían leer material que no estuviera redactado en castellano. Esta medida fue criticada por el presidente norteamericano Franklin D. Roosevelt, quien en un comunicado de la Casa

Blanca afirmó no poder contenerse de expresar sus temores por la adopción en el hemisferio occidental de una acción claramente antisemita y con características similares a las más repugnantes de la doctrina nazi.⁴¹ Esta vez la presión estadounidense surtió efecto y, al cabo de algunos días, la prohibición fue anulada y los periódicos judíos, de los que *Di Idische Tzaitung* y *Di Presse* eran los más destacados, volvieron a los kioscos. La dirigencia de la DAIA, organización creada en 1935, que aunaba la representación comunitaria ante las autoridades políticas, se entrevistó con el coronel Alberto Gilbert en julio y en setiembre de 1943, para elevar sus quejas acerca de la instigación antijudía. Los líderes comunitarios destacaron ante el militar el aporte que los judíos hacían al país y su desarrollo, y presentaron el antisemitismo como un mal trasplantado a la Argentina, algo foráneo, ajeno a la forma de ser nacional.⁴²

Es probable que hubiera cierta lógica política en la presentación del antisemitismo como algo ajeno a la sociedad argentina, y esta será la línea que mantendrá la DAIA durante muchos años, pero en este caso había también una mezcla de autoengaño y de falta de comprensión, contribuyendo así, en cierta medida, a liberar a las instancias gubernamentales de la responsabilidad por estas manifestaciones de judeofobia. El antisemitismo argentino se nutrió de diversas fuentes. Si bien la Alemania nazi invirtió evidentes esfuerzos en fomentar la propaganda racista en el país sudamericano, sus argumentos caían sobre un terreno fértil, con sólidas raíces propias. Contribuía a ello, entre otras cosas, la concepción que veía en el legado católico un componente primordial del ser nacional, así como el estrecho vínculo entre los nacionalistas y la Iglesia, mucho más fuerte que el de sus pares en Chile o Brasil.⁴³ Tratándose de un país eminentemente formado por inmigrantes, los nacionalistas adoptaron un discurso hostil a los recién llegados en general, y a los judíos en particular — que sobresalían por su diferenciación religiosa, étnica, cultural y lingüística— por las influencias “nocivas” que traían consigo. Una de las primeras expresiones de ello fue la novela *La Bolsa*, publicada en Buenos Aires en 1891 y considerada como una de las obras clásicas de la literatura nacional. La novela,

de Julián Martel (José María Miró), enfatizó el estereotipo del judío corrupto en el ámbito financiero. Escrita durante el apogeo de una crisis económica en Argentina, es por lo menos en algunos aspectos una imitación del estilo del novelista antisemita francés Edouard Drumont.

A ello debe añadirse la existencia de una comunidad judía relativamente grande, concentrada principalmente en la ciudad de Buenos Aires, y la identificación de los judíos como bolcheviques, ya sea por la condición proletaria de algunos, o porque la mayoría de ellos provenía de Europa Oriental, siendo por ello apodados “rusos”. Ello despertaba hostilidad cada vez que se difundía el temor a una probable influencia comunista. El evento más destacado en este contexto ocurrió después de la Revolución de Octubre de 1917 en Rusia. El miedo a una radicalización de la clase obrera argentina desembocó en un pogromo contra los judíos de Buenos Aires en enero de 1919, episodio conocido como La Semana Trágica. Todo esto contribuía a la introducción de contenidos antisemitas en los programas nacionalistas.

Simultáneamente, el nacionalismo xenóforo y antisemita era también consecuencia de influencias externas. La sociedad argentina, formada en su mayoría por inmigrantes del sur de Europa, volvía su mirada al Viejo Mundo y absorbía con ansiedad diversas influencias culturales e ideológicas. En dicho marco, se pueden distinguir influencias de la derecha fascista y semifascista que se desarrollaba del otro lado del océano, particularmente en los países latinos, en diversos círculos del quehacer argentino: Charles Maurras y la Action Française, las dictaduras de Benito Mussolini y Miguel Primo de Rivera, la Falange, la Guerra Civil Española y la dictadura del generalísimo Franco impuesta a su término, así como el nacionalsocialismo alemán, dejaron todos sus marcas en la vida política e intelectual del país del Plata, fomentando una atmósfera contraria a los judíos.

No obstante, la descripción de una serie de incidentes antisemitas como consecuencia de la revuelta militar de junio de 1943 no debe crearnos una falsa impresión. La vida cotidiana de la mayor parte de los judíos en Argentina

transcurría generalmente sin interferencia alguna. Con frecuencia puede el lector de investigaciones sobre publicaciones o actividades antisemitas llegar a suponer que la vida de los judíos fue intolerable a lo largo de todo el siglo XX; la realidad era diferente. Cabe destacar la presencia de fuerzas en el centro y la izquierda del espectro político, y de amplios sectores de la opinión pública, que fueron activos en la lucha contra el racismo y el antisemitismo, contribuyendo a contrarrestar la influencia de los elementos nacionalistas sobre las políticas gubernamentales. Pese a ello, la sensación de incomodidad de los judíos frente a la dictadura, concebida por muchos contemporáneos como de tendencias fascistas y favorables al Eje, era evidente. Este sentimiento, al que se sumaban además numerosos gentiles, puede comprenderse también sobre el trasfondo de las noticias que comenzaron a difundirse sobre el exterminio de los judíos europeos. Ya en 1943, la dirigencia de la DAIA resolvió que entre el 21 de junio y el 20 de julio se recordara, durante un mes entero, la memoria de las víctimas del nazismo. La institución se dirigió a las autoridades de la España franquista, formalmente neutral en la contienda, para solicitar su asistencia en la salvación de vidas judías en el Viejo Continente.⁴⁴ Si bien Perón se convirtió gradualmente en el hombre fuerte del gobierno militar, recién a partir de octubre de 1945 comenzaron a verlo como alguien vinculado al nacionalismo antisemita. Sus rivales políticos intentaron atribuirle el haber pronunciado un discurso antisemita, supuestamente en un foro de oficiales, en marzo de 1944; aparentemente, se trató de una acusación sin fundamento.⁴⁵ Durante la crisis política de octubre, Perón obtuvo no solo el apoyo de masas de obreros, agrupadas detrás del líder que simbolizaba para ellos la promesa de reformas económicas y sociales, sino también el respaldo de grupos nacionalistas. Estos solían entonar sus vivas a Perón junto con lemas antisemitas (“muerte a los judíos”). Al día siguiente del histórico 17 de Octubre, cuando las multitudes de trabajadores se habían manifestado en la Plaza de Mayo, frente a la casa de gobierno, para que las autoridades liberaran al detenido “coronel del pueblo”,⁴⁶ grupos de nacionalistas partidarios de Perón provocaron disturbios en los barrios

porteños con mayor concentración de judíos. Se propinaron palizas, se lanzaron piedras contra la gran sinagoga céntrica y, curiosamente, los judíos que se encontraban en su interior fueron detenidos. Otras instituciones de la colectividad fueron blanco de ataques y aparecieron numerosos *graffiti* instigando a la violencia contra el pueblo hebreo. Estos sucesos fueron aprovechados en los años posteriores por los opositores al régimen, que intentaron una y otra vez identificar al peronismo con el fascismo y el antisemitismo. Un ejemplo de ello es el cuento de Jorge Luis Borges, “La fiesta del monstruo”, en que se describe a un grupo de obreros peronistas linchando a un joven judío durante los hechos del 17 de octubre.

En la ciudad de Córdoba fue profanada una sinagoga por una patota, que también causó destrozos en el edificio de la comunidad. Durante todo el día se manifestaron los nacionalistas en las calles, e infundieron buenas dosis de miedo entre los judíos. Episodios de este tipo se repitieron en las semanas subsiguientes, en particular por parte de miembros de la Alianza Libertadora Nacionalista.⁴⁷

Amaldo Cortesi, corresponsal del *New York Times* en Buenos Aires, escribió con ciertas dosis de exageración que el terror y el pánico cundían entre los judíos locales, y que en cada asamblea de apoyo al coronel Perón aparecían tonos antisemitas de uno u otro cariz. Cortesi fue transferido a Buenos Aires después de haber cubierto durante algunos años los acontecimientos en la Italia de Mussolini y tendía a ver lo que pasaba en Argentina como una edición sudamericana del fascismo italiano.⁴⁸

La comunidad, no obstante, estaba firmemente decidida a reaccionar. En un memorando que la DAIA entregó al presidente Farrell, se expresaba el asombro y el dolor provocados por aquella explosión de odio racial que afectaba a la colectividad, cuyos miembros se sentían profundamente ligados a la patria, y que, sobre todo, perjudicaba y amenazaba severamente a la civilización argentina. Condenaban el racismo en su condición de argentinos y de judíos y, dentro de la más pura tradición nacional, invocando sus inalienables derechos

humanos y cívicos, protestaban ante el intento de sembrar ponzoña y envenenar la vida del país.⁴⁹

La ola antisemita de octubre y noviembre de 1945 provocó inquietud también en las instituciones judías norteamericanas. Para el *American Jewish Year Book* se trataba de acontecimientos que adquirieron las dimensiones de un pogromo. La organización de jóvenes judíos para repeler los ataques nacionalistas de partidarios de Perón era presentada como “el trágico paralelismo de la defensa del gueto de Varsovia”. La candidatura de Perón a la presidencia, encabezando lo que se entendía como un movimiento a todas luces fascista, “despertaba recuerdos de Alemania en los últimos días de la República de Weimar”.⁵⁰ No es de sorprender, entonces, que a fines de 1945 el AJC (American Jewish Committee) se dirigiera al Departamento de Estado en Washington para catalizar las acciones destinadas a erradicar “el antisemitismo nazi” de la Argentina.⁵¹

Es cierto que durante la campaña electoral de fines del 45 y comienzos del 46, la ruidosa minoría antisemita que se encontraba entre los seguidores de Perón se hizo oír en más de una oportunidad. Sin embargo, el Partido Laborista, componente central de la coalición peronista, en cuya dirigencia había varios judíos, condenó en términos contundentes los ataques antisemitas en la Capital Federal. La secretaria del partido en La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires, llegó a pedir a sus miembros, en noviembre de 1945, que antepusieran sus cuerpos y arriesgasen sus vidas, si era necesario, para defender a los judíos de los ataques de las bandas nazifascistas, y que por ningún motivo permitieran muestras de hostilidad, para poder así exhibir la verdad del ideario obrero que expresaba su simpatía por un pueblo injustificadamente perseguido en el mundo entero.⁵² Para rechazar la categórica acusación de que su bando era antisemita, el coronel Perón publicó una declaración en el diario *La Época*, a finales de noviembre, donde condenaba enérgicamente los ataques contra los judíos: “Me atribuyen ideas nazis y racistas, porque algunos desorbitados vivan mi nombre, mientras atacan personas y principios que no les son gratos. Desautorizo y niego que puedan ser partidarios de mis principios y de mis idealidades, quienes tal

hacen...”. Acusaba allí a algunos de sus opositores de ser los provocadores del lamentable episodio, algo que debía ser resuelto por la policía, y en nombre de su formación y su conciencia, así como del conocimiento de la dolorosa experiencia de otros pueblos y de la patria, condenaba a quienes veían en la violencia un medio para atraer adeptos y auguraba para el futuro argentino la tolerancia y el respeto mutuo.⁵³

De hecho, desde diciembre de 1944 y en varias ocasiones durante 1945 pueden encontrarse declaraciones de Perón condenando el antisemitismo. Como presidente lo hará con frecuencia a lo largo de todo el decenio en que ocupó el sillón de Rivadavia. Los diarios *Democracia* y *El Laborista*, que apoyaban la candidatura de Perón a la presidencia, publicaron a mediados de enero condenas aún más tajantes, donde declaraban ser de hecho antinazis y libres de prejuicios raciales o religiosos, que eran ajenos a su condición de seres libres y argentinos.⁵⁴ Efectivamente, la propaganda antisemita de los grupos nacionalistas menguó en las últimas semanas de la campaña.

Muchos judíos seguían teniendo sus dudas acerca de la candidatura del “nazifascista Perón”, y la campaña electoral de la opositora Unión Democrática intentaba convencerlos de que se trataba de un peligro para la Argentina y para su colectividad. No sorprende entonces que, a tan poco tiempo de finalizada la Segunda Guerra Mundial, los judíos demostraran tanta sensibilidad hacia un liderazgo carismático y un movimiento apoyado, entre otras fuerzas, por grupos que evidenciaban algunos rasgos y matices fascistas. Por lo tanto, muchos argentinos de ascendencia judía apoyaron a la Unión Democrática, aunque no fueron pocos los que depositaron su voto a favor de Perón. Según diversas fuentes este obtuvo, por ejemplo, varios miles de votos en el porteño barrio del Once y en la provincia de Entre Ríos, en zonas con una importante población judía. Sin embargo, como los judíos estaban dispersos en todos los barrios de la Capital Federal y el Gran Buenos Aires, es difícil calcular el número de votantes de origen judío que dieron su apoyo al Coronel. Máximo Yagupsky, representante del American Jewish Committee en Buenos Aires, escribía, en

mayo de 1947, que en retrospectiva parecía que la comunidad organizada había cometido un error al adoptar medidas a favor del candidato de la oposición a Perón antes de las elecciones presidenciales. El candidato radical Tamborini fue invitado a una recepción en la Sociedad Hebraica, y las insinuaciones de Perón de que esperaba una invitación similar fueron ignoradas.⁵⁵

La identificación de Perón con la clase obrera ascendiente también alejaba a los judíos, ya que la mayoría eran de clase media. El rápido crecimiento económico y la movilidad social que caracterizaron a la Argentina durante varias décadas permitieron a estos judíos ascender en el escalafón social e integrarse a las capas medias y urbanas.⁵⁶ Asimismo, la presencia desproporcionada de judíos entre los intelectuales y estudiantes argentinos, muchos de ellos opuestos a Perón, contribuyen a explicar las modalidades del voto judío. No obstante, la dirigencia comunitaria organizada, la DAIA, encabezada por el doctor Moisés Goldman (conocido médico, nieto de colonos agrícolas establecidos en las colonias del barón Hirsch en la provincia de Entre Ríos), se abstuvo de expresar una postura política clara, a fin de mantener sus características apartidarias. En las declaraciones de condena de los actos antisemitas que publicó, la DAIA evitó conectar estas acciones deplorables con Perón.

Las elecciones que tuvieron lugar el 24 de febrero están consideradas como las más transparentes y limpias que se habían desarrollado en Argentina hasta entonces. Paulatinamente comenzaron a llegar los resultados de las diversas mesas y se perfilaba el triunfo del carismático coronel. Sus seguidores comenzaron a festejar el triunfo; entre los celebrantes, el número de judíos era todavía reducido. Durante sus dos primeras presidencias, Perón ganaría gradualmente el apoyo de un creciente número de grupos e individuos dentro de la colectividad hebrea, como veremos en los siguientes capítulos.

6 James Scobie, *Buenos Aires: Plaza to Suburb, 1870-1910*. Nueva York: Oxford University Press, 1974; Richard Walter, *Politics and Urban Growth in Buenos Aires, 1910-1943*. Nueva York: Cambridge University Press, 1994; Adrián Gorelik, *La grilla y el parque: espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 2010.

7 Un panorama general de la migración a la Argentina puede encontrarse en Carl Solberg, *Immigration and Nationalism, Argentina and Chile, 1890-1914*. Austin: University of Texas Press, 1970; José C. Moya, *Primos y extranjeros: la inmigración española en Buenos Aires, 1850-1930*. Buenos Aires: Emecé Argentina, 1998; Samuel Baily, *Immigrants in the Land of Promise: Italians in Buenos Aires and New York City, 1870-1914*. Ithaca, NY: Cornell University Press, 1999.

8 Una visión general de la inmigración judía a la Argentina puede consultarse en Haim Avni, *Argentina y las migraciones judías: de la Inquisición al Holocausto y después*. Buenos Aires: Milá, 2005; Víctor A. Mirelman, *En búsqueda de una identidad: los inmigrantes judíos en Buenos Aires, 1890-1930*. Buenos Aires: Milá, 1988.

9 Ver, por ejemplo, Albert Hourani y Nadim Shedhadi (ed.), *The Lebanese in the World: A Century of Emigration*. Londres: I.B. Tauris, 1992; Raymundo Kabchi (ed.), *El mundo árabe y América Latina*, Madrid: UNESCO, Prodhufi, 1997; Raanan Rein (ed.), *Árabes y judíos en Iberoamérica: Similitudes, diferencias y tensiones*. Sevilla: Fundación Tres Culturas, 2008; Raanan Rein (ed.), *Más allá del Medio Oriente: las diásporas judía y árabe en América Latina*. Granada: Editorial de la Universidad de Granada, 2012.

10 Alberto Gerchunoff, *Los gauchos judíos*. La Plata: Talleres Gráficos Joaquín Sesé, 1910.

11 Ricardo Feierstein (ed.), *Los mejores relatos con gauchos judíos*. Buenos Aires: Ameghino Editora, 1998. Sobre la representación en el cine argentino de la importancia simbólica de estas colonias agrícolas, ver Tzvi Tal, “The Other Becomes Mainstream: Jews in Contemporary Argentine Cinema”, en: Adriana Brodsky y Raanan Rein (ed.), *The New Jewish Argentina: Facets of Jewish Experiences in the*

Southern Cone. Boston: Brill, 2013, 365-391.

12 Estos asentamientos agrícolas han sido objeto de un vivo interés por parte de investigadores. El relato más exhaustivo puede encontrarse en Haim Avni, *Argentina, "The Promised Land": Baron de Hirsch's Colonization Project in the Argentine Republic* (en hebreo). Jerusalén: Magnes, 1973. Para nuevos enfoques, ver el reciente libro de Judith Noemí Freidenberg, *La invención del gaucho judío: Villa Clara y la construcción de la identidad argentina*. Buenos Aires: Prometeo, 2013. Se han publicado numerosas memorias de la vida en las colonias. Ver, por ejemplo, Raquel Zimmerman de Faingold, *Memorias*. Buenos Aires, s/e, 1987); Helene Gutkowski, *Rescate de la herencia cultural. Vidas... en las colonias*. Buenos Aires: Editorial Contexto, 1991.

13 Citado en Ignacio Klich, "Criollos and Arabic Speakers in Argentina: An Uneasy Pas de Deux, 1888-1914", en: Hourani, Albert y Nadim Shehadi (ed.), *The Lebanese in the World: A Century of Emigration*. London: Centre for Lebanese Studies and Tauris, 1992, 266.

14 Citado en Carl Solberg, *Immigration and Nationalism...*, 88-89.

15 Ernesto M. Aráoz, *La inmigración en la Argentina y sus vinculaciones con la cuestión social*. Salta: Imprenta de las Llanas, 1919, 48.

16 Sobre el antisemitismo en Argentina, ver, entre otros, Daniel Lvovich, *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*. Buenos Aires: Vergara, 2003; Leonardo Senkman (ed.), *El antisemitismo en la Argentina*, 2ª ed. Buenos Aires: CEAL, 1989.

17 Pueden verse estudios recientes en Adrián Jmelniczky y Ezequiel Erdei, *La población judía de Buenos Aires: estudio sociodemográfico*. Buenos Aires: AMIA, Centro de Documentación e Información sobre Judaísmo Argentino Marc Turkow, 2005; Yaacov Rubel, *La población judía de la Ciudad de Buenos Aires. Perfil sociodemográfico*. Buenos Aires: Agencia Judía para Israel, Iniciativa de Demografía Judía, 2005; Sergio DellaPergola, "Jewish Autonomy and Dependency: Latin America in Global Perspective", en: Judit Bokser Liweran, Eliezer Ben-Rafael, Yossi Gorny y Raanan Rein (comp.), *Identities in an Era of Globalization and Multiculturalism: Latin America in the Jewish World*. Leiden and Boston: Brill,

2008, 47-80.

18 Ezequiel Erdei, “Demografía e identidad: A propósito del estudio de la población judía en Buenos Aires”, en: Haim Avni *et al.* (ed.), *Pertenencia y alteridad. Judíos en/de América Latina: cuarenta años de cambios*. Madrid: Iberoamericana, 2011, 341-363.

19 Sobre los judíos oriundos de Siria, ver Susana Brauner, *Ortodoxia religiosa y pragmatismo político: los judíos de origen sirio*. Buenos Aires: Lumiere, 2009.

20 Silvio Huberman, *Los pasajeros del Weser: la conmovedora travesía de los primeros migrantes judíos a la Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana, 2014.

21 Ira Rosenswaike, “The Jewish Population of Argentina: Census and Estimate, 1887-1947”, en: *Jewish Social Studies*, Vol. XXII, N° 4, octubre 1960, 205.

22 Sobre la vida social judía en la Buenos Aires contemporánea pueden verse Eugene F. Sofer, *From Pale to Pampa: A Social History of the Jews of Buenos Aires*. Nueva York: Holmes & Meier, 1982; Mollie Lewis Nouwen, “Oy, My Buenos Aires”: *Jewish Immigrants and the Creation of Argentine National Identity, 1905-1930*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 2013.

23 Ver los importantes trabajos de Federico Finchelstein, *La Argentina fascista: Los orígenes de la dictadura*. Buenos Aires: Sudamericana, 2008, y *The Ideological Origins of the Dirty War: Fascism, Populism, and Dictatorship in Twentieth Century Argentina*. Nueva York: Oxford University Press, 2014.

24 Leonardo Senkman, *Argentina, la Segunda Guerra Mundial y los refugiados indeseables, 1933-1945*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1991.

25 El discurso nacionalista argentino se hizo eco, al menos parcialmente, del antisemitismo religioso tradicional del catolicismo. Ver Graciela Ben-Dror, *Católicos, nazis y judíos: la Iglesia argentina en los tiempos del Tercer Reich*. Buenos Aires: Lumiere, 2003.

26 Sobre esta medida, ver Leonardo Senkman, “Etnicidad e inmigración durante el primer peronismo”, en: *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe* (en adelante *EIAL*), Vol. 3, N° 2, 1992, 5-38; Susana M. Sassone, “Migraciones ilegales y amnistías en la República Argentina”, en: *Estudios Migratorios Latinoamericanos* 6-7, 1987, 249-289.

27 Eduardo Wilde, *Obras completas*. Buenos Aires: Talleres Peuser, 1917, 2, 29-30.

28 Eugene F. Sofer, *From Pale to Pampa...*

29 Sobre la prostitución judía en la Argentina, ver, entre otros, Mir Yarfitz, “Uprooting the Seeds of Evil”, en: Adriana Brodsky y Raanan Rein (ed.), *The New Jewish Argentina...*, 55-79; Haim Avni, “*Clientes*”, *rufianes y prostitutas. Comunidades judías de Argentina e Israel frente a la trata de blancas*. Buenos Aires, Leviatán, 2014; Larry Levy, *La mancha de la Migdal*. Buenos Aires: Norma, 2007.

30 Sobre la importancia del idish en la cultura judía argentina del siglo XX, ver Eliahu Toker, *El idish es también Latinoamérica*. Buenos Aires: Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos, 2003; Perla Sneh (ed.), *Buenos Aires idish*. Buenos Aires: CPPHC, Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, 2006.

31 José C. Moya, “The Jewish Experience in Argentina in a Diasporic Comparative Perspective”, en: Adriana Brodsky y Raanan Rein (ed.), *The New Jewish Argentina...*, 7-29.

32 Sobre la Semana Trágica ver John Dizgun, “Immigrants of a Different Religion: Jewish Argentines and the Boundaries of Argentinidad, 1919-2009”, tesis doctoral, Rutgers University, 2010, cap. 1; Marcelo Dimenstein, “En busca de un pogrom perdido: memoria en torno de la semana trágica de 1919”, en: Kahan *et al.* (ed.), *Marginados y consagrados*, 121-141; Edgardo Bilsky, *La semana trágica*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1984; Julio Godio, *La semana trágica de enero de 1919*. Buenos Aires: Granica, 1985.

33 Alberto Vaccarezza, *El conventillo de la Paloma*. Buenos Aires: Ediciones del Carro de Tespis, 1965.

34 Raanan Rein, *Los Bohemios de Villa Crespo: judíos y fútbol en la Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana, 2012.

35 Haim Avni, “Antisemitismo en Argentina: las dimensiones del peligro”, en: Leonardo Senkman y Mario Sznajder (comp.), *El legado del autoritarismo*. Buenos Aires: GEL, 1995, 197-216.

36 Ver Raanan Rein, *Argentina, Israel y los judíos*, cap. 7. Sobre Tacuara, ver

Daniel Gutman, *Tacuara – Historia de la primera guerrilla urbana argentina*. Buenos Aires, 2003; Roberto Bardini, *Tacuara*. México D.F.: Océano, 2002.

37 Acerca del antisemitismo durante la dictadura militar y el elevado porcentaje de judíos entre los detenidos-desaparecidos, ver Edy Kaufman, “Jewish Victims of Repression in Argentina under Military Rule (1976-1983)”, en: *Holocaust and Genocide Studies*, N° 4, 1989, 479-499; Daniel Goldman y Hernán Dobry, *Ser judío en los años setenta: testimonios del horror y la resistencia durante la última dictadura*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2014.

38 Raanan Rein, *¿Judíos-argentinos o argentinos-judíos?*, Buenos Aires: Lumiere, 2011, cap. 7.

39 Ver Robert A. Potash, *Perón y el GOU*. Buenos Aires: 1984, *pássim*.

40 El tema de los judíos bajo el régimen militar puede consultarse en: Leonardo Senkman, “El 4 de junio de 1943 y los judíos”, en: *Todo es Historia*, No 193, 1983, 67-68; Graciela Ben-Dror, “La Argentina Católica y los judíos, 1943-1945”, en: *Proceedings of the Eleventh World Congress of Jewish Studies*, Vol. III, 1994, 345-352.

41 Ray Josephs, *Argentine Diary: The Inside Story of the Coming of Fascism*. Londres: Victor Gollancz, 1945, 190; George I. Blanksten, *Perón's Argentina*. Nueva York: Russell & Russell, 1967, 1ra ed. 1953, 266. Según Moisés Goldman, presidente de la DAIA, el decreto por el que se cerraban los diarios en idish se debía a un error. El propósito original era cerrar un periódico en ruso, que había atacado duramente a Alemania.

42 *Mundo Israelita*, 18.9.1943, 23.10.1943, 6.11.1943.

43 Puede verse el estudio comparativo de Sandra McGee Deutsch, *Las Derechas: The Extreme Right in Argentina, Brazil, and Chile, 1890-1939*. Stanford: Stanford University Press, 1999.

44 Respecto de España y su contribución a la salvación de judíos durante la guerra mundial, ver Raanan Rein, *Franco, Israel y los judíos*. Madrid: CSIC, 1996, 69-76.

45 Ver Joseph A. Page, *Perón – A Biography*. Nueva York: Random House, 1983, 90.

46 Sobre la “Revolución de Octubre”, que fue el suceso del que surgió el peronismo como un movimiento y creó los cimientos del lazo especial y perdurable entre la clase obrera argentina y Perón, ver Juan Carlos Torre (comp.), *El 17 de octubre de 1945*. Buenos Aires: Ariel, 1995.

47 *La Nación*, 23.12.1945.

48 *New York Times*, 26 y 28.11.1945; *New Republic*, 22.11.1945. Respecto de las presiones a que se vieron sometidos los corresponsales norteamericanos en Buenos Aires durante 1945, incluyendo amenazas a sus vidas, ver *Foreign Relations of the United States* (en adelante *FRUS*), 1945, Vol. IX, 505-526, así como la obra de Fabián Bosoer, *Braden o Perón: la historia oculta*. Buenos Aires: El Ateneo, 2011.

49 Citado en Haim Avni, *Emancipación y educación judía: Un siglo de experiencias judías argentinas, 1884-1984* (en hebreo). Jerusalén: Shazar, 1985, 98. Las autoridades intentaron tranquilizar a la comunidad judía y aseguraron a sus dirigentes que el gobierno condenaba toda expresión de antisemitismo o de persecución racial. Ver, por ejemplo, las declaraciones del general Felipe Urdapilleta, ministro del Interior, *Buenos Aires Herald*, 2.11.1945.

50 *AJYB*, Vol. 48 (1946-1947), Filadelfia: 1946, 246; Yagupsky a Segal, 24.12.1945, Archivo del American Jewish Committee (de aquí en adelante *AJC Files*), YIVO, Nueva York, Caja 1.

51 Joseph Proskauer a James F. Byrnes y Spruille Braden, 28.11.1945, *AJC Files*, Cajas 1 y 3.

52 Citado en Haim Avni, *Emancipación y educación judía...*, 99. Sobre la firme postura del Partido Laborista contra el antisemitismo en el período 1945-1947, entrevistas del autor con Cipriano Reyes (Quilmes, 15 de setiembre de 1989; La Plata, 3 de mayo de 1996).

53 Haim Avni, *idem*; *La Época*, 29.11.1945; *La Prensa*, 12.12.1945; Cabot a the Secretary of State, NA, 835.00/12-445, 4.12.1945; Robert A. Potash, *The Army and Politics in Argentina, 1945-1962*. Stanford: Stanford University Press, 1980, 27-28.

54 *El Laborista*, 12.1.1946; *Democracia*, 14.1.1946.

55 Ver Haim Avni, *Argentina y la historia de la inmigración judía*. Buenos Aires: AMIA, 1983, 341; Yagupsky a Segal, *AJC Files*, Caja 1. Un ejemplo de judío

argentino que consideraba que Perón no era antisemita puede encontrarse en Alfred Temkin, “Argentina, The Choice Before Perón”, en: *Commentary*, junio de 1946, 14-21.

56 U.O. Schmelz y S. DellaPergola, *La demografía de los judíos en la Argentina*, Tel Aviv: Tel Aviv University, 1974, 111-114; J. Laikin Elkin, *The Jews of Latin America*, 149-152. Michigan: Scholarly Publishing Office, University of Michigan Library, 2011; Irving Louis Horowitz, “The Jewish Community of Buenos Aires”, en: *Jewish Social Studies*, Vol. XXIV, N° 4, octubre 1962, 195-222, 205-207.

CAPÍTULO 2

LOS ORÍGENES DE LA MÁCULA FASCISTA:

LA NEUTRALIDAD ARGENTINA EN LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL Y LA ENTRADA DE NAZIS EN LA POSGUERRA

La imagen fascista de Perón tiene sus raíces en el desafío argentino a la hegemonía norteamericana en el continente americano y en el mantenimiento de la neutralidad, aun después de la entrada de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial. Esta imagen se reforzó en años posteriores al descubrirse la presencia en Argentina de varios criminales de guerra nazis, y luego de que el Mossad secuestrara en Buenos Aires al “experto en cuestión judía” de las SS, Adolf Eichmann, en mayo de 1960.⁵⁷ En el imaginario popular norteamericano —en películas, novelas y prensa— hasta hoy en día tiene vigencia este estereotipo de Juan Perón como líder fascista, y de la Argentina como el refugio más importante para los criminales de guerra nazis.⁵⁸

En un artículo publicado en el *New York Times* en 1997, Ann Louise Bardach sostenía que Argentina aún se negaba a reconocer el mayor defecto del

peronismo:

De cualquier manera, la complicidad de los países neutrales europeos empalideció en comparación con la traición de un país que merece un mayor escrutinio: Argentina. Mientras la relación entre Suiza y los nazis fue completamente mercenaria, la relación de la Argentina de Juan Perón con la Alemania de Hitler fue continua y simbiótica, un matrimonio ideológico entre caudillismo y fascismo.⁵⁹

Todo debate sobre la postura argentina durante la Segunda Guerra Mundial debe comenzarse enfatizando que, en el período 1939-1945, esta política fue mantenida sucesivamente por cuatro presidentes diferentes, dos civiles y dos militares. Es decir, sería erróneo identificar la neutralidad exclusivamente con la figura de Perón. Asimismo, esta política gozó de un amplio apoyo público en el país. Los móviles de dicha neutralidad radicaban exclusivamente en el propio interés nacional y en el reconocimiento de la distancia geográfica que separaba a la Argentina de los campos de batalla,⁶⁰ así como la clara distinción entre la actitud adoptada por los gobiernos argentinos hacia Gran Bretaña y hacia los Estados Unidos.⁶¹ Mientras que las reservas hacia un fortalecimiento de la relación y la cooperación con Washington eran patentes, Argentina colaboraba asiduamente con el gobierno de Su Majestad. Las grandes cantidades de alimentos y otros productos vitales que se siguieron vendiendo a los ingleses a lo largo de toda la guerra contribuyeron al gran esfuerzo bélico británico y a su capacidad para resistir ante las embestidas germanas.

La neutralidad argentina era consecuencia del tradicional vínculo económico y cultural con Europa, y de sus reservas, también tradicionales, hacia las aspiraciones hegemónicas de los Estados Unidos en el continente americano, que se venían expresando desde fines del siglo XIX en las sucesivas conferencias panamericanas.⁶² Las ficciones entre los dos países también tenían raigambre en la dificultad del comercio entre ellos, por ser sus economías competitivas y no, como en el caso angloargentino, complementarias. Durante muchos años, el

acceso de cereales y carnes de producción argentina, principales fuentes de ingreso del país del Plata, estuvo bloqueado en los Estados Unidos. También debe asignarse cierta gravitación al recuerdo de la neutralidad adoptada durante la Primera Guerra Mundial, que en la memoria colectiva argentina se relacionaba con prosperidad y desarrollo, y de la neutralidad argentina durante la Guerra Civil Española (1936-1939).

Al mismo tiempo, no podemos ignorar la existencia de grupos nacionalistas simpatizantes con los países del Eje que, pese a ser una minoría, influían en el clima intelectual y político de la época.⁶³ Eran comunes las actitudes autoritarias y anticomunistas en el seno de la Iglesia Católica y de la oligarquía gobernante, junto con tendencias germanófilas en las filas del Ejército. Cabe recordar que desde fines del siglo XIX y hasta la Segunda Guerra Mundial, Alemania fue el país con mayor influencia en el Ejército, aunque no en la Armada ni en el embrión de lo que luego sería la Fuerza Aérea.⁶⁴ La embajada alemana en Buenos Aires, por su parte, invirtió considerables sumas en la financiación y el soborno de elementos políticos y periodísticos para garantizar que Argentina mantuviera su postura no beligerante.

Al estallar la guerra, todos los países del Nuevo Continente habían declarado la neutralidad, pero a medida que la administración de Franklin D. Roosevelt se aproximaba más a los Aliados, fueron creciendo las fricciones entre Estados Unidos y Argentina. Con anterioridad al inicio de la guerra, el secretario de Estado elegido por Roosevelt, Cordell Hull, había diseñado un plan de coordinación militar panamericano que permitiese una acción conjunta bajo liderazgo estadounidense en caso de que la seguridad continental estuviese amenazada. Este plan debía materializarse en la Conferencia Interamericana de Consolidación de la Paz, que se celebró en Buenos Aires a finales de 1936 y que acabó en un total desacuerdo entre Estados Unidos y el país anfitrión, receloso de los esfuerzos de Hull para asegurar la hegemonía norteamericana en el continente. El resultado fue el distanciamiento de los norteamericanos respecto de Argentina, país al que vieron como obstruccionista, y hacia el que el

Secretario de Estado desarrollaría una particular animadversión.

En los siguientes años, ya durante el gobierno de Roberto Ortiz, que se inició en 1938, Hull ejercerá una fuerte presión sobre las autoridades argentinas para que adopte una posición más favorable a los intereses de Estados Unidos. En esa época se irá produciendo una polarización cada vez más marcada en la base de la sociedad acerca de qué orientación debía adoptar el país frente al conflicto entre Alemania y Gran Bretaña. El presidente Ortiz insistía en la necesidad de volver a la práctica de elecciones abiertas, saliendo del régimen más restrictivo creado tras el golpe militar de 1930 (que había sido reconocido por Estados Unidos a cambio del compromiso de mantener el panamericanismo auspiciado por ellos mismos). Esa inclinación de Ortiz permitía prever un futuro triunfo electoral de la Unión Cívica Radical, marginada de la participación política desde 1930, y consecuentemente una futura orientación pro-británica, debido a las preferencias de la UCR.

Como resultado, los sectores germanófilos del país, especialmente los del Ejército, tendieron a aglutinarse en torno de la oposición conservadora a Ortiz. En el momento en que se desencadenó la contienda mundial, el gobierno argentino parecía favorecer la causa de los aliados, a pesar de encontrarse bajo la fuerte presión de una oposición que miraba con buenos ojos a Alemania, y ante un sentir popular que urgía a vincular cualquier inclinación en la contienda con la necesidad de garantizar los intereses comerciales de la Argentina.

En este contexto, Ortiz tuvo que enfrentarse a un galopante empeoramiento de la situación económica del país. En un esfuerzo por buscar un equilibrio entre la oposición doméstica y las presiones internacionales, y buscando obtener mejoras comerciales y financieras de los estadounidenses, Ortiz planteó la posibilidad de una acción coordinada de los países americanos que cambiase su condición de neutralidad por la de no beligerancia. Este movimiento potencialmente favorecería a los aliados. Sin embargo, Estados Unidos dejó que esa propuesta muriera, temiendo una creciente hegemonía argentina en Sudamérica. Poco después de que su propuesta de no beligerancia quedase enterrada, Ortiz era

relevado de su cargo por razones de salud y reemplazado por su vice, Ramón Castillo, firme partidario de la neutralidad.

Incluso antes de la invasión a Polonia, Argentina había rehusado plegarse al Acuerdo Panamericano de Defensa, manteniéndose firme en su negativa. En enero de 1941, Estados Unidos comenzó a suministrar armamento a los países latinoamericanos, conforme al programa denominado “Préstamo y arriendo”. Argentina no recibió ninguno de esos pertrechos, mientras que el vecino Brasil fue el principal beneficiario de la asistencia militar, lo que provocó nerviosismo y preocupación en Buenos Aires. Las relaciones bilaterales se encontraron ante una crisis abierta después del ataque japonés a Pearl Harbor en diciembre de 1941, hecho que precipitó la entrada norteamericana en la guerra. En Washington esperaban una solidaridad continental, aunque al comienzo, por razones de defensa (para no enviar barcos a defender sus costas) prefirieron que los demás países americanos se limitaran a romper relaciones diplomáticas con el Eje y no se declararan en estado de hostilidad.

A raíz de su implicación en el conflicto bélico, Estados Unidos comenzó a desarrollar una obsesión casi paranoica sobre la presencia de elementos pronazis en Argentina. El secretario de Estado Hull aumentó su presión para que el país austral siguiera la estrategia planeada por Estados Unidos, para liderar la posición de los países latinoamericanos en la contienda. De cualquier modo, Argentina se mantuvo firme en su postura neutral, lo que se puso de manifiesto durante la reunión de cancilleres americanos en Río de Janeiro en enero de 1942.⁶⁵ La condición impuesta por los norteamericanos de romper relaciones con el Eje para poder recibir ayuda militar no fue aceptada por la delegación argentina, principalmente debido a la oposición del Ejército a romper relaciones con cualquiera de los contendientes en la guerra. Al finalizar dicha conferencia, los únicos gobiernos que no habían roto sus relaciones con el Eje eran el chileno y el argentino. A comienzos de 1943, Chile abandonó su política de neutralidad para acoplarse al resto de las naciones americanas. Argentina quedó aislada, sin una política compartida con sus vecinos.

Esta negativa a alinearse provocó una serie de penosas sanciones económicas y diplomáticas, cuyo objetivo era lograr que Argentina adoptara una línea similar a la de todos los países del hemisferio occidental. Se decretó un embargo a la venta de armas; luego se le negó asistencia financiera y se interrumpieron los embarques de maquinaria y petróleo. El régimen del presidente Castillo, que pasó a ser presidente *de jure* tras la muerte de Ortiz a mediados de 1942, fue calificado de fascista y pronazi. Gran Bretaña, cabe señalar, intentó reducir la presión norteamericana sobre Argentina, por varias razones. Su neutralidad no era percibida en Londres como perjudicial para los intereses de la corona, ya que se habían garantizado los envíos regulares de carnes, cereales y otros productos agrícolas que tanto necesitaban los británicos, civiles y militares, sin que hubiera interferencias de los submarinos alemanes. Además, los ingleses no querían arriesgar sus grandes inversiones en el país sudamericano, al que concebían como un futuro mercado para la exportación de mercaderías británicas una vez que terminara la guerra. Entre los británicos, por lo tanto, la neutralidad no era interpretada como apoyo al Eje.⁶⁶

El aislamiento al que estaba quedando sometida Argentina dio paso a una creciente presión del Ejército sobre Castillo para que solicitara armamento a los alemanes. Castillo terminó abriendo negociaciones con estos, dándose la paradoja de que era, al mismo tiempo, acusado de pronazi por los estadounidenses y visto como un débil servidor de la patria por sectores del Ejército, que lo acusaban de no implicarse lo suficiente para cubrir las necesidades militares del país. Finalmente, un golpe de estado lo depondría de su cargo en 1943.

Dentro del gobierno militar surgido de la Revolución de junio de ese año se produjeron enfrentamientos sobre la política exterior que debía adoptarse.⁶⁷ El canciller, almirante Segundo Storni, escribió en agosto a su colega norteamericano, Cordell Hull, una carta en la que solicitaba que se comprendiera la posición argentina y se anulara el embargo de armamento estadounidense. Hull reaccionó con furia, rechazando el pedido y exigiendo que, antes de

considerar la cuestión, Buenos Aires cortara las relaciones diplomáticas con las potencias fascistas. La filtración de la carta del titular de la cartera de Relaciones Exteriores y la categórica respuesta de Hull precipitaron el alejamiento de Storni del gobierno y el fortalecimiento de los elementos nacionalistas en el mismo. Las relaciones con Estados Unidos continuaron deteriorándose. La perseverancia argentina en su política de neutralidad y el carácter dictatorial del gobierno militar atrajeron sin cesar críticas desde los círculos del poder en Washington.

Cuando a fines de 1943 Bolivia fue escenario de un golpe de estado que llevó al poder a un régimen neutralista proargentino, Washington acusó a Buenos Aires de haber alentado la revuelta y de apoyar conspiraciones similares en otros países del cono sur.⁶⁸ Las de por sí restringidas relaciones comerciales y económicas se vieron reducidas aún más y los norteamericanos presionaron a otros países para que siguieran su ejemplo. Asimismo, los estadounidenses incrementaron los envíos de armamento al régimen de Getúlio Vargas, que gobernaba en Brasil en una forma que distaba de ser democrática, aunque su política exterior se alineaba con la de la gran potencia del Norte.

La cúpula militar argentina se alarmó por el creciente desequilibrio de fuerzas con el vecino Brasil, e intentó eludir el embargo mediante la adquisición de armas y equipos de los ejércitos de la Alemania nazi y de la España del generalísimo Franco, cuya neutralidad favorecía al Eje.⁶⁹ Pero estos planes no llegaron a concretarse; al ser revelados, se intensificaron las presiones de Washington sobre Buenos Aires, esta vez secundadas por los británicos. El presidente Pedro Pablo Ramírez claudicó el 26 de enero de 1944, cuando la guerra en Europa ya entraba, de hecho, en sus etapas finales, anunciando la ruptura de relaciones diplomáticas con Alemania y Japón (Italia ya había sido liberada). Al cabo de algunas semanas, Ramírez era derrocado por haber “traicionado” la neutralidad argentina. Como primer mandatario asumió el general Edelmiro Farrell. El hombre fuerte de este gobierno, el coronel Perón, se hacía cargo del Ministerio de Guerra; algunos meses más tarde, en junio de 1944, asumiría como vicepresidente.

Los Estados Unidos se negaron a reconocer al nuevo presidente y organizaron un boicot diplomático. Retiraron a su embajador en Buenos Aires, y varios otros países, europeos y americanos, siguieron su ejemplo. El conjunto de naciones que mantenía ahora relaciones diplomáticas normales con Argentina se reducía a apenas una decena. Hull acusaba al gobierno argentino de brindar refugio a fugitivos nazis de Europa y de abrigar aspiraciones expansionistas en América del Sur.⁷⁰ El oro argentino depositado en bancos norteamericanos fue “congelado” en agosto, y en setiembre se amplió el embargo de exportaciones, de modo que se incluyera la prohibición de exportar equipos ferroviarios necesarios para la industria petrolífera, repuestos para automóviles, etc. Solo la posición de Gran Bretaña, que en privado denunciaba la irracionalidad de la actitud de Hull, y estimaba enormemente los envíos de carne argentina, logró impedir un boicot total y absoluto del país del Plata.

A comienzos de 1945 la postura norteamericana se flexibilizó un tanto, al producirse cambios en los cuadros jerárquicos del Departamento de Estado. Tras la renuncia de Cordell Hull, el cargo fue ocupado por Edward Stettinius, y como asistente para asuntos latinoamericanos fue nombrado Nelson Rockefeller. Entre mediados de 1943 y mediados de 1947 se sucedieron cuatro secretarios de Estado en Washington, con los que trabajaron cinco diferentes subsecretarios para América Latina y cuatro embajadores en Argentina. Esto contribuyó a los frecuentes cambios pendulares en las relaciones entre ambos países en un período tan breve.

En Argentina, Perón comenzaba a ganar relevancia dentro del Ejército y se mostraba públicamente favorable a un restablecimiento de las relaciones con Estados Unidos. En tal sentido, fue Argentina quien promovió la creación de una nueva unión panamericana de cooperación, que dio lugar a la Conferencia de Chapultepec en febrero de 1945, en la que Estados Unidos trató de lograr el apoyo latinoamericano para crear la Organización de las Naciones Unidas. El resto de las naciones solicitó como contrapartida a este apoyo una previa normalización de las relaciones con Argentina. A finales de marzo de 1945, este

país suscribió el Acuerdo Panamericano adoptado en la Conferencia de Chapultepec, declarando al fin la guerra contra Alemania, que se encontraba ya al borde de la derrota, y contra Japón. Como retribución por este gesto, Estados Unidos reconoció al gobierno de Farrell. Con gran exageración, que muestra algo de la emocionalidad con que se refería a la cuestión argentina, Cordell Hull describió en sus memorias el reconocimiento del gobierno de Farrell y el consentimiento para que Argentina se integrara a la naciente Organización de las Naciones Unidas como el golpe más serio que sufrió el movimiento panamericanista en toda su historia.⁷¹

Esta reconciliación, no obstante, duraría poco. Tras la muerte de Roosevelt y la entrada de Harry Truman a la Casa Blanca, el panorama de las relaciones bilaterales se ensombreció nuevamente. Otra vez comenzó Washington a aplicar sanciones comerciales y a exigir la celebración de comicios libres para eliminarlas. Entre los representantes de esta línea dura se encontraba el nuevo embajador norteamericano en Buenos Aires, Spruille Braden, que modeló la política que debía adoptar hacia el país sudamericano antes de pisar su suelo. Braden, que gozaba de una reputación de enemigo del fascismo desde que se desempeñó como embajador de su país en Colombia y en Cuba en el curso de la Segunda Guerra Mundial, llevó la intervención estadounidense en los asuntos internos argentinos a su máxima expresión. Las medidas rigurosas adoptadas en abril por el gobierno de Farrell y Perón contra elementos de la oposición provocaron una ola de fuertes críticas en la prensa norteamericana, que fue alentada por el embajador Braden; el Departamento de Estado retrocedía en su política apaciguadora. Washington anunció que los despachos de armamento no serían renovados hasta que el gobierno argentino no expulsara a agentes nazis y liquidara los intereses alemanes en su territorio.⁷² La actitud de Braden hacia la Argentina, que recordaba al período de Hull, provocó una nueva crítica de los británicos, quienes no veían más que paranoias en la insistencia norteamericana en vincular al país con los nazis. Violando de forma tajante las reglas escritas y tácitas de la diplomacia, Braden pronunció numerosos discursos públicos y

apareció con frecuencia junto a los líderes de la oposición. Según David Kelly, embajador británico en Buenos Aires, Braden llegó a Buenos Aires con la firme convicción de haber sido designado por la Providencia para derrocar al régimen de Farrell y Perón.⁷³ Las presiones ejercidas, tanto domésticas como internacionales, terminaron forzando a Farrell a convocar elecciones generales, que se celebrarían en febrero de 1946.

Al acercarse los comicios, Braden hizo un último intento por inclinar la balanza en contra de Perón, coherentemente con la actitud que había adoptado desde su entrada en funciones, favoreciendo a la opositora Unión Democrática. A instancias del diplomático norteamericano, promovido en agosto de 1945 al puesto de subsecretario de Estado para Asuntos Interamericanos, el Departamento de Estado publicó en Washington el *Libro Azul*, un documento detallado basado en una variedad de fuentes, entre ellas expedientes alemanes capturados por los Aliados y testimonios de oficiales que habían sido tomados prisioneros de guerra. El *Libro Azul* incluía acusaciones contra la cúpula del gobierno de facto saliente, incluyendo a Perón, por haber cooperado con los países del Eje durante la guerra. Si bien el libro aclaraba desde su título que se trataba de una “consulta entre las repúblicas americanas sobre la situación en la Argentina”, ningún país al sur del río Bravo fue consultado al respecto antes de su publicación, y se dio a conocer exclusivamente en inglés.⁷⁴

Cuando John Cabot, encargado de negocios de la embajada estadounidense en Buenos Aires, se enteró de que sus superiores planeaban publicar los documentos poco antes de las elecciones, advirtió que “el lanzamiento de una ‘bomba atómica’ directamente sobre el gobierno argentino en el clima supercargado que se está viviendo es tomar una medida cuyas consecuencias no pueden estimarse. La opinión generalizada será que estamos tratando de influir en los resultados de los comicios”.⁷⁵ Pero sus advertencias no lograron frenar la cruzada antiperonista de Braden, a la que el historiador Joseph Tulchin calificó como una verdadera obsesión patológica.

La prensa argentina, en su mayoría hostil a Perón, dedicó al *Libro Azul* más

espacio que a cualquier otro acontecimiento desde la finalización de la guerra. Al día siguiente de su publicación ya aparecieron fragmentos traducidos en los diarios, acompañados de editoriales y columnas de opinión. Pero al darse a conocer solo dos semanas antes de las elecciones, el resultado fue todo lo contrario de lo previsto. Perón supo manipular y revertir a su favor la torpe intromisión en los asuntos internos de su país. Rechazó los argumentos en un libro al que tituló, en espejo, *El Libro Azul y Blanco* (aludiendo así a los colores de la bandera patria) y exhortó a sus compatriotas a elegir en el cuarto oscuro a quien prefirieran para regir los destinos del país: “Braden o Perón”. Las alternativas que presentaba se reducían, entonces, al candidato que representaba la soberanía nacional y los intereses de la República, frente a una rendición a los dictámenes de los norteamericanos. La victoria peronista fue interpretada como una respuesta a la política continental de Estados Unidos, la potencia militar y económica dominante en la posguerra, enardeciendo la imaginación de nacionalistas en diversos lugares de América Latina.

Cuando se cerraron las urnas el 24 de febrero de 1946, los líderes de la Unión Democrática, seguros de haber obtenido el triunfo, anunciaron que habían sido las elecciones más libres y justas de la historia argentina hasta entonces.⁷⁶ El candidato presidencial de la Unión, el veterano político radical José Tamborini, felicitó al Ejército por haber garantizado la transparencia del proceso y así haber renovado la fraternidad entre el pueblo y las fuerzas armadas. Algunos días más tarde, finalizado el lento y angustiante recuento de los votos, surgió justamente Perón como vencedor, con el apoyo del 52,4% de las 2.839.507 papeletas válidas. Fue este un triunfo dramático, aunque por muy escaso margen. La fórmula Perón-Quijano aventajaba por apenas 280.806 votos a la de Tamborini-Mosca, de la Unión Democrática.

El intento estadounidense de impedir la elección de Perón había fracasado, con el amargo agregado de que ahora había que reconocer al nuevo gobierno surgido de forma democrática. El endurecimiento de la posición norteamericana, unido a años de presiones sobre los sucesivos gobiernos argentinos, permitió a

Perón desarrollar una política popular de rechazo a un denostado imperialismo estadounidense, de acuerdo con la retórica populista del nuevo régimen. La imagen del nuevo presidente seguirá siendo vista de forma negativa desde el Potomac; los esfuerzos del líder argentino para modificar esta situación influirán en las relaciones con el Estado de Israel y con la comunidad judía local.

Inmigración y educación católica: Los desafíos de los argentinos judíos

A lo largo de los años cuarenta dos temas dominaban la agenda de la comunidad judía organizada: las limitaciones sobre la inmigración judía a la Argentina y la institución de la educación católica obligatoria. En ambos casos el gobierno peronista heredó del gobierno militar una política discriminatoria hacia los argentinos de origen judío. Gradualmente, Perón adoptó una política que reconocía el pluralismo y el multiculturalismo argentino. Ya en 1947 empezó a corregir la política inmigratoria hacia los judíos. Tardaría unos años más en abolir también la enseñanza católica obligatoria.

Un ejemplo infame de la política inmigratoria restrictiva con respecto a los judíos es el fracasado esfuerzo de traer a la Argentina veinte niños y jóvenes judíos alemanes que habían encontrado refugio en Gran Bretaña y querían reunirse con sus familiares en la república del Plata. El historiador Haim Avni analiza un encuentro con el embajador argentino en Londres, Tomás Le Breton, en la segunda mitad de 1941. Este último rechazó el pedido de entregarles a los chicos los visados necesarios. Dijo que había, de forma ilegal, “demasiados judíos en la Argentina, habiéndose acrecentado considerablemente su número en los últimos dos o tres años”. Argumentaba que “la población judía residente estaba muy alarmada por el crecimiento de la población judía general, porque temía que pudiera acarrear un serio antisemitismo”. En algún momento llegó a decir a su interlocutor inglés que se “inclinaría a extenderles visados siempre que estuviéramos dispuestos a esterilizarlos [para que no se reproduzcan], antes

de que partieran para allí”.⁷⁷

Otra persona que simbolizaba el rechazo hacia los judíos fue el director de Migraciones desde fines de 1945, Santiago Peralta. Según el historiador Leonardo Senkman, se trataba de un “conocido antropólogo antisemita, filiado en el nacionalismo profascista, autor de libros discriminatorios como *La acción del pueblo judío en la Argentina* (1943)”.⁷⁸ Publicado en forma simultánea con las primeras noticias acerca del exterminio judío en Europa, este libro es un ataque contra los avaros y astutos “señores del mundo”, los comerciantes y usureros que entraron también a la Argentina desde la época colonial. Al pueblo argentino se lo describe como víctima del pueblo hebreo: “Frente a ese pueblo indefenso está el coloso judío, sólido, organizado con una sola idea directriz y una mano que ejecuta; dueño de la vida de todos; pues él regulariza la finanza y la riqueza agrícola, fuente principal de la riqueza nacional”.

Una de las conclusiones de *La acción del pueblo judío en la Argentina*, lamentando la condición argentina, es la siguiente: “Hogar desintegrado. Pueblo física y moralmente desintegrado por la influencia de la trata de blancas y envilecido por el juego. Toda esta tragedia es dirigida por los judíos a las órdenes del colonizador americano”. La disminución en la inmigración a la Argentina por esos años era, de acuerdo a Peralta, el resultado de una conspiración de los judíos:

La oficina de Inmigración desde hace tiempo está en sus manos [...] ellos aconsejaron y obtuvieron de gobernantes ignorantes y bárbaros la cesación de la inmigración europea, para quedar solo ellos como elemento poblador [...] Esta extraña relación coincidió con la caída del régimen judío en Alemania [...] Era necesario que tuvieran una nueva patria los “perseguidos” de Alemania y el lugar era nuestro país [...] la lenta y silenciosa marea de inmigrantes pobres y judíos sigue llegando lentamente, mientras los argentinos se extasían con la música negra, la danza tropical y el cine americano.

Desde el inicio de su desempeño al frente de la Dirección General de Migraciones, Peralta sugirió incluir criterios antropológicos, supuestamente científicos, en la elaboración de la política inmigratoria. En un folleto publicado por la Dirección de Migraciones, en 1946, bajo el título *Conceptos sobre Inmigración (Instrucciones de difusión al Personal)*, se pusieron de manifiesto las preferencias y prejuicios étnicos de Peralta. En el texto se puso énfasis en la necesidad de defender a la población argentina ante el riesgo del ingreso de avalanchas inmigratorias luego de la Segunda Guerra Mundial, así como la necesidad de establecer qué tipos humanos eran más convenientes para integrarse en la población argentina. El folleto vuelve la mirada hacia las restricciones de la década del treinta y los decretos emitidos durante los años de la guerra como mecanismo de defensa frente a una posible invasión de grandes masas inmigratorias, huyendo de la Europa posbélica. A estas restricciones propone añadir una explícita profilaxis racial. Peralta sugiere cambiar la clasificación de la inmigración según la nacionalidad de origen por una política inmigratoria que adoptara criterios de acuerdo a “las leyes que rigen los pueblos, basándonos puramente en el concepto hombre y pueblo, es decir de sangre”.

Peralta insistía en la necesidad de establecer las características étnicas de cada pueblo migrante, sus aspectos somáticos y culturales, para graduar su distribución, trasplante y absorción. El objetivo era “perpetuar el pueblo nativo, defendiendo su cultura en todas sus fases: idioma, arte, ciencias, ética moral y religiosa, instituciones, justicia, historia, tradiciones... heredadas de su estirpe, orgullo nacional”. Dividió las inmigraciones en dos categorías: una buena, de tipo rural, que venía a explotar la tierra, y otra mala, urbana, que explotaba al hombre. Esta última estaba tipificada por inmigrantes con ocupaciones comerciales, industriales y profesionales que supuestamente la Argentina no necesitaba. Solamente la inmigración rural garantizaba, según Peralta, un auténtico mestizaje de agricultores con la población aborígen por afinidad de características raciales.

No sorprende, por lo tanto, que la comunidad judía organizada protestase a

través de distintas vías y ejerciese cualquier presión posible sobre el nuevo presidente para que reemplazase a Peralta. Y, efectivamente, en julio de 1947 Peralta fue alejado por Perón a raíz de la repercusión internacional que tuvieron las denuncias de prácticas discriminatorias en su función pública, pero se trataba también de una medida que reflejaba un cambio en la actitud gubernamental hacia los argentinos judíos y su lugar en la sociedad.

El decreto de enseñanza religiosa emitido por iniciativa del ministro de Instrucción Pública del gobierno militar, Gustavo Martínez Zuviría, fue otra razón de preocupación para la dirigencia judeoargentina. Este decreto unió en un pacto a los oficiales uniformados con los hombres de las sotanas; suscrito el 31 de diciembre de 1943, el mismo día en que otro decreto disolvía a los partidos políticos y proscribía sus actividades, e imponía la obligatoriedad de clases de religión católica en todas las escuelas estatales. Más de medio siglo había luchado el clero argentino para alcanzar este objetivo. La famosa Ley 1420 de 1884 había determinado que la enseñanza revestiría un carácter laico y que las clases de religión podrían desarrollarse exclusivamente fuera de los horarios oficiales de estudio, siempre y cuando estuvieran a cargo de religiosos. El personal docente habitual tenía prohibido impartir clases de religión. Esta ley reflejaba el proceso de laicización que caracterizó a la Argentina de la segunda mitad del siglo XIX, estando las posturas de las élites liberales muy influenciadas por las relaciones entre Estado e Iglesia de la Tercera República francesa. Desde el momento en que fue sancionada, la Iglesia bregó por regresar al sistema educativo estatal y participar en la modelación espiritual de los niños y los jóvenes.

Algunas décadas más tarde comenzarían a verse los frutos de los esfuerzos clericales. En los años treinta, sobre el trasfondo de las dificultades económicas provocadas por la Gran Depresión en todo el mundo, en un marco de retroceso de las libertades políticas desde el golpe que derrocara al presidente Yrigoyen, y de ascenso de corrientes conservadoras, se fortaleció la situación de la Iglesia y su influencia. Así, por ejemplo, el número de comunidades religiosas en la

ciudad de Buenos Aires trepó de 39 en 1929 a 105 una década más tarde. Acción Católica, una organización de religiosos laicos fundada en 1928, se enorgullecía en 1940 de contar con 80 mil miembros. En el Congreso Eucarístico Internacional, que tuvo lugar en Buenos Aires en 1934, participaron más de un millón de personas en misas colectivas. Varias provincias resolvieron entonces reinstaurar las clases de catecismo en las escuelas que se encontraban bajo su jurisdicción. Sin embargo, en la práctica esta resolución afectaba a un bajo porcentaje del alumnado, ya que la mayoría se encontraba en escuelas dependientes del Estado federal.

La abolición de la Ley 1420 y la imposición de estudios de religión en diciembre de 1943 significaron un triunfo rotundo de la Iglesia. El nuevo decreto convertía la asignatura en parte del programa de estudios obligatorio para todos los estudiantes. En las explicaciones del decreto se exponía lo absurdo de la ley dictada sesenta años atrás, por oponerse al carácter católico de la República. Este paso formaba parte del ataque del gobierno militar al liberalismo en todos los frentes, obteniendo así el régimen de facto un sello de legitimidad de parte de las jerarquías eclesiásticas. De esta manera se creaba un conjunto de relaciones de mutua dependencia entre oficiales y prelados, que a su vez servirían como uno de los fundamentos de la alianza que permitiría el triunfo de Perón en las elecciones de febrero de 1946. Una razón más para que muchos judíos miraran con sospechas al naciente justicialismo.

El decreto eximía de la obligación a aquellos alumnos cuyos padres hubieran manifestado expresamente su oposición por pertenecer a otra fe, con lo que se respetaba supuestamente la libertad de conciencia y de culto. Estos niños debían, en cambio, cursar otra asignatura: Moral. Otros artículos facultaban a las autoridades de la Iglesia a determinar los contenidos del programa de estudios y los libros que se usarían, además de permitir su participación en la dirección especial organizada en el ministerio para diagramar y supervisar el área del aprendizaje de la religión y la moral.

Los círculos católicos recibieron con natural entusiasmo el decreto. El consejo

central de Acción Católica expresó de inmediato su agradecimiento al presidente Ramírez por haber devuelto a los niños de Argentina el auténtico legado de sus antepasados, restituyendo a Jesucristo a las escuelas y las escuelas a Jesucristo. El consejo de obispos argentinos también elogió el decreto, en febrero de 1944, por fortalecer la unidad espiritual de la patria al enlazar armónicamente su presente con su pasado. Como era de esperar, expresaron sus reservas las comunidades de protestantes y judíos, que en aquel entonces representaban aproximadamente el 2% de la población cada una y que a pesar de no estar obligadas a recibir instrucción católica se sentían relegadas por la identificación entre argentinidad y catolicismo.⁷⁹ Se oponían también organizaciones de docentes laicos, liberales, socialistas y comunistas. Es interesante señalar que las comunidades protestantes organizaron actos públicos para manifestar su desagrado, algo que el público judío organizado evitó. La dirigencia de la DAIA se conformó con aprobar el texto del decreto del 23 de marzo de 1944, en el que se decía que el Poder Ejecutivo de la Nación sostenía el precepto constitucional que determinaba, sin dejar lugar a equívocos, la libertad de conciencia, por lo que todo progenitor judío debía declarar ante la dirección del establecimiento educativo correspondiente su voluntad de que su hijo fuera eximido del curso de enseñanza católica. Quienes así no actuaran, serían inmorales, pues tal conducta significaría una intolerable hipocresía o una falsedad evidente.⁸⁰

En los meses subsiguientes, la DAIA mantuvo una campaña de esclarecimiento destinada a convencer a padres judíos para que defendieran sus derechos. Muchos de estos padres se abstuvieron de hacerlo, para no tener que enfrentarse a las direcciones de los colegios, o para que sus hijos no se sintieran aislados de la mayoría de sus compañeros, o sencillamente por indiferencia.⁸¹

Mientras tanto, comenzaron a entrar militantes nacionalistas y católicos a los diversos departamentos del Ministerio de Instrucción Pública, bajo la dirección del ministro Martínez Zuviría y de su aún más nacionalista sucesor, Alberto Baldrich. Lo mismo sucedió en las universidades y las instituciones de formación docente. El gobierno militar se ocupó asimismo de aumentar los

salarios de los eclesiásticos, transfiriendo considerables sumas de dinero a diversas agrupaciones católicas.

En el marco de su campaña electoral, Perón hizo declaraciones de las que podían deducirse que, en caso de ser elegido, sancionaría con fuerza de ley el decreto provisional que garantizaba la enseñanza de religión en las escuelas, algo que era música en los oídos de la cúpula eclesiástica pero que no agradaba a muchos argentinos de origen judío. La jerarquía católica veía en Perón la menos mala de las alternativas frente al bloque de partidos que se alineó en su contra bajo el estandarte de la Unión Democrática.

Es en este contexto que la cúpula episcopal publicó, poco antes de las elecciones, una carta pastoral en la que se llamaba a los creyentes a no sumar sus votos a los partidos que apoyaban la separación entre Iglesia y Estado, la eliminación de la enseñanza de la religión de los colegios estatales, el divorcio y otras cosas semejantes. En pocas palabras, pedían oponerse a la Unión Democrática que, entre otros, incluía a radicales, socialistas y comunistas, con ideas definidas y conocidas sobre el tema.⁸² Años más tarde sostendrían que fue un error interpretar la pastoral como una expresión de apoyo a Perón, destacando que cartas similares se habían publicado en la década del treinta, cuando el general Agustín P. Justo se enfrentó en elecciones al líder del Partido Demócrata Progresista, Lisandro de la Torre. En el turbulento ambiente político que reinaba en Argentina a fines de 1945, sin embargo, la pastoral fue acogida como un llamado de la jerarquía católica a votar por Perón.

Perón, por su parte, necesitaba a la Iglesia para movilizar votos y apoyo. La doctrina peronista aún no estaba modelada y cristalizada, y el futuro presidente utilizó también mensajes católicos como elemento aglutinante. En su campaña proselitista se presentaba como “el candidato católico” y señalaba que su mensaje social se basaba en la doctrina social de “la verdadera Iglesia”, que se manifestaba en varias encíclicas, particularmente de León XIII y Pío XI, donde se ponía un énfasis social y se trataba de encontrar un tercer camino entre el marxismo y el liberalismo.⁸³

A partir de su triunfo electoral, el matrimonio Perón realizó todo tipo de gestos hacia la Iglesia, como honrar con su presencia ceremonias religiosas oficiales o incluir una misa, con su presencia, en el marco de los festejos del “día de la lealtad” (17 de Octubre) en 1947. El día de la Virgen de Luján, cuyo culto se remonta al período colonial, fue declarado feriado. Cabe la duda sobre si todo esto era una expresión de las convicciones íntimas de Perón; es dable suponer que se trataba más bien del reconocimiento de una necesidad política. El Episcopado retribuyó a su manera, silenciando a los curas que criticaban al régimen, o cuando el primado de la Argentina, el cardenal Santiago Luis Copello participaba en actos y eventos de netos matices políticos y partidarios. No sorprende entonces que la historiadora argentina Lila Caimari haya denominado el lapso entre 1946 y 1949 como “el período católico” del peronismo y “el período peronista” de la Iglesia.

En marzo de 1947, unos nueve meses después de haber accedido a la presidencia, Perón cumplió su promesa y el Congreso aprobó la ley de educación religiosa en todos los colegios. Esta sanción no fue sencilla y Perón se vio obligado a ejercer toda la presión posible entre los miembros de la mayoritaria bancada justicialista, donde parte de los diputados —que tenían claros antecedentes sindicalistas y de izquierda— expresaba sus reservas.⁸⁴ Perón, por su parte, estaba interesado en garantizar el apoyo de la Iglesia a su régimen y creía en la importancia de la educación católica como instrumento para promover la unidad nacional. En una oportunidad manifestó: “Creo que no puede hablarse en nuestra tierra de un hogar argentino que no sea un hogar cristiano... Bajo la cruz hemos concebido. Bajo la cruz hemos recitado el abecé... Todo aquello que en nuestras costumbres puede destacarse, es cristiano y es católico”. Era un intento de convertir a la religión en uno de los pilares de la identidad nacional y de presentar al comunismo, ideología contra la que competía por el apoyo de la clase obrera, como ateísmo foráneo, ajeno al espíritu argentino.⁸⁵ Una definición semejante de la identidad nacional era problemática para la comunidad judía y para otros grupos no católicos de la sociedad, que se

veían marginados.

Ya en octubre de 1946, cuando una de las comisiones del Congreso debatía la propuesta de la oposición radical de anular el decreto de educación religiosa dictado por el gobierno militar, la DAIA envió un memorando a Ricardo Guardo, presidente de la Cámara de Diputados, en el que pedía no dar fuerza de ley al decreto de diciembre de 1943. Moisés Goldman y Benjamín Rinsky, que firmaban dicho memorando, afirmaban que una medida así dañaba en letra y espíritu la ecuanimidad legal de los judíos argentinos, segregaba entre los alumnos católicos y aquellos que no lo eran y limitaba la libertad de culto garantizada por la Constitución Nacional. Los líderes de la comunidad judía enfatizaban que la Ley 1420, que había dejado los estudios de religión fuera de las aulas, contribuía a la sensación de unidad y de pertenencia a la patria de todos los estudiantes.⁸⁶ No obstante, en los meses que duró el debate público y parlamentario, el liderazgo judío no hizo oír su voz, a diferencia de la actitud de diversas agrupaciones protestantes. Es probable que la dirigencia judía haya temido que la adopción de una postura activa de su parte pudiera llegar a identificar aún más a la comunidad organizada con la oposición al régimen, lo que podría causar dificultades en sus gestiones con el gobierno.

Los diputados del bloque mayoritario terminaron aceptando la decisión de su líder y en 1947 sancionaron el decreto con fuerza de ley, tras debates intensos en los que surgieron cuestionamientos básicos sobre el carácter y la identidad nacional argentina.⁸⁷ El radical Luis Mac Kay, que en el futuro llegaría a ser ministro de Educación durante la presidencia de Arturo Frondizi, dijo a quienes apoyaban la resolución que votaran en contra para no crear divisiones entre los argentinos, quienes por ser nativos de tantas razas, religiones, filosofías y regímenes debían solucionar sus asuntos con respeto y tolerancia mutua y formar así la unidad y armonía requeridos en ese cosmos que era el país.⁸⁸ Sus palabras no ayudaron y la ley fue aprobada. Perón podía ahora enviar una carta a Pío XII en la que destacaba la importancia de la nueva ley y el aspecto cristiano de su política social.⁸⁹

Durante los primeros años del gobierno de Perón, la Iglesia se abstuvo de criticar públicamente al régimen; entre otras razones, porque veía en el peronismo un muro de contención efectivo contra el comunismo y porque esperaba recibir su ayuda para rehabilitar su posición entre los elementos populares de la sociedad. Se trató de un intento de mutua instrumentación, en cuyo marco cada parte trataba de aprovecharse de la otra para promover sus propios intereses. El gobierno, a su vez, asignaba un subsidio anual para instituciones católicas y continuaba enfatizando el carácter cristiano del justicialismo. La asamblea constituyente de 1949 mantuvo el artículo por el cual se establecía que el gobierno sostenía el culto católico apostólico romano.

No obstante, no puede hablarse de un pacto firme entre el régimen peronista y la Iglesia. Cada parte sospechaba de la otra y a su vez era consciente de que en su propio bando había quienes se oponían a una cooperación demasiado estrecha. Los religiosos no estaban entusiasmados con la creciente intervención del Estado en áreas que tradicionalmente les pertenecían, como la caridad, el socorro y la educación, ni el monopolio que se atribuyó Perón a la hora de interpretar el “verdadero cristianismo”. En uno de sus discursos de 1948, Perón trató de hacer una ecuación por la que un buen cristiano era necesariamente un buen peronista, y en 1950 anunció, en una alocución dirigida a académicos católicos, que una doctrina dos veces milenaria, es decir el cristianismo, precisaba una actualización que la adaptara a los tiempos modernos. Huelga acotar que estas declaraciones provocaron una gran incomodidad y temor en círculos eclesiásticos. En esa etapa ya comienza a quedar claro que la exigencia de los obispos de otorgar al catolicismo una posición preferencial no gozaba de consenso en la cúpula peronista. El gobierno no mostraba voluntad alguna de restringir los derechos o las actividades de los pertenecientes a otros cultos. Más aún: gradualmente se comenzó a hablar de la tolerancia y el respeto a otras religiones como una de las características distintivas del peronismo. La lealtad a Perón y al movimiento era concebida por el régimen como más importante que la lealtad a cualquier otra cosa.⁹⁰

Se trataba también de la transferencia al plano religioso de la voluntad de proteger los derechos de minorías y de grupos marginados frente a grupos de privilegiados. El peronismo era mostrado como un conglomerado en el que podían encontrar su sitio todos los argentinos decentes que apoyaran el proyecto justicialista. Las identidades étnicas se volvieron menos amenazadoras del concepto de “argentinidad”. En lugar de fomentar el crisol de razas tradicional, el régimen otorgó una creciente legitimidad a las “identidades con guión” o identidades múltiples, y puso énfasis en la amplia variedad de fuentes culturales sobre las que se cimentaba la sociedad argentina. De este modo, las autoridades concedieron un reconocimiento sin precedentes a las diferencias multiculturales. En estas circunstancias, sobre todo durante la segunda presidencia de Perón, fue más fácil movilizar el apoyo de ciertos sectores de la colectividad judeoargentina al peronismo.

La Argentina, ¿“paraíso de fugitivos nazis”?

En su libro *Justice, Not Vengeance*, publicado en 1989, Simon Wiesenthal escribió que “en la Argentina de Perón, los nazis gozaron en gran medida de poder e influencia. Fueron quienes organizaron el ejército argentino, los expertos de la industrialización argentina, y su dinero contribuyó a la solvencia de los bancos argentinos. Eichmann podía sentirse tranquilo en la Argentina”.⁹¹ Wiesenthal refleja en estas palabras una opinión muy difundida durante muchos años sobre que la Argentina, en general, y el régimen peronista, en particular, fueron el principal refugio de los criminales de guerra nazis tras la derrota del Tercer Reich. Distintos escritos, sobre todo periodísticos, hablaban de decenas de miles de criminales nazis refugiados en el país del Plata.⁹²

La exageración de tales descripciones llevó a los adeptos de Perón a negar de forma casi absoluta el hecho de que en la segunda mitad de la década del cuarenta se hubieran cobijado en su país personajes que habían tenido alguna relación con el proceso de exterminio de los judíos europeos, con los

mecanismos bélicos alemanes o con los de la propaganda nazi. Por ejemplo, el historiador peronista Fermín Chávez fue citado por la prensa del año 1992 como quien afirmó que Eichmann había sido el único criminal de guerra que halló refugio en Argentina.⁹³ Del expresidente argentino se ha llegado a decir que, en la medida “en que jamás se pronunció en contra de los excesos de Adolf Hitler y sus seguidores, lo mejor que puede decirse de la actitud de Perón respecto al nazismo es que no emitió juicio alguno”.⁹⁴

Una serie de investigaciones publicadas a lo largo de los años noventa, así como las conclusiones de la Comisión para el Esclarecimiento de las Actividades del Nazismo en Argentina (CEANA), designada por el presidente Carlos Saúl Menem, permiten obtener un cuadro más claro sobre el alcance del fenómeno, aunque numerosas cuestiones no se han resuelto y muchos de los documentos no han sido encontrados ni publicados. Todo debate sobre esta cuestión tan sensible debe considerar cuatro puntos de partida. El primero es que la Argentina de aquellos días, al igual que otros países, quería fomentar la inmigración de científicos, ingenieros, técnicos y expertos militares capacitados en Alemania y que trabajaron allí hasta 1945, para que pudieran aportar su conocimiento a los programas de desarrollo, la industrialización y la modernización del país. Al finalizar la guerra, muchos países intentaron captar a los mejores científicos alemanes. Las dos principales potencias tuvieron para ello sendos operativos, bajo los nombres codificados de “Paperclip” (Estados Unidos) y “Osvakim” (Unión Soviética).⁹⁵ En sus memorias grabadas, Perón se refirió a ello sin tapujos ni reticencias morales:

¿Qué mejor negocio para la República Argentina que traer a hombres de ciencia y técnicos? Lo que a nosotros nos costaba un pasaje de avión, a Alemania le había costado millones de marcos invertidos en la formación de esos científicos y técnicos.⁹⁶

Perón mandó abrir oficinas en Europa para reclutar a profesionales de ese

tipo.⁹⁷ Entre estos emigrantes había, como era lógico suponer, exnazis y gente que apoyó al régimen hitleriano. Los científicos y técnicos alemanes se integraron rápidamente en la industria militar y en las instituciones académicas; estuvieron asociados al desarrollo y la producción de armas y a la creación de la infraestructura del programa de investigación nuclear argentino. El proyecto nuclear en la isla Huemul, cercana a la ciudad patagónica de Bariloche, fue iniciado por el científico austriaco Ronald Richter, que había llegado a la Argentina en 1948.⁹⁸ El más prominente de los científicos emigrados a ese país fue Kurt Tank, uno de los expertos en aerodinámica de la Luftwaffe, quien erigió junto a la ciudad de Córdoba el Instituto de Aviación, reinstalando en la provincia mediterránea el plantel con el que había trabajado en Europa.⁹⁹ Expertos oficiales de la Luftwaffe, entre los cuales el más destacado fue el varias veces condecorado as de la aviación germana durante la guerra, Hans-Ulrich Rudel,¹⁰⁰ se desempeñaron como pilotos de pruebas de la Fábrica Militar de Aviones.¹⁰¹ Otros comenzaron a trabajar en diversas universidades; en la de Tucumán, por ejemplo, durante los años cincuenta, un tercio del cuerpo docente era de origen alemán.¹⁰²

En segundo lugar, cabe enfatizar que en numerosos casos no se trató de una política clara y coherente, dictada por el gobierno nacional, sino de visados expedidos por cónsules y funcionarios de migración siguiendo criterios variopintos, con decisiones adoptadas en un nivel inferior o, sencillamente, obtenidas mediante soborno. El cónsul argentino en Barcelona, por ejemplo, lucró con la venta de pasaportes de su país a agentes alemanes después de terminada la guerra.

En tercer lugar, muchos de los alemanes llegados a las costas argentinas lo hicieron con identidades y documentos falsos, que les fueron suministrados por personal jerárquico de la Iglesia Católica en Europa, como por ejemplo el rector del Colegio Teutónico Pontificio de Roma, el obispo germano Alois Hudal, ferviente creyente en la grandeza de la nación alemana y convencido antisemita y

antisionista, o emitidos sin control por el Comité Internacional de la Cruz Roja.¹⁰³ Una red de conventos, que se extendía desde Alta Baviera, pasando por Austria y llegando a Génova, Roma y Nápoles, fue una de las rutas usadas en su fuga por aquellos alemanes. Varias instituciones internacionales presionaron en diversas ocasiones a las autoridades argentinas para que aceptaran a determinados emigrantes, aunque fueran partidarios de Hitler, con el pretexto de que sus vidas corrían peligro en caso de permanecer en Europa Oriental y Central, al alcance de las tropas de ocupación del Ejército Rojo. Al menos a partir de 1947, había en las esferas dirigentes de los Estados Unidos mayor interés en la rehabilitación de Europa y en frenar la amenaza comunista que en localizar criminales de guerra y colaboradores del nazismo.¹⁰⁴ El cuarto y último punto es que ya en el siglo XIX, las élites argentinas habían expresado su preferencia por los inmigrantes del norte del Viejo Continente, con la esperanza de que ellos “mejoraran” la población del país.¹⁰⁵ Por lo menos desde este punto de vista, puede verse una mayor tendencia a la continuidad que al cambio en la política migratoria argentina de los siglos XIX y XX.

Según la detallada investigación del historiador germano Holger Meding, unos 80 mil alemanes y austríacos llegaron a la Argentina en la década del gobierno peronista (1946-1955), que coincidió con el primer decenio posterior a la guerra. Alrededor de tres cuartas partes de dicho flujo continuó luego hacia otros destinos en América del Sur, como Bolivia, Chile o Paraguay, o bien regresaron a Europa, desilusionados con las perspectivas en el continente americano. El resto, unos 19 mil alemanes y austríacos, se estableció en Argentina. El número oscila entre 30 mil y 40 mil si se incluye a personas de origen alemán provenientes de otros países de Europa Oriental y Central que habían sido conquistados por fuerzas soviéticas. La adaptación de muchos de los nuevos inmigrantes fue facilitada por la antigua colonia alemana residente en Argentina, que contaba con alrededor de 250 mil personas antes del estallido de la contienda, y que tenía prestigio e influencia en círculos industriales, comerciales, militares y académicos.¹⁰⁶ Durante los años en que Europa estaba

en llamas, esta colonia contaba con pronazis y antinazis, además de algunos que tenían un reducido interés en la política. La propaganda hitleriana y el dinero que había fluido directamente desde Alemania, o por intermedio de su embajada en Buenos Aires, captaron el apoyo evidente de muchos de ellos al Tercer Reich, particularmente en los primeros años de la guerra, cuando parecía que las probabilidades de victoria de los países del Eje eran grandes.¹⁰⁷

De cualquier manera, debe hacerse una distinción entre aquellos emigrantes que fueron partidarios del Tercer Reich y/o miembros del Partido Nacionalsocialista y aquellos que eran criminales de guerra. La CEANA permitió la identificación personal de 180 nazis o colaboradores, y los cálculos más serios en la actualidad indican que habrían llegado unos cincuenta criminales de guerra. El individuo de mayor rango dentro del aparato nazi sería el viceministro de Transporte Albert Ganzenmüller. El resto estaría compuesto por miembros de inferior jerarquía en la toma de decisiones del régimen nazi, siendo los más conocidos Adolf Eichmann y Josef Mengele, el “ángel de la muerte de Auschwitz”, que llevó a cabo experimentos médicos usando a niños, jóvenes, mellizos y enanos como objetos de laboratorio. Mengele llegó a la Argentina en junio de 1949 bajo el nombre de Helmut Gregor y a fines de la década del cincuenta emigró al Paraguay.¹⁰⁸ La macabra lista de personajes siniestros incluyó también a Walter Kutschmann, oficial de las SS y miembro de la Gestapo (Policía Secreta del Estado) en la zona ocupada de Galitzia, que en enero de 1948 se presentó a las autoridades migratorias argentinas con un pasaporte español extendido a nombre de Andrés Ricardo Olmo. Eduard Roschmann, conocido por su apodo de “el carnicero de Riga”, ciudad de cuyo gueto fue comandante, llegó a las costas argentinas en octubre de 1948 como Federico Wegner; Erich Priebke, oficial de las S.S. involucrado en la masacre de 335 italianos en las Fosas Ardeatinas en las inmediaciones de Roma, en 1944, llegó a la Argentina en noviembre de 1948; Josef Schwammberger, comandante del gueto de Przemysl, llegó en marzo de 1949;¹⁰⁹ Gerhard Bohne, vinculado al proyecto de eutanasia de enfermos mentales e inválidos, ingresó al país en

1949; Klaus Barbie, “el carnicero de Lyon”, pasó por Buenos Aires en 1951, camino a Bolivia.¹¹⁰ Varios de ellos estuvieron en las miras de los cazadores de nazis durante largos años, hasta que fueron extraditados a Alemania, Francia o Italia, para rendir cuentas ante los tribunales por sus delitos de lesa humanidad. Las autoridades argentinas, bajo la presidencia de Juan Perón o de otros, en las décadas siguientes, no hicieron demasiados esfuerzos por intentar ubicarlos y someterlos a juicio. Es más, en varias oportunidades pusieron obstáculos que dificultaron o imposibilitaron la extradición.¹¹¹

Tras la derrota del Eje, no solo alemanes llegaron a la Argentina.¹¹² Miles de ucranianos, croatas y yugoslavos huyeron del arrollador avance de los tanques rusos y llegaron a Italia. Con la ayuda de sus congéneres que ya vivían en América del Sur, el apoyo del Vaticano y, en algunos casos, la intervención norteamericana o británica, más de veinte mil se dirigieron hacia Argentina, en la que imperaba el régimen anticomunista de Perón. Muchos de ellos habían colaborado con las fuerzas nazis de ocupación, pero ante la nueva coyuntura internacional, sobre el trasfondo de la Guerra Fría que escalaba aceleradamente, la dicotomía entre fascismo y democracia que caracterizó a la Guerra Mundial dejaba paso a la dicotomía entre el comunismo y la democracia. En tales circunstancias eran muchos los que estaban dispuestos a olvidar los pecados pasados de quienes colaboraron con el Tercer Reich. Se estima que hablamos de alrededor de diez mil yugoslavos (de los que la mitad eran croatas), seis mil polacos y un número similar de rusos y ucranianos. Al contrario que en el caso de los refugiados alemanes, quienes por lo general no ocupaban las más altas instancias de poder, entre los refugiados de países colaboracionistas con el Tercer Reich sí que se encuentran individuos de esa jerarquía. En esta categoría destacan particularmente Ante Pavelić y la plana mayor del gobierno de los ustachas de Croacia, llegados a las costas del Plata en 1948; Jan Durcansky, líder eslovaco responsable de masacres de ciudadanos checos a partir de noviembre de 1944; Radislaw Ostrowski, líder del gobierno marioneta implantado por los nazis en Bielorrusia.¹¹³ En 1970, mientras se encontraba en

el exilio en la España de Franco, Perón admitió haber otorgado asilo a miles, movido por “un sentimiento humanitario”, autorizando la entrada de “5.000 croatas, cuyas vidas estaban amenazadas por el régimen de Tito”.¹¹⁴ Otro colectivo destacado que escogió a la Argentina como destino después de la guerra fue el de los fascistas italianos, entre los que se incluían Vittorio Mussolini, hijo del Duce, figuras encumbradas del partido como Carlo Scorza y Dino Grandi, el general Mario Roatta, que comandó a los “voluntarios” italianos que combatieron junto a los nacionalistas en la Guerra Civil en España, entre otros.¹¹⁵

Cronológicamente, las acusaciones a la Argentina como refugio nazi se forjaron inicialmente durante el propio período de la contienda mundial. La inclusión de los norteamericanos en el esfuerzo bélico aliado tras el ataque en Pearl Harbor desató en su país una obsesión sobre la presencia de agentes nazis en el país del Plata. Sin embargo, la exageración, rayana en la fantasía en muchas ocasiones, acerca de una serie de tramas relacionadas con el apoyo argentino a refugiados nazis desde el momento en que el equilibrio bélico se decanta irremisiblemente del lado de los Aliados, se verá potenciada por los esfuerzos de la oposición argentina en el exilio para deslegitimar al gobierno militar. Entre las acusaciones se incluyen referencias a una posible llegada del mismísimo Führer a la Argentina. Esta serie de exageraciones sobre la presencia real de fugitivos nazis en el país será reelaborada en la década del ochenta por una nueva hornada de escritos, de dudosa rigurosidad académica, que ayudaron a enturbiar aún más la posibilidad de un conocimiento matizado sobre el tema.

La primera aparición de lo que a la larga sería una sucesión de leyendas sobre la huida de altos jefes nazis hacia Argentina se produce en el marco de la desinformación propia de la propaganda bélica. Los británicos, tratando de minar la moral de la población alemana en la etapa final de la guerra, reproducen unas informaciones deliberadamente falseadas sobre la supuesta huida, en un submarino cargado de riquezas, de Hitler y de su secretario personal Martin Bormann. Esta información llegó a darse como válida por Stalin y por el

mariscal soviético Gueorgui Zhúkov, desconocedores de la fábula británica pero interesados en la veracidad de esas invenciones para sus propios planes de guerra. Ambos encontraron en la comunidad de argentinos exiliados en Uruguay un público dispuesto a dar validez a esos informes. Recién en los años ochenta quedó aclarada la existencia de una campaña anglosajona de desinformación, debido a los trabajos del historiador canadiense Ronald Newton.

Diversos mitos y leyendas que narraban historias similares sobrevivieron al punto final de la guerra, adoptando distintas formulaciones en las décadas sucesivas. En la que se inicia en 1980 emerge un ciclo de escritos que pretenden demostrar la realidad de esos oscuros relatos de posguerra. Uno de los argumentos centrales de esta literatura gira alrededor de la existencia de un plan elaborado por las más altas instancias de la jerarquía nazi y los industriales y financieros más relevantes del Reich, para diseñar una huida de la Alemania derrotada y una posterior recuperación de los activos económicos rescatados del país, de forma que fuese posible un futuro renacimiento del régimen nazi. Para coordinar todas esas acciones se habría creado una organización clandestina, la famosa ODESSA. Esta organización, de acuerdo a la literatura revisionista referida, se gestó en una conferencia que se habría realizado en Estrasburgo en agosto de 1944, y que habría sido descubierta en un informe secreto de la inteligencia estadounidense. A este informe le concedió gran importancia Simon Wiesenthal en 1961, e incluso los servicios de seguridad de la República Democrática Alemana, la Stasi, iniciaron una investigación que quedó inconclusa en 1968. Con la documentación existente no se puede demostrar la participación en la cita de 1944 de cargos de alta graduación en la estructura nazi, así como tampoco la existencia de un plan minucioso para la fuga de capitales. En cualquier caso, la falta de rigurosidad demostrada en los años ochenta por los escritores revisionistas respecto al tratamiento de la evidencia documental sobre la reunión de Estrasburgo, permite definir la interpretación hecha por estos escritores como “un dislate, efectivamente perteneciente al reino de las leyendas e historias fraguadas”.¹¹⁶

Los argumentos en los que mayor énfasis pondría la escritura revisionista eran aquellos que pretendían demostrar la huida de Hitler y Bormann a la Argentina, desafiando la investigación del juez estadounidense Michael Musmanno, quien a finales de los años cuarenta había confirmado la autenticidad de la versión sobre el suicidio de Hitler, así como la investigación del historiador británico Hugh Trevor-Roper, quien ya a finales de 1945 había llegado a esa misma conclusión. Aquellas afirmaciones sobre la huida de ambos se basaban en una serie de relatos de posguerra, sin evidencia documental que los sustentara. Entre ellos destaca el conocido como operación Ultramar Sur, según el cual una flota de submarinos, cuya cifra varía en función de las distintas versiones, habría evacuado a Hitler, Bormann y otros dirigentes de Alemania hacia la Argentina, cargados de oro, con la connivencia de los servicios secretos de Estados Unidos y Gran Bretaña. Tales elucubraciones se apoyaban en la imposibilidad de encontrar los cadáveres de los líderes nazis. La realidad es que a pesar de que los escritores revisionistas apuntaban a una posible muerte de Bormann en Paraguay, su cuerpo apareció en Berlín en la década del setenta, y el propio Wiesenthal, quien con anterioridad había expresado dudas sobre el final de Bormann, dio por buena la versión oficial de su muerte. Rumores sobre su huida a través de España, que habían sido publicitados por la oposición a Perón en el exilio, fueron calificados en 1948 por el FBI como parte de una “historia fantástica”.¹¹⁷

En cuanto al Führer, a finales de los años ochenta Jeff Kristenssen, seudónimo del escritor argentino Manuel Monasterio, publica una versión sobre su muerte en el país austral. Ella estaba basada exclusivamente en el presunto testimonio de uno de los tripulantes de la nave que hipotéticamente había utilizado Hitler para su huida. Por supuesto, la identidad del testigo no era revelada en la obra de este autor, impidiendo comprobar no solo la autenticidad del relato sino la propia existencia real del informante. A esta publicación siguieron otras en la misma línea, con idéntica falta de apoyo documental. Resulta quizá paradójico que fuera Zhúkov (el mismo mariscal soviético que ayudó a difundir las falaces informaciones británicas sobre la fuga de Hitler de Alemania, en el marco del

esfuerzo bélico del final de la guerra) quien despejara dudas sobre la muerte del Führer. En sus memorias, traducidas al inglés en los años setenta y por tanto disponibles para los autores revisionistas que insistirían una década más tarde con la fuga de Hitler a la Argentina, Zhúkov reconoce que, a pesar de la veracidad que él había concedido en un primer momento a la versión de la huida, investigaciones soviéticas posteriores confirmaban la muerte de Hitler en Berlín en el período final del conflicto bélico.

Uno de los temas que más ha dado lugar a especulaciones sobre la vinculación del gobierno argentino con la fuga de criminales de guerra nazis ha sido el relacionado con la expedición de pasaportes y visados a estos últimos para facilitar su huida y posterior refugio. Wiesenthal cifró inicialmente esta ayuda en alrededor de 7.500 documentos, rebajándola a dos mil en 1993. Otras versiones, donde nuevamente abundan las informaciones provenientes de los escritores revisionistas mencionados, elevaban exponencialmente el número de documentos, sin aportar pruebas veraces para sostener esas estimaciones. En todo caso parece estar fuera de duda la existencia de pasaportes, según queda confirmado por fuentes diplomáticas argentinas de aquel período. Estos documentos, de difícil cuantificación, pudieron ser entregados en 1948 en Génova al padre José Silva, el clérigo elegido por el gobierno peronista para que los distribuyera a un grupo de receptores potencialmente amplio. Fueron repartidos en función de las preferencias ideológicas de este clérigo. En cualquier caso, la detención en Copenhague de uno de los colaboradores de Kurt Tank con uno de esos pasaportes, hizo que este método fuera desplazado por los fugitivos en favor de los documentos que expedía la Cruz Roja, con los que el grueso de criminales de guerra nazis y otros colaboradores entrarían a la Argentina.

Sería la hostilidad hacia las autoridades argentinas por parte del embajador Braden la que promoviera una complicidad norteamericana a la hora de exagerar la implicación del gobierno con la cobertura dada a jefes nazis, y la reproducción de historias fantásticas al respecto. En esta complicidad se debe enmarcar la publicación del comentado *Libro Azul*. Debido a las necesidades

resultantes de la creciente tensión norteamericana con los soviéticos, esa actitud se iría gradualmente suavizando, con la intención de obtener una mayor cooperación del país del Plata. Desde entonces, la concentración de los esfuerzos por desprestigiar al gobierno argentino en base a sus vinculaciones con los poderes del Eje quedaba en manos de la oposición en el exilio.

Sin embargo, es la captura de Eichmann en mayo de 1960, por agentes del Mossad israelí, lo que provocó un interés internacional en el tema de la entrada de criminales de guerra nazis, en general, y en la política del gobierno peronista en particular. El oficial de las SS se convirtió en símbolo de las atrocidades cometidas por el gélido aparato burocrático que estuvo a cargo de la ejecución de la “solución final de la cuestión judía”. Cuando se publicó que su entrada en Argentina sucedió en 1950, en el mes de julio, se reforzó la imagen filonazi de Perón a los ojos de muchos. El hecho de que haya llegado portando documentos emitidos por la Cruz Roja Internacional, a nombre de Ricardo Klement, de estado civil soltero, y que haya vivido los siguientes diez años marginado de la vida política y social y en la penuria económica, no impidió a los detractores del peronismo aprovecharlo como una prueba adicional del carácter supuestamente fascista de ese movimiento político.

57 Neal Bascomb, *Hunting Eichmann*. Nueva York: Houghton Mifflin Harcourt, 2009; Raanan Rein, “Reconsiderando el caso Eichmann”, en: *Todo es Historia*, N° 559, febrero 2014, 6-26.

58 Victoria Allison, “White Evil: Peronist Argentina in the US Popular Imagination Since 1955”, en: *American Studies International*, Vol. XLII, N° 1, 2004, 4-48.

59 *New York Times*, 22.3.1997, 23.

60 Ver la explicación que diera Perón al embajador norteamericano y su

comparación entre la actitud de su país y la política de Suecia durante la contienda: “Memorandum of a Conversation with President Perón”, 5.2.1953, NA 611.35/2-553.

61 Existe una vasta literatura sobre el tema y sobre las relaciones argentinas con los Estados Unidos y Gran Bretaña en aquellos años. Ver, entre otros, David Sheinin, *Argentina and the United States: An Alliance Contained*. Athens, Georgia: University of Georgia Press, 2006; Joseph S. Tulchin, *Argentina and the United States: A Conflicted Relationship*. Boston: Twayne, 1990, cap. 6; Carlos Escudé, *Gran Bretaña, Estados Unidos y la declinación argentina, 1942-1949*. Buenos Aires: Belgrano, 1983; Mario Rapoport, *Gran Bretaña, Estados Unidos y las clases dirigentes argentinas, 1940-1945*. Buenos Aires: Belgrano, 1980.

62 Sobre los enfrentamientos entre la Argentina y los Estados Unidos en las conferencias panamericanas, ver: David Sheinin, *Searching for Authority: Pan-Americanism, Diplomacy and Politics in United States-Argentine Relations, 1910-1930*. Nueva Orleans: University Press of the South, 1998; Thomas F. McGann, *Argentina, the U.S., and the Inter-American System, 1880-1914*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1957.

63 Sobre los nacionalistas de las décadas del treinta y cuarenta, ver: Finchelstein, *The Ideological Origins of the Dirty War...*; Sandra McGee Deutsch, *Las Derechas...*; David Rock, *Authoritarian Argentina—The Nationalist Movement, Its History and Its Impact*. Berkeley: University of California Press, 1993; Enrique Zuleta Álvarez, *El nacionalismo argentino*. Buenos Aires: La Bastilla, 1975.

64 Sobre las influencias alemanas en las Fuerzas Armadas, ver Elizabeth B. White, *German Influence on the Argentine Army, 1900-1945*. Nueva York: Garland, 1991; G.P. Atkins y L.V. Thompson, “German Military Influence in Argentina, 1921-1940”, en: *Journal of Latin American Studies*, Vol. 4, N° 2, 1972, 257-284.

65 Ver Sumner Welles, *The Time for Decision*. Nueva York: Harper and Brothers, 1944, 228-232; R.A. Humphreys, *Latin America and the Second World War*. Londres: Athlone Press, 1981, Vol. I, 165-181.

66 Sobre la actitud británica ante la neutralidad argentina, ver entre otros a Rapoport, *Gran Bretaña...*, particularmente el capítulo 3, así como las memorias del

entonces embajador inglés en Buenos Aires, David Kelly, *The Ruling Few*. Londres: Hollis & Carter, 1952, 287-314.

67 La Revolución de junio de 1943 y sus antecedentes se explican en Robert A. Potash, *The Army and Politics in Argentina...*, cap. 7; Enrique Díaz Araujo, *La conspiración del 43*. Buenos Aires: La Bastilla, 1971.

68 Las relaciones entre la Argentina y Bolivia se tratan en Beatriz Figallo, “Bolivia y la Argentina: los conflictos regionales durante la Segunda Guerra Mundial”, en *EIAL*, Vól. 7, N° 1, 1996, 107-125.

69 U.S. Department of State, *Consultation Among the American Republics with Respect to the Argentine Situation*, Washington D.C.: 1946, 6-17; Robert A. Potash, *The Army and Politics in Argentina...*, 169-173, 222-223; Beatriz J. Figallo, “La Argentina y España durante la Segunda Guerra Mundial”, en: *Res Gesta*, enero-junio 1988, 69-83; Mónica Quijada y Víctor Peralta Ruiz, “El triángulo Madrid-Berlín-Buenos Aires y el tránsito de bienes vinculados al Tercer Reich desde España a la Argentina”, en: *Ciclos*, Vól. X, N° 19, 2000, 129-148.

70 Cordell Hull, *The Memoirs*. Nueva York: Macmillan, 1948, Vól. II, 100-101; Ronald C. Newton, *The “Nazi Menace” in Argentina, 1931-1947*. Stanford: Stanford University Press, 1992, Parte II.

71 Cordell Hull, *The Memoirs*, Vól. II, 1405-1408.

72 Sobre las actividades de espionaje y propaganda de agentes alemanes en la Argentina, ver Leslie B. Rout y John F. Bratzel, *The Shadow War: German Espionage and United States Counterespionage in Latin America during World War II*. Fredrick, MD: University Publications of America, 1986, cap. 7-8.

73 C.A. MacDonald, “The Politics of Intervention: The U.S. and Argentina, 1941-1946”, *Journal of Latin American Studies*, Vól. 12, N° 2, 1980, 365-396, 386; Joseph S. Tulchin, *Argentina and the United States...*, 92; David Kelly, *The Ruling Few*, 307.

74 U.S. Department of State, *Consultation*. La respuesta oficial y detallada a estas acusaciones se publicó aproximadamente un mes después de las elecciones. Ver Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, *La República Argentina y el “Libro Azul”*. Buenos Aires: 1946. Ver asimismo Gary Frank, *Juan Perón vs. Spruille*

Braden: *The Story Behind the Blue Book*. Lanham, MD: University Press of America, 1980; Spruille Braden, *Diplomats and Demagogues*, New Rochelle, N.Y.: Arlington House, 1971.

75 Citado en Robert A. Potash, *The Army and Politics in Argentina...*, 41. Parece que el gobierno argentino llegó a considerar la ruptura de relaciones diplomáticas con Estados Unidos como consecuencia de la publicación del *Libro Azul*. Ver Alberto P. Vannucci, "Elected by Providence: Spruille Braden in Argentina in 1945", en: C.N. Ronning y A.P. Vannucci (ed.), *Ambassadors in Foreign Policy: The Influence of Individuals on U.S.-Latin American Relations*. Nueva York: Praeger, 1987, 62.

76 Cabot al Departamento de Estado, 25.2.1946, en: *FRUS*, 1946, Vol. XI, 221-222, 233-234.

77 Haim Avni, *Argentina y las migraciones judías...*, 523-524.

78 Leonardo Senkman, "Etnicidad e inmigración durante el primer peronismo".

79 Lightman a JDC, 17.7.1944, AJC Files, Caja 2; Loris Zanatta, *Perón y el mito de la nación católica: Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo (1943-1946)*. Buenos Aires: Sudamericana, 1999, 115-221.

80 Citado en Haim Avni, *Emancipación y educación judía...*, 95.

81 El mismo fenómeno ocurriría después de que el Decreto cobrara vigencia de Ley, en la segunda mitad de la década del cuarenta. Ver *AJYB*, Vol. 51 (1950), 265.

82 Sobre esta Pastoral y la postura de la Iglesia durante la campaña electoral, ver *Criterio*, Buenos Aires, 22.11.1945; Lila Caimari, *Perón y la Iglesia Católica*. Buenos Aires: Ariel, 1994, 94-100; Loris Zanatta, *Perón y el mito de la nación católica...*, 400-438.

83 Sobre el peronismo y la doctrina social de la Iglesia, ver Cristian Buchrucker, *Nacionalismo y peronismo: la Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*. Buenos Aires: Sudamericana, 1987, 305-308.

84 Entrevistas del autor con Joaquín Díaz de Vívar, que condujo el debate en el Congreso por parte del bloque mayoritario (Buenos Aires, 22.6.1989); con Rodolfo Decker, que fue presidente del bloque peronista (Buenos Aires, 31.8.1989) y con Cipriano Reyes, que por aquel entonces ya había abandonado el peronismo y

naturalmente se oponía a esa ley (Quilmes, 15.9.1989).

85 Orestes D. Conñalonieri, *Perón contra Perón*. Buenos Aires: Antigua, 1956, 254-255.

86 El memorando se reproduce en forma íntegra en Haim Avni, *Emancipación y educación judía...*, apéndice B, documento 4, 186-187.

87 Sobre la Ley de Educación y su aprobación, ver República Argentina, *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, 1946, Vól. X, 568-879; Virginia Leonard, *Politicians, Pupils and Priests. Argentine Education since 1943*. Nueva York: P. Lang, 1989, 82-90; Susana Bianchi, “Iglesia Católica y peronismo: la cuestión de la enseñanza religiosa (1946-1955)”, en: *EIAL*, Vól. 3, N° 2, 1992, 89-103.

88 Citado en Haim Avni, *Emancipación y educación judía...*, 84.

89 Entrevista del autor con el padre Hernán Benítez (Buenos Aires, 29.6.1989), y carta de Perón a Pío XII, 28.3.1947, copia de la cual fue entregada por el padre Benítez al autor.

90 Esta es la tesis de Lila Caimari, “Peronist Christianity and Non-Catholic Religions: Politics and Ecumenism (1943-1955)”, en: *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies*, Vól. 20, N° 39-40, 1995, 105-124.

91 Simon Wiesenthal, *Justice Not Vengeance: Recollections*. Nueva York: Grove Press, 1990, 76.

92 En publicaciones periodísticas de fines de la guerra se escribió no solo que en la Argentina se constituiría el IV Reich, sino que bajo las órdenes del régimen militar se habían erigido “campos de concentración”. Ver, por ejemplo, Ray Josephs, *Argentine Diary: The Inside Story of the Coming of Fascism*, 193.

93 Ignacio Klich, “The Nazis in Argentina: Deconstructing Some Myths”, en: *Patterns of Prejudice*, Vól. 29, N° 4, 55.

94 Prólogo de Joseph A. Page, en Ignacio Klich y Cristian Buchrucker, *Argentina y la Europa del nazismo. Sus secuelas*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2009, 7.

95 Linda Hunt, *Secret Agenda: The United States Government, Nazi Scientists, and Project Paperclip, 1945 to 1990*. Nueva York: St Martin's Press, 1991; Tom Bower, *The Paperclip Conspiracy: The Hunt for Nazi Scientists*. Boston: Little Brown & Co, 1987; Christopher Simpson, *Blowback: America's Recruitment of*

Nazis and Its Effects on the Cold War. Nueva York: Weidenfeld & Nicolson, 1988. En América Latina sobresalieron la Argentina y Brasil en sus esfuerzos por aprovechar este potencial humano, ver Carlos De Nápoli, *Los científicos nazis en la Argentina*. Buenos Aires: EDHASA, 2008.

96 Torcuato Luca de Tena *et al.*, *Yo, Juan Domingo Perón*. Barcelona: Planeta, 1976, 86; Eugenio P. Rom, *Así hablaba Juan Perón*. Buenos Aires: A. Peña Lillo, 1980, 107-108.

97 Holger M. Meding, “Refugio seguro. La emigración alemana de la posguerra al Río de la Plata”, en: Beatriz Gurevich y Carlos Escudé (comp.), *El genocidio ante la historia y la naturaleza humana*. Buenos Aires: GEL, 1994, 254-255; H. Meding, *La ruta de los nazis en tiempos de Perón*. Buenos Aires: Emecé, 1999.

98 Perón anunció ya a comienzos de los años cincuenta la obtención de logros espectaculares en el área de la producción nuclear y que la Argentina se había convertido en una potencia en el tema. Entre otras cosas, el Presidente anunció que el país ya se encontraba en condiciones de vender energía atómica en botellas de un litro y medio, “para uso familiar e industrial”. Estas declaraciones demostraron muy pronto carecer de todo rigor, lo que causó gran alegría en las filas de la oposición. Ver: Orestes D. Confalonieri, *Perón contra Perón*, 214; Joseph A. Page, *Perón...*, 225-227; Ronald C. Newton, *The “Nazi Menace”...*, 378-379; Mario Mariscotti, *El secreto atómico de Huemul*. Buenos Aires: Sudamericana/Planeta, 1985. A fines de 1952 Richter fue arrestado en secreto y recién recobró su libertad después de derrocado Perón.

99 Sobre la carrera profesional de Tank, ver Wolfgang Wagner, *Kurt Tank: Focke Wulf's Designer and Test Pilot*. Atlgen, PA: Schiffer, 1999; Heinz Conradis, *Design for Flight: The Kurt Tank Story*. Londres: Macdonald, 1960.

100 Rudel regresó a Alemania en 1952 y se dedicó allí a actividades neonazis. Tenía una deuda de gratitud hacia Perón, cuya “admiración por Alemania y todo lo alemán era genuina”. Ver Ronald C. Newton, *The “Nazi Menace”...*, 381.

101 Ricardo Burzaco, “Los científicos alemanes y Perón”, en *Todo es Historia*, mayo 1995, 14-15; Ignacio Klich, “La pericia científica alemana en el amanecer del proyecto nuclear argentino y el papel de los inmigrantes judíos”, en: *Boletín del*

Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani", N° 10, 1994.

102 Judith Laikin Elkin, *The Jews of Latin America*, 83. Entre los nombres más destacados puede mencionarse el del doctor Heinz Brockner, que fue profesor de genética en la Universidad de Buenos Aires.

103 Ver Mark Aarons y John Loftus, *Unholy Trinity*. Nueva York: St. Martin's, 1991, cap. 2; Fernando Devoto, "Inmigrantes, refugiados y criminales en la 'vía italiana' hacia la Argentina en la segunda posguerra", en: *Ciclos*, N° 19, 2000, 151-175. En un informe que envió en 1947 al Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto el embajador Conrado Traverso, se refiere a que el Papa Pío XII veía positivamente la predisposición del gobierno y del pueblo argentino a aceptar a aquellos refugiados que se vieron forzados a abandonar Europa tras la derrota del fascismo. Ver el prólogo de Beatriz Gurevich en DAIA, *Proyecto Testimonio*. Buenos Aires: Planeta, 1998, tomo I, 55.

104 El general John Hildring, subsecretario de Estado para la Europa ocupada, aclaró en febrero de 1947 a uno de los representantes argentinos en Washington que "el gobierno de los Estados Unidos considera que toda nación americana debe gozar de independencia y total libertad de acción en todo cuanto se refiere a la solución del problema de los refugiados y de la manera que considere como más adecuada a sus intereses". Citado en Leonardo Senkman, "Las relaciones EE.UU.-Argentina y la cuestión de los refugiados de la post-guerra, 1945-1948", en: *Judaica Latinoamericana*, Vol. I, 1988, 91.

105 Véase al respecto Carl Solberg, *Immigration and Nationalism...*

106 Ver Ronald C. Newton, *German Buenos Aires, 1900-1930: Social Change and Cultural Crisis*. Austin: University of Texas Press, 1977.

107 Stewart Edward Sutin, "The Impact of Nazism on the Germans of Argentina", tesis doctoral inédita, University of Texas, 1975; Carlota Jackisch, *El nazismo y los refugiados alemanes en la Argentina 1933-1945*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano, 1997.

108 Gerald L. Posner y John Ware, *Mengele—The Complete Story*. Nueva York: Cooper Square Press, 1986, especialmente cap. 5-7; Gerald Astor, *The "Last" Nazi: The Life and Times of Dr. Joseph Mengele*. Nueva York: Donald I. Fine, 1985, cap.

10.

109 Aaron Freiwald y Martin Mendelsohn, *The Last Nazi: Josef Schwammberger and the Nazi Past*. Nueva York: W. W. Norton, 1994, especialmente cap. 9-10.

110 Tom Bower, *Klaus Barbie – The Butcher of Lyons*. Nueva York: Pantheon Books, 1984.

111 Bohne fue en 1966 el primer criminal de guerra nazi extraditado por la Argentina (a Alemania Occidental). Kutschmann, cuya presencia en la Argentina fue revelada recién a mediados de los años setenta, murió en el país sudamericano antes de ser extraditado a Alemania Occidental, donde debía ser juzgado por su participación en el asesinato de judíos en 1941. La República Federal Alemana pidió también la extradición de Schwammberger en 1973, y recién al cabo de casi dos décadas fue deportado a Alemania, tras un largo tira y afloja jurídico. Priebke fue extraditado a Italia 50 años después de haber cometido los crímenes por los que fue juzgado. Pueden verse más detalles en DAIA, *Proyecto Testimonio*.

112 “Actividades de los fascistas europeos en la Argentina” (en hebreo), 24.5.1951, Archivo del Estado de Israel (en adelante AEI) 2575/3.

113 Pávelic vivió en la Argentina durante casi diez años, tras los cuales fijó su residencia en la España franquista; allí fue blanco de un atentado y murió de las heridas causadas al cabo de dos años. Ver Ignacio Klich, “El ingreso a la Argentina de nazis y colaboracionistas”, en: Ignacio Klich y Mario Rapoport, *Discriminación y racismo en América Latina*. Buenos Aires: Latinoamericano, 1997, 401-428; Ignacio Montes de Oca, *Ustashas: el ejército nazi de Perón y el Vaticano*. Buenos Aires: Sudamericana, 2013.

114 Torcuato Luca de Tena *et al.*, *Yo, Juan Domingo Perón*, 85-86.

115 Ronald C. Newton, *The “Nazi Menace”...*, 375.

116 Ignacio Klich y Cristian Buchrucker, “El fin del Tercer Reich y la ‘conexión argentina’ en la bibliografía revisionista”, en: Klich y Buchrucker, *Argentina y la Europa del nazismo...*, 263.

117 *Ibid.*, 271.

CAPÍTULO 3

LA OIA: SECCIÓN JUDÍA DEL PARTIDO PERONISTA

El régimen peronista invirtió muchos esfuerzos para movilizar el apoyo de la comunidad judía argentina. Sin embargo, a pesar de los excelentes lazos con el Estado de Israel y de los numerosos gestos del matrimonio Perón hacia la colectividad, el impacto de estas políticas sigue siendo una cuestión a debatir.

En febrero de 1947 se apersonó un grupo de activistas judíos en el despacho del ministro del Interior, Ángel Borlenghi, para expresarle su apoyo al régimen de Perón y su política. La idea de este gesto fue de Abraham Krislavin, viceministro y cuñado de Borlenghi. Krislavin desempeñaba un cargo público de jerarquía que ningún judío había ocupado hasta entonces. La labor de Krislavin en el Ministerio trascendió lo relativo a cuestiones estrictamente judías, y participó activamente en el diseño de distintas políticas en diversas temáticas.

Borlenghi, que se transformaría en un importante nexo entre la comunidad judía y el gobierno, recibió a los activistas con entusiasmo e incluso los acompañó luego a una entrevista con el Presidente en su despacho. Perón felicitó al grupo por la iniciativa y repitió conceptos que ya había expresado anteriormente, según los cuales no apoyaba ninguna discriminación contra los judíos ni albergaba prejuicios contra ellos: “Solamente anhelo que todos los que vivan aquí se sientan argentinos, que sean realmente argentinos sin tener en

cuenta su origen o su procedencia porque estamos demasiado mezclados en este país para hacer semejante discriminación”.¹¹⁸

El Presidente se sentía molesto por el hecho de que sus rivales políticos lo tildaran injustamente de hostil hacia los judíos: “Tengo la impresión de que mucha gente de la colectividad, que nos ha combatido, lo ha hecho engañada, en su mayor parte, como está engañada la mitad del pueblo argentino por los diarios, que no han omitido medios para difamarnos... Yo voy a demostrar con los hechos que no es cierto”.¹¹⁹ Enfatizaba luego que su interés no se centraba en lo que pensarán o sintieran unos u otros, siempre y cuando aportaran al desarrollo y a la prosperidad de la nación. Como un gesto hacia la colectividad y en un intento de alentar la iniciativa de fragmentar el muro de oposición de las instituciones de esa misma colectividad hacia su régimen, Perón les comentó que, poco menos de una hora antes, había suscrito la orden para que se permitiera la entrada al país y la permanencia en él de los 47 judíos retenidos a bordo del *Campana*. Estos inmigrantes judíos habían llegado al país sin papeles después de que Brasil no les permitiera entrar en su territorio¹²⁰. La DAIA se apresuró a agradecer a Perón:

Magnífico gesto al haber accedido a nuestro pedido de libre desembarco de los inmigrantes del vapor *Campana*, el cual permitirá que se incorporen al país hombres, mujeres y niños que han sufrido años entre la vida y la muerte, que están ansiosos de reiniciar una nueva existencia en nuestra República en un ambiente de trabajo fértil, dentro de la paz, la justicia y la fraternidad.¹²¹

Dos días después de la mencionada entrevista se creaba la Organización Israelita Argentina. Según un memorando secreto del Congreso Judío Mundial, hubo unos “primeros pasos cautelosos para crear una organización judía peronista ya a mediados de 1945”, pero el intento había fracasado entonces debido a la falta de apoyo dentro de la colectividad organizada. Una precursora inmediata de la OIA fue la ONIA (Organización Nacional Israelita Argentina).

Según el testimonio de Alberto Woscoff, su padre Salvador fue el fundador de esta entidad antecesora, a la que luego le habrían quitado la palabra “nacional” por sus connotaciones negativas para los judíos.¹²²

Al parecer, el primer presidente de la OIA fue uno de los hermanos Eduardo o Natalio Cortés (de apellido original Schejtman), oriundos de la santafesina colonia de Moisés Ville.¹²³ A la sazón, Natalio se desempeñaba además como presidente del Hospital Israelita “Ezrah” en Buenos Aires. Entre los fundadores se encontraban también Samuel Rozenstein y el popular periodista deportivo Luis Elías Sojit, así como Salvador Woscoff, Mauricio Nikiprovesky, Julio Jorge Schneider, J. Krasbutch, Samuel Buerdman, Carlos Lokman, Jaime Weitzman, Gregorio Perlmutter, Manuel Grinstein, José Kafia y Jaime Rozovsky.¹²⁴ Muy pronto comenzarán a destacarse también otras figuras, como el industrial textil Sujer Matrajt y el joven abogado Pablo Manguel.¹²⁵ Es decir, se trataba de un grupo de empresarios, comerciantes y profesionales de clase media. De Manuel Scheinsohn, su sobrino refería que “para nosotros era el tío rico”.¹²⁶ De todos modos, por falta de documentación relevante, es más lo desconocido que lo revelado con respecto a esta entidad. Aun así, está bien claro que, por lo menos al principio, la nueva organización competiría con la DAIA por la representación de la comunidad ante las autoridades nacionales.

Un fragmento de la declaración de principios de la OIA expone la posición de los hermanos Cortés y de la organización que presidieron:

Para nosotros, argentinos de origen judío, existe una sola patria, la Argentina, y una sola lealtad, a nuestro conductor Juan Domingo Perón. Hacia Israel, admiración, apoyo a su existencia y lazos de afecto. Los mismos que unen a hijos de italianos con Italia o hijos de españoles con España. No, en cambio, una lealtad como la que profesamos a nuestra tierra, ya que no creemos tener doble nacionalidad. Eso lo deben entender todos nuestros compatriotas bien claramente.¹²⁷

Es decir, abogaban por la integración social de los judíos a través del peronismo y, al mismo tiempo, planteaban una propuesta identitaria que daba primacía a su condición de argentinos, sin renunciar a los componentes judío y sionista de su identidad.

Mientras que la DAIA mantenía su carácter apartidario, principio que garantizaría su existencia desde su fundación en 1935 hasta nuestros días, sobre el trasfondo de los vaivenes que sacudieron al sistema político nacional en tal período, la identidad política de la OIA, en cambio, resultaba obvia. Era una organización peronista.¹²⁸ Lo interesante, y poco conocido, es el hecho de que el mismo presidente de la DAIA, Ricardo Dubrovsky, llegó a afiliarse al Partido Peronista. A mediados de 1953, Dubrovsky fue designado profesor titular de la cátedra de Obstetricia en la Universidad de Buenos Aires. Una vez que conoció esta designación, mandó cartas de agradecimiento a los dirigentes de la OIA, Pablo Manguel y Ezequiel Zobotinsky. Manguel lo felicitó por “tan grata designación que demuestra una vez más lo que nuestro Excelentísimo Presidente piensa sobre los judíos argentinos”.

Este tipo de conducta, de crear organizaciones “paralelas”, era semejante a la estrategia adoptada por Perón en los días del gobierno militar, cuando estaba al frente de la Secretaría de Trabajo y Previsión y alentó la creación de sindicatos que lo apoyasen para contrarrestar la influencia de aquellos que se rehusaban a hacerlo. Los esfuerzos de cooptación fueron dirigidos también hacia otros sectores de la sociedad argentina. No obstante, con el correr del tiempo, se verá que Perón no presionó a la comunidad judía para que se adhiriera a la OIA, y la comunidad mantuvo un alto grado de autonomía. En este sentido, el análisis de las relaciones entre el gobierno y la comunidad judía organizada muestra que el poder de intervención del gobierno peronista en ciertas áreas de la sociedad civil tuvo límites más marcados de lo que se suele reconocer. La capacidad que demostraron los dirigentes judíos no peronistas para defender su autonomía frente a la acción estatal que pretendía disciplinarlos resulta reveladora acerca de los límites del paradigma interpretativo con el que tradicionalmente se tiende a

pensar la naturaleza de las relaciones entre peronismo y distintos sectores sociales y étnicos. Aquí compartimos el argumento de Omar Acha de que “la atribución de un uso meramente manipulatorio y totalitario al asociacionismo favorecido por el peronismo descansa en un error conceptual que malogra la comprensión de una lógica principal del poder peronista. Las asociaciones no constituyeron excusas o herramientas vacías destinadas a subordinar enteros grupos o clases sociales a las ambiciones políticas de Perón”.¹²⁹

Pese a la persistente suspicacia de muchos de los dirigentes comunitarios hacia el presidente de la Nación, la DAIA mantuvo su estatus representativo oficial y sus líderes lograron establecer buenas relaciones institucionales con el gobierno. De todos modos, la DAIA tenía que adaptarse a los “códigos” esperados por el régimen peronista para poder sobrevivir, lo que dirigentes como Moisés Goldman entendieron desde un primer momento.

La OIA le ofrecería a Perón un espacio público para poder formular declaraciones de simpatía hacia los judíos y el Estado de Israel. Los miembros de la OIA tenían un acceso fluido a la cúpula gobernante. Por ejemplo, a pocos días de creada, dos de sus dirigentes —Salvador Woscoff y Mauricio Nikiprovesky— se entrevistaron con el ministro del Interior y el secretario de Salud Pública, Ramón Carrillo, pudiendo afirmar, al finalizar el encuentro, que las limitaciones para la faena de carne según el ritual y la discriminación de los judíos en la Facultad de Medicina encontrarían una solución positiva en breve. La misma retórica exitosa no pudo ser empleada por la OIA en marzo de 1947, tras el encuentro con el jefe de la Policía Federal, el general Velazco, a quien pidieron que hiciera lo posible por frenar la violencia antisemita. Pero poco después Perón alejaría a Velazco de su cargo. En junio de 1948 los dirigentes de la OIA manifestaron su ambición de ser intermediarios entre la comunidad y el régimen, al acompañar a los líderes de la DAIA a la Casa Rosada para pedir a Perón que autorizara la entrada de otros 27 refugiados judíos indocumentados. Perón aceptó el pedido.¹³⁰

En la ceremonia de inauguración de la sede de la OIA en agosto de 1948, a la

que llegó, entre otros altos dignatarios, el canciller Juan Atilio Bramuglia, hicieron uso de la palabra tanto Perón como Evita. Varios de los líderes comunitarios y numerosos miembros de la colectividad, que no necesariamente se identificaban con el régimen, asistieron a este encuentro, el primero en que el jefe del Estado argentino llegaba a una institución judía y declaraba: “¿Cómo podría aceptarse, cómo podría explicarse, que hubiera antisemitismo en la Argentina? En la Argentina no debe haber más que una clase de hombres. Hombres que trabajen por el bien nacional, sin distinciones... Por esta razón, mientras yo sea presidente de la República, nadie perseguirá a nadie.”¹³¹ Al referirse a los dirigentes de la OIA, Perón los caracterizó como “compañeros de esta meritoria organización peronista”.

La plana mayor de la OIA intentó movilizar a la opinión pública judía. Publicaron un manifiesto titulado “¿Por qué estamos con el Gobierno?”, en el que llamaban a que se sumaran a ellos: “Estas palabras van dirigidas a los miembros de nuestra laboriosa colectividad, obreros, universitarios, intelectuales, comerciantes, industriales y millares de israelitas argentinos que, con su esfuerzo y dedicación, han coadyuvado al engrandecimiento de esta noble Patria, que también es nuestra.”¹³² Los autores radicaban esta interpelación en el patriotismo de los argentinos y en los intereses de los judíos, que pertenecían mayormente a la clase media, dado que Perón promovía el comercio y la industria. Efectivamente, no pocos argentinos judíos se vieron beneficiados por los créditos otorgados por la banca oficial. Es el caso de los Teubal, una familia judía de origen sirio, y de sus empresas textiles.

Las solicitadas que sacará luego la OIA mencionarán los gestos de Perón en el terreno de la inmigración y sus declaraciones de condena al antisemitismo y a favor del Estado de Israel. La misma dirigencia invirtió considerables esfuerzos en hacer llegar los mismos mensajes a los judíos norteamericanos. Pablo Manguel, ministro plenipotenciario argentino en Israel, un cargo que recibió según un testimonio “como caramelo de regalo”¹³³ por su cooperación con el régimen, visitaba con frecuencia Nueva York en sus viajes entre Buenos Aires y

Tel Aviv, donde mantenía entrevistas y relataba a los periodistas de esa ciudad el trato de simpatía de Perón hacia los judíos. También Sujer Matrajt y Manuel Scheinsohn visitaron Estados Unidos para declarar que en Argentina ya no había antisemitismo, tras la activa participación de Perón en el asunto. Scheinsohn fue enviado a Estados Unidos, además, con la esperanza de poder fomentar los vínculos comerciales y aumentar el flujo de turismo desde aquella región, lo que traería divisas a su país.¹³⁴

Varios encuentros del líder de la OIA, Sujer Matrajt —allegado al Presidente, aparentemente, también por su condición de proveedor del Ejército—, tuvieron un papel preponderante en la resolución de Perón de incluir en la nueva Constitución, sancionada en 1949, una ampliación del artículo original de 1853 que garantizaba la igualdad de todos los ciudadanos sin distinción de raza o religión.¹³⁵ Antes de las elecciones para elegir a los convencionales para la Asamblea Constituyente que debía reformar la constitución de 1853, la OIA llamó a los argentinos judíos a apoyar esta reforma. Un cartel mural de la organización, colgado en las calles del centro de la capital y reproducido en el diario *Crítica*, el 4 de diciembre de 1948, decía: “La OIA aconseja votar por la reforma de la Constitución, la lista completa de los candidatos del pueblo y del peronismo. Viva el General Perón”. En el cartel, al lado del escudo peronista, aparecía la lista de los 22 nombres de candidatos a constituyentes por el peronismo.

En sus alocuciones, tanto Perón como Evita rechazaron el antisemitismo de forma enérgica. Ella intentó incluso identificar el antisemitismo con los enemigos del régimen; en un discurso pronunciado en agosto de 1948, expresó que “en nuestro país los únicos que han hecho separatismos de clases y de religiones han sido los representantes de la oligarquía nefasta que han gobernado durante cincuenta años nuestro país. Los causantes del antisemitismo fueron los gobernantes que envenenaron al pueblo con teorías falsas, hasta que llegó con Perón la hora de proclamar que todos somos iguales.”¹³⁶ En los años subsiguientes el matrimonio presidencial se refirió al pueblo judío como aquel

que podía entender mejor que muchos otros el significado del justicialismo, por haber sido víctima de opresiones e injusticias durante tanto tiempo. Evita, por su parte, presentaba al pueblo judío como un ejemplo de conciencia nacional mantenida durante un período prolongado y una lucha tenaz por la patria perdida.¹³⁷ La figura de uno de los padres fundadores del sionismo, Theodor Herzl, sería reivindicada en 1954 por el gobernador de la provincia de Buenos Aires, Carlos Aloé, quien exaltó el valor moral y el ejemplo que para la humanidad representaba su figura. Aloé incluso designó una de las calles de la ciudad de La Plata con el nombre de Herzl.¹³⁸ Un año después, durante la visita del ministro de Finanzas israelí Levi Eshkol, se inauguraba el bosque “Presidente Weizmann” en la localidad de Ezeiza.

Al establecerse las relaciones diplomáticas con el Estado de Israel, la OIA intentó mediar entre los delegados de la nación hebrea y el régimen de Perón, lo que provocó al principio incomodidad y diferencias de opiniones en la cúpula israelí. Sin embargo, los diplomáticos israelíes entendieron pronto que podían aprovechar los buenos servicios de los dirigentes de la OIA para estrechar los lazos entre ambos países.

Curiosamente, no registramos la existencia de grupos femeninos organizados en la OIA. Sin embargo, es probable, como afirma Nerina Visacovsky, que varias mujeres como Clara Maguidovich, esposa del ministro del Interior Borlenghi, o Frida de Woscoff, esposa del dirigente de la OIA Salvador Woscoff, acompañaran a sus maridos, convocando a otras mujeres a brindar apoyo a las acciones gubernamentales.¹³⁹ Por otra parte, sí sabemos que la Organización Sionista Femenina Argentina (OSFA), establecida en 1926 en la provincia de Mendoza, expresó su apoyo a la Fundación Eva Perón. Sandra McGee Deutsch, en su libro sobre la historia de las mujeres judías en Argentina, relata cómo, ante la imposibilidad de ayudar de manera autónoma a la población del nuevo Estado de Israel, Berta de Gerchunoff, líder de la OSFA, negoció con Evita que varios cargamentos de ropa y medicinas salieran a través de la Fundación, y con su logotipo. En la primera remesa remitida gracias a este acuerdo, la OSFA

envió diez cajas de prendas usadas dentro de un contenedor, que además incluía una donación hecha por la Fundación con ropa y comida para los inmigrantes recién llegados a Israel. En otra oportunidad, Evita permitió a la OSFA enviar una gran cantidad de ropa nueva a Israel. Evita realizó gestiones similares con otros grupos sionistas, incluyendo el Comité Central de Damas Sefárdíes o las Amigas Sefárdíes de la Histadrut (la CGT israelí).

Parece que, paulatinamente, los gestos del gobierno peronista hacia los argentinos judíos e Israel, por un lado, y la voluntad filantrópica de las mujeres sionistas, por otro, se complementaban. Esta combinación contribuyó a crear una imagen positiva del gobierno entre las mujeres de la OSFA. La rama israelí de esta asociación mundial de mujeres sionistas, conocida por sus siglas WIZO, envió desde el Estado judío saludos y agradecimientos a Eva Perón. En su visita a la Argentina en abril de 1951, la ministra israelí de Trabajo, Golda Meir, agradeció a Evita personalmente las donaciones enviadas por la Fundación. El año siguiente, el embajador Manguel otorgó a Meir la Medalla Peronista “Leal Amigo”. Después de fallecer Evita, la organización sionista femenina envió al general Perón un telegrama de condolencias. Además, publicó una nota adulatoria en la portada de su revista, enfatizando su labor a favor de los trabajadores y los ancianos, su conducción del movimiento peronista femenino y su aporte para conseguir el voto para la mujer.¹⁴⁰

Las expectativas de Perón y de Evita de un cambio rápido en la postura de la mayoría del público judío no se concretaron. En las elecciones legislativas de marzo de 1948 y en las elecciones para el Congreso Constituyente, en diciembre de ese mismo año, la OIA fracasó en sus intentos por captar un apoyo electoral judío importante para el bando peronista. Ya en julio de 1950, Abraham Krislavin admitió ante los jefes de la delegación diplomática israelí que la organización no consiguió el objetivo de atraer a un sector sustancial del judaísmo argentino al partido de Perón.¹⁴¹ No obstante, la OIA continuó con su campaña para conquistar los corazones de la comunidad y las papeletas que depositaban sus miembros en las urnas. En abril de 1951, en el curso de una

entrevista entre Cortés y Perón, el primero informaba que la OIA, de la que era presidente, abriría oficinas en diversos sitios del interior del país, incluyendo centros para mujeres.¹⁴²

A comienzos de julio de ese año llegó a la Casa de Gobierno una delegación encabezada por la OIA para pedirle a Perón que presentara su candidatura para un nuevo período. Era un grupo más que lo hacía, dentro de una larga lista de organizaciones étnicas, sindicales, culturales y sociales. En el grupo en cuestión estaban representadas casi todas las organizaciones judías de Argentina. En la ceremonia, ampliamente difundida y con la participación del matrimonio presidencial, ministros, el presidente de la Cámara de Diputados y otros destacados dirigentes, hicieron uso de la palabra los dirigentes comunitarios, entre ellos José Ventura, presidente del Keren Hayesod, y Moisés Slinin, presidente de la AMIA. El encuentro fue un éxito para la OIA y un reconocimiento del hecho de que una postura firme contra el antisemitismo era parte integral de la política de Perón. Obviamente, hubo en la colectividad quienes criticaron a la DAIA “por haberse rendido al chantaje de la OIA”.¹⁴³

Pablo Manguel: el hombre clave de la OIA

La OIA invertiría en adelante considerables esfuerzos propagandísticos mediante solicitadas en los diarios, anuncios, reuniones y mítines. A tal efecto, Pablo Manguel regresó a Buenos Aires para impulsar la campaña electoral del Presidente entre los judíos. En un homenaje a Manguel con motivo de cumplirse el segundo aniversario de su llegada a Israel, organizado a principios de agosto de 1951 por delegados de la OIA de la Capital Federal, del interior del país y del Uruguay, en Les Ambassadeurs, estuvieron presentes Juan y Eva Perón. La concurrencia los recibió de pie, con aplausos y vítores. Manguel elogió a Perón y Evita, quienes habían demostrado “cuánto sentían los problemas de los judíos”. Según la crónica del diario *La Nación*, “alguien expresó que toda la colectividad israelí anhelaba la reelección del general Perón

y que su esposa completara la fórmula, y entonces, la concurrencia de pie, vivó a ambos”. A continuación, el General valoró la labor del dirigente de la OIA y diplomático en Israel, diciendo: “El doctor Manguel ha superado la confianza que yo deposité en él. Su éxito es obra de su inteligencia y de su enorme trabajo”. La sintonía entre ambos personajes se puede ver con claridad en las fotos depositadas en el Archivo General de la Nación, en las que ambos aparecen en diversas ocasiones en actitud de evidente familiaridad.

La figura de Manguel es emblemática en este contexto de la relación entre los judíos y Argentina. Nacido en Buenos Aires el 18 de noviembre de 1912, era hijo de inmigrantes europeos. La familia del padre, Adolfo, vino de Innsbruck, Tirol, es decir del oeste de Austria, y la de la madre, Elisa Elijovich, de Rusia, de la región de Kamenéts-Podolsky. Manguel creció en una casa humilde con cuatro chicos y debió salir a trabajar a una edad temprana para ayudar a la economía familiar. A los 15 años trabajaba en la Unión de Panaderos de Buenos Aires. De esta experiencia proviene su sensibilidad social e identificación con el justicialismo. A mediados de los años treinta terminó los estudios en la Facultad de Derecho de la Universidad de La Plata y se especializó en legislación obrera. Ya en 1932, a los 20 años y antes de terminar la carrera de Derecho, había publicado un libro sobre el tema. Trabajó como abogado del Sindicato de Distribuidores de Diarios, Revistas y Afines, así que a mediados de los años cuarenta estaba bien al tanto de los lazos entre el mundo sindical y el naciente peronismo.

Sea como sea, en las elecciones de noviembre de 1951 los candidatos judíos del peronismo fueron derrotados, entre ellos uno de los cuadros dirigentes de la OIA, el abogado Ezequiel Zabotinsky, que competía en el barrio del Once.¹⁴⁴ En contraste, la oposición radical envió tres diputados judíos al Congreso, elegidos en parte por votos de los miembros de la comunidad: Santiago I. Nudelman, Manuel Belnicoff y Rodolfo Weidman. El único judío en la bancada peronista era David Diskin, de la Confederación de Empleados de Comercio liderada por Borlenghi. Manguel tuvo que explicarle a Perón que en la

circunscripción de Zobotinsky apenas el 10% eran judíos y por ello no podía echársele culpa alguna por no haber resultado elegido.¹⁴⁵

Tanto en el liderazgo comunitario como en la representación diplomática israelí surgió el temor de que se enfriara el trato de Perón tras la derrota electoral entre los judíos, miedo que incluía la posibilidad de represalias.¹⁴⁶ Ello no ocurrió, quizás, entre otras razones, por la aplastante victoria de Perón en las elecciones y el escaso peso del voto hebreo, como también por el temor a las posibles consecuencias negativas que despertaría cualquier acción antisemita argentina en los Estados Unidos. Perón, por su parte, continuó su política positiva hacia Israel y los judíos y no dejó de confiar en la OIA. Manguel mismo fue promovido en la Cancillería y designado como supervisor de todas las representaciones argentinas en Medio Oriente. La muerte de Evita en julio de 1952 volvió a despertar los mismos temores de cambios en la actitud del régimen, ya que la joven primera dama era considerada como la artífice de la OIA y tuvo un importante papel en las relaciones con el Estado de Israel. Una vez más, esta ansiedad demostró ser injustificada y no tener asidero en la realidad.¹⁴⁷

En las nuevas circunstancias, según la impresión de los diplomáticos israelíes, se fortalecía la posición del ministro del Interior Borlenghi, quien junto con su cuñado Krislavin fomentó las actividades de la OIA. Bajo la dirección de Zobotinsky, la OIA volvió a organizarse en 1953, después de que varios de los demás líderes se vieran involucrados en episodios dudosos, y parecía que esta vez lograría cobrar nuevo impulso.¹⁴⁸ Además, la OIA se mostraba ahora más dispuesta a cooperar con la DAIA en asuntos relacionados con la inmigración judía, el sionismo y la lucha contra el antisemitismo.

En noviembre de 1953 cerca de seis mil judíos participaron en una ceremonia realizada por iniciativa de la OIA, en la que se inscribió a Perón en el libro de oro del Fondo Nacional Judío, el Keren Kayemet LeIsrael. En aquella oportunidad el Presidente pronunció un discurso que Tuvia Arazi, consejero en la Embajada de Israel, definió como “un salmo de alabanzas para Israel y los

judíos”. Un año más tarde entregaron a Perón un libro publicado por la DAIA, en el que se recopilaban discursos y declaraciones del líder contra el fenómeno del antisemitismo y por el derecho de vinculación de los judíos argentinos con el Estado de Israel.¹⁴⁹ En esta ceremonia participaron dirigentes de la DAIA, la OIA, el Keren Hayesod, la Organización Sionista Argentina y representantes de otras organizaciones. Un informe de la OIA de este período incluye una lista de instituciones judías adheridas a la misma. Más de 120 instituciones aparecen en la lista, incluyendo los bancos Israelita del Río de la Plata, Comercial de Buenos Aires, Mercantil Argentina, los periódicos *Diario Israelita*, *Di Presse*, *Mundo Israelita*, *Israel*, *La Luz* y *Semana Israelita*, escuelas, instituciones culturales y sociales (Macabi, Hacoaj), asquenazíes y sefardíes, sionistas y no sionistas, masculinas y femeninas. Una demostración de fuerza impresionante.

Borlenghi logró atraer también a las filas del oficialismo a Enrique Dickman y el grupo de disidentes properonistas en el Partido Socialista. Dickman, uno de los más respetados y veteranos dirigentes socialistas, expresó ya en 1948 sus dudas acerca de la actitud tan hostil que había adoptado su partido hacia el peronismo. Después de la intentona de golpe del general Benjamín Menéndez y la aplastante victoria electoral de Perón en las elecciones presidenciales, se ahondó la crisis que afligía al Partido Socialista, un proceso que culminó con la entrevista Perón-Dickman en febrero de 1952. Como resultado, se decretó la liberación de varios presos políticos y gremiales y la reapertura de *La Vanguardia*. A sugerencia de Borlenghi, Dickman recibió de manos del Presidente una medalla al mérito por sus destacados logros académicos en la universidad, a la que era acreedor desde hacía cuarenta años pero que no había recibido debido a su origen judío.¹⁵⁰

De todos modos, los cuadros dirigentes de la comunidad judía organizada vivían con cierto temor y con sospechas permanentes. La sensación era que se trataba de un régimen populista y de un líder carismático, que en cualquier momento podía dar un golpe de timón y cambiar bruscamente su derrotero, que el equilibrio de fuerzas interno dentro del heterogéneo bando peronista estaba

sujeto a permanentes vaivenes y que factores antisemitas que había en él podían, bajo diversas circunstancias, cobrar mayor influencia. Nada de eso ocurrió, por lo menos hasta el derrocamiento de Perón en setiembre de 1955.

Blum: el rabino peronista

En 1948, Perón designó como asesor suyo en cuestiones religiosas al joven rabino Amram Blum, que encabezaba el tribunal rabínico de la comunidad. Elie Eliachar, uno de los más encumbrados dirigentes del judaísmo sefardí en Jerusalén, llegó a Buenos Aires en misión encomendada por dirigentes de la comunidad de la Palestina judía. En sus memorias escribiría luego que “en Buenos Aires era el rabino Amram Blum el principal rabino sefardí. Una persona querida, de aspecto y trato agradable. Sionista entusiasta que se había desempeñado anteriormente en diversos cargos de importantes instituciones en Jerusalén. Era aceptado igualmente por asquenazíes y sefardíes, así como por el gobierno peronista”.¹⁵¹

Blum era una figura interesante, un rabino de origen húngaro, reconocido por su formación teológica, que se había doctorado en la Universidad Hebrea de Jerusalén. Era un líder carismático que llegó a la Argentina en 1946 como representante de un partido religioso ortodoxo y sionista.¹⁵² En 1947 es designado como gran rabino de la comunidad siria alepina. No está claro cómo se vinculó al peronismo, pero parece que las políticas sociales gubernamentales eran de su agrado. Así, por ejemplo, apoyó las demandas de mejoras laborales de los docentes en las escuelas religiosas judías bajo su supervisión, frente a la comisión directiva que se negaba al principio a negociar con los maestros. Es probable, por lo tanto, que su sensibilidad social lo acercara al proyecto peronista. Ya en 1948 fue nombrado asesor del Presidente en asuntos religiosos y, en 1952, en una ceremonia en el templo de la calle Paso, auspiciada por la OIA, pronunció una oración por el restablecimiento de la salud de Evita.¹⁵³

Según Máximo Yagupsky, del American Jewish Committee, para agosto de 1953 Blum ya se había transformado en el espíritu que guiaba a Perón en temas judíos.¹⁵⁴ Sin embargo, parece que la influencia de Blum no se extendió a otros aspectos de la relación entre Estado y religión, y no se involucró en el conflicto entre Perón y la Iglesia Católica que tuvo lugar a mediados de la década del cincuenta.

Una reciente entrevista con Miguel Teitelbaum, secretario privado de Blum, arroja nueva luz sobre su figura.¹⁵⁵ Teitelbaum habló de la imponente presencia de Blum: “Él entraba en un lugar y todo el mundo lo miraba, era muy admirado porque tenía un porte muy especial, la altura (tenía un metro ochenta, para un judío no era una altura usual), la barba, el chambergo, después debajo del chambergo usaba una kipá. Usaba también un bastón, con mango de plata y tenía un auto, que era en aquel momento algo muy importante”. Es evidente que Blum gozaba de gran prestigio entre judíos sefardíes y asquenazíes por igual. Cuando dejó de ser rabino de la comunidad judeoalepina para asumir el cargo de gran rabino, muchos judíos sirios acudían a la sinagoga asquenazí de la calle Paso para escuchar sus sermones o para permitir que sus hijos realizaran con él la ceremonia del *bar mitzvah*, algo poco común en las relaciones entre judíos sefardíes y asquenazíes en ese período.

Teitelbaum dijo acerca de la primera reunión de Blum con Perón: “A él se le cayó la kipá y Perón se agachó y recogió la kipá y se la entregó para que se la ponga. Eso lo impactó mucho al rabino Blum, siempre Perón lo atendió con la mayor deferencia y nunca, que yo sepa, le negó nada de lo que él fue a pedir”. Efectivamente, parece que Blum tenía un acceso directo a la secretaría privada del presidente argentino. Siempre pidió audiencia a través del capitán Alfredo Máximo Renner, secretario privado de Perón. Blum mantuvo contactos con todos los ministros, y no pocos, incluyendo los de Salud Pública y Relaciones Exteriores, acudían a cenar a la casa del rabino. “Cuando íbamos a un ministerio”, relata Teitelbaum, “nosotros prácticamente no hacíamos antesala”. Con el ministro del Interior Borlenghi y su segundo Krislavin se encontraba

cada quince o veinte días para tratar de ayudar a distintos argentinos de origen judío a solucionar algún problema. Teitelbaum rechaza la idea de un Perón antisemita: “Al contrario, el comportamiento de Perón hacia la comunidad judía siempre fue positivo”.

Los temas tratados en las reuniones entre Blum y Perón tenían que ver con la posibilidad de los argentinos de origen judío de ausentarse en sus festividades de los lugares de trabajo y de estudio, la designación de Blum como capellán de las Fuerzas Armadas, una medida que tenía valor simbólico para judíos y no judíos en el Ejército, o asegurar ciertos beneficios para la red escolar judía. Efectivamente, las gestiones de Amram Blum aseguraron que por primera vez en el país, a partir de 1952, se otorgara asueto a los conscriptos judíos en las festividades religiosas de Año Nuevo (*Rosh Hashaná*) y del Día del Perdón (*Yom Kipur*). La asistencia espiritual a los soldados judíos durante la guerra de Malvinas, en 1982,¹⁵⁶ tenía un precedente en la designación de Blum. Amram Blum solía presentar ante el Presidente distintos pedidos de la comunidad judía: “él era el personero de la DAIA y la AMIA ante Perón”, explicó Teitelbaum. “Todos, todos ellos lo usaban, venían y hacían cola para entrevistarlos; para que pudieran pedir cosas a Perón, le pedían al rabino.”

Sus gestiones abrieron el camino para la reapertura de la fábrica de caramelos Mu Mu, cerrada en 1949, a raíz de un conflicto entre sus dueños judíos (los Groisman) y Evita. En 1953, Blum argumentó que su apertura reflejaba el “espíritu justiciero” del general Perón y sus políticas “contrarias a toda discriminación racial”.¹⁵⁷ Al año siguiente, Blum inauguró la cátedra de Estudios Hebraicos en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, “fruto de la inspiración de su Excelencia el Jefe de Estado”.¹⁵⁸ Las relaciones entre Blum (llamado “el rabino sindicalista” por alguna gente de la colectividad) y el Presidente, como era de esperar, causaron malestar entre los judíos antiperonistas.

La afirmación de Emilio Corbière de que la OIA gozaba de un apoyo considerable entre los judíos argentinos es seguramente exagerada.¹⁵⁹ Por otro

lado, no es menos exagerada la afirmación de varios autores, como Kurt J. Riegner, de que la organización no tenía ningún peso en la calle judía.¹⁶⁰ No tenemos documentación con datos objetivos acerca del número de afiliados a la OIA y carecemos de información acerca de las filiales de la organización en el interior del país. Esta claro que la OIA gozaba de cierto apoyo en varias provincias. En diversas notas publicadas en la prensa contemporánea se mencionan “delegados del interior del país de la OIA”. Por ejemplo, *Mundo Israelita* informó que a finales de diciembre de 1950, los dirigentes de la OIA en Córdoba enviaron un cheque de 40 mil pesos como donación a la Fundación Eva Perón. Sabemos de la participación de delegados del interior en una reunión en Casa de Gobierno con Perón en marzo de 1952. Durante el siguiente mes, Pablo Manguel, acompañado de dirigentes de la OIA de la Capital Federal, inició una gira por el interior de la República, como candidato a diputado nacional por el Partido Peronista. Una carta de julio de 1954 que encontramos en el archivo está firmada por Benzión Guzmán, de la OIA de Paraná, y un recorte de prensa se refiere a la participación de la comisión de la OIA en Basavilbaso, en la inauguración de la estación de tren que llevaba el nombre de Alberto Gerchunoff.

En el gobierno de Domingo Mercante, en la Provincia de Buenos Aires, se destacaron varios argentinos judíos que colaboraron con el peronismo, sobre todo en el área educativa. Tal es el caso de Jaime Glattstein, Jaime Bernstein y Bernardo Serebrinsky. Glattstein se desempeñó como inspector general de educación inicial preescolar. Fue el mentor del proyecto que culminó con la sanción de la ley de creación de los jardines de infantes de la provincia. Bernstein y Serebrinsky participaron en la creación y desarrollo de la Dirección de Psicología del Ministerio de Educación en 1949, el primero en el área de psicología vocacional y psicometría y el segundo en el área de psiquiatría y orientación profesional. Dino Jarach fue un judío italiano que se mudó a la Argentina en 1941, escapando de la guerra, la persecución nazi y las leyes raciales. Doctor en jurisprudencia y especializado en sociología fiscal, fue

contratado en 1947 como asesor por el gobierno de Mercante y el Ministerio de Hacienda, Economía y Previsión, dirigido por el doctor Miguel López Francés. Jarach redactó el anteproyecto de Código Fiscal para la provincia, que fue sancionado por la legislatura provincial y sirvió de modelo para los que fueron dictados posteriormente por muchas otras provincias argentinas. El periodista Eduardo Chemizki nos contó sobre la Caja Popular de San Fernando, que originalmente mantenía el colegio judío y la sinagoga local, donde a mediados de los ochenta había miembros que habían integrado la OIA en épocas anteriores.

Entre los funcionarios de ascendencia judía cabe mencionar también a Salomón Chichilnisky, médico y funcionario del Ministerio de Salud. Cuenta Fermín Chávez que la Peña Eva Perón “nació como una necesidad de conocimiento entre los trabajadores de la cultura de lo que ella hacía en la Fundación”. En las reuniones, a los postres, siempre alguno de los participantes recitaba algo. En una de aquellas ocasiones, el doctor Chichilnisky, que también era escritor, se puso de pie y pidió permiso a Evita para leer un discurso que había pronunciado esa misma tarde en un acto de la Organización Israelita Argentina.¹⁶¹

Está claro que no eran pocos los judíos que creían con sinceridad, como muchos otros argentinos, que el peronismo implantaría reformas que permitirían al país marchar hacia un futuro mejor, de desarrollo y modernización, con una promesa de justicia social, y por lo tanto suponían que la comunidad como tal no debía enajenarse de los deseos de la mayoría del pueblo, que apoyaba a Perón, y por ello se sumaron a la OIA. Sin embargo, dada la falta de datos fiables, solo puede decirse que no eran grandes masas. Al mismo tiempo, los dirigentes de la OIA gozaban de mucha influencia entre los argentinos judíos por el apoyo que recibían del régimen peronista.

En el otro extremo de Corbière se encuentra también la descripción hecha por el embajador israelí, Jacob Tsur, escrita años después en su libro de memorias: afirmaba que la OIA era un puñado de judíos rastreros, allegados a las

autoridades y ejecutores de sus instrucciones en ámbitos judíos, o una organización de judíos arribistas, contra la cual la comunidad estaba unificada. Asimismo, I. Schwartzbart, del Congreso Judío Mundial, consideraba a los dirigentes de la OIA poco menos que como estafadores y criminales comunes.¹⁶² Algunos funcionarios del Congreso Judío Mundial, como Jacob Hellman, se caracterizaron por su tono alarmante en sus informes acerca de la OIA. Hellman escribió sobre la “campana de terror” de la OIA contra la DAIA y al informar sobre la iniciativa de la OIA de coleccionar dinero a fin de construir un nuevo hospital israelita en la provincia de Entre Ríos, con el auspicio de la Fundación Eva Perón, la caracterizó como “una demanda fraudulenta de la OIA para defraudar a la comunidad en tres millones para construir un hospital que lleve el nombre de la primera dama”. En otra oportunidad escribió de forma exageradamente alarmista sobre la atmósfera en que los judíos vivían en Argentina: “...como marranos, bajo una horripilante opresión, y hacia fuera se dirá que los judíos de la Argentina son libres y no vivencian antisemitismo alguno”.¹⁶³

Una serie de entrevistas que hemos realizado nos permite desafiar la descripción de Tsur, que de alguna manera tiene ecos en los trabajos de Haim Avni, Leonardo Senkman y Jeffrey Marder, así como en las tesis doctorales de Joseph Goldstein y Lawrence Bell. Estos estudios se basaban en la prensa comunitaria, que solía ignorar a la gente de la OIA, en documentación de otras instituciones judías que competían con la OIA o en el archivo de la cancillería israelí, que en parte era hostil hacia esta institución judía. Las referencias a los dirigentes de la OIA como charlatanes y estafadores se fundamentaron también en lo publicado por la Comisión Nacional de Investigación, formada por la Revolución Libertadora, para documentar sobre “los autores y cómplices de las irregularidades durante la Segunda Tiranía”. En el informe dedicado al enriquecimiento ilícito de “legisladores de la dictadura” está incluido, entre muchos otros “corruptos”, Pablo Manguel, la figura más importante de la OIA, por “su acrecentamiento patrimonial”.¹⁶⁴ En nuestro proyecto de historia oral,

por otro lado, hemos entrevistado a partir de agosto de 2008 a familiares de Salvador Woscoff, Adolfo Minyevsky, Sujer Matrajt, Luis Elías Sojit, Pablo Manguel, Natalio Cortés y Ezequiel Zabolinsky, lo que nos ayudó a matizar la imagen negativa de la OIA, tan común en la historiografía.

La gran mayoría de los dirigentes de la OIA pertenecía a la primera generación de inmigrantes judíos de la Europa Oriental. Algunos estaban muy involucrados en la colectividad, el sionismo e Israel, como Sujer Matrajt o Salvador Woscoff, quienes conservaban su apellido de origen. Otros no tenían una identidad judía demasiado fuerte, lo que se reflejaba a veces en el cambio de su apellido, como en el caso de Luis Elías Sojit (el apellido original era Shoijet).¹⁶⁵ Sojit, el inventor de la frase “hoy es un día peronista”, que repetía los días de sol, evitaba mencionar en sus programas radiales los nombres de deportistas que se consideraban hostiles al peronismo. Había nacido en 1910 en el seno de una familia humilde, siendo uno de los cinco hijos de un sastre. Inició su trayectoria periodística a los 13 años como cronista en el diario *La Argentina*. A los 17 años comenzó a estudiar ingeniería en La Plata, al mismo tiempo que cubría partidos para *El Mundo*, cuyo director por entonces era el célebre escritor judío Alberto Gerchunoff. En 1933, el periodista Julio César Marini le abrió las puertas de la radio. De forma casi accidental comenzaría a retransmitir carreras automovilísticas, obteniendo una gran popularidad pese a no conocer inicialmente nada sobre ese deporte. Cuando ejercía como relator oficial de Splendid, la rival de Radio Belgrano, de Jaime Yankelevich, este convenció al joven Sojit para irse a trabajar con él. Sojit se uniría al peronismo, y llegaría a ser una voz notoria dentro de este movimiento. Entre 1950 y 1951 presidió el Círculo de Periodistas Deportivos. Ese último año empezó a dirigir en pantalla el programa “Visiones deportivas”, el programa inaugural de los deportes en la televisión argentina.

Sobre Manuel Scheinsohn, su sobrino nos dijo que “podía estar ligado a la comunidad judía, pero no era sionista”. Ninguno era religioso. Todos se unieron alrededor de una propuesta identitaria que puso énfasis en el componente

argentino dentro del mosaico de sus identidades individuales y colectivas. Eran argentinos judíos antes que judíos argentinos. Varios llegaron a ser empresarios prósperos y como tales se vieron beneficiados por la política económica del peronismo, como fue en los casos de Adolfo Minyevski o Sujer Matrajt. En su mayoría siguieron leales a Perón y su movimiento, incluso después de ser depuesto, lo que da prueba adicional de que su relación con el peronismo no era exclusivamente oportunista. Muchos, como veremos, pagaron un alto precio por su apoyo al peronismo durante los años de la Revolución Libertadora.

La peronización de muchos clubes de fútbol producía también el acercamiento de no pocos judíos al peronismo. Así ocurría en el Club Atlético Atlanta de Villa Crespo. Los recursos invertidos por el gobierno en el deporte contribuyeron a que muchos hinchas estuviesen más expuestos a la retórica justicialista y a las políticas dirigidas hacia la redistribución de la riqueza nacional a favor de los sectores menos favorecidos. Mientras que algunos socios de Atlanta apoyaron al peronismo por pragmatismo, sin una identificación plena con los objetivos del régimen, otros encontraron su camino hacia el movimiento peronista a través del fútbol. Más interesante aún es el acercamiento de Leopoldo Bard al peronismo. Argentino de origen judío, fue el primer capitán y presidente del Club Atlético River Plate, acompañante incondicional de Hipólito Yrigoyen desde la primera hora, diputado nacional y luego presidente del bloque de la mayoría radical en el Congreso nacional desde 1922 a 1930; en 1947 Bard era vocal titular encargado del área de cultura del club y fue nombrado Director General de Higiene y Seguridad del Trabajo por el gobierno de Perón. En 1951 publicó en la revista *River* un artículo que alababa la obra deportiva del gobierno peronista.

El balance final muestra que la OIA logró gestionar con el gobierno beneficios colectivos para los argentinos judíos, promoviendo intereses étnicos y religiosos comunitarios. Es difícil estimar hasta qué punto logró influir en la votación de los judíos en las elecciones presidenciales y parlamentarias, pero la organización le ofreció a Perón un espacio público judío leal desde el cual enunciar su

discurso projudío y pro-Israel y tendió la mano al líder para difundir su discurso antirracista y prosionista en importantes escenarios exteriores, como Estados Unidos. La OIA influyó en las decisiones de Perón de incorporar a la Constitución el artículo contra la discriminación racial y de declarar la amnistía que beneficiaba a los inmigrantes judíos ilegales. Asimismo, consiguió que su secretario, Pablo Manguel, fuese nombrado como el primer ministro plenipotenciario argentino en Israel, a pesar de las reservas expresadas por la cancillería argentina.

De hecho, la representación del país sudamericano en Israel estuvo en manos de la OIA hasta la caída del peronismo: el primer emisario enviado por Perón al Estado recientemente creado, ya en marzo de 1949, fue Sujer Matrajt.¹⁶⁶ Matrajt se quedó durante un mes en Israel, donde entregó una carta de Perón al presidente del país, Jaim Weizmann. En su camino de regreso a la Argentina visitó la capital italiana, donde el Papa Pío XII recibió en audiencia especial al dirigente de la OIA y su esposa, Berta Gleizer de Matrajt. Cuando se formalizaron los lazos diplomáticos entre los dos países, Manguel fue quien se convirtió en el representante argentino. Finalizado el período de Manguel, debió haber sido reemplazado por Ezequiel Zabolinsky, otra figura clave de la OIA. No obstante, antes de su traslado, el régimen peronista fue derrocado y eso puso fin a la “carrera diplomática” de Zabolinsky. Manguel contribuyó a la conclusión de un acuerdo comercial bilateral que incluía varias ventajas para Israel,¹⁶⁷ y los dirigentes de la OIA llegaron a convencer a Evita para que la Fundación enviara frazadas y medicamentos al joven Estado.

No es sorprendente, por lo tanto, que en la calle judía no trataran mal a los dirigentes de la OIA, inclusive los que no creían que fuera políticamente correcto apoyar al movimiento justicialista.¹⁶⁸ Las autoridades de la DAIA se abstuvieron de boicotear a la OIA, aprovechando este canal de comunicaciones con el gobierno, aunque sin permitir esa organización ampliar demasiado la base de apoyo que tenía en la opinión pública judía. Ezequiel Zabolinsky, quien fuera el último en ejercer la presidencia de la OIA, era un personaje que en general

gozaba de respeto en círculos comunitarios, donde era considerado “un hombre honesto, un buen argentino y un judío leal”, que provenía de una familia prestigiosa, como se lee en las notas publicadas, por ejemplo, en periódicos judíos como *Di Idishe Tzaitung* y *La Luz*. Según Bell, el padre de Zobotinsky había sido presidente de la AMIA en 1925, y en sus años mozos Ezequiel había participado activamente en grupos judíos de autodefensa.¹⁶⁹ Cuando se publicó el decreto de nombramiento de Zobotinsky para su cargo diplomático, entre los primeros en felicitar a Manguel y Zobotinsky estuvo el doctor Abraham Mibashán, que representaba a la Agencia Judía en Buenos Aires desde 1944, y que dirigió el Comité Pro Palestina para movilizar apoyo político y popular a favor de la creación de un Estado judío allí. Por todas estas razones, nos parece que el tajante veredicto de la historiografía acerca del “fracaso” de la OIA debe reconsiderarse o, por lo menos, matizarse.

El enfrentamiento de Perón con la Iglesia y la libertad de cultos

Como sucedió con el ascenso de Perón, también su caída estuvo ligada en gran medida a sus relaciones con la Iglesia Católica. En ambas etapas, aunque por diferentes motivos, la alianza con la Iglesia y el conflicto con la misma provocaron mucha preocupación en diferentes sectores judíos. A partir de 1950 puede distinguirse una serie de diferencias que generaron tensión en los vínculos entre las autoridades nacionales y el *establishment* eclesiástico.¹⁷⁰ Un hito importante en este proceso de deterioro lo constituye el fallecimiento de Eva Perón a mediados de 1952. Aunque Evita misma describió en varios de sus discursos a su marido como un enviado de Dios, durante sus últimos meses de vida, y particularmente de inmediato tras su muerte, surgió y se desarrolló el mito popular precisamente alrededor de su figura y no de la del Presidente. Muchos comenzaron a hablar de la “Virgen de América” o de “Nuestra Señora de la Esperanza”, e incluso comenzaron a pedir su beatificación. Ya a comienzos del mes de agosto, el matutino *La Época* publicó en primera plana sobre el halo

de santidad que rodeaba a la “mártir” Evita y sobre los miles de altares y santuarios improvisados que surgieron en diversos lugares del país para venerarla. El gremio de obreros de la alimentación escribió al Papa pidiendo la inmediata beatificación y canonización de la fallecida primera dama. Lo que se solicitaba al Vaticano era ratificar de hecho algo que el pueblo ya había decidido. En un reportaje concedido al diario *La Prensa*, que ese mismo año había sido expropiado y cedido a la Confederación General del Trabajo, el secretario general de esta organización, José Espejo, la comparó con el propio Jesucristo.¹⁷¹

Como era de esperar, la Iglesia, dentro y fuera de Argentina, no estaba entusiasmada con esta nueva santa de las masas y los descamisados. Menos aún gustó a los prelados en Buenos Aires el cambio de decisión de Perón sobre el lugar donde se emplazaría el cadáver. Poco antes de su fallecimiento, Evita pidió a su marido ser enterrada en la iglesia porteña de San Francisco y que en el lugar se erigiera un mausoleo. Las autoridades eclesiásticas expresaron su conformidad, pero finalmente el Presidente resolvió que el cuerpo quedara en la sede de la CGT, donde se estaba trabajando en su embalsamamiento, y que se erigiera allí un monumento. Esta decisión fue interpretada como una victoria de la corriente civil y laica por sobre la corriente religiosa dentro del peronismo.

En octubre de 1952, Perón convocó a los interventores de su partido en las diversas provincias; en la alocución que dirigió en aquella ocasión comparó al movimiento peronista con el cristianismo en sus etapas primigenias. Asimismo se presentó como el líder de un movimiento que deseaba dejar millones de creyentes para que difundieran la doctrina justicialista.¹⁷² En esta etapa ya estaba claro, al menos para algunos sectores de la cúpula eclesiástica, que el peronismo se había convertido en un competidor intolerable y que la cooperación que había existido podía conducir a que la Iglesia quedara apartada de toda función importante dentro de la sociedad argentina. A partir de la muerte de Evita se había acelerado también el proceso de peronización del sistema educativo. El peronismo se había convertido de forma tajante en la “doctrina nacional”, bajo la cual debía modelarse a la juventud y a la nación en su

conjunto. En la lucha por el alma de los argentinos, el catolicismo comenzaba a ser relegado a un segundo plano.¹⁷³

El apogeo de la crisis, sin embargo, pudo verse a partir de fines de 1954, al empezar a circular los rumores según los cuales la Iglesia tenía intenciones de crear organizaciones obreras católicas y un partido demócratacristiano, que mediante la combinación de la religión y una plataforma social avanzada socavarían la fuerza del partido gobernante. En este contexto debe distinguirse también la participación directa de varios curas en actividades opositoras al régimen. Los diversos investigadores discrepan sobre si esta fue la verdadera razón que impulsó a Perón a enfrentarse a la Iglesia.¹⁷⁴ Algunos propusieron como explicación la megalomanía del Presidente y su convicción de que su poder era incuestionable; otros argumentaron que la concepción política justicialista era esencialmente totalitaria en sus fundamentos y por ello no podía tolerar competidores, ni aceptar a largo plazo la existencia de una institución independiente que tuviera poder e influencia, algo que podía suponer un obstáculo a su aspiración de someter a la sociedad argentina a su dominio.

Otro grupo de investigadores enfatizó que Perón estaba agotado después de nueve años de gobierno, y sin Evita a su lado, asignando la responsabilidad de los hechos a la influencia de algunos miembros de su entorno. Hubo también quienes se conformaron con la explicación de que el Presidente no toleraba los intentos de la Acción Católica por competir con la Unión de Estudiantes Secundarios (UES), organización juvenil peronista, en la captación de las masas juveniles, particularmente en la provincia de Córdoba. Algunos opositores al régimen adujeron que el conflicto con la Iglesia estaba destinado a servir como cortina de humo para desviar la atención pública del acuerdo que había logrado el gobierno con la compañía petrolera norteamericana Standard Oil respecto de la búsqueda y explotación de yacimientos en la Patagonia, el cual era criticado por la oposición como una entrega de recursos a manos foráneas, equivalente a una traición a los valores de la nacionalidad argentina.¹⁷⁵

Sin descartar el valor parcial de cada una de estas explicaciones, soy de la

opinión de que el enfrentamiento con la Iglesia debe ser visto también como el inicio de una nueva etapa en el desarrollo del peronismo hacia una sociedad multicultural. En lugar de fomentar el crisol de razas tradicional, con su énfasis en el catolicismo, el régimen otorgó una creciente legitimidad a las identidades múltiples, reconociendo la amplia variedad de fuentes culturales sobre las que se cimentaba la sociedad argentina. En esta nueva etapa, las identidades étnicas no católicas se volvieron menos amenazantes para el concepto de argentinidad. Los argentinos de origen judío podrían ver confirmado plenamente su lugar en la sociedad.

La ofensiva frontal comenzó con un discurso pronunciado por Perón a los gobernadores de las provincias el 10 de noviembre de 1954. En un tono duro e iracundo, que sorprendió a muchos, el Presidente atacó a varios sacerdotes, aunque destacó que no se trataba de un enfrentamiento con la Iglesia en su totalidad, sino de una cuestión política. Acusó a algunos curas de actividades antiperonistas y mencionó intentos de penetración en los sindicatos, en las organizaciones patronales y profesionales libres, y en las agrupaciones estudiantiles. Una fuerte acusación iba dirigida particularmente contra Acción Católica, que fue presentada como una organización internacional hostil al régimen.¹⁷⁶

A partir de dicho discurso, el enfrentamiento echó a rodar como una bola de nieve. A mediados de noviembre se resolvió que en las escuelas de nivel primario y secundario habría “consejeros espirituales” laicos, para inculcar a los jóvenes valores morales y, por supuesto, valores peronistas. Poco después eran separados del organigrama del Ministerio de Instrucción Pública los cuadros encargados de organizar la enseñanza religiosa. Estas medidas profundizaban la peronización del sistema educativo, entre otras cosas a expensas de la influencia de la Iglesia en las escuelas. Varias instituciones educativas católicas fueron cerradas, y los curas que ejercían la docencia fueron cesanteados.

Por esos meses, el gobierno estaba comenzando a enfatizar que el respeto a todos los cultos y grupos étnicos era una de las características del peronismo. El

régimen consideraba la lealtad a Perón y al movimiento como prioritaria, por encima de cualquier lealtad a cualquier otra institución,¹⁷⁷ y además aspiraba a aplicar en el ámbito religioso la ambición peronista de proteger los derechos de las minorías y de los grupos marginales y débiles frente a los abusos de los más privilegiados. El peronismo se presentaba como un conglomerado que dejaba lugar para todo argentino decente que apoyara su proyecto.

En lo que se refería al sistema educativo público, el reemplazo en las aulas de la dicotomía entre catolicismo y las demás religiones por la de “peronismo-antiperonismo” hizo más sencilla la vida de numerosos alumnos judíos. A menudo resultaba más fácil ocultar una actitud antiperonista de los padres que sus identidades judías. A comienzos de la década de 1950 se instaba a los docentes a que no presionaran a los no católicos a participar en las lecciones de doctrina católica, sino que respetaran el principio de la libertad de culto. Los nuevos libros escolares peronistas publicados en el periodo 1953-1955 reflejaban el deseo de defender dicho principio.¹⁷⁸

En diciembre se agudizó el enfrentamiento, cuando Perón pronunció un discurso en la asamblea anual de la CGT, en el que instó a sus seguidores a salir a la calle y castigar a las “marionetas clericales”, los enemigos del pueblo. Hizo referencia a un complot religioso para derrocar al régimen y dijo que los enemigos ahora se escudaban tras los hábitos sacerdotales. Al día siguiente aparecieron editoriales en *La Prensa* y en *Época*, en los que se amenazaba con que la paciencia del pueblo estaba a punto de agotarse ante las reiteradas provocaciones político-religiosas. Mientras tanto, continuaron los arrestos de curas cuyas homilias atacaban al gobierno, y personalidades que militaban en el catolicismo fueron destituidas de sus funciones públicas.¹⁷⁹

Las medidas que se adoptaron a continuación fueron la aprobación de diversas leyes por parte de ambas cámaras del Congreso, tales como la que autorizaba el divorcio y permitía que los divorciados volvieran a casarse, la ley que aseguraba una situación equitativa para los hijos naturales y legalizaba la prostitución, iniciativas promovidas ya durante la primera presidencia en diversos círculos

peronistas, particularmente en los sindicatos, donde no pocos se opusieron a la ley de enseñanza religiosa. La Iglesia publicó una pastoral que condenaba la autorización del divorcio, y el diario católico *El Pueblo*, que poco después sería cerrado por las autoridades, lamentó la sanción de estas leyes, adoptadas según su modo de ver sin un debate adecuado y con una celeridad poco común. La nueva situación creada provocó también agudas críticas en *L'Osservatore Romano*, periódico oficioso del Vaticano, que la definió como “opresión al catolicismo, a la libertad de cultos y a la moral de los creyentes y los derechos de la Iglesia”.¹⁸⁰

En abril de 1955, la prensa peronista inició una campaña para obtener la separación entre Iglesia y Estado a través de una reforma constitucional. Tomando a Estados Unidos como ejemplo de país en el que todas las religiones eran iguales y ninguna gozaba de privilegios, los periódicos argumentaban que esa era la única manera de garantizar la verdadera libertad de cultos y condiciones igualitarias en Argentina.¹⁸¹ Durante el acto del Primero de Mayo en la plaza contigua a la Casa Rosada, Perón anunció que si el pueblo deseaba separar la Iglesia del Estado, tenía el derecho de hacerlo. En los días subsiguientes, las ramas masculina y femenina del Partido Peronista, y varios de sus diputados y senadores —que tenían mayoría en el parlamento— manifestaron su apoyo a “la voluntad popular”, tal como fuera expresada en el Día de los Trabajadores.

El Congreso resolvió entonces convocar a elecciones en el plazo de seis meses para una Asamblea Constituyente, que reformara la Constitución y garantizara la total y absoluta libertad de culto y la equidad entre todas las religiones. Una ola de despidos de profesores de religión en las escuelas estatales anticipó la resolución que derogaba oficialmente la ley que disponía la enseñanza religiosa. La sesión en la que esta decisión fue adoptada duró menos de cinco horas, una celeridad que contrasta patentemente con el largo y polémico debate mantenido ocho años antes, cuando se resolvió dar carácter de ley al decreto que había implantado esa misma enseñanza del catolicismo.¹⁸² Esta velocidad indica que

el régimen ya no sentía la necesidad de obtener legitimación de parte de la Iglesia, y consideraba que conseguir la hegemonía espiritual y cultural estaba al alcance de la mano. La ley, efectivamente, fue derogada por ambas cámaras al cabo de pocos días.

Clérigos, nacionalistas y la campaña antisemita

Las medidas de Perón para obtener la separación entre Iglesia y Estado debieron haber sido acogidas con beneplácito por los judíos, pues algunas podían haber influido positivamente en su situación. Varias de estas leyes significaban el fin del sometimiento de los ciudadanos que no profesaran el catolicismo a las normas religiosas de la mayoría, así como la disminución de las características católicas del Estado. No obstante, las instituciones de la comunidad mantuvieron ahora el mismo perfil bajo que en los días en que se impuso la enseñanza religiosa en las escuelas, en los años cuarenta; las instituciones de la colectividad optaron por evitar toda manifestación pública sobre el tema, aunque sus directivos opinaran que se trataba de hechos positivos.¹⁸³ Las medidas del gobierno eran consideradas como parte del enfrentamiento con la Iglesia y los opositores al régimen, y la DAIA prefería no involucrarse en este conflicto. Es probable que haya habido también cierto temor a un gobierno que había dado semejante golpe de timón en su política y que permitía, y quizás en secreto hasta alentaba, que se dañaran iglesias. ¿No era posible, acaso, que en otras circunstancias se fuera en contra de los judíos, convirtiendo en blancos legítimos a las sinagogas?¹⁸⁴

Esta cautela de la dirigencia comunitaria debe entenderse también considerando el trasfondo de la distribución de panfletos antisemitas que incluían acusaciones contra los judíos y masones que, supuestamente, rodeaban al presidente Perón y que eran responsables del intento de separar la Iglesia del Estado. En particular, se culpaba al “judío Borlenghi”, del que decían “las

malas lenguas que no se llamaba Borlenghi, sino Borlenski”.¹⁸⁵ Las acusaciones eran falsas y carecían de fundamento; Borlenghi era católico y su esposa era judía, y parece ser que se opuso al enfrentamiento con la Iglesia.¹⁸⁶ Uno de los panfletos señalaba a Perón como masón y como una marioneta en mano de logias secretas judías.¹⁸⁷ En la ciudad de Córdoba, considerada desde siempre un bastión del catolicismo militante, la policía dispersó a fines de 1954 una manifestación de católicos que llevaban pancartas con la leyenda: “Fuera Perón y sus amigos judíos”.¹⁸⁸ La destacada presencia del rabino Amram Blum en el entorno cercano al Presidente era particularmente irritante para numerosos militantes católicos. Su plegaria por la salud de Evita le sumaba enemigos. En la atmósfera creada a raíz del enfrentamiento, no pocos judíos comprendieron que, de hecho, la amenaza antisemita no provenía del régimen de Perón, sino de sus opositores católicos y conservadores. El temor era que, como en otros tiempos y en otros lugares, los judíos se vieran convertidos en chivo expiatorio y víctimas de una guerra cultural.¹⁸⁹

En un intento por frenar la tendencia antisemita que se dejaba sentir en ese ambiente de crisis, y ante la apariencia de una identificación de los judíos con el régimen, el Instituto Judío Argentino de Cultura e Información (que era una delegación del American Jewish Committee en el país) tuvo la iniciativa de dirigirse a la jerarquía católica para aclarar que la comunidad judía estaba preocupada por la situación y se oponía a los ataques contra la Iglesia, a la que respetaban como grupo religioso. Máximo Yagupsky y el rabino Guillermo Schlesinger se entrevistaron con el secretario del cardenal Santiago Luis Copello, a pesar de que la policía en aquel entonces seguía de cerca todas las actividades de la jerarquía eclesiástica. El secretario agradeció a los visitantes las expresiones de solidaridad y aclaró que, después de la caída de Perón los judíos no tendrían nada que temer, ya que la Iglesia no permitiría que se les causara daño alguno. Los delegados del Instituto tuvieron entrevistas similares con el cardenal Caggiano, con monseñor Miguel De Andrea, el padre Carlos Cuchetti,

agregado cultural en la nunciatura en Buenos Aires, y otros. Los encuentros se llevaron a cabo en diferentes sitios, algunos de ellos inusuales, a fin de eludir la vigilancia de las autoridades. En todos se pidió a los prelados que actuaran para poner fin a la distribución de panfletos antisemitas. También la legación israelí, que en abril de 1955 fue ascendida al rango de embajada,¹⁹⁰ entabló un diálogo con círculos eclesiásticos.¹⁹¹ Según lo entendía el liderazgo comunitario, era preferible evitar declaraciones superfluas. No obstante, la publicación por parte de la DAIA de una antología de discursos de Perón, titulada *El pensamiento del presidente Perón sobre el pueblo judío*, así como la afirmación de Moshé Tov en el sentido de que el libro contenía “la doctrina antidiscriminatoria y la aproximación constructiva del Presidente de los argentinos al pueblo israelí”, fueron interpretados por los opositores de Perón como una expresión de apoyo al régimen.¹⁹²

La serie de gestos del General hacia las religiones no católicas desde fines de 1954 llegó a provocar cierta incomodidad en varios círculos judíos. Máximo Yagupsky informaba desde Chile al American Jewish Committee, no sin temor de que sus cartas fueran abiertas y censuradas por las autoridades, que “Perón había comenzado a mostrar últimamente ‘demasiada’ amistad hacia los judíos, evangelistas, protestantes y espiritualistas”. Según Yagupsky, “en todo lo que se refiere a manifestar amistad hacia los judíos, debo reconocer que jamás estuvimos muy contentos con ello y siempre fuimos conscientes de que el final no sería bueno”. En sus cartas subsiguientes acusaba a la DAIA de miopía y exageraba al plantear que la organización había experimentado un proceso de peronización, y que la Embajada de Israel simpatizaba acriticamente con el gobierno.¹⁹³

Durante aproximadamente medio año pareció que Perón tenía éxito en sus medidas contra la Iglesia, sin provocar una oposición fuerte. En realidad, convirtió a la Iglesia en el símbolo de la lucha antiperonista, otorgando a la oposición atomizada un tema alrededor del cual podía nuclearse, y paulatinamente fue creando discordia y diferencias internas dentro de su propio

campo respecto de esta cuestión. La campaña contra la jerarquía eclesiástica perjudicó también la lealtad que le tenían las Fuerzas Armadas, uno de los pilares del régimen. La agitación comenzó a hacerse sentir en el Ejército, y no solamente en la Armada, que se había manifestado reacia a aceptar a Perón desde sus comienzos.¹⁹⁴

La oposición realizó el 11 de junio una gigantesca manifestación antiperonista en el marco de la tradicional procesión del Corpus Christi, a pesar de la prohibición gubernamental. Gran parte de los participantes llegaron allí no por fervor religioso, sino para expresar su repudio al régimen. El gobierno acusó a los manifestantes de haber enarbolado una bandera extranjera, la del Vaticano, junto al edificio del Congreso, en mástiles destinados a la enseña patria, y de haber quemado una bandera argentina (lo que, de hecho, fue probablemente una provocación llevada a cabo por efectivos policiales) y dañado la placa recordatoria de la mártir de los trabajadores, Eva Perón, ubicada dentro del edificio. Centenares de personas fueron arrestadas. Perón expulsó de la Capital Federal a dos obispos, Manuel Tato y Ramón Novoa, medida que fue vista por el Vaticano como un cruce de límites. La respuesta de Roma fue excomulgar a todos aquellos que hubieran perjudicado los derechos de la Iglesia o empleado la violencia contra sus hombres. El nombre de Perón no fue mencionado en forma directa, aunque era claro para todos que el Presidente y los integrantes de su gabinete de ministros quedaban incluidos en esa categoría.

Unos días más tarde se produjo un fallido golpe de estado. El 16 de junio, los aviones de la Armada bombardearon la zona de la Plaza de Mayo e intentaron infructuosamente eliminar a Perón y dañar la Casa Rosada.¹⁹⁵ Aunque no se registró ningún perjuicio a judíos o alguna de sus instituciones, la dirigencia comunitaria fue presa del pánico y mostró gran nerviosismo. Varios de ellos temían mantener contactos con la embajada israelí en esos días. El embajador Kubovy, que había sido funcionario del Congreso Judío Mundial y tenía gran sensibilidad ante los asuntos del público judío local, dejó de informar a Jerusalén y se dedicó a mantener conversaciones con los líderes de la

colectividad y con instancias oficiales y opositoras.

El que no se hubiera dañado a judíos fue explicado como resultado del trato favorable dado por Perón, los lazos cultivados por la embajada israelí con la Alianza Liberadora Nacionalista y el diálogo mantenido por Kubovy con círculos católicos (la embajada llegó a dar refugio a varias monjas católicas en el curso de los acontecimientos, en un intento por granjearse la simpatía de miembros de la jerarquía eclesiástica). También la dinámica movilización de Pablo Manguel, que actuó como intermediario entre el régimen y la Iglesia, contribuyó a reducir la propaganda antisemita originada en círculos católicos.¹⁹⁶ Marc Turkow recibió de Manguel un informe de su encuentro con Perón, en el que el Presidente había afirmado que la represión de la rebelión fallida y el trato positivo del régimen hacia los judíos habían logrado impedir un grave estallido antisemita.¹⁹⁷ Manguel estuvo en contacto también con dirigentes católicos para rebajar la tensión entre la Iglesia y las instituciones judías. La prensa judía, que distaba de identificarse con el peronismo, publicó por entonces artículos apologeticos para con el régimen de Perón y de condena hacia quienes habían conspirado contra un gobierno constitucional, y hacia otros críticos de los círculos católicos responsables por la difusión de propaganda antisemita.¹⁹⁸

Entre la revuelta del 16 de junio y el golpe de estado del 16 de setiembre, Perón adoptó una serie de medidas, algunas de ellas contradictorias, que revelaban la falta de seguridad respecto de la política que debía seguir.¹⁹⁹ Tras una nueva rebelión a mediados de setiembre, Perón se vio forzado a renunciar al gobierno y halló refugio en una cañonera paraguaya que se encontraba en el puerto de Buenos Aires. Dos semanas más tarde volaba en un avión naval al vecino país guaraní, primera estación en un exilio que duraría 18 años.

*Desperonizando una colectividad: la sombra de la Revolución
Libertadora*

El 16 de setiembre se produjo la nueva insurrección contra Perón. El nuevo presidente, el general Eduardo Lonardi, era un católico militante que contaba con el apoyo de la Iglesia argentina. El día en que juró el cargo salió al balcón de la Casa Rosada flanqueado por el arzobispo de Buenos Aires, el cardenal Copello. No podía haber mejor testimonio del importante papel cumplido por la Iglesia en la revolución antiperonista.

El derrocamiento de Juan Perón y la toma del poder por parte de los militares fueron recibidos con beneplácito por las instituciones hebreas, entre otras razones porque esperaban estabilidad política tras un año particularmente agitado. La prensa judía —por ejemplo *Di Idische Tzaitung* y *Mundo Israelita*— elogiaba al nuevo gobierno. La DAIA publicó una plegaria por el descanso eterno de los caídos en la autodenominada Revolución Libertadora, y manifestó su esperanza de que imperara la paz, vital para garantizar la libertad y la democracia.²⁰⁰

Sin embargo, entre los judíos la satisfacción estaba entremezclada con temores. Tal como había ocurrido en las revoluciones militares anteriores, las de setiembre de 1930 y junio de 1943, también la de setiembre de 1955 permitió a nacionalistas de la ultraderecha católica participar en la cúpula del gobierno. Lonardi se rodeó de nacionalistas identificados con la corriente católica y ultranacionalista que surgió en la Argentina en la década del veinte y que estaba influenciada por Charles Maurras y su Action Française, el fascismo italiano, la dictadura de Primo de Rivera y la Falange Española.

El nuevo encargado de Prensa y Difusión era el ultranacionalista Juan Carlos Goyeneche, director de la prestigiosa revista *Sol y Luna*, que había apoyado la rebelión de los nacionalistas en España en 1936. Fue invitado a Madrid por la dictadura de Franco y permaneció en Europa entre 1942 y 1946. Goyeneche fue partidario del Eje durante la Segunda Guerra Mundial y, como corresponsal del diario nacionalista *Cabildo*, entrevistó a destacados líderes fascistas, como por ejemplo Hitler, Himmler y Ciano. Como periodista acompañó a la División Azul que envió el régimen franquista para combatir en el frente oriental junto a la Wehrmacht contra las tropas soviéticas. Goyeneche permaneció fiel a

Alemania incluso cuando la victoria de los Aliados parecía inminente.²⁰¹

Mario Amadeo, identificado en los años treinta y durante la guerra mundial con intereses alemanes, quien también veía en el régimen de Franco un modelo para seguir, fue designado por Lonardi como ministro de Relaciones Exteriores y Culto.²⁰² Atilio Dell’Oro Maini, ultracatólico y uno de los fundadores, a fines de la década del veinte, de la publicación derechista *Criterio*, fue puesto al frente del Ministerio de Educación. Como secretario privado de Lonardi asumió su cuñado Clemente Villada Achával, descendiente de una respetable familia católica cordobesa y simpatizante de la causa nacionalista. El régimen al que aspiraban estas personalidades era similar al del gobierno militar de 1943-1945, anterior a la formación del movimiento peronista y al gobierno populista de la última década.

Semejante composición de la plana mayor del gobierno no auguraba nada bueno para los judíos. En el terreno religioso, y especialmente en lo que se refería al estudio de la religión en los colegios estatales, cabía esperar que los nuevos jefes anularan la legislación laica o anticlerical que se había sancionado en los últimos meses del régimen de Perón. Efectivamente, a la Iglesia se le restituyeron todos los derechos que se le habían quitado recientemente. Pese a ello, en la primera conferencia de prensa que dieron, Lonardi y Rojas se comprometieron a respetar las libertades religiosas de todos los grupos de la ciudadanía. Lonardi se abstuvo de volver a instituir los estudios de la religión como asignatura obligatoria en las escuelas, para no generar antagonismos con amplios sectores de adeptos de la Revolución Libertadora, que eran completamente laicos.

En las reuniones de los directivos de la DAIA en las que se trató el tema de la posición de la organización hacia el régimen derrocado, había una atmósfera de expiación de pecados, de autojustificación y de intentos de explicar por qué las instituciones judías no criticaron “el régimen de terror y sometimiento”. Los participantes mencionaban el trato positivo de Perón para con los judíos, su apoyo al Estado de Israel y sus declaraciones de condena del antisemitismo en

Argentina y fuera de ella. Uno de los asambleístas intentó destacar que “la mayor parte de los judíos no estuvo de acuerdo en volverse peronista y la DAIA no se convirtió en un instrumento de Perón”. Los presentes en la asamblea acordaron que debían extraerse conclusiones de la experiencia pasada y aspirar, en lo posible, a regresar a una línea de no involucramiento en política, alejando a quienes habían forjado la identificación entre la comunidad y el régimen derrocado. Cabe señalar que en la Embajada de Israel pidieron limitar las dimensiones de la “purga” en las instituciones comunitarias, ya que los líderes de la OIA en general, y Pablo Manguel en particular, habían hecho cuanto tuvieron a su alcance para promover las relaciones entre los dos países.

La cúpula de la DAIA mantuvo prolongadas deliberaciones sobre la línea que debía adoptarse hacia el nuevo régimen, para lo cual realizaron también consultas con la Embajada de Israel.²⁰³ Pareciera que muchos dentro de las instituciones comunitarias sintieron que la DAIA y otras instituciones judías habían ido muy lejos al manifestar su apoyo al presidente derrocado. Se temía que numerosos no judíos terminasen considerando a la comunidad hebrea como comprometida con el Estado peronista. Esto se veía como “un asunto realmente serio”, según Máximo Yagupsky, ya que forzaba a las organizaciones judías “a realizar periódicamente declaraciones elogiosas para con Perón, aparecer en su despacho, pronunciar discursos o celebrar encuentros en su honor”, con lo que “ahora quedaba el problema de cómo hacer para borrar todo esto.”²⁰⁴

En esos debates, Goldman manifestó su esperanza de que la DAIA lograra alisar el camino, limar las aristas y las discrepancias, lo que más allá de toda duda redundaría en interés de la colectividad cuyo bienestar deseaban todos.²⁰⁵ Otros oradores criticaron las presiones ejercidas por la OIA, refiriéndose a veces a sus líderes como una pequeña sección “traidora” de la comunidad. Al final de la reunión, que supuestamente debía ser cerrada pero cuyas decisiones se filtraron a la prensa judía, Goldman se dirigió a diversas instituciones para que quitaran de sus principales cargos a los adherentes al régimen anterior.²⁰⁶

La declaración firmada por el presidente, Moisés Goldman, y el secretario

general, León Lapacó, expresaba la identificación con los valores liberales enarbolados por Lonardi en su primer discurso como presidente de la Nación. La DAIA, que sabía adaptarse a los “códigos” del régimen peronista, se adaptó ahora a los “códigos” de la Libertadora. Una vez más, dirigentes como el propio Moisés Goldman marcaron esa ruta. Una delegación de la institución se entrevistó con el ministro de Relaciones Exteriores y Culto, Amadeo, quien prometió que se mantendría la continuidad en cuanto al trato dado por el régimen a los judíos y a Israel.²⁰⁷ Promesas similares fueron formuladas al embajador Kubovy.²⁰⁸ A fin de cuentas, también los dirigentes de la Revolución Libertadora tenían interés en estrechar las relaciones con Washington y compartían la exagerada creencia de sus antecesores en el poder y la influencia de los judíos norteamericanos.

Amram Blum: la principal víctima

La gestión de Lonardi, sin embargo, no duró mucho. El 13 de noviembre se produjo un pronunciamiento interno y el general Pedro Eugenio Aramburu asumió el gobierno. Junto con Lonardi, también debieron dejar sus cargos los más emblemáticos nacionalistas católicos. Bajo el mando de Aramburu comenzó una campaña para dismantelar todas las “expresiones de totalitarismo” que había implantado el peronismo en la sociedad argentina. Del servicio público fueron despedidos funcionarios designados por el régimen derrocado. La constitución sancionada bajo el peronismo fue abolida y volvió a entrar en vigencia la de 1853. Se prohibió la difusión de propaganda peronista y el uso de lemas y símbolos de dicho movimiento.

Entre las víctimas de la campaña de “desperonización” se encontraban los dirigentes de la OIA, comenzando por Pablo Manguel, en cuyo domicilio hallaron las autoridades “documentación de gran valor, bebidas alcohólicas y cigarrillos norteamericanos”. Cuenta su esposa: “públicamente vinieron a casa, eso sí a revisar la casa, a ver si encontraban algo, y claro encontraron,

encontraron un poco de vino, un cortado, un poco de que sé yo... cosas así... Seis años en el exterior, cómo no vas a traer?”.²⁰⁹ En nuestro trabajo de archivo revisando los documentos de la Comisión Nacional de Investigación creada por la Libertadora hemos encontrado más material sobre Manguel que sobre cualquier otro exdiputado peronista. Manguel y Zabolinsky fueron detenidos y quedaron recluidos por un breve período en la cárcel de Las Heras.

El viceministro del Interior, Abraham Krislavin, se refugió en la República Oriental del Uruguay, y el gobierno argentino pidió su extradición.²¹⁰ El popular cronista deportivo Luis Elías Sojit se exilió en Brasil y volvió a la Argentina recién en 1958, cuando el régimen militar llegó a su fin.

Paralelamente a los esfuerzos de las autoridades de la Revolución Libertadora por desperonizar a la sociedad y erradicar todo aquello que portaba la mácula de identificación o de cooperación con el régimen depuesto, también la comunidad judía comenzó a “poner en orden su estantería”, para alinearse con los nuevos gobernantes. Los dirigentes de la DAIA temían una excesiva identificación de la comunidad con el peronismo, por lo que actuaron rápidamente para alejar de sus cargos oficiales a funcionarios asociados con el régimen depuesto, quienes, en la gráfica expresión de Máximo Yagupsky, “le chupaban las botas a Perón”.

El alejamiento incluía a organizaciones económicas o filantrópicas de la comunidad, como el Hospital Israelita “Ezrah” o los asilos. El alejamiento del Hospital Israelita de uno de los fundadores de la OIA, Salvador Woscoff, provocó considerable revuelo y situaciones embarazosas tanto a instituciones como a judíos a título individual. A mediados de octubre, Goldman pidió a Woscoff que renunciase a su puesto, pero la reacción de este fue muy enérgica.

²¹¹ Al fin y al cabo, no era el único que había apoyado al peronismo entre los miembros de la comisión directiva del hospital. No sorprende que los miembros de la comisión del hospital protestaran contra la intromisión de la DAIA en sus asuntos. La DAIA, sin embargo, se mantuvo firme e hizo pública su posición en la prensa judía. Woscoff debió rendirse ante la presión ejercida en su contra, pero solo después de haber publicado una enérgica carta en la que argumentaba que la

DAIA, bajo la presidencia del doctor Moisés Goldman, “no actuó con la imparcialidad que la situación exige”, quizás, decía, porque Goldman mismo tenía miembros en la comisión que debían disculparse “por su colaboración, directa o indirecta, con el régimen peronista”.²¹²

En ese marco de enfrentamiento fue anulado el 4 de octubre de 1955 el cargo de presidente del tribunal rabínico de la AMIA, para poder expulsar del mismo al rabino Amram Blum, que había sido asesor de Perón en cuestiones religiosas y que junto con él había pronunciado la oración fúnebre *kadish* cuando falleció Evita.²¹³ Blum había ganado no pocos enemigos dentro de la colectividad. El semanario sefardí *La Luz* empezó a atacar a este “protegido del tirano” ya a finales de 1954, afirmando que “el rabino Blum desde que está nada hizo de positivo en pro del judaísmo argentino”.²¹⁴ Con la caída de Perón, esta publicación acrecentó su crítica en contra de los que, como Blum, apoyaban “la política y la conducta del dictador depuesto”. Según *La Luz*, “la revolución triunfante ha sacudido el torpor que sumía la conciencia de los ciudadanos de esta nación... De pronto como por obra de un milagro el pueblo argentino se puso de pie y gritó al unísono ¡Libertad!”.²¹⁵ *La Luz* insistió en que todos esos judíos fueran expulsados de todos sus cargos.

Al comienzo, Blum, al igual que Woscoff, aclaró que no abandonaría su cargo sin antes disputarlo, y prometió que en el futuro se iba a limitar exclusivamente a cuestiones religiosas internas.²¹⁶ También amenazó con demandar a la AMIA. Blum sostenía que su alejamiento del cargo de jefe del tribunal rabínico era ilegal, ya que solamente un organismo religioso compuesto por otros rabinos tenía las facultades para tal medida disciplinaria. Aunque todo ello fue en vano, y Blum debió renunciar.²¹⁷ En este clima, no sorprende que el rabino destituido de su cargo decidiera exiliarse. En diciembre de 1955 se trasladó a Estados Unidos donde, durante los siguientes años, ofició las ceremonias religiosas de comunidades judías en las ciudades de Los Angeles y Cleveland. Murió en esta última ciudad en 1970, a los 57 años.²¹⁸

Décadas después, Miguel Teitelbaum, secretario privado de Blum en aquella época, habló con amargura de la ingratitud del *establishment* judío, “porque apenas cayó Perón, lo usaron como chivo expiatorio, y le hacían un vacío muy feo, por lo cual se tuvo que ir del país. Él no soportó caer de un lugar tan importante a ser menospreciado”. Las autoridades de la AMIA y de la DAIA, que “pasaban por la casa del rabino... y que estaban pidiendo constantemente favores”, ahora le dieron la espalda. “Se fue muy enojado. No se lo merecía. La verdad es que, humanamente, la comunidad fue muy, muy jodida con respecto a él”.

En este giro de la posición del liderazgo comunitario, más interesante aún era la posición expresada por el semanario *Mundo Israelita*, que unos meses antes había publicado varios artículos y notas favorables a la OIA y al régimen de Perón.²¹⁹ Al día siguiente del golpe, *Mundo Israelita* todavía publicaba, en su número del 17 de setiembre, un saludo del General para los argentinos judíos y el Estado de Israel por las fiestas judías. Ahora, en el marco de los esfuerzos de desperonización experimentados en el país, se sumaba a la campaña antiperonista. En su edición del 1 de octubre de 1955 elogiaba al nuevo régimen y a las libertades que predicaba; tres semanas más tarde, el 22 de octubre, ya se refería al régimen “totalitario” de Perón, que había oprimido los derechos humanos y cívicos, imitando a los regímenes de Hitler y Mussolini. No es casual, escribía el semanario, que “el tirano depuesto” se haya rodeado de asesores nazis. Los directores de *Mundo Israelita* intentaron justificar ante sus lectores y las nuevas autoridades *a posteriori* por qué habían publicado en su momento artículos elogiosos del gobierno de Perón, explicando el temor que abrigaban de que la publicación de críticas pusiera en riesgo la aparición de sus ediciones. Fue el terror a la posible reacción de la dictadura lo que, según alegaban ahora, motivó ciertas notas que expresaban simpatía con el depuesto gobernante.

- 118 Juan José Sebreli, *La cuestión judía en la Argentina*, 147-148.
- 119 *Mundo Israelita*, 22.2.1947.
- 120 Archivo Sionista Central (en adelante ASC), Jerusalén, Z6/22; *Di Idische Tzaitung*, 16.2.1947, 18.2.1947; *Di Presse*, 13.2.1947; *Mundo Israelita*, 22.2.1947.
- 121 *El Argentino*, 18.2.1947, 4.
- 122 Lawrence Bell, "The Jews and Perón: Communal Politics and National Identities in Peronist Argentina, 1946-1955", tesis doctoral inédita, Ohio State University, 2002, 164; Ver *Di Presse*, 18.2.1947. Al parecer, Woscoff estaba motivado, entre otras cosas, por el "apriete" de Borlenghi que amenazó con perjudicar la marcha de su empresa Laboratorios Woscoff (entrevista con Alberto Woscoff, Buenos Aires, 1.12.2008).
- 123 Entrevistas con Perla Cortés (Buenos Aires, 5.8.2008) y Rosalía Cortes (Río de Janeiro, 12.8.2009).
- 124 Boleslao Lewin, *Cómo fue la inmigración judía en la Argentina*. Buenos Aires: Plus Ultra, 1983, 273; Lawrence Bell, "The Jews and Perón...", 164-165.
- 125 Romina Manguel, "El abuelo Pablo". *Veintitrés Internacional*, mayo 2008.
- 126 Entrevista con Enrique Scheinsohn (Buenos Aires, diciembre 2008).
- 127 Citado en Ricardo Feierstein, *Historia de los judíos argentinos*. Buenos Aires: Planeta, 1993, 349.
- 128 Para trabajos anteriores sobre la organización judía peronista, ver: Leonardo Senkman, "El peronismo visto desde la legación israelí en Buenos Aires: sus relaciones con la OIA, 1949-1955", en: *Judaica Latinoamericana*, Vol. II, 1993, 115-136; Jeffrey Marder, "The Organización Israelita Argentina: Between Perón and the Jews", en: *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies*, Vol. 20, N° 39-40, 1995, 125-152.
- 129 Omar Acha, *Los muchachos peronistas: Orígenes olvidados de la Juventud Peronista (1945-1955)*. Buenos Aires: Planeta, 2011, 57.
- 130 *Di Idische Tzaitung*, 26.2.1947; *Mundo Israelita*, 8.3.1947, 26.6.1948.
- 131 *Mundo Israelita*, 21.8.1948, 29.8.1948; DAIA, *El pensamiento del presidente Perón sobre el pueblo judío*, 15; DAIA, *Perón y el pueblo judío*, 11; *AJYB*, Vol. 50 (1948-1949), 270. Perón pronunció discursos de tenor similar en los

aniversarios de la creación de la OIA, ver Juan José Sebrelí, *La cuestión judía en la Argentina*, 150.

132 *Mundo Israelita*, 1.3.1947, 4.5.1947, 11.10.1947.

133 Entrevista con Alberto Woscoff (Buenos Aires, 1.12.2008).

134 *La Nación*, 10.6.1949; *La Prensa*, 9.7.1949.

135 *Constitución de la Nación Argentina de 1949*. Buenos Aires: Ediciones Realidad Política, 1983, Artículo 28, 29-30; Tov a Eytan, 7.3.1950, AEI 2574/17; *Mundo Israelita*, 19.3.1949; *AJYB*, Vól. 51 (1950), 266; *AJYB*, Vól. 52 (1951), 214.

136 DAIA, “Medio siglo de lucha...”, 10; Juan José Sebrelí, *La cuestión judía en la Argentina*, 156. Hubo quienes relacionaron la actitud positiva de Evita hacia los judíos como muestra de gratitud hacia el magnate de los medios de comunicación, Jaime Yankelevich, dueño de Radio Belgrano, desde donde Evita fue catapultada a la fama. En 1943 comenzó a difundir desde aquella emisora un programa sobre mujeres célebres de la historia.

137 DAIA, *El pensamiento...*, 23, 27-29; DAIA, *Perón y el pueblo judío*, 14-15; Eva Perón, *Historia del peronismo*. Buenos Aires: Volver, 1987, 58.

138 *El Día*, 21.7.1954 y 5.9.1954.

139 Nerina Visacovsky, “Herencias de 1947: Di ídische froy y el sufragio femenino”, en: Carolina Barry (comp.), *Sufragio femenino: Prácticas y debates políticos y culturales en Argentina y América Latina*, Buenos Aires: Eduntref, 2011, 91-111.

140 “Eva Perón”, *OSFA*, (agosto de 1952), N° 138, Año XIV, 1.

141 Eshel al Ministerio de Relaciones Exteriores, 20.7.1950, AEI, 2571/9.

142 *Di Idische Tzeitung*, 8.4.1951; Segal a Hochstein, 15.5.1951, AJC Files, Caja 3.

143 Schneersohn al Ministerio de Relaciones Exteriores, 1.8.1951, AEI 2574/3; *Mundo Israelita*, 7.7.1951; *AJYB*, Vól. 54 (1951), 203. Sobre las diferencias de opiniones en la cúpula de la DAIA respecto de la OIA, ver Actas del Consejo Directivo de la DAIA, 1948-1952. Agradezco a Beatriz Gurevich por compartir conmigo esta documentación.

144 Véanse *Di Presse*, 7.10.1951 y 19.10.1951, *Mundo Israelita*, 10.11.1951.

145 Leonardo Senkman, “El peronismo visto desde la legación israelí...”, 116-118.

146 Darom a Tov, 27.11.1951 y Tsur al Ministerio de Relaciones Exteriores, 29.11.1951, AEI 2579/16; Leonardo Senkman, “El peronismo visto desde la legación israelí...”, 118.

147 Tsur al Ministerio de Relaciones Exteriores, AEI 2579/16, 11.6.1952, 23.6.1952, 24.8.1952. Aznar al MAE, 30.6.1952, AMAE, R. 3177/49; Torrehermosa al MAE, 31.3.1952, AMAE, R. 3177/49.

148 Kubovy a Darom, 23.11.1953, AEI 2573/14; *La Prensa*, 27.2.1954, 20.3.1954, 15.4.1954; *Di Idische Tzeitung*, 29.6.1952; *Di Presse*, 28.6.1952.

149 DAIA, *El pensamiento...*, 33-35; Arazi al Ministerio de Relaciones Exteriores, 19.11.1953, AEI, 4701/1.

150 *El Día*, 21.12.1954; *La Prensa*, 21.12.1954; M. D. Bejar, *Todo es Historia*, N° 143, 1979.

151 Elie Eliachar, *Viviendo con judíos* (en hebreo). Jerusalén: Marcus, 1980, 287.

152 Sobre Blumver Robert Weisbrot, *The Jews of Argentina: from the Inquisition to Perón*. Filadelfia: Jewish Publication Society of America, 1979, 121-128; Susana Brauner, *Ortodoxia religiosa y pragmatismo político...*, cap. 4.

153 *Mundo Israelita*, 19.7.1952.

154 Yagupsky a Segal, 30.8.1953, AJC Files, Caja 1.

155 Entrevista realizada por los periodistas Shlomo Slutzky y Julián Blejmar (Buenos Aires, agosto 2014). Agradezco a ambos por compartir conmigo la grabación de la misma.

156 Hernán Dobry, *Los rabinos de Malvinas*. Buenos Aires: Vergara, 2012.

157 *Mundo Israelita*, 11.7.1953; Robert Weisbrot, *The Jews of Argentina...*, 233-236.

158 *Mundo Israelita*, 20.11.1954.

159 Emilio J. Corbière, *Estaban entre nosotros*. Buenos Aires: Letra Buena, 1992, 159-163. Una exageración aún mayor de la influencia de la organización judía peronista puede encontrarse en el informe del embajador español en la Argentina, José María de Areilza, de enero de 1950. Ver Archivo de la Fundación Francisco Franco (Madrid), Leg. 121, Fol. 56.

160 Kurt J. Riegner, “Argentina’s Jewry under Perón”, en: *Wiener Library Bulletin* 9, N° 5, 1955, 51.

161 Fermín Chávez, *Eva Perón sin mitos*. Buenos Aires: Fraterna, 1990, 158-159.

162 Jacob Tsur, *Cartas credenciales N° 4* (en hebreo). Tel Aviv: Maariv, 1981, 42, 45; Lawrence Bell, “The Jews and Perón...”, 175.

163 Citado en Lawrence Bell, “The Jews and Perón...”, 171-172.

164 Vicepresidencia de la Nación, *Libro negro de la Segunda Tiranía*, tomo 3, Buenos Aires: 1958.

165 Sobre Sojit, ver las notas publicadas por la revista *Gente* en 1970, bajo el título “¡Luis Elías! ¡Qué personaje!” (s.f) y en *Clarín* en 1985 por Carlos Marcelo Thiery, “Un ilusionado del micrófono” (s.f). *Diccionario enciclopédico del fútbol*. Buenos Aires: diario *Olé*, 1997, 522. A pesar de que su hijo enfatiza que Sojit no tenía una identidad judía demasiado fuerte, lo enterraron en 1982 en el Cementerio Israelita de Liniers: entrevista con Eduardo Isidoro Sojit (Buenos Aires, 4.12.2008).

166 *Di Presse*, 24.3.1949 y 28.8.1949.

167 Ignacio Klich, “The First Argentine-Israeli Trade Accord: Political and Economic Considerations”, en: *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies* 20, 1995, 177-205.

168 Entrevistas del autor con Marcos Korenhendler (Tel Aviv, 21.8.2000) y David Hurovitz (Tel Aviv, julio 2004).

169 *Di Idishe Tzaitung*, 29.6.1954 y 29.12.1954, *La Luz*, 14.1.1955; Lawrence Bell, “The Jews and Perón...”, 263.

170 Sobre las relaciones entre Perón y la Iglesia, ver Lila Caimari, *Perón y la Iglesia Católica*; Loris Zanatta, *Perón y el mito de la nación católica...*; Miranda Lida, “Catolicismo y peronismo: debates, problemas, preguntas”, en: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”* N° 27, 2005, 139-148; Ezequiel Adamovsky, “La bendita medianía: Los católicos argentinos y sus apelaciones a la ‘clase media’, c. 1930-1955”, en: *Anuario IEHS* N° 22, 2007, 301-324.

171 Aznar a Artajo, 1.8.1952, Archivo de la Presidencia del Gobierno (Madrid) (en adelante, APG), Leg. 14; Oficina de Información Diplomática, “Se pide la

beatificación de Eva Duarte de Perón. Comentarios de prensa”, 23.8.1952, APG, Leg. 14. Sobre la expropiación de *La Prensa* ver Claudio Panella, *La Prensa y el peronismo: Crítica, conflicto, expropiación*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata, 1999.

172 Martindale al Departamento de Estado, 22.10.1952, en: National Archives, Documents of the Department of State, Record Group 59, College Park, MD (de aquí en adelante NA), 735.00\10-2252.

173 Sobre la indoctrinación en el sistema educativo en el período 1952-1955, ver Mónica Esti Rein, *Politics and Education in Argentina, 1946-1962*. Armonk, NY: Sharpe, 1998, cap. 3; Jorge Luis Bernetti y Adriana Puiggrós, *Peronismo: cultura política y educación (1945-1955)*. Buenos Aires: Galerna, 1993; Silvina Gvirtz, “La politización de los contenidos escolares y la respuesta de los docentes primarios, 1949-1955”, en: Raanan Rein y Rosalie Sitman (comp.), *El primer peronismo: De regreso a los comienzos*. Buenos Aires: Lumiere, 2005, 37-49; José Miguel Somoza Rodríguez, “Educación y política en Argentina. Creación de identidades y resocialización de sujetos (1943-1955)”, tesis doctoral inédita, Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia, 2002.

174 “Review of Church-State Developments”, 5.5.1955, NA, 835.413/5-555; Robert A. Potash, *The Army and Politics in Argentina...*, cap. 6; Noreen Frances Stack, “Avoiding the Greater Evil: The Response of the Argentine Catholic Church to Juan Perón”, tesis doctoral inédita, Rutgers University: 1976; *Primera Plana*, 24.12.1968, 31.12.1968, 14.11.1969. Las versiones de la Iglesia y de Juan Perón pueden verse, respectivamente, en *Criterio*, 25.11.1954, 28.7.1955 y Ricardo Boizard, *Esa noche de Perón*. Buenos Aires: Siruela, 1955; Juan Perón, *Del poder al exilio*. Buenos Aires: Ediciones Argentina, 1982, cap. 5.

175 Para un análisis de las diversas razones posibles para el derrocamiento de Perón, ver: Memorandum del Deputy Assistant Secretary of State for Inter-American Affairs (Lyon) al secretario de Estado, *FRUS, 1955-57*, Vol. VII, 381-382.

176 El texto del discurso puede encontrarse en *La Prensa y Democracia*, 11.11.1954; *Hechos e Ideas* (octubre-noviembre 1954), 387-397.

177 Ver Lila Caimari, “Peronist Christianity and Non-Catholic Religions...”,

178 Ver, por ejemplo, Celia Gómez Reynoso, *El hada buena* [texto para segundo grado]. Buenos Aires: Luis Lesserre, 1953, 54; Ana Lerdo de Tejada, *Un año más* [texto para segundo grado]. Buenos Aires: Luis Lesserre, 1953, 12.

179 No obstante, no puede hablarse en esta etapa de una política de arrestos masivos. En total, entre octubre de 1954 y mayo de 1955 fueron detenidos unos 25 curas, la mayor parte de los cuales fueron liberados poco después. Ver: “Review of Church-State Developments”, 5.5.1955, NA, 835.413/5-555.

180 APG, Leg. 21, Castiella al MAE, 23.12.1954.

181 Siracusa al Departamento de Estado, 12.4.1955, NA, 735.00/4-1255; Siracusa al Departamento de Estado, 15.4.1955, NA, 735.00/4-1555. Este diplomático norteamericano no consideró negativas las medidas del gobierno contra la Iglesia, sino solamente la forma autoritaria en que fueron aplicadas por el gobierno.

182 República Argentina, *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, 1955, Vól. I, 213-243.

183 Raanan Rein, “Nationalism, Education and Identity: Argentine Jews and Catholic Religious Instruction, 1943-1955”, en: Agosin, Marjorie (ed.), *Memory, Oblivion and Jewish Culture in Latin America*. Austin: University of Texas Press, 2005, 163-175.

184 Fordham al Foreign Office, Public Record Office, Foreign Office Papers, London 7.1.1955, FO 371/114066.

185 Entrevista a Alberto Woscoff (Buenos Aires, 1.12.2008).

186 Robert A. Potash, *The Army and Politics in Argentina...*, 175-176; Félix Lafandra (ed.), *Los panfletos – su aporte a la Revolución Libertadora*. Buenos Aires: Itinerarium, 1955, 227-228; Hipólito Paz, *Memorias*. Buenos Aires: Planeta, 1999, 208-209; y la entrevista del autor con Clara Borlenghi (Buenos Aires, 9.9.1997). Borlenghi se vio forzado a enfatizar públicamente su condición de cristiano, a pesar de sus críticas contra la cúpula de la Iglesia. Ver Kubovy a Tov, 10.6.1955, AEI 2571/10.

187 Kubovy a Tov, 12.5.1955, AEI 2571/10; Yagupsky a Segal, 2.5.1955, AJC Files, Caja 1. Yagupsky mencionó la probabilidad de que parte de los panfletos haya tenido origen en círculos pronazis o árabes, y no necesariamente en círculos

católicos.

188 Yagupsky a Segal, 8.12.1954, AJC Files, Caja 1.

189 Ver Memorándum de S.A. Fineberg, 14.6.1955, AJC Files, Caja 3.

190 *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, 1955, Vól. I, 35.

191 Kubovy a Tov, 18.4.1955 y Tov a Kubovy, 3.5.1955, AEI, 2571/10; *Mundo Israelita*, 26.2.1955; Yagupsky a Segal, 8.12.1954 y 26.7.1955. AJC Files, Caja 1.

192 *La Razón*, 13.1.1955 en: Orestes D. Conñalonieri, *Perón contra Perón*, 280.

193 Yagupsky a Segal, 8.12.1954, 2.5.1955 y 26.7.1955, AJC Files, Caja 1.

194 Sobre la Armada Argentina, su postura respecto de Perón y su papel en la Revolución Libertadora, ver Robert A. Potash, *The Army and Politics in Argentina...*, 188 y subsiguientes; El ministro de Marina de Perón declaró ante la corte marcial, que lo juzgó por su participación en los hechos del 16 de junio, que fue partidario del peronismo hasta la ofensiva contra la Iglesia. Ver Aníbal O. Olivieri, *Dos veces rebelde*. Buenos Aires: Sigla, 1958, 139.

195 Sobre la fracasada rebelión del 16 de junio, ver Embajada de Buenos Aires al Departamento de Estado, 22.6.1955, NA, 735.00/62255; Robert A. Potash, *The Army and Politics in Argentina...*, cap. 6; Alain Rouquié, *Poder militar y sociedad política en la Argentina*. Buenos Aires: Emecé, 1982, Vól. II, cap. 3; Julio Godio, *La caída de Perón*. Buenos Aires: CEAL, 1985. Miembros del Instituto Judío Argentino de Cultura e Información acompañaron al cardenal Caggiano, quien visitó varias de las iglesias que resultaron afectadas: Yagupsky a Segal, 27.7.1955, AJC Files, Caja 1.

196 Tov a Kubovy, “Las actividades de Manguel”, 18.7.1955, AEI, 2388/11; Tov a Kubovy, 2.8.1955 y el Congreso Judío Mundial a Tov, 4.8.1955, AEI, 2574/4; entrevista con la esposa de Manguel, Rosalía, Instituto Nacional de Investigaciones Históricas Eva Perón, Programa de Historia Oral, 8. Los puestos ocupados por Manguel indican que Perón continuó apoyando a la OIA y la política favorable hacia los judíos. Ver Hevesi a Hochstein, 8.7.1955 y Liskořky a Danzig, 30.6.1955, AJC Files, Caja 3.

197 Ver informe del 4.8.1955, AEI, 2574/4.

198 Ver Yosef (Jorge) Goldstein, “The Influence of the State of Israel and the Jewish Agency on Jewish Life in Argentina and Uruguay, 1948-1953” (en hebreo),

tesis doctoral inédita, Hebrew University of Jerusalem: 1993, 309; *Di Presse*, 18.6.1955; *Di Idische Tzaitung*, 7.7.1955, 1.9.1955.

199 Sobre el período entre junio y setiembre de 1955, ver María Sáenz Quesada, *La libertadora: de Péron a Frondizi, 1955-1958*. Buenos Aires: Sudamericana, 2007; Robert A. Potash, *The Army and Politics in Argentina...*, 180-213; Alain Rouquié, *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, cap. 3; Joseph A. Page, *Perón...*, cap. 35; Bonifacio del Carril, *Crónica interna de la Revolución Libertadora*. Buenos Aires: Emecé, 1959; Julio Godio, *La caída de Perón*.

200 DAIA, “Medio siglo de lucha...”, 14.

201 *ABC* (Madrid), 30.11.1946; Ronald C. Newton, *The “Nazi Menace”...*, 240-241; Juan Carlos Goyeneche, *Ensayos, artículos, discursos*. Buenos Aires: Diction, 1976.

202 Ronald C. Newton, *The “Nazi Menace”...*, 120; Joseph A. Page, *Perón...*, 302, 306, 307; Mario Amadeo, *Ayer, hoy, mañana*. Buenos Aires: Ediciones Gure, 1956.

203 Ver memorando de Turkow, 30.9.1955 y Heymann a Nahum Goldmann, ASC, Z6/926.

204 Yagupsky a Segal, 28.9.1955, AJC Files, Caja 1.

205 Citado en Lawrence Bell, “The Jews and Perón...”, 283.

206 *Di Idische Tzaitung*, 13.10.1955.

207 *Mundo Israelita*, 29.10.1955.

208 Una copia del telegrama enviado por la DAIA a Lonardi el 25.9.1955 se encuentra en el AEI 474/23; Bernstein a Pratto, 20.11.1955, AEI 2574/4; Kubovy a Pratto, 20.10.1955, AEI 2579/18.

209 Entrevista con Rosalía Manguel, Instituto Nacional de Investigaciones Históricas Eva Perón, Programa de Historia Oral, 9.

210 *La Razón*, 9.11.1956; *La Nación*, 11.2.1957.

211 Lawrence Bell, “The Jews and Perón...”, 286.

212 Sobre el escándalo alrededor del alejamiento de Woscoff, ver *Di Idische Tzaitung*, 20.10.1955, *Di Presse*, 20.10.1955, *Mundo Israelita*, 22.10 y 29.10.1955.

213 Eliav al Ministerio de Relaciones Exteriores, 23.11.1955, AEI 477/10; *AJYB*,

Vól. 57 (1956), 524; *AJYB*, Vól. 58 (1957), 405; Yagupsky a Segal, 28.9.1955, AJC Files, Caja 1; Memorandos de Heymanm22.11.1955, 29.11.1955, ASC.

214 *La Luz*, 26.11.1954, 24.12.1954.

215 *La Luz*, 7.10.1955.

216 Citado en Lawrence Bell, “The Jews and Perón...”, 285.

217 *La Luz*, 7.10 y 25.11.1955; *Mundo Israelita*, 26.11.1955.

218 Robert Weisbrot, *The Jews of Argentina ...*, 127.

219 Ver, por ejemplo, 11.6.1955.

CAPÍTULO 4

EL PERONISMO FRENTE AL NUEVO ESTADO JUDÍO

A comienzos de 1947 el canciller inglés, Ernest Bevin, anunció que su país transfería el problema de Palestina a la Organización de las Naciones Unidas. Las instituciones del mandato británico se habían visto obligadas a hacer frente a las conflictivas demandas de los judíos y de los árabes respecto del futuro de aquella región, inmersos en una sensación de *impasse* en cuanto a su futuro.

A principios de mayo, la Asamblea General resolvió enviar una comisión especial de investigación a la zona, el grupo de la UNSCOP (United Nations Special Committee on Palestine), compuesto por representantes de once de sus estados. En junio, dicha delegación viajó al Medio Oriente y, a finales de agosto, tras varias semanas de deliberaciones, publicó sus conclusiones. La mayor parte de los miembros de la comisión, impresionados por la lucha de los judíos contra las autoridades del Mandato, recomendaron la retirada de los británicos y la partición del territorio en tres secciones: un Estado judío, un Estado árabe y la región de Jerusalén, que quedaría bajo administración internacional. Los representantes de Uruguay (Enrique Rodríguez Fabregat), Guatemala (Jorge García Granados) y Perú (Arturo García Salazar) dejaron su impronta en los protocolos de la UNSCOP. Estos tres diplomáticos jugaron un papel importante tanto en la formulación de la recomendación de la partición como en su adopción por parte de la comisión.²²⁰

Un plan similar fue adoptado por la comisión *ad hoc* de la Asamblea General, que fue sometido a votación del plenario a fines de noviembre. El resultado fue que 33 estados expresaron su apoyo a la partición, 13 se opusieron, 10 se abstuvieron y uno se ausentó. Londres no esperó la decisión final y ya a mediados de aquel mes había anunciado el cronograma para la terminación del Mandato y el repliegue de sus fuerzas.

Los países latinoamericanos, un total de 20 de los 55 miembros de la ONU, eran un elemento central de la misma. Las resoluciones importantes que se adoptaran, que requerían una mayoría de dos tercios, no podían aprobarse sin su apoyo.²²¹

La mayor parte de los trabajos que se refieren a la resolución de la partición de Palestina, adoptada por la Asamblea General el 29 de noviembre de 1947, bajo la presidencia del brasileño Osvaldo Aranha, enfatiza el apoyo decisivo de dichos estados a la resolución que abrió el camino para la creación del Estado de Israel. De los países del continente, 13 votaron a favor (casi el 40% del total de los votos en este sentido), seis se abstuvieron y tan solo uno, Cuba, se opuso. Sin embargo, resulta difícil obviar el hecho de que los tres países principales del bloque hispanoparlante, Argentina, Chile y México, prefirieron abstenerse.

Entre presiones conflictivas: la abstención argentina

Varios factores influyeron en la política del gobierno de Perón respecto de Palestina, entre 1946 y 1948. Entre ellos, el principal es el de las relaciones que mantenía el país del Plata con Estados Unidos, la potencia hegemónica del continente, y el deseo de los dirigentes de Buenos Aires de mostrar cierto grado de independencia en su política externa. Este era un objetivo clave, a la luz tanto de la tradición diplomática argentina como de la retórica nacionalista de Perón, particularmente si se considera que Palestina no era una cuestión central en el conjunto de las relaciones exteriores del país. Pareciera que una posición independiente en temas como este podría aumentar el margen de maniobra de

Argentina y su capacidad de negociación en lo relativo a los puntos más relevantes del programa de desarrollo y modernización encarado por Perón.

Cuando el General llegó al poder, anunció una política socioeconómica que se mantendría equidistante del capitalismo cruel y socialmente insensible y del comunismo opresor y sin alma. De modo consecuente, la política exterior argentina adoptó también, al menos teóricamente, esta “tercera posición”, con la cual se deseaba demostrar que Argentina no era “el patio trasero” de Estados Unidos ni se sometía a los mandatos de ninguna de las potencias. Su política internacional serviría exclusivamente a sus propios intereses nacionales. Pese a ello, el gobierno de Buenos Aires hizo cuanto pudo para evitar enfrentamientos innecesarios con la administración norteamericana. De hecho, a fines de los años 40, Perón, su canciller y su ministro de Guerra enfatizaron en repetidas ocasiones a diplomáticos norteamericanos que la “tercera posición” no era sino “un poco de demagogia política para consumo interno” y que no implicaba que, en caso de conflicto entre los bloques, el país fuera a adoptar una posición neutral.²²²

Argentina manifestó una circunspección similar con respecto a Gran Bretaña, su principal contraparte en el comercio desde que se había convertido en una república independiente a comienzos del siglo XIX. Aunque después de la Segunda Guerra Mundial había quedado patente que el Reino Unido no podría continuar jugando el mismo papel en la economía argentina, aún no se había encontrado una verdadera alternativa a las relaciones complementarias con los ingleses. Esta fue otra de las razones por las que no se adoptaba una postura inequívoca en un tema de semejante envergadura para los británicos.

Otro motivo de importancia para la abstención era el deseo argentino de conservar el apoyo de los países árabes en la arena internacional en general, particularmente en la Organización de las Naciones Unidas. Cabe recordar que la adhesión de Argentina a la ONU se había topado con grandes dificultades como consecuencia de la fecha tardía en que declaró la guerra a Alemania y Japón, lo que debilitaba mucho su postura en la nueva organización internacional. La

mayor parte de los estados árabes, que recién en aquellos años obtuvieron plena independencia política, aspiraban a obtener legitimidad internacional mediante el desarrollo de una red de lazos diplomáticos con la mayor cantidad posible de países, incluyendo Argentina. Así, pues, no sorprende que en el curso de 1947 se establecieran relaciones diplomáticas entre ese país y el Líbano, Siria, Arabia Saudita, Irak y Egipto.

El apoyo de los seis países árabes que a la sazón eran miembros de Naciones Unidas, junto a un número de otros países musulmanes como Irán, Paquistán y Afganistán, era concebido como vital por los responsables de la política exterior en Buenos Aires. Efectivamente, los países árabes apoyaron los infructuosos intentos argentinos de ser aceptada en la Corte Internacional y el Consejo Económico y Social de la ONU. Cuando Argentina presentó su candidatura al Consejo de Seguridad, en setiembre de 1947, logró convertirse en miembro, entre otras razones, gracias al apoyo de las naciones árabes. Como retribución, el país sudamericano apoyó la elección de candidatos árabes a puestos encumbrados en el organismo. Por lo tanto, una postura contraria a la de la mayor parte de los estados de Medio Oriente no era deseada por los jefes de la diplomacia argentina. Una anécdota que refleja el temor de Perón por la reacción árabe ante un eventual apoyo argentino a la posición sionista puede verse en la respuesta que dio al diplomático israelí de origen argentino Moshé Tov en setiembre de 1948, cuando este pidió saber la razón por la cual estaba demorando el reconocimiento al nuevo Estado. Con su humor habitual, el Presidente replicó: “Mire, amigo mío. Usted conoce muy bien a los árabes. Suelen volverse irracionales. Si yo reconociera hoy a Israel, mañana por la mañana podría aparecer colgado de un farol o de un árbol en una calle de El Cairo el embajador argentino...”²²³

Aunque en 1945 Perón ya había expresado simpatía hacia las aspiraciones sionistas en una charla con el periodista y diplomático judío Benno Weiser Varon,²²⁴ las instrucciones secretas que el Ministerio de Relaciones Exteriores en Buenos Aires envió a la delegación ante la ONU, en octubre de 1946, decían

de forma explícita: “Diversas han sido las gestiones realizadas por instituciones hebreas para obtener el apoyo de nuestro país, si se trata la cuestión de Palestina [en la ONU]. En este delicadísimo asunto, V.E. tendrá como referencia la siguiente: **la Argentina no quiere, bajo ningún concepto, un enfriamiento en sus relaciones con la Liga Árabe. La Argentina no se ha comprometido a apoyar a los hebreos**”.²²⁵ El mismo cable indicaba más adelante que, no obstante lo mencionado, las circunstancias podrían forzar a emitir un voto favorable a los judíos, mas ello debía hacerse sin herir las sensibilidades árabes.

Diez meses después, en agosto de 1947, el Ministerio de Relaciones Exteriores envió nuevas instrucciones a su delegación en la ONU:

La Argentina ve con simpatía la creación del hogar judío en Palestina. Razones de humanidad la asisten. La declaración Balfour, ratificada por la Liga de las Naciones en el mandato acordado, las esperanzas que al pueblo judío tales principios hicieron nacer, sus esfuerzos para transformar el desierto en tierra de cultivo, para construir pueblos, no pueden ser olvidados.

En este problema la Argentina no está directamente comprometida y no le corresponde una intervención de primer plano, sin embargo empeñará sus esfuerzos a favor de hallar la mejor fórmula para que una equitativa y humanitaria solución sea sancionada. La Argentina no desea atentar contra el buen entendimiento que mantiene con los estados árabes, con quienes ha establecido relaciones diplomáticas. No olvida el aporte beneficioso de sus hijos al progreso argentino. Estima que los árabes deben considerar con altura la situación de los hebreos con quienes han convivido desde la antigüedad.

Tratándose de un país constituido primordialmente por inmigrantes, la política exterior argentina se ve necesariamente influenciada por las diversas comunidades minoritarias que habitan su territorio. En el caso que nos ocupa, la decisión debía tomar en cuenta a la colectividad judía, la más grande de América Latina (seguida por amplia diferencia por la comunidad judía del Brasil), así como a la comunidad árabe local, en su mayoría formada por siriolibaneses

llegados en las postrimerías del Imperio Otomano, estimada a la sazón en unas 400 mil personas. En este sentido debe señalarse que, a diferencia de lo ocurrido con la comunidad judía, la mayor parte de la cual votó por la Unión Democrática en las elecciones de 1946, la comunidad árabe era considerada como favorable a la candidatura de Perón, lo que generaba cierto grado de compromiso hacia este grupo. A finales de diciembre de 1945, el diario *Democracia* publicó una serie de artículos bajo el título “¿Por qué gran parte de la colectividad judía está contra el coronel Perón?”, escrita por Enrique de Marenz.²²⁶

Tal como se sugiere en las instrucciones del Ministerio de Relaciones Exteriores, ya en la segunda mitad de 1946 el *lobby* sionista se esforzaba vivamente por captar la simpatía y la adhesión de los círculos gubernamentales y de la opinión pública, actividad en la que participaron destacadas personalidades. Abraham Mibashán representaba a la Agencia Judía en Buenos Aires, desde 1944. Allí logró organizar, junto con el Consejo Central Sionista, cuerpo aglutinador de todos los cuadros sionistas en Argentina, fundado un año antes, y la DAIA, una serie de asambleas de protesta contra la política británica en Palestina, a la vez que difundir información sobre el movimiento sionista y el pueblo hebreo en los medios de comunicación, así como entre políticos y otras figuras públicas.²²⁷

En agosto de 1946 se creó en Argentina el Comité Pro Palestina, con la participación de intelectuales gentiles y representantes de todos los partidos políticos. Lo dirigían el destacado poeta Arturo Capdevila y el peronista (de la Unión Cívica Radical-Junta Renovadora) Leonardo Benítez Piriz.²²⁸ El Comité, en coordinación con Mibashán, la DAIA y el Consejo Sionista, actuó para organizar asambleas y recepciones. Mibashán logró incluso involucrar a varios diputados peronistas para que, junto con diputados de la oposición radical, redactaran una petición a su gobierno para que apoyara la creación de un hogar nacional judío en la tierra de Israel. Esta cooperación interpartidaria era rara de encontrar en el conflictivo y dividido panorama político argentino.²²⁹

Siguiendo las instrucciones de Moshé Tov, el presidente del Comité, Mibashán, y el presidente de la DAIA, doctor Moisés Goldman —que supo desarrollar buenas relaciones de trabajo con Perón—, intentaron conseguir la adhesión del país para la causa sionista en la ONU, a través del canciller Juan Atilio Bramuglia. El propio Tov, un judío sionista de origen argentino que había presidido la organización hebrea Macabi y que fue secretario de la DAIA, visitó la Argentina en agosto de 1946 y nuevamente en setiembre de 1947, tras finalizar su cargo como oficial de enlace de la Agencia Judía con los miembros de la comisión de la UNSCOP.²³⁰ A medida que se acercaba la fecha de la votación en Naciones Unidas, iba intensificándose la actividad sionista en Buenos Aires.²³¹ En mítines, conferencias de prensa y solicitadas se condenaba la política británica en Palestina y se expresaba apoyo a las “justas exigencias del pueblo judío”. Por solicitud de Tov y de Stephen Wise, presidente del Congreso Judío Mundial, la DAIA y otras organizaciones enviaron telegramas a Perón y al presidente de Estados Unidos, Harry Truman, instándolos a dar las instrucciones necesarias a sus representantes para votar a favor.²³²

Diego Luis Molinari, presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, que había expresado su solidaridad con las actividades sionistas ya a fines de los años veinte, se desempeñó como mediador para la realización de dos encuentros de dirigentes judíos con el canciller Bramuglia en el curso del mes de octubre. Bramuglia prometió elaborar instrucciones para los delegados en la ONU, que pudieran favorecer “una solución integral de la cuestión judía”, enfatizando que su país votaría como las dos superpotencias, Estados Unidos y la Unión Soviética, o sea a favor de la partición de Palestina y la creación de un Estado judío.²³³ En un intento de comprometer a la Argentina a adoptar una postura pro sionista, se envió un telegrama de agradecimiento al ministro de Relaciones Exteriores, y Mibashán dio a conocer las declaraciones de Bramuglia en el curso de un acto, a comienzos de noviembre, destinado a celebrar el trigésimo aniversario de la Declaración Balfour.²³⁴ También Benítez Piriz y el Comité Pro Palestina ejercieron presión sobre el canciller. Pero Bramuglia,

como veremos más adelante, no era el propietario exclusivo del Palacio San Martín, sede del Ministerio de Relaciones Exteriores. Molinari, de extracción radical, se dirigió nuevamente en el curso de noviembre al vicepresidente Hortensio Quijano, también proveniente de las filas del partido radical, y a Bramuglia, con la intención de convencerlos para que sumaran su voto a la propuesta mayoritaria de la comisión de la UNSCOP.

Para no quedar rezagados, también el *lobby* árabe, que en los dos años anteriores realizó gestiones para que se establecieran relaciones diplomáticas con Líbano y Siria, recién independizados de Francia, comenzó a operar en Argentina. En mayo de 1946, por ejemplo, representantes de la Liga Árabe se entrevistaron con el presidente saliente, el general Edelmiro Farrell, dejando la Casa Rosada con la sensación de haber conquistado el apoyo argentino en su lucha por Palestina, impresión que el canciller Juan Cooke se apresuró a negar.²³⁵ Un diplomático libanés, que poco después realizó la primera gira árabe de relaciones públicas por América Latina, se entrevistó con el recientemente electo presidente Perón en Buenos Aires y le solicitó el apoyo argentino a la postura árabe cuando se debatiera el futuro de Palestina en la ONU. Perón le dio a entender que la decisión ya había sido tomada y que su país efectivamente simpatizaba con su causa. Sin embargo, Moshé Tov recibió una impresión diferente tras la charla que mantuvo con el presidente argentino. Al respecto, uno de los miembros de la delegación argentina en Nueva York espetó con cinismo que los presidentes, en este caso Perón, siempre trataban de dar a sus interlocutores la impresión de que sus pedidos serían otorgados. Un mes antes de la votación, el canciller dijo al embajador español en Buenos Aires que su país no deseaba adoptar una postura que despertara la ira de la comunidad árabe ni de la comunidad judía de Argentina.²³⁶

Akram Zuaytir, destacado activista palestino desde los años treinta, encabezó una delegación de la Liga Árabe que visitó Argentina en 1947 e intentó movilizar el apoyo de la comunidad árabe local a la lucha nacional palestina. Dicha visita contribuyó a la creación del Comité Argentino Árabe de Defensa de

Palestina y alentó un torrente de cartas y telegramas a la Casa Rosada y al Palacio San Martín, exigiendo adoptar una actitud hostil hacia las demandas sionistas. Resulta interesante destacar que, si bien varios órganos árabes en Argentina, como *Istiklal* y *La Bandera Árabe*, adoptaron en 1946-1947 posturas antijudías y antisionistas, el principal periódico de la comunidad, el *Diario Sirio-Libanés*, sostuvo una línea moderada, que reflejaba quizá los buenos lazos que aún mantenían los judíos oriundos de Siria y el Líbano con los musulmanes y cristianos emigrados de las mismas tierras.²³⁷

Es difícil estimar el impacto del *lobby* judío, tanto en Argentina como en la sede de la ONU en Nueva York. Obviamente, este grupo no fue la única influencia y ni siquiera la principal en las consideraciones de Perón, pero dados los esfuerzos de este último para mejorar su imagen en el ámbito internacional en general, y en el norteamericano en particular, las presiones judías surtieron cierto efecto, ya que el líder justicialista no deseaba ser considerado antisemita. Después de todo, al finalizar la Segunda Guerra Mundial, Argentina tuvo que hacer frente a numerosas manifestaciones de suspicacia, tanto de países occidentales como de países de Europa Oriental, por su neutralidad en la contienda; el régimen de Perón era considerado por amplios círculos como fascista y totalitario.

Conflictos personales y disputas ideológicas

En todos los debates sobre la posición argentina respecto de la cuestión de Palestina se ha dedicado poca atención a la lucha que entonces libraban los cuadros superiores del Ministerio de Relaciones Exteriores y su influencia en las pautas de las votaciones de la ONU. Los protagonistas de estos enfrentamientos eran el canciller, Juan Atilio Bramuglia, el jefe de la delegación ante la ONU, embajador José Arce, y el vicepresidente de la delegación, embajador Enrique Corominas. Algunos documentos del archivo personal de Bramuglia (que se encuentra ahora en posesión de la Hoover Institution, en la universidad de

Stanford) revelan los diversos aspectos de dicha lucha —ideológica, personal e intergeneracional— y su impacto en la postura argentina sobre Palestina, adoptada, de hecho, a último momento. Estos documentos muestran, entre otras cosas, la influencia de las luchas internas dentro del burocrático estado peronista, a pesar del liderazgo personalista y carismático de Perón, y la falta de homogeneidad en la toma de decisiones políticas. En contraste con su evidente participación en la modelación e implementación de la política exterior en numerosos aspectos en aquellos años, en esta etapa del conflicto árabe-israelí, antes que se aclarara un poco la situación en Oriente Medio, el presidente argentino prefirió no adoptar una postura tajante y permitió que fueran sus subordinados los que hicieran frente a tamaño desafío diplomático.

Arce era un prestigioso cirujano que se había desempeñado anteriormente como decano de la Facultad de Medicina y rector de la Universidad de Buenos Aires. Era un político experimentado, que ocupó durante varios años un escaño en la Cámara de Diputados y pertenecía a uno de los grupos conservadores en la heterogénea coalición nacida bajo el liderazgo de Perón en 1945.²³⁸ Tras la victoria electoral de febrero de 1946, Arce fue nombrado embajador ante la ONU. Al igual que de su colega y discípulo, el doctor Oscar Ivanissevich, designado embajador en Washington, se esperaba de Arce que diera al peronismo una imagen de decencia en la arena internacional. Tenía concepciones firmemente anticomunistas, mostraba gran simpatía por el régimen franquista de España y una gran aversión hacia los judíos y su ambición de establecer un Estado soberano. También es significativo para nuestra tesis el hecho de que Arce se negara a aceptar la autoridad de la Cancillería y del ministro a cargo de la misma, Juan Atilio Bramuglia. “Todos los embajadores deben acatar las instrucciones de la Cancillería, menos el embajador en las Naciones Unidas”, solía decir Arce a sus amigos, jactándose de que rendía cuentas directamente al presidente de la República.²³⁹ Esta actitud generó un conflicto inevitable entre Arce y Bramuglia con respecto a numerosas cuestiones, una de las cuales fue la postura hacia Israel y los judíos.

Bramuglia era sin duda el más eminente y talentoso de los ministros de la primera presidencia de Perón.²⁴⁰ Moshé Tov lo describió como “un hombre inteligente, estudioso, diestro en el manejo de los asuntos, sencillo en el trato y discreto en su relación humana”. Un *self made man*, nacido en el seno de una familia humilde de origen italiano y huérfano desde pequeño, comenzó a trabajar a una edad temprana y paralelamente estudió hasta completar un doctorado en Derecho. Especializado en cuestiones laborales, desde fines de la década del veinte fue asesor jurídico de varios gremios y sindicatos. En aquellos tiempos y durante los años treinta, Bramuglia fue miembro del Partido Socialista, pero poco después del golpe militar de junio de 1943 se sumó a las filas de adeptos a Perón. Fue uno de los principales arquitectos de la coalición peronista desde los diversos cargos que ocupó: director de Previsión Social en la Secretaría de Trabajo y Previsión, interventor de la Provincia de Buenos Aires y presidente de la Junta Nacional de Coordinación de los Partidos Políticos Revolucionarios durante la campaña presidencial de fines de 1945 y comienzos de 1946. Como canciller, Bramuglia tuvo gran éxito; tanto, que quizás eso mismo se volvió en su contra al causar incomodidad en miembros de la cúpula dirigente peronista.²⁴¹

Para mantener a Arce dentro de cierto marco y para garantizar información completa y detallada de cuanto hiciera y dijera en la sede principal de la organización mundial en Nueva York, Bramuglia nombró a Enrique Corominas, su amigo y confidente, como número dos de la delegación. Corominas y el canciller, ambos de la misma generación, estuvieron asociados en la vida política durante más de 20 años, desde comienzos de los años cuarenta y hasta la muerte de Bramuglia en 1962. También Corominas había comenzado su militancia en las filas de la izquierda y tenía igual simpatía por la ambición sionista de establecer un hogar nacional para el pueblo judío en Palestina. Entre setiembre y noviembre de 1947, Corominas envió, casi a diario, extensos y detallados informes desde Nueva York a Bramuglia, pero no a su despacho en el Palacio San Martín sino a su residencia privada. Estas cartas son una fuente

primaria invaluable, que deja al descubierto las luchas en la delegación entre el jefe y su primer consejero y las distintas concepciones que abrigaban respecto de los judíos y del sionismo distintas personalidades del entorno peronista. Se trata de un canal alternativo y no oficial de comunicaciones, complementario de las cartas y telegramas que intercambiaban el Ministerio y el jefe de la delegación.

A medida que se acercaba el momento de tomar una resolución sobre Palestina, las críticas de Corominas arreciaron. Se quejaba con amargura de las pautas de conducta personal distorsionadas de los “hombres que se creen dueños del país en el extranjero”, que imponían con arrogancia su voluntad personal sobre quienes los rodeaban. La impresión producida por estas misivas es, entre otras cosas, la de un conflicto intergeneracional. Corominas consideraba a Arce como un representante de la vieja guardia, incapaz de comprender los cambios ocurridos en el mundo o en Argentina misma tras la guerra mundial, así como la naturaleza del peronismo. En su opinión, el embajador se aferraba obstinadamente a sus concepciones conservadoras del ayer, ya caducas, por lo que tenía problemas para representar a “la nueva Argentina” y su “tercera posición”.

Cabe destacar que a lo largo de los años en que estuvo al frente de la delegación argentina ante la ONU, Arce puso de relieve ciertas tendencias tradicionales de la política exterior de su país, incluyendo una especie de aislacionismo y una proclividad a convertir problemas históricos y políticos en cuestiones legales. Una actitud dogmática y no comprometedor, por ejemplo en cuestiones que se refirieran al principio de no intervención en los asuntos internos de un Estado soberano, lo que condujo a votos algo sorprendentes, o por lo menos polémicos, que distaron de proporcionar al régimen de Perón una imagen progresista. Como muestra, y para gran disgusto de Corominas, Argentina no se sumó a la censura a Sudáfrica por la discriminación racial contra su minoría hindú, y se opuso a las presiones para que dicho país concediera la independencia a África del Sudoeste (Namibia). Argentina también se opuso a

cualquier revisión de la política colonialista francesa en Marruecos, y no se adhirió a las críticas al imperialismo holandés en el Lejano Oriente. Los lazos con el caudillo español Francisco Franco tampoco ayudaron a limpiar su imagen de profascista.²⁴² No fue hasta 1950, cuando Arce fue desplazado de su puesto en Naciones Unidas, entre otras circunstancias, que se produjo un cambio considerable en esta política; recién entonces Argentina comenzó a adoptar actitudes más flexibles en ese organismo, buscando para muchos problemas que se sometían a debate soluciones políticas, antes que doctrinarias o legalistas,

También al tratar la cuestión de Palestina, Arce utilizó bases legales, junto a políticas y morales, para justificar su posición. Enfatizó ante Bramuglia que el plan de partición contradecía la Carta de las Naciones Unidas en lo referente a la autodeterminación de los pueblos.²⁴³ Sostenía que la Asamblea General no estaba facultada para imponer solución alguna a las partes en el conflicto ni tenía capacidad para hacerlo, ya que carecía de un brazo militar. La propuesta de Arce, de permitir a los habitantes del territorio en disputa que votaran sobre su propio destino bajo la supervisión de la ONU, era de hecho una recomendación de que se adoptara el punto de vista árabe, dado que los árabes constituían la mayoría de la población.

Corominas argumentaba, en respuesta, que las interpretaciones legales de la Carta de la ONU eran inadecuadas, ya que “no tienen vida emocional”. Agregaba: “El derecho frío ya no existe. Siempre es derrotado por el derecho emocional [...] que es el que gana la conciencia de los pueblos [...] Los hombres no se cotizan en la tabla de las emociones populares por el mayor grado de su sabiduría o el más alto valor de ciencia jurídica que poseen, sino por la bondad de sus almas [...] por la ternura de sus acciones”. Al mismo tiempo hacía un llamamiento a sus jefes para que no hicieran caso omiso de consideraciones sentimentales y valores morales.

Las demandas nacionales judías y la “tercera posición”

En los debates de la comisión *ad hoc* sobre la forma que deberían tener sus recomendaciones a la Asamblea General, Arce expuso sus reservas sobre el plan de partición. En una ocasión declaró:

La delegación argentina, que desea apoyar el establecimiento, no de uno sino de tantos hogares judíos como sean necesarios para poner fin a la precaria situación de hombres, mujeres y niños perseguidos sin motivo en Europa, por razones raciales, no puede elevar este deseo al extremo de violar la Carta, imponiendo por la fuerza la creación de un Estado judío en Palestina.²⁴⁴

Los representantes de la Agencia Judía se encontraron con que, a diferencia de Arce, Corominas apoyaba el plan que tuvo mayoría en la UNSCOP y el derecho histórico de los judíos a establecer un Estado soberano en Palestina, basándose en principios humanistas, de derecho internacional, universales y cristianos. En una carta dirigida a Bramuglia el 22 de noviembre, decía:

Los judíos representan en nuestro país unos 400 mil ciudadanos que se mueven, desplazan y actúan coaligadamente con el resto de los judíos del mundo, que si suman 3, 4 ó 5 millones o más, según las estadísticas, pueden representar también 50, porque no sabemos hasta dónde llega la influencia de este grupo. Si han conseguido, sin tener ni un Estado, ni un Hogar, ni una tierra residencial, conmover al mundo con este problema y llevarlo hasta Naciones Unidas... es porque les asiste algún derecho o porque tienen una extraordinaria conducción. Si tienen conducción, merecen una radicación, y si les asiste la justicia, no hay duda alguna que habrá que cumplirla, aún a expensas de todas estas resistencias, duras resistencias, de los árabes.

Consecuentemente con esto, los representantes de países árabes y del Comité Superior de los Árabes en Palestina estaban en contacto constante y estrecho con Arce, mientras que Corominas pasó a ser un contacto para los representantes de la Agencia Judía y una importante fuente de información para Moshé Tov, quien

intentaba captar el apoyo de los estados latinoamericanos en la ONU. Corominas le transmitió información sobre sus conversaciones con colegas de otros países del continente y sobre las actividades que realizaban delegados de la Liga Árabe entre aquellos diplomáticos. En sus visitas a Buenos Aires, Corominas se encontró con Mibashán, representante de la Agencia Judía, quien llegó a organizar una recepción en su honor con los auspicios del Comité Pro Palestina, en reconocimiento de su apoyo a la causa sionista. El presidente del Comité, Leonardo Benítez Piriz, miembro del partido oficialista, también se encontró con Corominas para alentarle a mantener su postura.²⁴⁵

Corominas acusaba a Arce de no entender esta cuestión desde la sensibilidad humana, ya que “es bien sabido que los judíos desplazados, que no quieren volver a edificar sus viviendas sobre los cementerios de sus familiares, desean ir a Palestina y no a otro lugar...”. En otra carta a Bramuglia describía el problema de los judíos desplazados y explicaba la necesidad de hallar soluciones “para evitar el martirio de estos grupos de hombres”. La disputa entre Corominas y Arce se refería también a la esencia y significado de la política de la “tercera posición”. En este caso, en el que las dos grandes potencias coincidían respecto de la necesidad de establecer un Estado judío, ¿qué significaba la abstención en el contexto de la Guerra Fría que escalaba? Entendiendo como “tercera posición” sobre Palestina precisamente la opinión consensuada entre las dos grandes potencias, decía Corominas que:

El doctor Arce se alejó de la Tercera Posición y se fue, precisamente, hacia el plano donde no debía colocarse, o mejor dicho, donde lo colocó su racismo, su antisemitismo, su fuerte espíritu conservador y clasista, y lo que es más, el olvido de las premisas morales impartidas como instrucciones por la Cancillería [...] Cuando los árabes en Argentina hacen actos públicos para vivir el nombre del embajador Arce y la política argentina pro-árabe, es porque en las deliberaciones de las U.N. el embajador Arce ha estado en la facción árabe y eso no era, precisamente, lo que correspondía a las instrucciones impartidas.

Corominas advertía que herir las sensibilidades de quienes estaban a favor de la creación de un hogar nacional judío sería interpretado por los opositores al régimen, tanto en el plano doméstico como en el internacional, como muestra de racismo y antisemitismo. Se refería en particular a los judíos norteamericanos que, al igual que los miembros de la colectividad judeoargentina organizada, seguían mirando a Perón con suspicacia e incluso con cierta hostilidad. Explicaba, además, que de votar en contra de la partición en la Asamblea, Argentina se convertiría en un satélite de los países árabes, mientras que la abstención sería considerada como un apoyo a los árabes tanto por parte de estos como por parte de los judíos. Sería vista además como una evasión de la responsabilidad, equivalente a ausentarse, o no participar en la votación por el histórico drama que estaba teniendo lugar, dado que los votos de abstención no se computaban para establecer el tamaño relativo de la mayoría. Asimismo, una abstención indicaría una falla en asumir el significado histórico de esta resolución, dando por el suelo con “los verdaderos sentimientos de la Nación, que quiere ser en estas horas políticas del mundo un país rector, un país conductor”. Más adelante añadía: “Recuerdo aquí, de paso, que nuestro Presidente, y todos cuantos seguimos su doctrina, hemos hablado siempre de que lucharemos por las grandes causas. Yo he creído que esta [el deseo de establecer un hogar nacional para el pueblo judío] era una de las grandes causas humanas, y por eso he luchado por ella...”.

Agregaba luego todo tipo de advertencias, como que los árabes no recordarían durante mucho tiempo la abstención, pero que los judíos no olvidarían que no se estuviera de su lado en ese momento crucial de su historia nacional. Más aún, la abstención en la Asamblea General sería explotada por la oposición doméstica para hostigar al régimen y acusarlo de una actitud antijudía y racista, “que los hombres del gobierno no sienten, ni siquiera sueñan” adoptar. Asimismo sugería recordar que tanto la prensa internacional como los bancos estaban controlados por judíos.

En la práctica, Argentina se abstuvo en la votación que el 25 de noviembre

realizó la comisión *ad hoc*. La mayoría de los países latinoamericanos, doce, votó a favor; seis se abstuvieron, entre ellos Argentina, y uno estuvo ausente. Arce pensaba que su país no debía abstenerse también en la instancia de la Asamblea General. Llamó telefónicamente al Ministerio de Relaciones Exteriores en Buenos Aires y, ante la ausencia de Bramuglia, habló con su viceministro, el doctor Carlos Desmarás, exponiéndole las circunstancias con “el tono proárbabe del doctor Arce y no el tono imparcial de la posición argentina”. Desmarás lo instruyó para que se abstuviera también en la Asamblea General.

En la votación allí, el 29 de noviembre, Argentina se abstuvo y esta actitud fue interpretada de diversas maneras por diferentes observadores. Algunos la vieron como una expresión de hostilidad hacia los judíos, dictada por la influencia de factores nacionalistas bastante significativos en la coalición peronista y por el estatus de que gozaba la Iglesia Católica, a la sazón aliada del régimen. Concluyeron que “un régimen con características fascistas” debía ser tratado con suspicacia. Otros, en contraste, consideraron un logro de Corominas y de quienes estaban a favor del plan de partición el que la Argentina no se hubiera opuesto.

Al analizar el enfrentamiento entre las fuerzas que describimos en el presente capítulo, Perón brilla por su ausencia. En asuntos en los que su posición era clara, supo imponerse y lograr que sus delegados se alinearan con las directivas impartidas desde la Casa Rosada, sin que importaran las opiniones particulares. En cambio, en el tema que nos ocupa, pareció que Perón prefirió evitar tomar partido de forma tajante, como consecuencia de las contradictorias presiones a las que estaba sometido. Ante sus críticos, tanto en el frente doméstico como en el internacional, dejó que la responsabilidad fuera imputada a los diplomáticos que representaban a la Argentina. La abstención, después de todo, servía a sus objetivos y le permitiría mantener un amplio margen para maniobrar y cristalizar la política de su país en el Medio Oriente conforme fueran cambiando las circunstancias en la arena internacional.

Este episodio nos muestra, por otra parte, lo heterogéneo que resultó el bando peronista. Incluía en su seno a personalidades con posturas contradictorias en una serie de temas políticos, tanto internos como mundiales, incluyendo la cuestión judía y el sionismo. Arce, por su parte, continuó siendo hostil hacia el naciente Estado de Israel después de la votación de 1947, cuando un año más tarde, por ejemplo, el nuevo país solicitó ser aceptado como miembro de número de las Naciones Unidas.²⁴⁶ La estrella de Arce fue decayendo gradualmente y con ella su influencia en la diplomacia argentina. A pesar de sus reservas, el país sudamericano apoyó el pedido israelí de entrar en la ONU en diciembre de 1948, y nuevamente en mayo de 1949.²⁴⁷ La votación argentina provocó las críticas de los países árabes. El diplomático argentino Rodolfo Muñoz afirmó, refiriéndose a los representantes de los países árabes, que “nos han hecho llegar en varias oportunidades sentimientos de desagrado por nuestro voto en París, el cual hemos explicado ser consecuencia de una realidad a la que no hemos contribuido”. De todos modos, la necesidad de mejorar la imagen internacional del peronismo y de estrechar los lazos con Estados Unidos pasaron a ser una consideración central de la política exterior argentina. Esto se reflejó también en la actitud adoptada hacia el Estado de Israel, una vez que quedó claro que su existencia era un hecho consumado.

Júbilo ante el establecimiento del Estado judío

Aunque la OIA compitiera con la DAIA por la representación de la colectividad judía ante las autoridades nacionales, ambas organizaciones actuaron ante el gobierno para que apoyara la propuesta de partición de Palestina desde el comienzo, para que reconociera luego al Estado de Israel una vez que surgió, y finalmente para que estrechara los lazos bilaterales. Si bien muchos de los judíos argentinos se sintieron decepcionados ante la abstención de su país en la votación sobre la partición el 29 de noviembre de 1947, a partir de febrero de 1949, tras el reconocimiento oficial del nuevo Estado por parte de Argentina,

tanto los judíos que simpatizaban con el peronismo como aquellos que se oponían al mismo podían encontrar satisfacción en las relaciones que se iban desarrollando entre ambos países.

El 14 de mayo de 1948, cuando comenzó a divulgarse la noticia de la creación del Estado judío, decenas de miles de judíos exaltados se reunieron en Retiro. En una atmósfera festiva y con sonadas ovaciones fueron acogidos los discursos de siete dirigentes comunitarios, de cinco representantes de la Palestina judía y del veterano dirigente socialista Enrique Dickman, quien pese a su salud precaria no quiso perderse el momento histórico. Terminado el acto, los participantes comenzaron a marchar por las calles céntricas de la ciudad hacia el barrio de Villa Crespo, en el que habitaban numerosos judíos. Muchos, judíos y gentiles, fueron sumándose a las largas columnas, saludaban a los manifestantes o echaban flores desde las ventanas a su paso. Casi nadie en ese momento concebía la posibilidad de azuzar a nadie en contra de los judíos por su presunta “doble identidad”.

Perón comprendía muy bien que su propósito de atraer el apoyo de la comunidad hebrea requeriría cultivar los lazos con el Estado de Israel; más aún, estaba convencido de que unas relaciones fructíferas con Israel contribuirían a su vez a la mejora de las relaciones con Estados Unidos. Es esta convergencia de criterios de política interna y de política exterior, que tenía en consideración la posición internacional de Argentina y su imagen ante la opinión pública occidental, la que frecuentemente condujo a Perón a expresar públicamente su simpatía por Israel, desde el establecimiento de relaciones diplomáticas en mayo de 1949 hasta su derrocamiento en setiembre de 1955.

Al declarar la independencia, los modeladores de la política exterior israelí no podían cifrar demasiadas esperanzas en el establecimiento de lazos estrechos con Argentina, a pesar de que en aquel país vivía la comunidad judía más grande de América Latina. Para muchos, tanto en el plano doméstico como en el internacional, el régimen peronista arrastraba una pesada carga de fascismo y de simpatía con el nazismo. Sin embargo, al finalizar la Guerra de Independencia

quedó claro que la existencia del Estado de Israel era un hecho consumado y, después de que lo hicieran Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y otros países de América Latina, también Argentina reconoció *de iure* al nuevo país.²⁴⁸ Por iniciativa de la OIA, y con la participación de la plana mayor de la dirigencia judía, el 19 de marzo se llevó a cabo un acto como gesto de agradecimiento hacia el Presidente y la primera dama. Los oradores alabaron la medida adoptada, y Perón saludó “la nueva aurora para el pueblo de Israel”, expresando su esperanza de que imperara la paz entre judíos y árabes en el Medio Oriente.²⁴⁹

En mayo de ese mismo año, después de que el Estado judío, que gozaba de amplia legitimidad y contaba con un apoyo más amplio de los demás países, fuera aceptado como miembro en las Naciones Unidas, se establecieron relaciones diplomáticas bilaterales. Perón envió incluso una carta personal a su colega israelí, Jaim Weizmann, por intermedio de Sujer Matrajt, uno de los dirigentes de la OIA.²⁵⁰ Poco tiempo después, Argentina se convertía en el primer país latinoamericano que abría una legación diplomática en Tel Aviv (al igual que otros países católicos, también Argentina apoyó la postura del Vaticano sobre la internacionalización de Jerusalén, con el objeto de proteger los lugares santos del cristianismo). Un gesto adicional fue el nombramiento de un judío como ministro plenipotenciario para aquella legación. Se trataba de Pablo Manguel, otro destacado dirigente de la OIA.²⁵¹ Manguel comenzó sus funciones en 1949 y regresó a Argentina en marzo de 1955. A su regreso a Buenos Aires fue diputado nacional y secretario de la Comisión de Relaciones Exteriores y Culto de esa cámara legislativa.

Israel, por su parte, designó a Jacob Tsur, su representante en la vecina República Oriental del Uruguay, como ministro en Buenos Aires.²⁵² Tsur se quedó pasmado por la intensidad de la emoción que despertó su llegada entre los judíos porteños. Cuando el barco estaba arribando al puerto, ya se habían apostado en el lugar muchos de ellos y el representante de la Cancillería tuvo dificultades para abrirse camino entre la muchedumbre. Escenas similares se

repitieron el día en que presentó sus cartas credenciales. Grandes masas de judíos enarbolando banderas de los dos países manifestaban su entusiasmo a ambos lados del camino que debía recorrer la carroza del diplomático para llegar al palacio presidencial. Al finalizar la ceremonia protocolar, Perón y Tsur salieron al balcón de la Casa Rosada y los miles de judíos apiñados en la Plaza de Mayo los vitorearon largo tiempo.²⁵³

La comunidad judía organizada manifestó su identificación con Israel y el sionismo. Se trataba de la segunda y tercera generación de inmigrantes, en su mayoría asquenazíes, cuyo vínculo con la religión se había debilitado sobremedida y, en cierta medida, la identificación con el sionismo ocupaba un lugar central como componente de su identidad. A mediados de la década del cincuenta había solamente cuatro rabinos para prestar servicios a los casi 300 mil judíos de Buenos Aires. En el interior del país no había ningún rabino.²⁵⁴

Al comienzo, el nombramiento de Manguel causó cierta incomodidad en el Ministerio de Relaciones Exteriores en Jerusalén, pues el ministro designado por el presidente argentino pertenecía a una organización judía no apoyada por la mayoría del público judío. El temor era que la OIA se convirtiera en mediadora de las relaciones entre Israel y el régimen de Perón y que el joven Estado se viera arrastrado a participar en las luchas intestinas de la comunidad judía, o entre la misma y las autoridades nacionales. Sin embargo, estos temores se disiparon rápidamente. Efectivamente, tal como reconoció tiempo después Tsur, “Manguel hizo numerosos y sinceros esfuerzos —a su mejor saber y entender— para fortalecer las relaciones entre la Argentina e Israel”, además de tener acceso telefónico directo al general Perón, sin necesidad de contar con la Cancillería como intermediaria.²⁵⁵

El nombramiento de Manguel también tuvo que sortear escollos dentro de Argentina, debido a su origen judío. Perón y Evita lo apoyaban, pero había indicios de oposición y resistencia en diversos círculos, particularmente dentro del Ministerio de Relaciones Exteriores, tradicionalmente controlado por nacionalistas católicos, donde la entrada estaba casi herméticamente cerrada a los

judíos. Hubo intentos de imponerle al Presidente la designación de un diplomático católico que contara con el beneplácito del Vaticano y que mostrara interés por la situación de los lugares santos del cristianismo en Tierra Santa. Manguel comentó al representante israelí que, en el marco de las presiones ejercidas, el nuncio apostólico había informado sobre la exigencia del Sumo Pontífice de que la Argentina nombrara para el cargo en Israel a alguien que profesara la fe católica. Perón, no obstante, se mantuvo firme en su decisión, y también Evita intervino en el asunto. Finalmente, Manguel fue el primer representante diplomático argentino en Tel Aviv.²⁵⁶ En setiembre de 1949, Tsur y el primer consejero de la legación, Arieh Eshel, se entrevistaron con Abraham Krislavin, viceministro argentino del Interior. Krislavin explicó a los israelíes que para Perón era muy importante, “desde el punto de vista propagandístico”, nombrar precisamente a un judío como representante diplomático en Israel, y que lo había hecho “para eliminar la acusación de antisemita a su régimen”.²⁵⁷

En los años subsiguientes, Perón y Evita participarían, en algunas ocasiones de modo personal, en la administración de las relaciones con Israel. El embajador Manguel estaría en contacto directo con la pareja presidencial. A lo largo de los diez años que estuvo en el poder, el líder populista hizo numerosos esfuerzos para quitarse de encima la imagen de nazifascista que les endilgaban a él y a su gobierno. A tales efectos realizó todo tipo de aproximaciones para entablar buenas relaciones con la comunidad judía local y con el Estado de Israel. Uno de los objetivos principales era llegar a los corazones de los judíos norteamericanos con la esperanza de que estos, a quienes Perón atribuía una poderosa, aunque exagerada, influencia en los medios de comunicación, en círculos políticos y en los movimientos sindicales, pudieran modificar la actitud de la opinión pública y de las esferas en las que se diseñaba la política exterior de Estados Unidos respecto de la Argentina.

En un discurso pronunciado el 21 de junio de 1949, puso Perón de manifiesto este enfoque:

Siento un profundo cariño y un gran respeto por el Estado de Israel. Y es así, señores, porque soy un patriota argentino y respeto profundamente a los patriotas de otras regiones de la tierra. Israel, durante su lucha ciclópea de varios siglos, ha dado al mundo el ejemplo de ser uno de los pueblos más patriotas de la tierra. De ahí mi profundo cariño y mi profundo respeto por ese pueblo que a través de siglos ha mantenido incólumes sus virtudes, el poder de su raza, la perseverancia de su causa y la honradez que lo ha distinguido como un pueblo de honestos trabajadores en el mundo entero.²⁵⁸

Hay aquí dos aspectos que merecen ser destacados. El primero es que Perón no veía contradicción alguna entre la lealtad de los judíos argentinos hacia su país y su apoyo a Israel, al que se referían como “su madre patria”, de la misma manera que cada una de las demás comunidades de inmigrantes tenía una madre patria diferente. Así como los “tanos” mantenían vínculos estrechos con Italia o los “gallegos” con España, era natural que los judíos lo hicieran con Israel. Es decir que las declaraciones de Perón daban plena legitimidad a la identificación manifiesta de la comunidad judeoargentina organizada con el sionismo y su Estado. En consecuencia, la doble relación de los judíos argentinos durante el período peronista no fue interpretada como una expresión de doble lealtad, como ocurrirá en los años sesenta tras la captura de Adolf Eichmann. En alguna oportunidad, Perón llegó a afirmar que “un judío argentino que se abstiene de ayudar a Israel no es un buen argentino”.²⁵⁹ En segundo lugar, Perón solía publicitar los gestos hacia Israel o hacía sus declaraciones de simpatía con la causa del joven Estado por intermedio o en presencia de los dirigentes de la OIA, con el fin de fortalecer la influencia de dicha organización en la comunidad judía local.

Desacuerdos en el Ministerio de Relaciones Exteriores israelí

Las buenas relaciones que Tsur logró cultivar con las autoridades peronistas y

con la OIA ya en los primeros meses de su gestión despertaron ciertos recelos en diversos funcionarios del Ministerio en Jerusalén, como Moshé Tov, y en varios de los dirigentes de la comunidad judía local. En una oportunidad Tsur recibió un memorando de sus superiores del Departamento para América Latina, indicándole que no expresara una excesiva identificación con el peronismo. En otra ocasión, recibió a una delegación de dirigentes comunitarios que expresaron críticas por su conformidad a participar en una asamblea organizada por la OIA, en la que estuvo presente también Perón, y por haber propuesto la plantación de un bosque en homenaje al general José de San Martín en Israel. “Uno tras otro me recomendaron los dirigentes de la comunidad que no me acercara a Perón y que me reservara de la persona que para ellos encarnaba la reacción y el fascismo, y que por más que Perón se mostrara solícito hacia la colectividad judía, no cabía duda que se contaba entre los antisemitas”. A estos argumentos Tsur respondió diciendo:

En mi carácter de representante de un país extranjero, el general Perón no es el jefe del partido peronista, sino el Presidente de la Nación a quien debo respetar y no es parte de mis asuntos criticar su modo de actuar. La participación en la reunión en homenaje a Perón no es una aparición en un acto peronista ni una preferencia entre él y sus adversarios políticos, sino una muestra de respeto a la persona que ocupa el puesto de Jefe de Estado del país en que opera la legación.²⁶⁰

Tsur, quien contaba con el respaldo de Walter Eytan, director general del Ministerio de Relaciones Exteriores, y de Abraham Darom (Drapkin),²⁶¹ director del Departamento para América Latina, no se amedrentó por las críticas y continuó observando al régimen con objetividad, con reservas sobre algunos de sus aspectos y respeto por otros, al mismo tiempo que trataba de obtener el máximo provecho de ese mismo régimen para promover los intereses del Estado de Israel y de la comunidad judía local.

A comienzos de 1950, Tsur envió un informe a su Ministerio en Jerusalén en

el que elogiaba la actitud de Perón hacia Israel y los judíos, además de expresar su aprecio por diversos aspectos del régimen y sus aspiraciones de justicia social.²⁶² A pesar de que el informe incluía también críticas al régimen por la represión de diversas libertades en el país, y que enumeraba los defectos de la OIA, varios de cuyos dirigentes se vieron implicados en episodios dudosos, Moshé Tov, que ahora formaba parte de la delegación israelí ante la ONU en Nueva York, reaccionó furioso por lo que consideraba un alegato a favor del régimen peronista. Hacía varios meses que criticaba la política de Tsur y sostenía que la misma perjudicaba a la DAIA y a los dirigentes comunitarios, quienes le seguían enviando a Tov información parcial y negativa acerca del gobierno argentino. Tov, que pretendía continuar dirigiendo las cuestiones de América Latina a pesar del nombramiento de Darom para ese cargo,²⁶³ consideraba que debía boicotarse a la OIA, a cuyos miembros apodaba “judíos quislinguianos”, en referencia al líder noruego que había cooperado con los nazis, lo que despertó la ira de Tsur. En un largo y detallado memorando enviado al Ministerio, sostenía Tov que la OIA convertía a los judíos en ciudadanos de segunda clase, que precisaban la intermediación de un organismo político nombrado por el gobierno para garantizar sus derechos básicos. Argumentaba que la simpatía de Perón hacia los judíos estaba condicionada por su conversión al peronismo, y que su pretensión de auspiciar a los judíos argentinos haría fracasar toda actividad judía independiente. A los dirigentes de la organización judía peronista los tildó de oportunistas motivados por criterios egoístas y corrupción personal. Tov llegó a advertir que la identificación de la comunidad con el gobierno afectaría a sus relaciones con los partidos de la oposición, a la vez que supondría una amenaza para los judíos en el momento en que eventualmente cambiara el gobierno. La conclusión de Tov era que, en vista de todo lo expuesto, la OIA constituía “un factor terrible y peligroso de antisemitismo”.²⁶⁴

El diplomático apostado en Buenos Aires estimaba que, de seguirse las sugerencias de Tov, se caería en un enfrentamiento con el matrimonio

presidencial, y que de hecho lo que estaba haciendo Tov era socavar los cimientos de la actividad de la legación. Tsur actuó para que se le impidiera a Tov intervenir en los asuntos de la representación a cuyo frente se encontraba. Al director general Eytan le escribió, refiriéndose a Tov, “que no se puede saber si se trata de un representante del Ministerio de Relaciones Exteriores o de un judío argentino que intenta conquistar los corazones del público judío”.²⁶⁵ El enfrentamiento entre Tsur y Tov llegó a su apogeo entre marzo y abril de 1950. La OIA organizó una gran fiesta con la asistencia de Perón y Evita y la participación de representantes de la mayor parte de las organizaciones comunitarias. En aquella oportunidad, Perón pronunció un discurso enfáticamente proisraelí y projudío, en el que fustigaba toda expresión de discriminación en Argentina. Dijo: “Realizamos una política de acercamiento y hermandad entre todos los argentinos y no me explico ni me explicaré jamás por qué puede haber hombres que sean menos argentinos por el hecho de practicar otra religión o por provenir originariamente de otro lugar de la tierra”.

El Presidente incluso comunicó a los presentes que los dos países habían acordado suscribir un tratado de comercio que otorgaba facilidades de pago a Israel para adquirir mercaderías y materias primas argentinas.²⁶⁶ Tov acusó entonces a Tsur de estar “flirteando con la OIA”. A estas alturas, Tsur ya no podía tolerar la sistemática campaña que desarrollaba Tov en su contra, por lo que informó a Darom que cortaba las relaciones con Tov dadas las diferencias abismales en sus concepciones del mundo. Tsur defendía firmemente la idea de que había que cultivar las mejores relaciones posibles con el régimen peronista para poder promover los intereses israelíes, y que la legación debía estar en contacto con la OIA, al igual que con toda otra organización judía.²⁶⁷

Perón solía destacar la igualdad de derechos de que gozaban los judíos en Argentina y su aprecio por el aporte de la comunidad israelita al desarrollo de la República. Es más, convirtió la lucha contra el antisemitismo en parte integral de su política. En sus memorias, Tsur aludiría al “ardiente interés del régimen en expresar públicamente su simpatía por Israel.” Efectivamente, vistos en

retrospectiva, los numerosos esfuerzos de Perón por satisfacer al diplomático israelí no dejan de sorprender. Un ejemplo de ello fue cuando Tsur quiso volar a Israel para participar en el XXIII Congreso Sionista, en Jerusalén, pero su Ministerio no aprobó dicho viaje por falta de presupuesto. Cuando Perón se enteró de ello, mandó a la línea aérea estatal a que reservara sitios para el diplomático israelí, costeadando el gobierno argentino los billetes de ida y vuelta. Cuando Tsur finalizó su período en Argentina, en 1953, Perón ordenó que se le diera la mejor suite en un lujoso buque argentino que cubría el trayecto de Buenos Aires a Nueva York, y que se enarbolará la bandera de Israel en el mástil cada vez que el barco llegara a uno de los puertos en que debía hacer escala.²⁶⁸

A mediados de 1951, el presidente argentino recibió un antiguo ejemplar de la Biblia como regalo del presidente Weizmann. Perón aprovechó esta oportunidad para pronunciar un discurso en el que mencionó las persecuciones sufridas en su propia carne por el pueblo judío y la rotunda victoria que obtuvo al cabo de varios siglos. Asimismo, Perón expresó la esperanza de que el ejemplo judío sirviera como fuente de inspiración para los argentinos.²⁶⁹

Fuera del Estado de Israel, el país en el que el fallecimiento de Jaim Weizmann, su primer presidente, suscitó mayor eco, fue en Argentina.²⁷⁰ No es de sorprender que la prensa judía argentina se colmase de obituarios al veterano dirigente sionista, o que organizaciones comunitarias postergasen reuniones festivas hasta finalizar la semana de duelo que indica la religión hebrea. Mas no se trató solamente de estos ámbitos; el día del entierro fue declarado de luto nacional por las autoridades, bajándose a media asta las banderas en todos los edificios públicos de Buenos Aires, en los cuarteles militares y en los barcos anclados en el puerto de la capital. En la mayor sinagoga de la ciudad se ofició un servicio en su memoria y, por primera vez en la historia de la colectividad judeoargentina, las autoridades nacionales fueron invitadas a participar en una ceremonia dentro de un templo hebreo.

El trato favorable a Israel fue evidente para diversos visitantes que llegaron desde el joven Estado a Buenos Aires en la primera mitad de los años cincuenta,

como veremos en el último capítulo de este libro. Entre los dignatarios israelíes que visitaron el país se contaban el presidente de la Knéset (parlamento israelí) Josef Sprinzak, la ministra de Trabajo Golda Meir y el canciller Moshé Sharett. Todos ellos fueron recibidos como huéspedes oficiales, según indica el protocolo ceremonial, aunque de hecho habían llegado para recolectar fondos invitados por la Campaña Unida.

Apoyando a Israel frente al antisemitismo en la Unión Soviética

En los dos primeros años de su existencia como Estado independiente, Israel intentó adoptar una política de no alineación con ninguna de las dos superpotencias y evitó verse envuelta en la creciente polarización entre ellas. Moshé Sharett, ministro de Relaciones Exteriores, asignaba gran importancia a esta política. Israel hizo todo lo posible por no alejarse del bloque soviético. No debe olvidarse que la Unión Soviética tuvo una influencia decisiva en la cristalización de la resolución de partición de Palestina en noviembre de 1947, y fue también el primer país en reconocer oficial y plenamente al Estado y le brindó una ayuda militar importantísima durante la guerra de la Independencia, por intermedio de Checoslovaquia. Sin embargo, la Guerra Fría, que se agudizaba, fue desgastando paulatinamente la postura no alineada de Israel. La creación de la OTAN en abril de 1949 terminó el proceso de división de Europa en dos bloques. La victoria comunista en la Guerra Civil China, en setiembre de ese año, fue entendida por Estados Unidos como un paso adicional en el enfrentamiento entre “el mundo libre” y “el peligro rojo”; más al Este, la Guerra de Corea llevó la Guerra Fría a un nuevo apogeo, durante el cual tanto Washington como Moscú presionaron a los países amigos para que se identificaran con una u otra parte. A partir de mediados de 1950, pues, Israel abandonó gradualmente la orientación neutral o casi neutral, para pasar a apoyar la causa de los Estados Unidos.

Los procesos de Praga fueron el catalizador del cambio en la política

manifiesta de Israel, y los juicios contra los médicos judíos en Moscú, dados a conocer en enero de 1953, condujeron a Israel a un enfrentamiento con la Unión Soviética que, en febrero de aquel año, cortó temporalmente las relaciones con “el estado sionista”. Israel comenzó una campaña internacional contra la nueva política antisemita adoptada por el Kremlin. En aquel marco, también la embajada israelí en Buenos Aires trató de movilizar a la opinión pública, judía o no, contra la agitación antihebrea que se estaba llevando a cabo en la URSS, ayudándose para tal fin de la OIA y, en particular, de Pablo Manguel.²⁷¹ El presidente argentino fue uno de los primeros en apoyar a Israel en esta cuestión. Apenas habían pasado unos días desde la ruptura de relaciones entre Jerusalén y Moscú, cuando Perón publicó una enérgica declaración de condena al antisemitismo soviético, a pesar del temor de diversas personalidades peronistas de que tal postura pudiera perjudicar las relaciones entre Argentina y los países comunistas.²⁷² Perón resultó ser el primer jefe de Estado en protestar públicamente por la línea antisemita del gobierno de la Unión Soviética.

En aquel período el presidente argentino pronunció varios discursos en los que enfatizó su determinación de cortar de cuajo toda expresión de antisemitismo en su país y manifestó su pesar por el hecho de que la atmósfera de enfrentamiento entre las potencias convirtiera a los judíos en una víctima fácil. En tales circunstancias, dijo, había que permitir la salida de los judíos a Israel y a los países del mundo libre. En la medida en que fuera necesario, agregó, también Argentina abriría sus puertas ante quienes sufrieran persecuciones.²⁷³ Estas declaraciones fueron acogidas con beneplácito en Israel y varios voceros israelíes alabaron a Perón por lo que el ministro Sharett denominó como un gesto “noble y humanitario”.²⁷⁴ Abraham Darom le escribió a Manguel: “Yo sé que usted es uno de los principales arquitectos de esta política del presidente Perón”. Añadió que dicha política reforzaba “la admiración y el cariño que desde hace años se tiene [en Israel] por el General”.

También los dirigentes comunitarios judeoargentinos elogiaron estas alocuciones, e incluso los representantes del American Jewish Committee, tras

verificar que el Departamento de Estado no se oponía a ello, fueron a expresar su gratitud ante el embajador argentino en Washington, Hipólito Jesús Paz. Cuando el gobierno de Israel pidió a su par de la Argentina que representara sus intereses en Bucarest, en caso de que Rumania resolviera seguir a Moscú y también cortara las relaciones con el Estado judío, la respuesta afirmativa argentina llegó en menos de un día. Israel no necesitó finalmente estos servicios argentinos, ya que las relaciones con Rumania no se interrumpieron.

En este contexto, Tsur hizo todos los esfuerzos posibles para mejorar la imagen negativa de Perón en Nueva York y Washington, argumentando que las acusaciones sobre malos tratos dispensados a la comunidad judía local carecían de fundamentos reales. No obstante, los intentos de la Embajada de Israel en Washington de actuar en tal sentido fueron rechazados por las organizaciones judías del país del Norte, tales como el Congreso Judío Mundial y el American Jewish Committee. Tsur continuó con sus esfuerzos incluso después de haber cesado en su cargo, mientras se dirigía desde Buenos Aires a Europa. En un almuerzo con los dirigentes del American Jewish Committee, los instó a realizar diversos gestos hacia Perón, y explicó que “en la Argentina, el régimen [peronista] solo representa actualmente una postura que se opone al antisemitismo y simpatiza con Israel, mientras que la oposición a Perón, tanto de derecha como de izquierda, es más propensa al antisemitismo que el régimen”.²⁷⁵

Al cabo de algunas semanas, ante la campaña antisemita desatada en Europa Oriental, Tsur desplegó aún más sus argumentos:

La opinión pública judía en los Estados Unidos debe comprender que la Argentina es amiga de Israel y de los judíos, en la teoría y en la práctica. Debe ponerse fin al constante recelo al estilo del Congreso Judío Mundial y a la inflación de noticias sobre antisemitismo en la Argentina. En la situación de hoy en día no estamos rodeados de amigos como para perder la amistad de un país por sospechas o controversias supuestas exclusivamente. Debe adoptarse una postura de apreciación y respeto hacia la Argentina y su régimen, que ha perseguido con

mano firme al antisemitismo en todos los años de su existencia. En tal espíritu, y basándose únicamente en el factor judío, deben decir lo suyo los líderes del judaísmo norteamericano e incluso los portavoces y ministros del Estado de Israel.²⁷⁶

Empero, también esta vez los diplomáticos israelíes en Estados Unidos manifestaron sus reservas respecto de esta iniciativa de Tsur, argumentando que la opinión pública judía y liberal se oponía fervientemente al régimen de Perón y que todo intento suyo adicional solo podía perjudicar la actividad diplomática de la Embajada de Israel.²⁷⁷

La visita del canciller israelí Moshé Sharett a Buenos Aires, en abril de 1953, puso en evidencia los estrechos lazos existentes entre Israel y Argentina.²⁷⁸ Fue también la cúspide de la actividad de Tsur en América del Sur, quien pasó poco después a ocupar el puesto de embajador en París. Lo reemplazó en Buenos Aires el doctor Arie León Kubovy, a partir de setiembre de 1953.²⁷⁹ La primera entrevista que mantuvo con Perón, así como la multitudinaria fiesta organizada por la OIA en la ocasión en que se inscribió el nombre del Presidente en el libro de oro del Keren Kayemet LeIsrael, fortalecieron en Kubovy las impresiones que había recibido de Jacob Tsur: Perón demostraba de forma coherente y clara su actitud favorable a los judíos de su país y al Estado de Israel. En aquella fiesta, que contó con la participación de unos seis mil miembros de la colectividad, entre ellos representantes de unas 120 organizaciones comunitarias, Perón manifestó admiración por el lazo de los judíos argentinos con el Estado de Israel, su patria. Nótese que el Presidente utilizó el término “patria” no en su significado geográfico, razón por la cual no veía contradicción alguna entre la lealtad de los judíos a la República Argentina y su apoyo al Estado de Israel.

Estas palabras fueron recibidas con entusiasmo en Israel; el presidente Itzhak Ben-Zvi, el ex (y futuro) primer ministro Ben Gurion, el ministro de Policía, Bekhor Shitrit, y otros elogiaron públicamente a Perón por su discurso.²⁸⁰ Por

su parte, el vicedirector general del Ministerio de Relaciones Exteriores en Jerusalén, Arie Levavi, escribía a Kubovy: “el desarrollo de los asuntos con Perón es una prueba contundente de que el trato de Perón a las cuestiones judías es de cualquier modo positivo y serio en tal medida que no se conforma con declaraciones o hechos temporales exclusivamente, sino que está dispuesto a ir mucho más allá”.²⁸¹ En setiembre de 1954, el Congreso argentino aprobó el acuerdo cultural entre los dos países, suscrito un año antes. Peronistas y radicales se unieron para emitir un voto unánime, al tiempo que se elogiaba a Israel y al pueblo judío.²⁸²

Intereses económicos complementarios

El Eximbank, banco de exportaciones e importaciones de Estados Unidos, aprobó en mayo de 1950 un préstamo de 125 millones de dólares al gobierno argentino. Unas cuatro semanas antes Argentina había suscrito su primer acuerdo económico con el Estado de Israel. Esta cercanía de las fechas no fue interpretada a la sazón como una mera coincidencia. La cúpula gobernante en Buenos Aires pensaba que el estrechamiento de los lazos con Israel podía eliminar obstáculos en el camino hacia unas mejores relaciones con Washington y una mejor imagen del régimen peronista en la opinión pública norteamericana. Mientras Israel dirigía su mirada hacia el país sudamericano con la esperanza de un acuerdo que aliviara de alguna manera las penurias que caracterizaban a la economía del joven Estado, en Argentina criterios políticos, y no solo económicos, tuvieron un papel primordial en la modelación de sus decisiones alrededor del acuerdo económico firmado por el gobierno de Juan Perón con su par israelí el 21 de abril de 1950.

Debe verse este acuerdo comercial también sobre el trasfondo de las dificultades económicas por las que atravesaba Argentina a partir de 1949, y la aspiración de Perón a diversificar los mercados de exportación de su país, así como las fuentes de importación. El objetivo era reducir la dependencia

económica argentina de los países anglosajones y hacer frente al debilitamiento de las reservas de dólares en sus arcas, fenómeno que limitaba su capacidad de adquisición de maquinaria, materias primas y mercaderías en Estados Unidos.

Los primeros contactos para el establecimiento de relaciones comerciales entre los dos países habían comenzado inmediatamente después del inicio del lazo diplomático. La Compañía Argentino-Palestinense para el Intercambio y Turismo, Arpalsa, que representaba entonces los intereses de Israel en Buenos Aires, se dirigió a la Cancillería argentina por dicho asunto.²⁸³ En el encuentro participó también Carlos M. Grünberg, representante oficial temporal del Estado de Israel en Argentina. Arpalsa había sido fundada por un grupo de inversores judíos latinoamericanos en 1946. El grupo era encabezado por José Mirelman, que había viajado ese mismo año a Palestina, aún bajo el mandato británico, para localizar objetivos de inversión y de desarrollo de comercio.²⁸⁴ Ahora, este grupo de empresarios judeoargentinos pedía a la Cancillería de su país que otorgara un crédito amplio, que Israel reintegraría en parte mediante mercaderías que enviaría a la República Argentina y en parte con dinero en efectivo. Como contrapartida, propusieron un envío inmediato desde Israel de cemento, dentaduras postizas, diamantes, cítricos, vinos, productos químicos, objetos de arte y liturgia, libros, etc.

Perón, cuya intervención, junto a la de su esposa Eva, había garantizado el éxito de las negociaciones en el plano económico,²⁸⁵ intentó sacar el máximo provecho político del acuerdo suscrito. Pablo Manguel, que ayudó en gran medida a Tsur en sus esfuerzos por lograr el tratado comercial entre ambos países, admitió abiertamente que Perón trataba de aprovechar las relaciones con Israel para despertar la buena voluntad de los judíos. A Evita también le cupo un papel importante en el proceso que culminó con la firma del acuerdo; ella esperaba que así se afianzara la situación de la OIA dentro de la colectividad. En el palacio presidencial resolvieron que, para difundir debidamente el acto de la firma, la ceremonia se realizaría con gran pompa, incluyendo la asistencia de toda la plana mayor del gobierno y de los dirigentes de la OIA, y se transmitiría

en directo por la radio. En aquella ocasión Perón pronunció un discurso en el que destacó las relaciones de amistad entre las dos naciones.

Esta era otra fuente de gran satisfacción para los representantes israelíes, lo que se reflejó en la prensa hebrea contemporánea.²⁸⁶ *Haaretz*, que describió la ceremonia con la participación del matrimonio presidencial, enfatizó que “el acuerdo no es filantropía y ambas partes obtendrán ganancias del mismo”. *Davar*, que desde sus páginas expresaba las posturas del partido gobernante MAPAI, destacaba el alcance y los detalles del acuerdo, sin olvidar poner de relieve que Israel era el primer país de Medio Oriente en tener un acuerdo económico suscrito con Argentina. *Herut* citaba al senador argentino Diego Luis Molinari, que afirmó que “Israel [se convertirá] en la base comercial argentina en Oriente Medio”. Las secciones económicas de los diversos periódicos estimaban con gran optimismo que, como consecuencia del acuerdo, único de su tipo firmado en 1950 entre Israel y un país de América Latina, crecerían las exportaciones hacia América del Sur.²⁸⁷

El alcance del acuerdo, diez millones de dólares, no era significativo en el marco general del comercio exterior argentino, pero revestía importancia para Israel. Las cláusulas eran generosas con el joven Estado, entre ellas había una secreta que brindaba grandes facilidades a Israel y a la Campaña Unida para adquirir productos en Argentina.²⁸⁸ Cabe recordar el programa de austeridad de la economía israelí en sus primeros años de existencia, que fue resultado de la emergencia financiera. La masiva ola inmigratoria duplicó la población del nuevo país en el período 1948-1951 y los nuevos ciudadanos del Estado precisaban alimentación, atención médica, viviendas y puestos de trabajo. La Guerra de Independencia, que duró más de un año, había costado numerosas pérdidas humanas y recursos económicos, alterando en gran medida el sistema productivo. En tales circunstancias, no debe sorprender que en Israel hubiera escasez de divisas extranjeras, lo que dificultaba incluso la importación de alimentos básicos como trigo y harina, combustibles, etcétera, y exigía además una política económica de racionamiento de productos que escaseaban, así como

una estricta supervisión de los precios. A poco de haberse declarado la independencia, había llegado el primer y muy importante envío de carne argentina. En el período de transición entre la resolución de la ONU y la salida de los últimos soldados británicos, el gobierno imperial impidió el desembarco de mercancías de la Commonwealth en las costas de Palestina. De esta manera se interrumpieron los grandes envíos de carne de Sudáfrica. Por lo tanto, la llegada de un barco frigorífico de la marina mercante argentina, cargado de reses y cortes, significó el comienzo de unos envíos que eran vitales para Israel.²⁸⁹

Las condiciones favorables a Israel en el nuevo acuerdo reflejaban también el reducido margen de maniobra del comercio exterior argentino en aquellos tiempos. En 1949 se produjo un importante cambio en la situación económica del país del Plata. Las condiciones excepcionales de que había gozado desde el final de la guerra mundial —grandes reservas de oro y divisas y el hecho de encontrarse en pleno proceso de industrialización—, que permitieron el éxito del peronismo en sus primeras etapas, desaparecieron por completo. Las divisas acumuladas durante la contienda, al reducirse las importaciones, junto con las grandes ganancias obtenidas de las exportaciones, crearon en las autoridades argentinas una sensación de seguridad. El evidente crecimiento de los ingresos obtenidos de la exportación de productos alimenticios a la Europa hambrienta de 1946-1948 produjo un exagerado optimismo en la cúpula peronista, que no comprendía que se trataba de una coyuntura circunstancial que podía cambiar en muy poco tiempo. Sobre este trasfondo surgió el ambicioso Plan Quinquenal, se hizo con pompa la Declaración de Independencia Económica en julio de 1947, se expandió significativamente la flota de la marina mercante y se adquirieron o nacionalizaron servicios públicos que pertenecían a capitales extranjeros, siendo la más notoria la nacionalización de los servicios ferroviarios que estaban en manos de los británicos. En aquellos años se registró también un gran incremento en la importación de materias primas, combustibles, bienes de capital y otros productos.

Dos ejercicios anuales consecutivos con déficit debilitaron las reservas de

divisas, y de las que quedaban, la mayoría era en monedas europeas que no podían convertirse en dólares. En enero de 1949 casi no quedaba dinero norteamericano en las arcas, existiendo una deuda con Estados Unidos de casi 150 millones de dólares. Las autoridades argentinas debieron enfrentarse a una inflación en constante ascenso; el costo de vida trepaba vertiginosamente, en sentido inverso a la producción industrial y agrícola, haciéndose evidente cierta agitación en la clase obrera, cimiento fundamental en el que se apoyaba el peronismo, al ver cómo se reducía su poder adquisitivo.

Acérrimos antiperonistas adjudicaron la crisis a la irresponsable política económica de Perón, a su demagogia social y a sus obsesivos intentos de industrializar el país a cualquier precio, incluso el del abandono del ramo agrícola, históricamente la principal fuente de riqueza nacional y de reservas monetarias. Si bien la responsabilidad de la crisis recaía sobre el gobierno, hubo factores que escapaban al control del Presidente y que infligieron graves daños a la economía. Un ejemplo de ello puede verse en la decisión adoptada en agosto de 1947 por los británicos, los clientes más importantes de las exportaciones argentinas, de impedir la conversión del pago a la Argentina de libras esterlinas a dólares, que el país sudamericano necesitaba para pagar sus adquisiciones en Estados Unidos, su principal fuente de importación.

El mayor problema de las relaciones argentino-norteamericanas se desprendía del hecho de que, en contraste con la economía complementaria que caracterizó el vínculo bilateral con los ingleses desde mediados del siglo XIX, las economías de los dos países americanos competían entre sí en el área agrícola. Esto se hizo patente al aplicarse el Plan Marshall, que pudo haber sido el salvavidas de la economía argentina y resultó ser el lastre que la echó a pique. Al final de la Segunda Guerra Mundial, las economías de Europa Occidental estaban destrozadas. Casi todos los países tenían dificultades para alimentar a todos sus habitantes y debieron buscar mercados en los cuales adquirir comida al otro lado del océano. Estados Unidos, que temía que la penuria económica se convirtiera en tierra fértil para el afianzamiento de movimientos comunistas en

los países del Oeste del continente, adoptó un programa de rehabilitación de sus economías, comprometiéndose a subvencionar préstamos, concesiones, equipos, capitales, materias primas y alimentos para Europa.

El Plan Marshall despertó muchas esperanzas en Argentina. La agricultura local gozaba entonces de condiciones excelentes y podía exportar grandes excedentes de cereales y de carne. Los políticos en Buenos Aires estaban convencidos de que los países de Europa Occidental podrían comprar ahora grandes cantidades de productos y engrosarían así las debilitadas reservas argentinas de dólares norteamericanos. Perón y su canciller, Juan Atilio Bramuglia, sostuvieron en varias oportunidades que diversos oficiales, entre ellos Howard Bruce, uno de los administradores del Plan Marshall, y el embajador James Bruce, les dieron a entender que Argentina podría exportar sus excedentes agrícolas a Europa en el marco de aquel programa.²⁹⁰ La desilusión fue directamente proporcional a las esperanzas: a la Argentina le fue vedado el acceso a los mercados europeos beneficiados con el Plan, bajo el argumento oficial de que los precios de los cereales sudamericanos eran muy altos, aunque estaba bien claro que el *lobby* agrícola norteamericano estaba detrás de esta decisión. Así fue como el país sudamericano quedó marginado del Plan Marshall y perdió una oportunidad dorada de cobrar impulso económico, siendo desplazado de su situación de proveedor privilegiado del mercado mundial de granos.²⁹¹

En tales circunstancias, no debe sorprender el esfuerzo argentino por encontrar nuevos mercados para exportar sus productos y para obtener crédito de parte de Estados Unidos. En febrero de 1950, el tema fue tratado en las charlas que mantuvo el asistente para Asuntos Latinoamericanos del secretario de Estado, Edward Miller, en Buenos Aires; en marzo viajó a Washington el ministro de Hacienda, Ramón Cereijo, para negociar un crédito por 125 millones de dólares del Eximbank a un grupo de bancos argentinos, con el objeto de finiquitar las deudas para con acreedores norteamericanos.²⁹² El pedido de ayuda a Estados Unidos no le resultaba cómodo al gobierno de Perón, que trataba de mantener

las apariencias de una política económica y diplomática independiente y no alineada con ninguna de las superpotencias. No obstante, las instancias que dirigían la economía comprendieron que recurrir a los norteamericanos era inevitable. Se acordó que la asistencia se daría en la forma de un crédito y no de un empréstito, con el fin de facilitarle las cosas a Perón, quien en una oportunidad había declarado que prefería perder su mano derecha antes que tener que pedir un préstamo a los yanquis. En una medida que fue interpretada como un cambio en la postura argentina respecto del crédito norteamericano, el Congreso en Buenos Aires ratificó finalmente el tratado militar interamericano que había sido elaborado durante la Conferencia Panamericana de Río de Janeiro en 1947, pese a las protestas de la oposición radical. Ambas maniobras, la búsqueda de nuevos mercados y el pedido de crédito al país del Norte, sirven como telón de fondo del acuerdo económico suscrito con Israel. Durante la estadía de Cereijo en Washington llegó allí, por casualidad o no, el embajador Manguel para informarle sobre las posibilidades de intercambio comercial con el Estado hebreo.

Algunas de las condiciones otorgadas por Argentina a Israel en el acuerdo comercial eran a todas luces generosas, particularmente en lo referente a las formas de pago. De hecho, le permitía pagar por el 10% de sus adquisiciones en pesos argentinos, con fondos provenientes de colectas de la Campaña Unida en el seno de la comunidad judía local, y el resto en dólares. De tal forma los israelíes podían ahorrar preciadas divisas fuertes y simultáneamente adquirir carne argentina a precios más bajos que los habituales en el mercado mundial.

Antes de la firma del acuerdo se habían obtenido autorizaciones para la transferencia de donaciones recolectadas en el país para el Keren Kayemet en forma de despachos de carne, pieles y productos de industria ligera. Estas autorizaciones fueron gestionadas por el presidente de la OIA, Sujer Matrajt, tras haber entregado el 15% de los fondos recogidos a la Fundación Eva Perón, institución de ayuda social controlada por la primera dama. El acuerdo de abril de 1950 incluía la posibilidad de otorgar autorizaciones para inversiones de

capital privado en Israel, si estas contribuían al estrechamiento de los lazos comerciales entre ambas naciones. En sus memorias, escribiría el empresario Benno Gitter que “las leyes de exportación de la Argentina, con la venia del propio general Perón, fueron supeditadas a nuestro favor”.²⁹³

Si bien se trataba de un acuerdo económico de pequeño volumen, las ventajas mencionadas para Israel eran evidentes al considerarse la política general del gobierno argentino, que tendía a impedir la transferencia de dinero a países extranjeros. Por ejemplo, no se permitía a inmigrantes españoles e italianos enviar dinero para ayudar a sus familiares en la devastada Europa. Las relaciones con Estados Unidos se toparon con un nuevo punto de discordia cuando, a fines de 1948, las autoridades en Buenos Aires resolvieron que restringirían las remesas de utilidades de los inversores extranjeros.

Las colectas de donaciones entre los judíos de la diáspora, incluyendo los de la Argentina, deben verse en el contexto de que la ayuda extranjera al Estado de Israel en el período 1949-1951 fue pequeñísima. La primera ayuda norteamericana significativa fue otorgada recién en 1952 y el dinero de las indemnizaciones alemanas comenzó a llegar a partir de 1953. En los cuatro primeros años de su independencia, Israel obtuvo de fuentes judías una ayuda que oscilaba entre el doble y el triple de la recibida de gobiernos extranjeros. La Campaña Unida era un instrumento central para expresar la solidaridad de los judíos argentinos con el Estado hebreo en su primera década de existencia. La prensa judía y la dirigencia comunitaria alentaban las donaciones a la Campaña, que eran consideradas a veces como una suerte de impuesto obligatorio y condición para permanecer en los marcos organizados de la colectividad. La campaña realizada en Argentina en 1948 juntó 44 millones de pesos (aproximadamente 5,3 millones de dólares). La colecta fue de carácter popular y participaron en ella aproximadamente 44 mil donantes. En 1949 se registró un pronunciado descenso como consecuencia de la división entre la colecta de la Campaña Unida y la colecta popular de los comunistas y sus adeptos. En 1950 se llegó a la suma de 1,25 millones de dólares, y en los años siguientes

alrededor de 1,1 millones de dólares aproximadamente.²⁹⁴ De cualquier modo, Israel debía pagar en dólares la mayor parte de los productos y las mercaderías que adquiriría en el país sudamericano, así como su transporte a bordo de los buques de la marina mercante argentina.

La duración del acuerdo original era de 18 meses, pero a fines de 1951 fue extendido a tres años. En mayo de 1953 y en enero de 1954 se resolvió volver a prorrogarlo, y el 29 de abril de 1955 se suscribió un nuevo acuerdo de comercio y pagos con características similares.²⁹⁵ Del análisis del intercambio bilateral se desprende que en 1950 hubo un considerable incremento en el volumen. Las exportaciones argentinas crecieron firmemente en el período 1950-1953, llegando a su apogeo en el último año. Las exportaciones israelíes, casi inexistentes en 1949-1950, también aumentaron, aunque la balanza continuó acusando un superávit para la Argentina todos los años, exceptuando 1955. Uno de los gestos argentinos de aquellos años fue autorizar la importación de cítricos israelíes, porque de haberse necesitado realmente dichos productos se los podría haber conseguido en España o en Brasil, seguramente en mejores condiciones.²⁹⁶ De cualquier modo, a partir del acuerdo de 1950, Argentina se convirtió en el principal socio comercial de Israel en América Latina: su principal cliente, exceptuando 1953, y su principal fuente de importaciones desde aquella región. En 1955, el 87% de las exportaciones israelíes hacia el subcontinente estaba destinado a la Argentina, y desde allí llegaba más del 60% de las importaciones.

Desde el punto de vista del comercio argentino con países de Medio Oriente, Israel pasó a ser el principal mercado para sus exportaciones a la zona en aquellos años, receptora de nada menos que el 86% de esas ventas argentinas en 1953. No obstante, en lo concerniente a las importaciones de Argentina, Israel ocupaba generalmente un sitio marginal, exceptuando 1950. Desde que comenzó a importarse en Argentina petróleo del Oriente Medio, Israel quedó relegada a un puesto secundario desde el punto de vista de su capacidad de competir con los países árabes por ser la proveedora principal del país sudamericano.

En lo que concierne al suministro de carnes a comienzos de los años cincuenta, cabe recordar la gran importancia que ello tenía para Israel, que aún no había salido del programa de austeridad y sufría de escasez en numerosas áreas. Durante la visita de Tsur al Estado hebreo, el entonces ministro de Agricultura, Pinhas Lavon, le recordó que de esa carne dependía la magra ración que recibían los habitantes del país:

[Lavon] me pidió que duplicara mis esfuerzos en la Argentina y en Uruguay para garantizar la navegación regular de los barcos frigoríficos. Ello no era sencillo en aquellos años, pues aún había una gran demanda de carne en todos los países de Europa y la competencia era muy difícil. Debimos emplear todos nuestros contactos con la Presidencia en Buenos Aires y con el Gobierno en Montevideo, para que los residentes en Israel puedan degustar el sabor de la carne; a medida que se acercaban las festividades [hebreas], se tornaban más frecuentes las conversaciones telefónicas entre Tel Aviv y Buenos Aires.²⁹⁷

La Argentina de Perón, por su parte, continuó vendiendo carne a Israel inclusive en los meses en que las sequías afectaron seriamente el suministro interno y obligaron a imponer veda a la venta de carne los días viernes.

La asistencia prestada por Evita mediante la Fundación que presidía y llevaba su nombre, y cuyos fondos manejaba según su voluntad, tuvo una importancia económica limitada, aunque muy importante desde el punto de vista simbólico. A partir de 1949, como se dijo, Argentina se encontró en dificultades económicas. La bonanza provocada por los grandes ingresos obtenidos de la exportación de alimentos a Europa en los años cuarenta llegó a su fin, obligando a realizar drásticos recortes en los presupuestos públicos. La Fundación Eva Perón, que era teóricamente un fondo privado, se convirtió de hecho en la única institución estatal que pudo continuar brindando apoyo a diversos proyectos para mejorar las condiciones de vida de la clase obrera, cuando los salarios que recibían en la práctica los trabajadores comenzaron a perder su poder adquisitivo. En un intento por crear una imagen favorable al peronismo también en el extranjero, la Fundación despachó envíos de ayuda a víctimas de desastres y

otros necesitados, tanto en Europa como en otros países de América Latina. En dicho marco deben verse también los envíos de alimentos y ropa a los inmigrantes que poblaban campamentos temporales en Israel.²⁹⁸

En la primera conversación que mantuvo con Eva, Tsur le contó acerca de los miles de inmigrantes que habían llegado en los primeros años del Estado y las numerosas dificultades que enfrentaban en los campamentos temporales en que se los alojó hasta que se solucionara el tema de las viviendas permanentes. Cabe destacar que en el período entre 1948 y 1951 llegaron alrededor de 690 mil inmigrantes, duplicando así la población judía de Israel. En vista de las penurias económicas que atravesaba el nuevo Estado, Tsur pidió que se enviaran determinadas mercaderías y productos por los que se pagaría en moneda local, además de carnes congeladas por las que estaban dispuestos a pagar en dólares, y la autorización para el envío de frazadas de lana que eran necesarias para los inmigrantes alojados en tiendas de campaña. A esa solicitud, Evita respondió:

Sí, por supuesto, les voy a dar la autorización, a pesar de que contradice las regulaciones monetarias de Argentina. Es más: estoy dispuesta a permitirles pasar también ropa e indumentaria, con la condición de que no usen esta autorización para mandar ropa usada, sino solamente nueva y en buen estado, porque no le corresponde a la Fundación Eva Perón que en sus envíos haya ropas que no sean de las mejores que se pueden conseguir en el país... Señor Ministro, yo voy a mandar todas estas mercaderías gratis en barcos argentinos.²⁹⁹

Si alguien necesitaba una prueba adicional de la voluntad del régimen peronista de demostrar públicamente su trato favorable hacia Israel puede encontrarlo en el gesto de Evita, quien, tal como prometiera, envió en un buque de carga argentino 400 toneladas de frazadas, algo muypreciado en los días de inmigración masiva a Israel. Cuando la primera dama falleció, en julio de 1952, la DAIA publicó un comunicado de luto en el que destacaba que la difunta había manifestado en toda oportunidad su amistad hacia la comunidad judía y que envió generosa ayuda de la Fundación a los necesitados en Israel. En noviembre

de 1953, los dirigentes de la OIA solicitaron a Perón que se extendiera una autorización para exportar a Israel mil toneladas de mercaderías y productos que se pagarían con dinero local, producto de la colecta, y que serían enviados mediante la Fundación Eva Perón. Esta solicitud vino a raíz de un pedido de la Agencia Judía, dirigido a Manguel a mediados de junio, en el que se agradecía “la magnánime asistencia a esta nuestra meta, histórica y humanitaria que nos ha sido ofrecida por el Presidente de la Argentina, y especialmente por su amada esposa la finada Señora, Eva Duarte de Perón, cuya memoria será bendecida eternamente”. Perón dio el visto bueno también a esta operación.³⁰⁰

Los diplomáticos israelíes señalaron minuciosamente que “los envíos [de la Fundación] que pueden estimarse en cientos de miles de dólares, son incomparablemente mayores que los que se mandaron a otros países (Líbano, Italia, Grecia...). El barco argentino los transporta gratis, a cuenta y cargo del gobierno”.³⁰¹ En la legación israelí se despertó el temor de que, por la muerte de Evita y con el trasfondo de las dificultades económicas que debía enfrentar el país en aquellos meses, se enfriaran las relaciones bilaterales y que ello afectara los alcances del acuerdo económico y los arreglos establecidos para los fondos recolectados por la Campaña Unida. No obstante, para alivio de los israelíes y de los dirigentes de la comunidad judía, las relaciones continuaron siendo estrechas mientras el régimen peronista estuvo en el poder.

²²⁰ Ver las memorias del delegado guatemalteco, Jorge García Granados, *The Birth of Israel – The Drama as I saw It*. Nueva York: A.A. Knopf, 1948; así como Enrique Rodríguez Fabregat, *Sión: Rebelión y cumplimiento*. Jerusalén: Instituto Cultural Israel-Ibero América, 1982.

²²¹ Sobre el papel de los países latinoamericanos en la ONU durante aquellos años, ver John A. Houston, *Latin America in the United Nations*. Nueva York:

Carnegie Endowment for International Peace, 1956.

222 Sobre las relaciones exteriores de Argentina en aquellos años y las dificultades con Estados Unidos, ver, entre otros: David Sheinin, *Argentina and the United States...*; Juan Archibaldo Lanús, *De Chapultepec al Beagle: Política exterior argentina, 1945-1980*. Buenos Aires: Emecé, 1984; Mario Rapoport y Claudio Spiguel, *Relaciones tumultuosas: Estados Unidos y el primer peronismo*. Buenos Aires: Emecé, 2009.

223 Moshé Tov, *El murmullo de Israel – Historial diplomático*. Jerusalén: La Semana, 1983, 87. Sobre la política mesoriental de la Argentina peronista, ver Ignacio Klich, “Equidistance and Gradualism in Argentine Foreign Policy towards Israel and the Arab World, 1949-1955”, en: David Sheinin y Lois Baer Barr, *The Jewish Diaspora in Latin America*. Nueva York: Taylor & Francis, 1996, 219-237; Paulo Botta, “La diplomacia argentina y la partición de Palestina desde el punto de vista de sus protagonistas”, en: ANMO, Vól. 1, N° 1, 2011, 5-27.

224 Benno Weiser Varon, *Professions of a Lucky Jew*. Nueva York: Cornwall, 1992, 132.

225 “Secreto – Para agregar a las instrucciones que posee actualmente la delegación argentina ante asamblea general de las Naciones Unidas” (subrayado en el original), Juan Atilio Bramuglia Papers, Hoover Institution Archives, Stanford University (en adelante JAB Papers), 10.10.1946.

226 Ver el memorando de Moshé Tov a Moshé Sharett, ASC, S25/7502; Weiser Varon, *Professions of a Lucky Jew*, 133; *Democracia*, 28.12.1945, 4.

227 ASC, Z5/373, 16.10.1945; Z5/1087, 2.11.1945; Z5/3469, 17.2.1947, 5.3.1947; *AJYB*, Vól. 48 (1946-7), 255.

228 ASC, Z5/737, 5.3.1944; S25/2037, 15.3.1946; Z5/1087, 13.2.1946, 18.2.1946, 7.8.1946. Sobre Benítez Piriz, ver Moshé Tov, *El murmullo...*, 83-84.

229 Sobre esta iniciativa, ver las entrevistas del autor con el delegado peronista disidente Cipriano Reyes (Quilmes, 15.9.1989; La Plata, 3.5.1996); República Argentina, *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, 4.9.1946 y 23.9.1946; *La Nación*, 5.9.1946; Ignacio Klich, “Failure in Argentina: The Jewish Agency’s Search for Congressional Backing for Zionist Aims in Palestine”, en: *Judaica*

Latinoamericana, Vol. II, 1993, 245-264.

230 *El Estado Judío*, 19.9.1947; Moshé Tov, *El murmullo...*, 77-79.

231 En el ACS puede consultarse la correspondencia entre A. Mibashán y Nahum Goldmann, Z5/1087; sobre la visita de Tov: Z5/1087, 21-22.8.1946; la correspondencia entre Tov y Mibashán en el curso de 1947: Z5/3468, Z5/3469; Moshé Tov, *El murmullo...*, 77-102. Respecto de la postura favorable de Bramuglia hacia la cuestión judía y la sionista, véase el testimonio de Moisés Goldman, Proyecto de Historia Oral, Instituto de Judaísmo Contemporáneo, Jerusalén: Universidad Hebrea de Jerusalén, 25-26.

232 ASC, Z5/3468, copias de los telegramas a Truman, Perón y Corominas; DAIA, “Medio siglo de lucha...”, 10.

233 ASC, Z5/3468, Tov a Mibashán, 12.10.1947; Mibashán a Tov, 17.10.1947; Tov a Mibashán, 18.10.1947; Mibashán a Tov, 20.10.1947.

234 *Haaretz*, 4.11.1947; *Davar*, 3.11.1947; *Al Hamishmar*, 3.11.1947; *Kol Haam*, 3.11.1947; *Hatzofé*, 3.11.1947.

235 *El Mundo y La Nación*, 23.5.1946.

236 Corominas a Bramuglia, 22.9.1947, JAB Papers; Areilza al Ministerio de Asuntos Exteriores, 31.10.1947, Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (Madrid), Leg. R. 1453/1.

237 Ignacio Klich, “Árabes, judíos y árabes judíos en la Argentina de la primera mitad del novecientos”, en: *EIAL*, Vol. 6, N° 2, 1995, 109-143.

238 Justo Piernes, “Yo no soy peronista”, *La Razón*, 30.6.1989; José Arce, *Mi vida*. Madrid: Editoriales Reunidas, 1958, Vol. II, 28.

239 Entrevista del autor con Hipólito Jesús Paz, ministro de Relaciones Exteriores entre 1949 y 1951 y embajador en Washington de 1951 a 1955 (Buenos Aires, 29.4.1996).

240 Ver Moshé Tov, *El murmullo...*, 98.

241 Sobre su carrera política, ver Raanan Rein, *Juan Atilio Bramuglia. Bajo la sombra del líder: la segunda línea del liderazgo peronista*. Buenos Aires: Lumiere, 2006.

242 Raanan Rein, *Entre el abismo y la salvación: El pacto Franco-Perón*. Buenos Aires: Lumiere, 2003.

- 243 “Consultas formuladas por el embajador Arce”, 12.10.1947, JAB Papers.
- 244 Citado en Edward B. Glick, *Latin America and the Palestine Problem*. Nueva York: Theodor Herzl Foundation, 1958, 86.
- 245 Netanel Lorch, *Seven Chapters in Relations between Israel and Iberian America* (en hebreo) Jerusalén: Insituto de Relaciones Culturales Israel-Iberoamérica, 1977, 48; Silvia Schenkolewski-Kroll, *The Zionist Movement and the Zionist Parties in Argentina, 1935-1948* (en hebreo) Jerusalén: Magnes Press, 1996, 356-357; ASC, Z5/3469, Mibashán a Tov, 20.3.1947; Tov a Mibashán, 24.3.1947; “El delegado argentino ante la UN reiteró el apoyo del país a las demandas sionistas”, *El Estado Judío*, 4.4.1947.
- 246 Eliahu Elath, *The Struggle for Statehood* (en hebreo). Tel Aviv: Am Oved, 1982, Vól. II, 679; Moshé Tov, *El murmullo...*, 95-96; José Arce, *Mi vida*, 145-146; *La Nación*, 14.4.1949.
- 247 Ver *La Prensa*, 10.5.1949; *La Nación*, 12.5.1949; Tsur a Irigoyen, 12.5.1949, AMREC, División Política, Israel 1949, Caja 53, Exp. 8.
- 248 *La Prensa*, 4.5.1949; Moshé Tov, *El murmullo...*, 77-102; Shertok a Bramuglia, 27.2.1949, AMREC, Israel 1949, Caja 53, Exp. 8.
- 249 DAIA, *Perón y el pueblo judío*, 16; *Mundo Israelita*, 19.3.1949; Juan José Sebrelí, *La cuestión judía en la Argentina*, 149.
- 250 *La Prensa*, 23, 26 y 31.5.1949; *Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores*, 1949, Vól. I, 500-501, Vól. 2, 1917-1919; Rodolfo Baltiérrez, “La creación del Estado de Israel”, en: *Todo es Historia*, N° 252, junio 1988; Navasqües al MAE, 1.6.1951, AMAE, 2829/68. Ver también Tsur a Eytan, 4.4.1949, AEI 2574/3.
- 251 *La Prensa*, 1.9.1949; Tsur a Eytan, 4.4.1949, AEI 2574/3. Sobre la recepción dada a Manguel en Israel, ver Manguel al MREC, 2.9.1949, AMREC, Israel 1949, Caja 53, Exp. 6.
- 252 *La Nación*, 14.6.1949, 2.8.1949; *La Prensa*, 23.5.1949. Ver también las memorias de Jacob Tsur, *Cartas credenciales*, 100-104, 107.
- 253 *Haaretz*, 8.6.1949; *Maariv*, 14 y 15.9.1949; *Davar*, 3.8.1949. Respecto de la ceremonia protocolar, ver también Jacob Tsur, *Cartas credenciales*, 48-51.

- 254 Ver *AJYB*, Vól. 58 (1957), 408.
- 255 Jacob Tsur, *Cartas credenciales*, 46.
- 256 Los argentinos deseaban que las relaciones se establecieran con el rango de embajadores, pero Israel rechazó esta solicitud por razones presupuestarias y políticas. Manguel y Tsur, por consiguiente, se desempeñaron en Tel Aviv y Buenos Aires respectivamente con el rango de ministros. Ver Tsur a Tov, 18.5.1949, AEI 2571/9.
- 257 Eshel al Ministerio de Relaciones Exteriores, 8.9.1949, AEI 2574/3.
- 258 DAIA, *Perón y el pueblo judío*, 16; Juan José Sebrelí, *La cuestión judía en la Argentina*, 149.
- 259 Jacob Tsur, *Cartas credenciales*, 114; Weiser Varon, *Professions of a Lucky Jew*, 206. Este enfoque de Perón provocó las reservas de círculos judíos no sionistas, como por ejemplo de una parte de los miembros del Instituto Judío Argentino, afiliado al AJC norteamericano. Ver, por ejemplo, Yagupsky a Segal, 26.7.1955, AJC Files, Caja 1, especialmente, 8-9.
- 260 Jacob Tsur, *Cartas credenciales*, 64; Tsur a Darom, 13.3.1950, AEI 4701/1.
- 261 Ver Eytan a Tsur, 11.9.1949; Tsur al Ministerio de Relaciones Exteriores, 12.9.1949; Daroma Tsur, 18.9.1949; Tsur a Eytan, 22.12.1949, todos en AEI 2571/9.
- 262 Tsur a Eytan, 3.1.1950, AEI 2574/3. Ver también las memorias de Jacob Tsur, *Cartas credenciales*, 124-125.
- 263 Entrevista del autor con Darom (Tel Aviv, 16.6.1986).
- 264 Tov a Eytan, 7.3.1950, AEI 2574/3. El memorando está titulado “What is the O.I.A.”; también en ASC Z6/326.
- 265 Tsur a Eytan, 19.8.1949, AEI 2572/7.
- 266 Tsur al Ministerio de Relaciones Exteriores, 6.3.1950, AEI 2574/3.
- 267 Tsur a Darom, 18.4.1950, AEI 2574/3.
- 268 Jacob Tsur, *Cartas credenciales*, 45, 134-135.
- 269 Juan José Sebrelí, *La cuestión judía en la Argentina*, 150-151.
- 270 En 1950, el diario *Crítica* publicó fragmentos de la autobiografía de Weizmann, que apareció después en formato de libro y tuvo una difusión considerable. Ver *AJYB*, Vól. 51 (1950), 266.
- 271 Tsur al Ministerio de Relaciones Exteriores, 16.12.1952, AEI 463/12; Amir al

Ministerio de Relaciones Exteriores, 1.10.1952, Tsur al Ministerio de Relaciones Exteriores, 15.12.1952 y Pratto al Ministerio de Relaciones Exteriores, 9.1.1953, 16.1.1953, AEI 469/6.

272 Ver el informe de Tuvia Arazi, 30.1.1953, AEI 2578/22; *Di Idische Tzaitung*, 28.1.1953.

273 Nufér al Departamento de Estado, 28.1.1953, NA 835.413/1-2853; Martindale al Departamento de Estado, 29.1.1953, NA 835.413/1-2953; Lockhart al Foreign Office, 6.2.1953, FO 371/103211.

274 Ver el informe de la legación israelí en Buenos Aires, 4.2.1953 y el memorando de Tsur, “Perón, los judíos e Israel”, 23.3.1953, AEI 2578/22; *Mundo Israelita*, “Debe facilitarse la salida de los judíos amenazados hacia Israel y el mundo libre. Audiencia del General Perón a una delegación judía”, 24.1.1953; DAIA, *Perón y el pueblo judío*, 11-12; *La Prensa*, 29.1.1953 y 30.1.1953; *La Nación*, 30.1.1953; *Clarín*, 30.1.1953; *El Mundo*, 30.1.1953.

275 Ver Tsur al Ministerio de Relaciones Exteriores, 19.12.1952, AEI 4701/1; Yosef (Jorge) Goldstein, “The Influence of the State of Israel...”, 274-275; Confidential Memo by E. Hervesi, AJC Files, Caja 3.

276 Tsur al Ministerio de Relaciones Exteriores, 26.1.1953, AEI 4701/1.

277 *Documents on the Foreign Policy of Israel*, Vól. 8, 1953, 76-77.

278 Ver Tsur al Ministerio de Relaciones Exteriores, 8.5.1953, AEI 2381/2.

279 Sobre la cálida bienvenida que le fue dispensada por los judíos argentinos y sus primeras impresiones de la comunidad, sus instituciones y sus dirigentes, ver Kubovy al Ministerio de Relaciones Exteriores, 1.12.1953, AEI 2573/20.

280 AEI 471/15; Yosef (Jorge) Goldstein, “The Influence of the State of Israel...”, 292; Siracusa al Departamento de Estado, 10.11.1953, NA 635.84^a/11-1053; *Democracia*, 8.11.1953.

281 Levavi a Kubovy, 11.1.1954, AEI 2573/20.

282 *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, 1954, Vól. II, 1561-1578.

283 *La Prensa*, 23.5.1949 y 29.5.1949; *AJYB*, Vól. 48 (1946-47), 255.

284 Benno Gitter, *The Story of My Life*. Londres: Weinfeld & Nicolson, 1999, 171.

285 *Ibid.*, 191-192.

286 *Haaretz*, 5.3.1950, 20.3.1950, 20.4.1950, 23-24.4.1950; *Maariv*, 19.4.1950; *Davar*, 23.4.1950; *Al Hamishmar*, 20.4.1950, 23.4.1950; *Hatzofé*, 20.4.1950, 23.4.1950; *Herut*, 20.4.1950, 23-24.4.1950.

287 También el ministro plenipotenciario Manguel afirmó al canciller Sharett que Perón veía en Israel un posible centro para la distribución de mercaderías argentinas en el área mediterránea. Ver Drapkin a la legación en Buenos Aires, 6.9.1949, *Documents on the Foreign Policy of Israel*, Vól. 4, 1949, 440.

288 Sobre el acuerdo ver Tsur a Tov, 13.1.1950, AEI 2571/9; AMREC, Departamento de Política, Israel – 1950, Caja 3, Exp. 8; Ministerio de Finanzas de la Nación, Banco Central de la República Argentina, *Memoria anual 1950*, Buenos Aires, 1951, 47-48; Ignacio Klich, “The First Argentine-Israeli Trade Accord...”, 177-205.

289 Benno Gitter, *The Story of My Life*, 148-149.

290 Ver, por ejemplo, “Memorandum of Conversation”, 11.12.1948 en *FRUS*, 1948, Vól. IX, 307-308; Ray al Departamento de Estado, 24.2.1949, *FRUS*, Vól. II, 481 y Acheson a la Embajada en Argentina, 482-3; Nufer al Departamento de Estado, 5.2.1953, NA 611.35/2-553.

291 Acerca de la política de boicot hacia la Argentina que adoptaron los administradores del Plan Marshall, ver Carlos Escudé, *La Argentina vs. las grandes potencias. El precio del desafío*. Buenos Aires: Belgrano, 1986, cap. 1.

292 *FRUS*, 1950, Vól. II, 691 y subsiguientes.

293 Benno Gitter, *The Story of My Life*, 150.

294 Los datos sobre el volumen de las colectas en la Argentina entre 1948 y 1958 pueden verse en Yosef (Jorge) Goldstein, “The Influence of the State of Israel...”, 320-321.

295 Banco Central de la República Argentina, *Memoria anual 1951*, Buenos Aires 1952, 40-41; Banco Central de la República Argentina, *Memoria anual 1953*, Buenos Aires 1954, 46; Banco Central de la República Argentina, *Memoria anual 1954*, Buenos Aires 1955, 66-67; Banco Central de la República Argentina, *Memoria anual 1955*, Buenos Aires 1956, 53-54.

296 Sobre este tema, ver Kubovy al Ministerio, 5.9.1954, AEI 4701/1. Los datos,

expresados en liras israelíes, sobre el intercambio comercial entre los dos países pueden verse en Oficina Central de Estadística, *Anuario estadístico de Israel 1949-1950*, 79; *Anuario estadístico de Israel 1951-1952*, 83; *Anuario estadístico de Israel*, 108; *Anuario estadístico de Israel 1955-1956*, 177.

297 Jacob Tsur, *Cartas credenciales*, 135.

298 Sobre la Fundación Eva Perón, ver: Mariano Plotkin, *Mañana es San Perón*. Buenos Aires: Ariel, 1993, 215-255; 335-348; Martin Stawski, *Asistencia social y buenos negocios: política de la Fundación Eva Perón, 1948-1955*. Buenos Aires: Imago Mundi, 2009. Respecto de la ayuda a Israel, ver *AJYB*, Vól. 52 (1951), 218; *AJYB*, Vól. 54 (1953), 205; Informe de la legación en Tel Aviv, 20.7.1950, AMREC, Israel, 1950, Caja 3, Exp. 1; *Davar*, 4.7.1950; *Herut*, 1, 4.8.1950; *Haboker*, 1.8.1950; *Al Hamishmar*, 4.8.1950.

299 Jacob Tsur, *Cartas credenciales*, 54.

300 DAIA, “Medio siglo de lucha...”, 10. Ver Arazi al Ministerio, 19.11.1953, AEI47.1/1.

301 Ver Informe de la legación de Israel en Buenos Aires, 4.2.1953, AEI 2578/22

CAPÍTULO 5

APOYO DE LOS INTELLECTUALES Y DE LOS MEDIOS: LOS CASOS DE CÉSAR TIEMPO Y JAIME YANKELEVICH

A finales de los años sesenta, Jacobo Kovadloff, entonces presidente de la Sociedad Hebraica Argentina, decidió invitar al escritor César Tiempo a dictar una conferencia allí. Esta iniciativa provocó un fuerte debate en la comisión directiva de la institución, donde algunos miembros argumentaron que no había que invitar a un intelectual judío que se había vendido al peronismo. Finalmente, Tiempo impartió la conferencia en Hebraica, pero la identidad ideológica y partidaria del autor no les parecía políticamente correcta a muchos en el *establishment* judeoargentino. Una rápida revisión del catálogo de la correspondencia de César Tiempo, depositada en la Biblioteca Nacional, revela un número importante de cartas e invitaciones enviadas por la SHA a su persona a lo largo de la década de 1930 y una sola carta durante la década peronista.³⁰²

Unos años más tarde, ya en los años setenta, el intelectual Samuel Rollansky invitó a varios académicos judíos a un encuentro en la biblioteca del Instituto Científico Judío-IWO. En el curso de la conversación Rollansky mencionó el hecho de que ninguno de los libros de César Tiempo figuraba en el catálogo de

esa biblioteca. El mismo escritor judío que en los años treinta había liderado la campaña en contra del escritor antisemita y director de la Biblioteca Nacional, Gustavo Martínez Zuviría, conocido como Hugo Wast, todavía no valía lo suficiente como para figurar en los anaqueles del IWO.³⁰³

Estas anécdotas sirven para ilustrar los argumentos centrales de este libro, que pretende desafiar, o por lo menos matizar, tres de los lugares comunes en la historiografía y en la imagen popular del peronismo: que todos los judíos eran antiperonistas, que todos los intelectuales de prestigio o de peso se alejaban del justicialismo y que el suplemento cultural de *La Prensa*, una vez que el periódico pasó a manos de la CGT, no tuvo ningún valor o importancia cultural por su carácter propagandístico.³⁰⁴

Los intelectuales y el peronismo

La imagen del primer peronismo, tanto en la bibliografía común como en el imaginario popular, está asociada con la idea de un movimiento “plebeyo” y “antiintelectual”. Sin distinguir entre los momentos iniciales del nacimiento y cristalización de este movimiento popular y las etapas posteriores del gobierno justicialista, muchos autores tienden a generalizar y pintar un cuadro en blanco y negro acerca del “divorcio entre las clases letradas y el peronismo durante la década 1945-1955”.³⁰⁵ Según esta visión, los únicos intelectuales que apoyaron al peronismo fueron los nacionalistas católicos de extrema derecha. Como parte de su reacción antiliberal esperaban que el carismático coronel, con sus ideas estatistas y semicorporativas, enarbolase también las banderas de la religión católica y los valores más tradicionales de la cultura para así fortalecer la conciencia nacional, manchada por ideas ajenas y extranjeras. Los nombres citados con más frecuencia en este sentido son los de Mario Amadeo, Gustavo Martínez Zuviría, Ernesto Palacio, Manuel Gálvez y su esposa, la escritora Delfina Bunge, o Carlos Ibarguren.³⁰⁶ Los demás miembros de la *intelligentzia*

lo miraban con desconfianza, en el mejor de los casos, o con una mezcla de horror y estupor, como si intelectual y peronista representaran dos tipos de identidad que no eran compatibles.

Sin embargo, estudios recientes muestran que, a pesar de ser una minoría, no eran pocos los intelectuales que depositaron sus esperanzas en Perón y el movimiento que llevaba su nombre, mientras que los nacionalistas, muchos pertenecientes a la oligarquía tradicional, empezaron a alejarse del peronismo hasta romper con él durante el conflicto con la Iglesia Católica. Algunos nacionalistas populares como Arturo Jauretche, Raúl Scalabrini Ortiz o Atilio García Mellid también se alinearon con el peronismo. Entre las nuevas figuras intelectuales que se sumaron al peronismo cabe mencionar a Elías Castelnuovo, Nicolás Olivari y César Tiempo. Los tres habían pertenecido en los años veinte, como veremos, al grupo literario de Boedo, que asignaba a la literatura una función social. En este sentido, su relación con el peronismo reflejaba su constante preocupación por cuestiones sociales y populares.

Estos intelectuales y otros (algunos con una previa militancia en el Partido Comunista Argentino) estaban marginados de la escena cultural del país, mayoritariamente antiperonista, y eran objeto de desprecio por parte de los intelectuales establecidos y las revistas literarias consagradas y prestigiosas como *Sur*, dirigida por Victoria Ocampo,³⁰⁷ así como de los suplementos culturales de los grandes diarios, o de asociaciones como la Sociedad Argentina de Escritores (SADE). Todos estos, como dice Flavia Fiorucci, consideraban que “ser peronista era un ‘crimen’ contra el quehacer intelectual”. Frente a esta hostilidad, los intelectuales peronistas intentaban crear sus propios espacios para sus publicaciones y actividades intelectuales. En este contexto hay que analizar el establecimiento, ya en 1945, de la Asociación de Escritores Nacionalistas (ADEA), la revista cultural *Sexto Continente*, o la revista política *Hechos e Ideas*, fundada originalmente a mediados de los años treinta como publicación de la Unión Cívica Radical, que dejó de publicarse en 1941 y fue reiniciada en 1947 por un grupo de nacionalistas populares que apoyaban a Perón.³⁰⁸ A esta

lista quizá podamos agregar la revista *Argentina de Hoy*, publicada por el Instituto de Estudios Económicos y Sociales. Muchos de sus colaboradores venían del socialismo y se consideraban adheridos en mayor o menor grado al peronismo. Entre ellos se contaban Juan Unamuno, Rodolfo Puiggrós, Eduardo Astesano, Isaac Libenson, Joaquín Coca y muchos otros. Entre los escritores que colaboraron con *Argentina de Hoy* se encontraban, aparte de Olivari y Castelnuovo, también los argentinos judíos César Tiempo y Bernardo Ezequiel Korembli.³⁰⁹ También el suplemento cultural de *La Prensa*, una vez que pasa a manos de la CGT, debe ser visto desde esta perspectiva.³¹⁰

Por otra parte, cabe decir que estas mismas publicaciones pecaron de un creciente partidismo. Sufrieron un proceso de peronización que no dejó mucho lugar para una polifonía de voces que no fueran justicialistas o que no se ajustaran a la línea oficial. No sorprende, por lo tanto, que Scalabrini Ortiz se quejara en 1951 de que los intelectuales peronistas ya no tuvieran “un resquicio, una trinchera, desde donde continuar adoctrinando”.³¹¹ El mismo César Tiempo, en los meses anteriores a la caída de Perón, tuvo que enfrentar una presión creciente, tal como se desprende de una carta suya al intelectual judeoargentino Máximo Yagupsky. Con respecto a la posible publicación de un artículo inédito de Cansinos Assens en el que el autor español coteja la Biblia con la *Ilíada*, la *Odisea* y la *Eneida*, Tiempo escribe: “Me preguntará por qué no lo publico en suplemento. Pues por una razón muy sencilla. Ahora no comentamos ‘libros paralelos’ ni ‘vidas paralelas’. Nos limitamos a publicar artículos para ellos y cuentos para ellas... Sic transit.”³¹² El cambio de ambiente es evidente. De todos modos, según Tiempo, nunca lo presionaron para que se afiliara al Partido Peronista.³¹³

César tiempo: el judío porteño

Nacido en Ucrania en 1906, su verdadero nombre era Israel Zeitlin, en base al

cual adoptó luego su seudónimo: *zeit* es tiempo, en ídish y alemán, *lin* es el verbo cesar.³¹⁴ Antes de cumplir un año ya vivía en Argentina con sus padres, que habían huido de los pogromos y el antisemitismo de la Rusia zarista. De su padre recibió una educación pluralista que buscaba conciliar el apego a su tradición judía con el deseo de integrarse en la nueva sociedad de acogida. Desde los 18 años frecuentó reuniones literarias y escribió sus primeros poemas. Dos años después empezó a publicar sobre cuestiones judías en *La Nación*. Al igual que Gerchunoff, el hecho de ser judío no le impidió tener cabida en un órgano consagrado de la prensa porteña. De la inmensidad de sus escritos y labor creativa dijo Eliahu Toker: “centenares de poemas, seis, siete volúmenes de reportajes reales o imaginarios, una decena de obras teatrales, medio centenar de guiones cinematográficos, un millar de notas dispersas por los diarios del mundo”.³¹⁵ La literatura se perfilaba asimismo como un medio más para la integración, y como instrumento para hacer posible en Argentina una sociedad pluralista.

Desde un principio, Tiempo colaboró tanto con los escritores de Boedo como con los de Florida, manifestando una clara preferencia por los primeros.³¹⁶ Ese grupo, al que se ha concedido como mayor virtud el “haber desordenado de un modo iconoclasta pero no anárquico aquellos estantes bien arreglados por ciertos individuos que dominaban la escena cultural local”, manifestaba claramente una sensibilidad mayor hacia los sufrimientos de las clases populares.³¹⁷ Su compromiso social lo fue acercando cada vez más a “los de abajo”, un acercamiento que años después lo llevaría a colaborar con el peronismo. En este contexto, resulta menos sorprendente el hecho de que su primer libro de poemas, *Versos de una...*, publicado en 1926 bajo el seudónimo femenino de Clara Beter, fuese el supuesto diario poético de una prostituta judía con inquietudes sociales.³¹⁸ Cabe recordar que en los años veinte la prostitución todavía era legal en Buenos Aires y el número de prostitutas “rusas” y “polacas” no era nada desdeñable. La identificación de Tiempo con este humilde personaje lo condujo a incluir un elemento de su propia historia familiar en el

poema. A los boedenses les encantaba este tipo de literatura social de una Clara separada simultáneamente de su comunidad de origen (Ucrania) y de la sociedad huésped (Argentina):

Me entrego a todos, mas no soy de nadie;
para ganarme el pan, vendo mi cuerpo
¿Qué he de vender para guardar intactos
mi corazón, mis penas y mis sueños?... A veces
hasta me da vergüenza de llorar
pensando en lo pequeña que es mi pena
ante la enorme pena universal.³¹⁹

En 1930, con *Libro para la pausa del sábado*, publicado por el editor judío Manuel Gleizer,³²⁰ obtiene el primer Premio Municipal. Luego vienen los siguientes títulos, con el sábado como metáfora del homenaje semanal de los judíos porteños a la Argentina, transformada en su verdadera Tierra de Promisión: *Sabatión argentino* (1933), *Sábadomingo* (1938) y *Sábado pleno* (1955). En sus libros, así como en las obras de teatro, intenta entroncar la inmigración judía con la vida nacional. *Sábadomingo*, según Leonardo Senkman, representaba la unión del descanso sabatino del judío y el descanso dominical de los argentinos.³²¹ De hecho, todas sus obras exaltan la confluencia entre los componentes identitarios judío y argentino. Los dos tenían la misma importancia para él y no estaba dispuesto a sacrificar ninguno en beneficio del otro. La reivindicación del sábado como metáfora de su identidad judía es reveladora del talante “tan porteño y tan judío a la vez” de Tiempo, que lo convertiría en el símbolo literario de la inmigración urbana hebrea en Buenos Aires, y en el representante de una generación de escritores judeoargentinos de los que Abrasha Rotemberg dirá que su “judeidad les brotaba como un manantial.”³²² Los textos de Tiempo están dedicados también a reivindicar el pluralismo, poetizar lo cotidiano y delinear con ternura y compasión a la gente

sencilla. Muchas hojas están salpicadas con voces tomadas del lunfardo o del idish.

Como enfatizó una y otra vez en contra de los nacionalistas xenófobos y para caracterizar su propia identidad:

Millares de ejemplos enseñan que mucho más que la raza y el suelo natal influye la tierra en la que el individuo arraiga y se realiza... Nacer argentino, ucraniano, griego o guatemalteco es un acontecimiento del que no participa la voluntad y no confiere al beneficiario otras prerrogativas que las que podrá obtener oportunamente con su talento si lo tiene y con su labor si la realiza. Porque uno es el acto de nacer, que pertenece a la fisiología, y otro el de ser, que pertenece al espíritu y a la razón. Uno es un acto de crecer por fuera, como un rascacielos, y otro el de crecer por dentro, metafísicamente, como un alma. Uno, en suma, el hecho de ser, y otro el de llegar a ser.³²³

Para mediados de los años treinta ya no toleraba la afrenta antisemita de Hugo Wast y sus correligionarios nacionalistas. En 1935 publicó *La campaña antisemita y el director de la Biblioteca Nacional*, donde denunciaba los libros *El Kahal* y *Oro* en los cuales Martínez Zuviría novelaba la trama de *Los protocolos de los sabios de Sión* en un contexto porteño. Esa misma denuncia contundente del racismo del ala más xenófoba del nacionalismo argentino le llevaría más adelante a emprender duras polémicas con la Guardia Restauradora Nacionalista y con escritores como Leopoldo Lugones, a quienes Tiempo identificó con el fascismo.

Por estos mismos años del auge del nacionalismo xenófobo, Tiempo dramatizó en dos obras teatrales su visión de la integración de los judíos a la sociedad argentina: *El teatro soy yo* (1931) y *Pan criollo* (1937). Esta última, en la que consignó que: “sangre judía y corazón argentino harán dulce la tierra que nos da el pan y el amor más alto que las parvas”, fue galardonada con el Premio Nacional de Teatro concedido por la Comisión Nacional de Cultura. Curiosamente, dicha comisión estuvo presidida nada menos que por el senador

Matías Sánchez Sorondo, nacionalista católico y simpatizante fascista, y ministro del Interior del general José Félix Uriburu. Todos los públicos y los periódicos, incluyendo los de los nacionalistas, aplaudieron este símbolo de “la unión de dos razas”, la judía y la criolla. En ese sentido, Tiempo fue un acérrimo opositor a la idea del crisol de razas, en la cual veía no un intento de integración, sino una voluntad de hacer desaparecer la diferencia mediante su negación. Fue un gran crítico de un sector de la burguesía judía que en auge económico abrazaba la idea del crisol de razas con la esperanza de ser aceptada entre las élites del país, renunciando a su identidad judía.

Su trabajo como editor de revistas también es digno de mención. Era un joven de 17 años cuando empezó a dirigir *Sancho Panza*. A los 31 años empezó con la revista literaria *Columna*, que contó con grandes firmas nacionales y extranjeras, desde Cansinos Assens, Stefan Zweig, Waldo Frank o Jacques Maritain, hasta Alberto Gerchunoff, Macedonio Fernández, Arturo Capdevila o Luis Franco. Uno de los lemas de la revista era: “Dispuestos a todos los sacrificios, menos al sacrificio de la verdad”. Esta consigna reúne tanto la comprensión de Tiempo acerca de la tarea editorial, como su visión del intelectual comprometido. Es precisamente en este doble contexto en el que debe entenderse la decisión de César Tiempo de aceptar la dirección del suplemento literario de *La Prensa*, el matutino conservador que el gobierno peronista expropió y que pasó de manos de la familia Gainza Paz al poder de la Confederación General del Trabajo.

El equipo editorial de La Prensa: en pro de la inclusión y el pluralismo

La decisión de Tiempo de dirigir el suplemento cultural de *La Prensa* suscitó mucha polémica en su momento y continua haciéndolo hasta hoy en día. Hay quienes sostienen, supuestamente para “defender” a este intelectual, que su aceptación del cargo carecía de una dimensión ideológica y estaba motivada

solamente por interés personal, cuestiones de prestigio o de dinero. Sin embargo, la identificación de Tiempo con el justicialismo no resulta nada sorprendente a la luz de su carrera intelectual antes y después de los años cincuenta, tal como venimos viendo. Pareciera que la sensibilidad social y la vocación popular que lo llevaron a alinearse con los de Boedo en la década del veinte, lo condujeron, en las décadas del cuarenta y el cincuenta, a manifestarse a favor del peronismo. Ciertos rasgos del movimiento justicialista se adaptaban a esa mencionada sensibilidad social, y a la concepción amplia de la noción de cultura de Tiempo, que abarcaba no solamente la producción intelectual de unas élites cultas, sino que comprendía igualmente las manifestaciones del sentir del pueblo y la identificación con los más débiles de la sociedad y sus formas de expresión cultural. A pesar del rechazo que buena parte de la comunidad judía y de los escritores de la época mostraron hacia el peronismo, parece que Tiempo vio en él una oportunidad para la inclusión de los grupos marginados en la ciudadanía.

Además, el suplemento cultural de *La Prensa* le ofreció a Tiempo una posibilidad de abrir las puertas a voces nuevas o a las que de algún modo estaban en los márgenes de la escena cultural porteña. Según su testimonio, en una conversación con Osvaldo Soriano publicada en *La Opinión*:

Volví a Buenos Aires en 1951 e hice periodismo en varios diarios hasta que en 1952 empecé a dirigir el suplemento de La Prensa que había sido absorbida por la CGT. Allí estuve hasta 1955. Me aguanté el resentimiento y el odio de todas las fuerzas liberales, pero me di el gusto de hacer un buen suplemento. No me obligaron a afiliarme, llevé como diagramador a un comunista. Publiqué a Quasimodo, a Neruda, a Gabriela Mistral, a Amaro Villanueva, que era candidato a gobernador de Entre Ríos por el Partido Comunista. Un día me llamó Osinde, que era jefe de Coordinación Federal, para decirme que yo había convertido a La Prensa en un órgano comunista. Le contesté que era lo convenido con el general Perón, que él quería una apertura hacia todas las corrientes ideológicas y qué sé yo. Era mentira, claro. En 1953 Perón fue a Chile y yo viajé con él por La Prensa. Fui a

verlo a Neruda, que estaba internado en un hospital, y éste me pidió que le consiguiera una entrevista con Perón. Se encontraron y a raíz de eso Neruda me dio los poemas de las Odas elementales para publicar. Los poemas levantaron una polvareda bárbara. Me acuerdo que una vez me hicieron parar las máquinas a las tres de la mañana por un poema de Neruda. Vino el presidente del directorio en persona. Yo le dije que era orden del General y santo remedio. En aquel tiempo, en el peronismo estaba en onda un término para rechazar a la gente que no interesaba, “No corre”, atribuido caprichosamente al General. A mí me parecía que era puro grupo, así que empecé a usar lo contrario, “corre por orden del General”, y todo iba bien. A nadie se le ocurría preguntárselo. En esa época llegó mucha gente, obreros, sindicalistas, que traían poemas apologéticos a Perón para que se publicaran, pero nunca los dejé correr.³²⁴

Esta cita es muy significativa, pues pone en evidencia la determinación de Tiempo de perseguir una política editorial acorde con sus afinidades ideológicas frente a presiones de uniformidad partidista. La independencia de planteamiento llegó a crearle conflictos con ciertos grupos dentro del peronismo, ya que “no se comportaba como un militante puro. Y no lo era.”³²⁵ No solo rechazó a los “apologistas” de Perón sino que hizo un esfuerzo consciente de dar cabida a colaboradores tanto de extracción izquierdista como de distintos grupos étnicos, entre los cuales sobresalía una larga lista de escritores judíos.

En un artículo dedicado a Gerchunoff, el estupendo narrador de *Los gauchos judíos*, publicado en la revista norteamericana *Hispania* a principios de 1952, escribió Tiempo: “Enrique Méndez Calzada, el agudísimo autor de *El tonel de Diógenes*, solía decir que los mejores escritores argentinos eran rusos de nacimiento o de origen...”³²⁶ A esta afirmación, algo exagerada o humorística, seguía una larga lista de narradores, poetas, dramaturgos, filósofos, sociólogos, investigadores, filólogos, eruditos, exégetas, historiadores y críticos argentinos judíos que elaboró Tiempo. Esta lista incluyó, entre otros, a Samuel Eichelbaum, Enrique Espinosa (seudónimo literario de Samuel Glusberg), León Dujovne, José Rabinovich, Julia Prilutzky Farny, Lázaro Liacho, Bernardo

Kordon, Luisa Sofóvich, Samuel Tamopolsky, Gregorio Berman, Lázaro Schallman, Carlos M. Grunberg, etcétera. No sorprende, por lo tanto, que algunos autores de esta lista fuesen invitados por Tiempo a colaborar con el suplemento de *La Prensa*.

Efectivamente, el índice de los colaboradores en el suplemento revela un alto porcentaje de judíos. Entre otros, publicaron en este suplemento: Blackie (Paloma Efron), Nelly Kaplan, David José Kohon, Bernardo Kordon, José Rabinovich, Luis Sofóvich, Raquel Zipris, Enrique Dickman, José Isaacson, Sergio Leonardo, Lázaro Liacho, José Liberman y Raquel Tibol. Algunos de estos fueron luego invitados por Tiempo, después de la caída de Perón, para que colaborasen en la página literaria del periódico *Amanecer*, que tenía a su cargo y se publicaba los sábados (en ella participaron también Bernardo Ezequiel Koremblit, Germán Rozenmacher y Sergio Leonardo).

La apertura a nuevas voces se acompañaba por la apertura a nuevos temas. Junto a las típicas notas sobre literatura, poesía, teatro, cine, filosofía y música, el suplemento de *La Prensa* incluía comentarios y reportajes sobre tango, deporte, pintura, cuentos para niños, fotografía, ciencia y tecnología, y hasta moda. Es decir, una visión más amplia, a su parecer, de lo que significaba la cultura en la segunda mitad del siglo XX. Semejante perspectiva, que combinaba la cultura consagrada y la popular, constituía una propuesta cultural alternativa a la línea elitista de intelectuales como Ocampo, Borges u otros de los grandes nombres de la vida literaria argentina.

Entre los colaboradores más cercanos a Tiempo en el suplemento cultural de *La Prensa* se contaban Bernardo Ezequiel Koremblit, León Benarós y Julia Prilutzky Famy. Cada uno de estos tres intelectuales judíos incorporados a esa empresa cultural peronista, ameritan por lo menos un breve comentario.

Fallecido en 2012, León Benarós nació en 1915 en Villa Mercedes, provincia de San Luis, pero se crió en Lomas de Zamora. Luego vivió en La Pampa y en Mendoza, antes de radicarse en Buenos Aires. Su rica y variada obra incluye libros de poesía existencial como *Décimas encadenadas* (1962), *Memorias*

ardientes (1970) y *El bello mundo* (1981). Fue también poeta popular de romances criollos, que ganaron los elogios de autores como Pablo Neruda y Manuel Mujica Lainez.³²⁷ Sus preocupaciones sociales y nacionales se manifestaron en las letras que compuso para canciones populares incluidas en discos y álbumes como *15 canciones escolares*, *Flores argentinas*, *La independencia* y otros, destacándose el tema folklórico “La tempranera”, que consagró Mercedes Sosa en el Teatro Colón. Algunas de las obras se publicaron con varios seudónimos, uno de los cuales, como en el caso de César Tiempo, es un nombre de mujer, Sonia Bernal. A lo largo de su trayectoria colaboró en muchas revistas, como por ejemplo *Sur*, *Nosotros*, *Lyra*, *Anales de Buenos Aires* (dirigida por Borges), *Conducta*, *Columna*, *Continente*.

Cabe destacar su participación en el grupo de poetas Tarja, que intentó en los años cincuenta integrar una poesía de corte “universal” con elementos “regionales” del noroeste argentino. Frente al cosmopolitismo de Buenos Aires, abogaban por reivindicar la poesía regional y elevarla a niveles que trascendieran los límites geográficos. Los colaboradores de la revista *Tarja* (1955-1960) expresaron también su interés por la problemática social.

La identificación de Benarós con el primer peronismo se registró de forma más notable al escribir los tres tomos de *Cultura Ciudadana* (La sociedad argentina, La cultura argentina y La política argentina), libros de texto que intentaban explicar a los estudiantes de escuela secundaria el significado del peronismo.³²⁸ A pesar de este servicio que le prestó al gobierno de Perón, Benarós no fue boicoteado por intelectuales y estudiosos argentinos en años subsiguientes. Félix Luna, por ejemplo, le dio la posibilidad de publicar en la revista *Todo es Historia*, a partir de su primer número de mayo de 1967 y durante varias décadas, la sección llamada “El desván de Clío”, en donde relataba anécdotas de la pequeña historia popular. En 1964 participó con Borges en la película “Carlos Gardel, historia de un ídolo”, dirigida por Solly Schroder. Dice Benarós: “De mi obra, a Borges le encantaba y sabía de memoria, sobre todo, mi poema sobre la vida y muerte del [caudillo] Chacho

Peñaloza, le dediqué una milonga y aún formo parte de ese trabajo bárbaro de Vaccaro que es la Asociación Borgeseana”. Su poema “Muerte de Juan Lavalle” se publicó en el número 149 de la revista *Sur*.

A diferencia de Tiempo, Benarós y Koremblit no estuvieron al frente del suplemento de *La Prensa* y quizá por eso no fueron castigados como aquel por sus colegas del mundo literario. Al igual que Tiempo, ya eran conocidos antes de llegar Perón al poder. En noviembre de 1944, por ejemplo, un libro de Benarós había sido galardonado con un premio por un jurado del Club del Libro, integrado por Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares, Pedro Henríquez Ureña, Ezequiel Martínez Estrada, Victoria Ocampo y otros. Curiosamente, en las biografías que los mismos Benarós y Koremblit han presentado en sus sitios de Internet o en entrevistas en los medios de comunicación, no aparece habitualmente ninguna mención de su paso por *La Prensa* peronista.

A diferencia de César Tiempo, Benarós y Koremblit, Julia Prilutzky Farny nunca aludió en sus obras al judaísmo o a los judíos. “Parece que a Julia —por razones que desconozco— no le gustaba hablar de su judaísmo, no sé si era por evitar la discriminación (mujer, judía, socialista) o por alguna cuestión más filosófica”, dijo una pariente suya³²⁹. Prilutzky nació en Kiev, Ucrania, en 1912, hija de una médica y un ingeniero, aunque a temprana edad hizo de Argentina su patria. Entre los amigos de su familia se contaban Miguel de Unamuno, Alfredo Palacios —su padrino— y Benito Quinquela Martín.

Prilutzky Farny está considerada como una de las figuras más representativas de la generación poética de los años 40. Fundó la revista cultural *Vértice* y en 1941 recibió el Premio Municipal de Poesía por su libro *Intervalo*. Su obra está dedicada principalmente a cantar al amor y a los sentimientos profundos. Ligada al justicialismo, su libro *El Escudo* recoge sus poemas sobre Juan y Eva Perón, e incluye el poema “Oración”, que fue leído en el segundo aniversario del fallecimiento de Evita, el 26 de julio de 1954, en un acto público masivo que se realizó en la avenida 9 de Julio. Fue redactora, crítica teatral y colaboradora de *La Prensa*, *La Nación*, *El Hogar*, *El Mundo*, *Clarín* y otros periódicos

argentinos e hispanoamericanos. Recibió distinciones en el exterior antes de haber tenido éxito en su patria adoptiva. En 1978, Alberto Migré incorporó poemas de su *Antología del amor* en una serie televisiva (“Pablo en nuestra piel”), y el libro se convirtió en un *best seller* en Argentina.³³⁰ La escritora falleció en 2002, a los 90 años.

Bernardo Ezequiel Koremblit nació en Buenos Aires en 1917, (“en una biblioteca”, según se complacía en decir). Con solo 17 años ingresó al diario *Crítica* de Natalio Botana, donde trabajó hasta 1943, escribiendo en los últimos años en la sección literaria. Entre sus compañeros estaban Nicolás Olivari, Raúl González Tuñón, César Tiempo, Roberto Arlt y Jorge Luis Borges.³³¹ Por aquellos años también militó en FORJA con Luis Dellepiane, Arturo Jauretche, Gabriel del Mazo y Raúl Scalabrini Ortiz.³³²

Después de abandonar *Crítica*, empezó en 1944 a trabajar en la Sociedad Hebraica Argentina. En esta etapa de su vida se hicieron estrechas sus relaciones con Borges, quien trabajó en su despacho de Hebraica durante un año y medio. Borges había trabajado en la Biblioteca Municipal Miguel Cané, del barrio de Almagro, desde el año 1938 y hasta que en 1946, por su postura antiperonista, el gobierno municipal lo designó “inspector de aves de corral”, por lo que se vio obligado a trabajar en aquella institución judeoargentina. En la década del sesenta, Koremblit dirigió la importante revista literaria *Davar* y fue director de Cultura de la Sociedad Hebraica Argentina.

Asiduo escritor de ensayos sobre temas humanísticos, de crítica y de filosofía política, publicó, entre otros títulos, *La torre de marfil y la política*, *Romain Rolland: humanismo, combate y soledad*, *Nicolás Olivari, poeta unicaule*, *Ensayo sobre Alejandra Pizarnik y Eva o los infortunios del Paraíso*.³³³ Durante los años cuarenta y cincuenta Koremblit forjó amistades con gente de izquierda y de derecha, peronistas y antiperonistas. César Tiempo, su “gran amigo del alma”, prologó su primer libro, *Ben-Ami, el actor abismal*.³³⁴ No obstante, a pesar de sus lazos con gente comprometida socialmente, Koremblit era elitista “a la Florida”, y sostenía que el escritor no tenía que intervenir en

política. Fue quizá por esa razón que, en los años subsiguientes, recibió numerosos galardones, tales como el Premio Nacional de Literatura, el Premio Municipal y los premios del Fondo Nacional de las Artes. Fue director de Cultura de la Biblioteca Nacional en 1993, ejerció la presidencia de la Sociedad Argentina de Escritores y, transitoriamente, de la Academia Nacional de Periodismo. Falleció en 2010.

Esperando el regreso del peronismo

¡Yo nací en Dniepropetrovsk!
No me importan los desaires
con que me trata la suerte.
¡Argentino hasta la muerte!
Yo nací en Dniepropetrovsk.

Con estas palabras intentó César Tiempo desafiar el nacionalismo católico de extrema derecha, caracterizado por su xenofobia. Como Alberto Gerchunoff y Carlos M. Grunberg, Tiempo era profundamente judío, por formación y convicción, pero al igual que ellos optó por una voluntad explícita de integrarse en la vida nacional argentina. Sus obras enfatizaron la necesidad de un pluralismo tolerante y generoso en una tierra poblada mayormente por inmigrantes. En este sentido, Tiempo, con otros intelectuales argentinos judíos y los dirigentes de la OIA, intentó ofrecer una propuesta identitaria que diera un peso similar a los componentes judío y argentino. La hispanización de su identidad a través de la adopción de su seudónimo nunca implicó para él una renuncia a su judaísmo. En una carta a Jacobo Timerman, dijo al respecto: “Y no es que me avergüence de mi origen, al contrario. Desciendo de rabinos, de masoretas, de talmudistas y de exégetas. Pero me llamo César Tiempo, nombre que adopté a los 15 años y seguí usando toda mi vida a despecho de nazis y resentidos.”³³⁵

La figura de Tiempo y su trabajo como director del suplemento cultural de *La Prensa* a partir de su expropiación por el peronismo sirven para matizar algunos de los lugares comunes en la historiografía y en la imagen popular del peronismo, sobre todo el supuesto de que todos los judíos eran antiperonistas, de que todos los intelectuales de prestigio o de peso se alejaban del justicialismo y de que el suplemento cultural de *La Prensa* no tuvo ningún valor o importancia cultural por su carácter propagandístico. En los años cuarenta y cincuenta no eran pocos los judíos que apoyaban al peronismo, un apoyo por el cual tuvieron que pagar un precio elevado durante la década peronista y después del derrocamiento de Perón en setiembre de 1955. Precisamente, Tiempo quedó marcado con el estigma peronista y sufrió la aplicación de la ley antsubversiva con el nuevo régimen posterior a Perón, quedando excluido de cualquier posibilidad de trabajo periodístico o literario.

Quizá por esto, Tiempo no ha recibido en la escena cultural argentina el reconocimiento que seguramente se merece. La gente culta, así como el *establishment* judío, no le perdonó nunca su simpatía por el peronismo, una simpatía, según David Viñas, “que lo haría quedar mal con muchos colegas y amigos. Casi una apuesta a la heterodoxia.”³³⁶ Mientras ejercía la dirección del suplemento de *La Prensa*, las revistas literarias de importancia lo ignoraron. En la carta ya citada a Máximo Yagupsky, escribió: “Por correo separado le flete un libraco que me editó Argos y que no comentaron *Davar*, ni *Sur*; ni ninguna revista respetable. Temor al contagio”. Y le pide que se lo reseñen en la revista *Comentario*.³³⁷

Cuando cayó Perón, en el marco de la persecución de la llamada Revolución Libertadora, los intelectuales que habían colaborado con “el tirano prófugo” se convirtieron en blanco de ataques y objeto de ridículo. Uno de ellos fue César Tiempo, del que se dijo:

Desvirtuando su apellido
pues el tiempo es inmutable

César Tiempo miserable
yace aquí medio podrido
Sobre su tumba: Paz, la gente piensa
pero Paz de verdad: el de “*La Prensa*”³³⁸

En los años siguientes se le cerraron muchas puertas en distintas instituciones culturales, en periódicos y editoriales, en el cine y el teatro. “Me aguanté el resentimiento y el odio de todas las fuerzas liberales”, contó Tiempo, amargamente.³³⁹ Recién en los años setenta vuelve de los márgenes del mundo de la cultura. El diario *La Opinión* lo invita a contribuir con notas y comentarios y el diario *Clarín* le abre las columnas de su suplemento “Cultura y Nación”. Desde allí, en junio de 1973, reitera su apoyo al peronismo que acaba de volver al poder: “Contra la voluntad de dominio de los dos gigantes que pretenden parcelar al hombre, imponer una sola visión del mundo y la misma horrorosa voluntad de nivelación, se alza nuestra tierra como el último baluarte de la libertad de conciencia, de respeto a la individualidad creadora, de rechazo incontrastable a las codicias del imperialismo”.³⁴⁰

Un mes después es nombrado por el tercer gobierno peronista como director del Teatro Nacional Cervantes. A esta altura, la actitud del *establishment* judío hacia el peronismo es menos hostil y la Sociedad Hebraica Argentina se une a los que lo felicitan por este nombramiento.³⁴¹ En esos meses vuelve a publicar, pero su salud ya es precaria. Su último libro, *Manos de obra*, que intenta reconstruir el mundo literario contemporáneo, aparece poco tiempo después de su muerte, en 1980.

La televisión al servicio del peronismo

El “día de la lealtad popular” de 1951 fue también el día de la inauguración de la televisión en Argentina. El peronismo, que usaba y abusaba de los medios de comunicación impresos y de las estaciones de radio, así como del cine, tenía

ahora a su alcance un nuevo medio. La pantalla chica sirvió como ejemplo adicional del progreso y modernización de la nueva Argentina peronista, y el comienzo de las transmisiones de Canal 7 estuvo ligado a la figura de otro argentino de origen judío.

Jaime Yankelevich jugó un papel central en el surgimiento y desarrollo de la radiofonia comercial en Argentina y fue también el iniciador de la televisión en el país. Su historia es la de un hombre que se hizo a sí mismo pasando rápidamente de humilde inmigrante a rico empresario, dueño de Radio Belgrano, fundador de la primera Cadena Argentina de Broadcasting y director general de la radio del Estado Nacional durante el primer peronismo. A pesar de su enorme contribución, poco se ha escrito sobre su vida y sobre sus lazos con el matrimonio Perón. Los trabajos pioneros de Andrea Matallana, quien comparó su figura con las de los norteamericanos David Sarnoff y William Paley, creadores de las cadenas NBC y CBS respectivamente, permiten comprender a este protagonista de la historia argentina.³⁴²

La radiofonia tuvo su mayor desarrollo durante el período de entreguerras, y el que experimentó en Argentina fue muy similar al experimentado en Europa y los Estados Unidos. Mientras que a principios de la década de 1920 la radio era un objeto de lujo para un pequeño mercado, hacia la década del treinta era ya el aparato electrodoméstico más consumido, llegando a ser durante los años cuarenta un objeto de consumo masivo.³⁴³ Con la popularización de la radio nacieron nuevas audiencias susceptibles de ser transformadas por el consumo radial. Yankelevich no fue solo un empresario sino también un líder con capacidad de organizar asociaciones ligadas a la industria radial nacional y de establecer vínculos internacionales. Organizó congresos de radiofonia en América Latina y construyó una red de emisoras en todo el país. Alcanzó a organizar hacia 1937 la primera cadena argentina de radio. Su emisora no solamente fue la más grande sino que daba espacio a todas las expresiones musicales, artísticas y religiosas. Yankelevich comprendía la cultura popular argentina y contribuyó a su desarrollo y creación. Sus habilidades empresariales y de liderazgo lo

transformarían en un actor clave para el gobierno de Perón, quien reconoció prontamente el poder de la radio como herramienta de utilidad política. Por otra parte, el perfil de Yankelevich como empresario nacional e incluso su condición judía estaban en armonía con las ideas y proyectos del mandatario.

Primeros pasos en Argentina

Como tantos otros judíos que llegaron a la Argentina hacia finales del siglo XIX, la familia de Jaime Yankelevich huía de las arbitrariedades y matanzas del zarismo ruso. Sus padres, Felipe y Emilia, eran originarios de Sofía, Bulgaria, y allí nacieron seis de sus siete hijos, entre ellos Jaime, quien nació el 13 de marzo de 1894. Las carencias económicas y las persecuciones de las minorías religiosas llevaron a sus padres hacia la Argentina en busca de un futuro mejor. Jaime era el tercero de los siete hermanos y aún no había cumplido los tres años cuando la familia llegó a Buenos Aires en 1899. Se alojaron en el Hotel de Inmigrantes en la zona de Retiro, llamado por entonces “el hotel de la rotonda”. Posteriormente se dirigieron a Paraná, Entre Ríos. Una vez allí, abrieron un almacén en el que colaboraban todos los miembros del grupo familiar. Su clientela principal eran los habitantes de los pequeños pueblos agrícolas circundantes.

En Paraná Jaime aprendió castellano, que hablaba como lengua materna, incorporándole algunas palabras en idish o en búlgaro. Ayudaba en la tienda familiar mientras cursaba la escuela primaria. En 1914 fue el primero de la familia en trasladarse a Buenos Aires. Su hermano Jacobo lo seguiría muy pronto. Jaime vivía al principio en un inquilinato en la zona del centro. El centro porteño albergaba por entonces una gran cantidad y variedad de cines, teatros, bares y los primeros salones de baile. Fue en ese contexto de efervescencia cultural y comercial en que consiguió su primer trabajo como operador cinematográfico en el cine La Perla, de la avenida Independencia. Su tarea consistía en hacer girar manualmente la manivela del proyector. También

trabajó en el Teatro Nacional, como electricista. Al parecer realizó simultáneamente distintas tareas en cines y teatros céntricos durante un período de dos años. En 1918, una vez que contó con los ahorros suficientes, abrió junto con su hermano Jacobo un negocio de venta de insumos eléctricos sobre la avenida Callao. En 1920 se independizó, abriendo la Casa Yankelevich sobre la avenida Entre Ríos. Ese mismo año se casó, de modo que en la parte posterior del local instaló la vivienda familiar. Anteriormente habían vivido en condiciones más modestas.

Su mujer era Carolina Chichilnisky, y cuando se casaron Jaime aún no contaba con el dinero suficiente para grabar sus nombres en las alianzas matrimoniales. Ella había llegado a la Argentina proveniente de Odesa, con tan solo diecisiete años, y realizaba trabajos de costura por encargo. Vivía en una pensión en pleno Villa Crespo, calle Acevedo esquina Corrientes.

En la vivienda detrás del local comercial, en Entre Ríos 940, nacieron tres de los cuatro hijos del matrimonio: Paulina, Samuel y Raquel. Siguiendo el modelo de negocio familiar, su mujer colaboraba con el armado de las pantallas de las lámparas.

Sin abandonar el rubro de la electricidad, Jaime fue incorporando cada vez más artículos de radiofonía. Hacia 1922 la Casa Yankelevich publicitaba en la revista *Caras y Caretas*. Al observar lo redituable de fabricar sus propias piezas para la venta, Yankelevich se volcó a dicha tarea, pidiendo a sus proveedores créditos por veinticuatro horas, y saldándolos luego de realizadas las ventas. Rápidamente pasó a ser considerado el principal importador de elementos para radiofonía en América del Sur. En su local podían obtenerse materiales para electricidad, lamparitas eléctricas, fonógrafos, gramófonos, teléfonos y radios.

Su agudo sentido comercial lo llevó a utilizar en 1923 el “combate del siglo”, entre Luis Ángel Firpo y Jack Dempsey, para promover la venta de radios en su negocio, colocando un aparato en la entrada durante la transmisión en directo. Hacia 1926 Yankelevich ya era un próspero comerciante. En 1930 la familia ya se había mudado a una casa vecina más grande, en la que nacería su

cuarto hijo, Miguel.

Ingreso en la radiofonía

Si bien existe la anécdota familiar de que Yankelevich pactó la compra de Radio Nacional el mismo día en que la visitó por primera vez para reparar un transmisor, la misma no parece cierta. En realidad, ya en 1926 se había interesado por la publicidad radial, contratando anuncios con sorprendentes resultados en Splendid, Cultura y Radio Nacional. Esto lo llevó a contratar un espacio diario de media hora. Publicitó además en la *Revista Telegráfica*, y la masiva repercusión que tuvo el anuncio, de una página, lo obligó a cerrar el negocio al día siguiente.

Su prosperidad comercial y una oferta hecha por el dueño de Radio Nacional, quien necesitaba deshacerse de la misma, le brindaron una oportunidad que no desaprovechó. Pactaron una suma por adelantado y una serie de cuotas para completar el monto total. El 5 de febrero de 1927, Yankelevich tomó posesión de Radio Nacional y rápidamente implementó cambios que aumentaron el impacto de la emisora: disminuyó la emisión de música grabada y aumentó la proporción de la tocada en vivo, creó un sistema de incentivos económicos para los artistas, eliminando la participación *ad honorem*, y trasladó en 1928 los estudios de Flores a la zona céntrica de la ciudad, sobre la calle Estados Unidos.

Durante la década de 1930 modernizó sus equipos viajando a Europa para adquirir los más adecuados, al tiempo que cedía sus programas a repetidoras provinciales gratuitamente, como estrategia de expansión. Al principio compraba los equipos en Alemania, pero luego de que Hitler ascendiera al poder, en 1933, orientó la compra de tecnología hacia Holanda, Bélgica, Estados Unidos y Francia.

Por esos mismos años comenzó a construir el edificio conocido como “el palacio”. El mismo ocuparía a partir de 1933 una manzana en la avenida Belgrano. Allí se erguían cuatro torres transmisoras de 65 metros de altura. El

predio contaba además con dos motores diésel y alternadores generadores de energía eléctrica. Los estudios se alquilaban a otras emisoras. En 1931 organizó la primera Cadena Argentina de Broadcasting, adquiriendo emisoras en Capital Federal, Córdoba, Rosario, Mendoza y Bahía Blanca. En 1933 la radio cambió su nombre y pasó a llamarse Radio Belgrano, luego de que un decreto prohibiera el uso de la palabra “nacional” para actividades privadas.

El nuevo nombre fue elegido después de realizarse un innovador concurso, en el que Yankelevich convocó a los oyentes a participar y obtener un premio. Con igual sentido comercial y publicitario realizó, en 1934, sorteos de aparatos receptores entre los oyentes de la radio. El mercado radial se volvía más competitivo y dinámico. Radio El Mundo, propiedad de la editorial Haynes, de origen británico, comenzó sus emisiones en 1935. Existían diferencias entre las radios. Radio Belgrano incorporaba ciertos “aires de alta cultura”, pero era eminentemente popular y el tango era preponderante en su programación musical. Radio El Mundo aspiraba a satisfacer los gustos y consumos de un sector del mercado orientado con sobriedad hacia la alta cultura.³⁴⁴ Sin embargo, la radio del grupo Haynes representaba un rival de importancia y un punto de referencia, debido a la tecnología que incorporaba.

Cabe señalar que la editorial Haynes llegó a ser propietaria del diario *El Mundo*, y de revistas como *El Hogar*. La suerte de este grupo editorial sería distinta a la del emporio creado por Yankelevich. Encontrándose sus propietarios en la oposición al peronismo, no resistieron con éxito las reformas del nuevo movimiento político. Sus propiedades se fueron disgregando hasta desaparecer. En ocasiones la editorial Haynes, a través de sus publicaciones, criticó a Yankelevich y cuestionó sus métodos empresariales. También Natalio Botana, a través de su diario *Crítica*, solía criticar al empresario. Otra nueva competidora para Yankelevich fue, en los años treinta, Radio del Estado, lanzada en 1937. Yankelevich reaccionó relanzando su programación e incluyendo discursos políticos, concursos de aficionados, cotización de cereales y números de teatro en vivo.

Una vez más, como lo había hecho con sus locales comerciales en el pasado, una puerta comunicaba las instalaciones del nuevo edificio de la radio con la vivienda familiar de su propietario. En esa casa residían también los abuelos maternos, y los hermanos del empresario visitaban el hogar regularmente. Sin estar vinculados al negocio, compartían la prosperidad y celebraban juntos las fiestas religiosas judías y las reuniones familiares. Yankelevich no hizo estudios formales sino que fue autodidacta y perseverante. Amaba escuchar música clásica, jazz y tango. Su entorno lo recordó como un gran amigo y colaborador de distintas organizaciones. Era solidario con sus empleados, a quienes dio préstamos para comprar sus viviendas. Como contrapartida, también era exigente con ellos en cuestiones laborales.

Expansión e integración

Desde los tiempos en que su contacto con la radio fuera el de un oyente asiduo, Yankelevich había descubierto el potencial comercial del novedoso medio de comunicación. Por eso contrató publicidad para sus comercios. Una vez que se transformó en empresario de la radiofonía, dueño de su propia emisora, se dedicó a expandir el potencial comercial de la radio apuntando primordialmente a una audiencia masiva y popular.

A lo largo de los años treinta incluyó la participación de artistas extranjeros en sus emisiones, fundó la Productora Cinematográfica Argentina Río de la Plata, que produjo películas y espectáculos teatrales, fundó la revista *Antena*, que se dedicaba a noticias del espectáculo e imitaba el formato de *Radiolandia* o *Sintonía* pero dentro de la órbita comercial de su propietario. De este modo, Yankelevich alcanzó rápidamente la integración vertical de la actividad radiofónica, desde la venta y producción de aparatos receptores hasta la emisión radial, desarrollando entre ambos polos de la industria un continuo de empresas que moldearon el circuito artístico, así como los contenidos publicitarios y de entretenimiento emitidos. En la década del 40 incorporó una agencia de

publicidad, dedicada al diseño de eslóganes para las compañías que publicitaban en los programas de su estación de radio.

Yankelevich poseía en los años 30 una de las emisoras más importantes a escala nacional, así como catorce repetidoras en todo el país. Estableció además acuerdos con las principales agencias internacionales de noticias. Hacia la década del 40 ya era un actor central en todos los sectores de la industria radiofónica, con gran influencia en el mundo artístico.

Su emisora era eminentemente popular y mostraba gran flexibilidad para incluir todas las expresiones musicales, artísticas y religiosas. Sus artistas tenían numerosos y fieles seguidores. Utilizó con éxito el radioteatro, un género que comenzó a surgir después de 1930 y que cautivó a grandes audiencias. Se emitía por episodios, y en los inicios fue de género gauchesco. El retrato que hacía del gaucho como personaje heroico generó críticas por parte del nacionalismo criollo, por considerarlo heterodoxo. En este espacio del radioteatro nacería el lazo entre Yankelevich y Evita, una relación que contribuiría a la actitud positiva de Evita hacia los argentinos de origen judío.

Yankelevich fue pionero en la transmisión de partidos de fútbol en directo en la radio (y luego en la televisión), así como en la incorporación de la Iglesia Católica a través del programa de monseñor Dionisio Napal (provocador y nada filosemita). Para contrarrestar a este orador estrella de Radio Belgrano, Gustavo Franceschi fue contratado por Radio Splendid. Las revistas especializadas solían mostrarlo firmando contratos, reunido con empresarios nacionales o bajando de un barco al regreso de un viaje, haciendo de su propia figura una celebridad pública. Su modelo de programación fue la matriz de la radiofonía argentina hasta finales de la década del 50.

Entre el Estado y la radio

Hacia 1940 la Radio del Estado solo tenía alcance en la Capital Federal. Como había sucedido en Europa y en Estados Unidos desde la década del veinte,

existía en Argentina el reconocimiento gubernamental de que la radiofonía en general, y los contenidos emitidos en particular, eran cuestiones sobre las cuales el Estado debía legislar. El gobierno del presidente Hipólito Yrigoyen había definido una primera legislación en 1929, instaurando un sistema de licencias por el cual los propietarios de las radios debían abonar la suma de cinco mil pesos anuales. Este sistema, sin embargo, presentaba lagunas jurídicas. En 1933 fue sancionado el Reglamento de Radiocomunicaciones como medida temporal, hasta que se contara con una ley que regulara el sistema en su conjunto. Bajo esta legislación, los permisos otorgados a las radios eran considerados “precarios”.³⁴⁵ Durante 1938 existieron intentos del gobierno de avanzar a costa de los intereses privados de las radiodifusoras. En aquel entonces Yankelevich se reunió con otros propietarios de medios e intentó, para proteger su situación, acercarse al gobierno de Roberto Ortiz.

En 1940, el gobierno emitió un decreto determinando la creación de nuevas emisoras en el interior del país. Esto se traducía en el llamado a concurso para la obtención de las respectivas licencias. Se buscaba darle un marco nacional al sistema de emisoras. En 1941, en plena guerra mundial, el gobierno de Castillo decretó que las sociedades administradoras de redes radiodifusoras debían ser “netamente argentinas”. Esto iba en contra de los dos principales actores en la radiodifusión del momento, Yankelevich, de Radio Belgrano, y Emilio Karstulovic, del grupo Haynes. La reacción de las asociaciones de radiodifusores logró revertir esta medida. A finales de ese mismo año, la injerencia gubernamental sobre los contenidos radiofónicos quedó evidenciada cuando se le denegó a Yankelevich la difusión en su emisora de discursos estadounidenses a favor del esfuerzo bélico antinazi. El nombre de Jaime Yankelevich apareció en 1941 en el *New York Times*, debido a que el Ministerio del Interior de Argentina le había prohibido transmitir las palabras del presidente norteamericano Franklin D. Roosevelt.³⁴⁶

En 1943, luego del golpe militar del mes de junio, el control gubernamental sobre los medios se hizo más férreo. Esta nueva política quedó en evidencia con

la creación mediante un decreto de una nueva Secretaría de Prensa y Difusión, dependiente del Ministerio de Guerra. La Secretaría tenía autoridad para denegar la emisión de contenidos considerados inadecuados; ello dio lugar, entre otras medidas, a una campaña de censura de las emisiones desde la sede de las Naciones Unidas, en mayo de 1944. Como forma de adaptarse a esta nueva situación, Yankelevich dirigió sus esfuerzos a buscar canales de aproximación al gobierno. En este sentido jugó un papel clave Eva Duarte, quien ya había comenzado su colaboración artística con Radio Belgrano en 1937 y que, tras un período en la emisora rival (Radio El Mundo), volvía a la estación de Yankelevich en 1943, con la radionovela “La amazona del destino”. Yankelevich buscó capitalizar políticamente las conexiones de Evita con militares del gobierno, inicialmente mediante la amistad que ella tenía con el coronel Aníbal Imbert, destacado miembro del GOU nombrado por el gobierno militar para controlar la radio, y poco después debido a su vinculación sentimental con Perón.³⁴⁷ A fines de 1943, este visitó los estudios de Radio Belgrano y fue agasajado por las autoridades de la emisora.

En 1944, durante el gobierno de Edelmiro Farrell y luego del terremoto que afectó severamente a la provincia de San Juan, Perón lanzó desde la Secretaría de Trabajo y Previsión Social una campaña solidaria, convocando a los artistas. Jaime Yankelevich apoyó activamente dicha campaña, que dio a Perón gran visibilidad a nivel nacional.³⁴⁸ Desde ese momento, el futuro presidente se volvió un *habitué* de la emisora, utilizando sus micrófonos para transmitir sus ideas. Yankelevich apoyaba al gobierno para proteger sus intereses, y con ese sentido se estrenó en Radio Belgrano el radioteatro “Hacia un futuro mejor”, que exaltaba los logros de la Secretaría de Trabajo y Previsión Social.³⁴⁹

Al menos tres factores contribuyen a explicar por qué Jaime Yankelevich se transformó en un actor clave para llevar adelante la política de medios del peronismo. En primer lugar, era el dueño de la que en los hechos era la primera cadena nacional de radios y conocía esa industria a la perfección. Por esa razón, ya había tenido contactos con distintos gobiernos. El presidente de la Nación,

Pedro Pablo Ramírez, utilizó los micrófonos de su radio en 1943, para dirigirse al país durante la celebración del 12 de Octubre. La visita de los diferentes miembros del gobierno militar a los estudios de Radio Belgrano era frecuente. Debe tenerse en cuenta que para 1940 habitaban el país 13 millones de personas, había en uso un millón de aparatos receptores de radio y se vendían 200 mil adicionales al año. El consumo de radios crecía y se ha estimado que en 1947 había un aparato por cada dos viviendas argentinas.³⁵⁰ Yankelevich no solo conocía su industria sino que había desarrollado la capacidad de adaptarse al contexto político.

En segundo lugar había tenido la oportunidad de tratar personalmente tanto a Juan Domingo Perón como a la actriz Eva Duarte, su futura esposa, por su trabajo en Radio Belgrano. La joven actriz comenzó a trabajar en la emisora en 1937 como parte del conjunto Remembranzas, y posteriormente se desempeñó como animadora de un concurso cinematográfico auspiciado por la radio. Tras un breve período fuera de la empresa, Eva Duarte regresó a la emisora en 1943 con su propia compañía de radio teatral. Sus obras ponían en escena la vida de mujeres significativas en la historia universal. En 1944 Eva Duarte protagonizó el radioteatro “Hacia un futuro mejor”.

Evita recibió un homenaje por su carrera en Radio Belgrano en 1944, y a principios de junio era portada de *Antena*, la publicación sobre contenidos radiofónicos perteneciente al grupo de Yankelevich. A su vez, la Secretaría dirigida por Perón avalaba a la Asociación Radial Argentina, que era presidida por la artista.³⁵¹ Además, la madre de Perón, quien no residía en la Capital Federal, alquilaba a Yankelevich un departamento en un edificio que este había construido e inaugurado en 1944. En uno de los pisos del mismo vivía el empresario con su mujer y sus hijos, y en otro piso vivía su hija Raquel, ya casada. La madre de Perón era seguida como una celebridad por curiosos y periodistas mientras se alojaba en este departamento durante sus visitas a la capital, y Yankelevich se encargaba de que el portero vistiera uniforme durante su estadía. Estos hechos son de fundamental importancia en una cultura política

personalista como la argentina. Su relación con Perón era de mutuo respeto.

En tercer lugar, Yankelevich era un exitoso empresario nacional con grandes dotes organizativas y de liderazgo para el asociacionismo. En este sentido podríamos compararlo con José Ber Gelbard, y su condición judía, así como su visibilidad internacional, no le habrían pasado desapercibidas a Juan Perón. Después de todo, para Perón, las relaciones con Israel y la comunidad judía local servían de credencial democrática a nivel internacional en el mundo de posguerra.

En el círculo de colaboradores profesionales de Yankelevich aparentemente no predominaban los nombres judíos. Uno de estos fue Julio Korn. Sin embargo, la condición hebrea de Yankelevich no era un secreto. No era religioso y los sábados los pasaba por entero en la radio, de modo que no guardaba el descanso sabático. Pero se sentía parte de la colectividad judeoargentina. Entre las organizaciones a las que realizaba donaciones mensuales se encontraban el Hospital Israelita y varias otras instituciones de la colectividad, junto a variadas organizaciones de la sociedad argentina en general. Sus contribuciones eran con dinero y difusión gratuita de eventos.³⁵² Parece que a veces intentó aprovechar su acceso directo a Perón para promover los intereses de la comunidad judía. Así, por ejemplo, al igual que el rabino Amram Blum, conversó personalmente con el Presidente sobre la necesidad de otorgar permiso de salida a los reclutas judíos del servicio militar durante el Día del Perdón.

El peronismo, los medios y la radio

Los dos primeros años del peronismo, entre 1946 y 1948, coincidieron con la mayor expansión de la industria cultural en la historia argentina. Expansión aun superior en sus índices a los que hubo en la década de 1960.³⁵³ En este contexto, el peronismo no solo impuso su estilo en la política, sino también en el sistema de medios que se desarrolló desde entonces. Paradójicamente, Perón llegó al poder en 1946 con los medios en su contra, y fue derrocado en 1955 con

los medios a su favor.³⁵⁴

Como lo ha resumido Mirta Varela, en una primera aproximación al modo en que el peronismo utilizó los medios de comunicación pueden destacarse: la expropiación de periódicos, la concentración política y económica de la radiodifusión y la presencia permanente de las figuras de Perón y Evita.³⁵⁵ Estos rasgos coincidieron, y condujeron a un creciente endurecimiento del control político durante la última etapa del gobierno. Durante el primer período (1946-1951) se formó el sistema de medios y durante el segundo (1952-1955) se regularizó y normativizó de acuerdo a la ideología peronista. Para lograr sus objetivos el gobierno creó dos organismos, la Secretaría de Prensa y Difusión de la Presidencia, encargada de los aspectos políticos, y el Ministerio de Comunicaciones, encargado de los aspectos técnicos.³⁵⁶ Poco de lo que se emitiera quedaría sin regular.

Perón ya se había interesado por los medios de comunicación desde su cargo de secretario de Trabajo y Previsión Social (1944-1946), impulsando el Estatuto Profesional del Periodista. En 1945 el gobierno de Farrell creó la agencia Telenoticiosa Americana (Telam) para proveer una alternativa a las agencias estadounidenses, y aprobó el “Manual de Instrucciones para las Estaciones de Radiodifusión” pocos días antes de traspasar el poder a Perón. El texto especificaba el modo en que debían programarse los contenidos de las emisiones a fin de preservar los intereses estatales y nacionales por sobre los comerciales y privados. Para dar forma al sistema de medios de comunicación, como lo hizo con el sistema de sindicatos, Perón tomó simultáneamente medidas “restrictivas” y “de fomento”. Entre las medidas restrictivas estaban la censura y la concentración de medios e insumos. Una forma clásica era el traspaso de los activos mediante la compra del 51% de las acciones por parte de un allegado al gobierno. Este proceso podía estar vinculado a presiones a propietarios, amenazas, clausuras y huelgas de sindicatos. Entre las medidas de fomento se contaban los créditos y otro tipo de incentivos.³⁵⁷ Fue en este contexto de concentración de medios por parte del gobierno que los diarios *La Prensa* (hasta

su expropiación) y *La Nación* se transformaron en firmes opositores.

La estrategia gubernamental respecto de los medios de comunicación alcanzó a la radio y a Yankelevich. Hacia 1945 existían de hecho tres grandes cadenas de radiodifusión capaces de alcanzar todos los rincones del territorio argentino. Sus “cabeceras” correspondían a distintos propietarios y eran Radio Belgrano, Radio El Mundo y Radio Splendid. Su modo de organización comercial basado en la publicidad había consolidado un circuito de artistas, entre los que se contaba Carlos Gardel para el caso de Radio Belgrano, cuya popularidad aseguraba altos índices de audiencia durante los horarios principales. Con la llegada del peronismo al poder la situación habría de cambiar, y el período de crecimiento basado en el impulso comercial privado sería seguido por una etapa en que la radio se expandió a instancias del Estado y sus intereses políticos.³⁵⁸

El gobierno requería emitir en cadena nacional durante los principales horarios comerciales de las radios, y en 1947 utilizó las huelgas de la Federación de Trabajadores del Espectáculo Público para obligarlas a cesar sus actividades, hasta que finalmente se adhirieron a la cadena nacional con Radio del Estado. Luego la huelga fue declarada ilegal y el gobierno avanzó con la adquisición de la mayor parte de las emisoras privadas. Los dueños de estas pasaron a ser, en su mayoría, empleados del Estado a cargo de la dirección y administración de las empresas.³⁵⁹ Tal fue el caso de Jaime Yankelevich. Su radio era la de mayor audiencia cuando fue suspendida, intervenida y finalmente vendida al Estado. Sin embargo, su caso fue excepcional dado que en 1948 pasó a desempeñarse como director general coordinador al servicio del gobierno nacional, y responsable de todas las licencias otorgadas.

Conflicto y adaptación al cargo

La investigación académica llevada a cabo por Arribá sostiene que la suspensión de Radio Belgrano se debió al espacio que esta brindaba a las críticas a la gestión gubernamental, pero no aporta elementos para evaluar esta

afirmación.³⁶⁰ La mayor parte de la bibliografía disponible suele enfatizar un hecho puntual como catalizador de un proceso puesto en marcha de manera organizada y que concluyó con el traspaso de Radio Belgrano a manos del Estado. Durante el año 1947, Perón pronunció un discurso por la cadena nacional en el que dedicó algunas palabras a despedir a su esposa que viajaba por entonces a Europa. La emisión correspondiente a Radio Belgrano fue interrumpida y un desconocido acotó “no le creo nada, son todas mentiras”. Como consecuencia, el gobierno suspendió a la emisora por el lapso de un mes, transcurrido el cual la suspensión fue levantada pero se declararon caducas sus licencias. Durante un año Yankelevich vio cuestionada la legitimidad del otorgamiento de sus licencias, al tiempo que se iniciaron en su contra procesos por evasión fiscal que llegaron a amenazar su situación económica. Ante esta situación, Yankelevich ofreció en venta al Estado su red de emisoras. La causa, luego de ser apelada por el empresario ante la Corte Suprema, se resolvería finalmente en 1953, luego de su muerte.

Las presiones contra Yankelevich se iniciaron una vez que el peronismo decidió tomar el control de las radios. La oferta de Yankelevich al Estado estaba en armonía con la estrategia seguida por el Ministerio de Comunicaciones dirigido por Oscar Nicolini, que buscaba comprar los activos físicos de las emisoras en lugar de clausurarlas por motivos políticos, a fin de poder seguir utilizándolas. El traspaso de Radio Belgrano se llevó a cabo el 14 de octubre de 1947, y Yankelevich continuó como director general. En este nuevo cargo debía respetar los contenidos determinados por el gobierno. Presidiendo el directorio de la empresa se encontraba un familiar del ministro Nicolini. Además, Yankelevich fue nombrado director general de Radiodifusión a cargo de administrar todas las emisoras nacionales. Poco tiempo después un proceso similar ocurrió con otras emisoras, como El Mundo y Splendid. El gobierno denunciaba la caducidad de las licencias aduciendo su monopolio y luego tenía lugar el traspaso por venta de activos al Estado. De acuerdo a otras versiones, no exentas de tono apologético y militante, los dueños que vendían sus radios

actuaban en ejercicio de su libertad.³⁶¹

Luego de haber vendido sus activos al Estado en 1948, Yankelevich fue elegido presidente de la Interamerican Association of Broadcasters (IAB). Este cargo le brindó un espacio de visibilidad internacional. En 1949, por ejemplo, se reunió con el encargado de la oficina de Asuntos Exteriores de Estados Unidos, quien buscaba revertir la prohibición de Perón sobre los avisos de turismo estadounidenses en emisoras nacionales. El cargo, sin embargo, lo puso también en contradicción con la Asociación de Radiodifusoras Argentinas (ADRA), cuya presidencia también ocupaba. Esto ocurría porque desde 1945 la IAB había criticado la actitud del gobierno peronista ante los medios de comunicación y la libertad de prensa. En setiembre de 1948 el diputado conservador Reynaldo Pastor exigió explicaciones al gobierno en el Congreso Nacional respecto de la falta de libertad en los medios de comunicación, y mencionó una declaración de la Interamerican Association of Broadcasters que denunciaba una anulación de facto de la libertad de expresión en el país.³⁶² Yankelevich se opuso a seguir esta línea y, como resultado, fueron separados tanto la ADRA como él mismo de la IAB.

Gestionando la llegada de la televisión

Mientras que los orígenes de la radio en Argentina estuvieron ligados a la iniciativa privada, los de la televisión lo estuvieron a la iniciativa del Estado.³⁶³ En 1951, el gobierno le encargó a Yankelevich que analizara los costos de iniciar transmisiones televisivas en ese país. Proyectos previos, como los del empresario del calzado Martin Tow en 1945, habían quedado truncos, y Yankelevich aseguraba poder crear una cadena integrada por treinta emisoras.

Durante aquel año llegó a Buenos Aires un transmisor portátil. El mismo se ubicaba en el interior de un camión en el que se leía “la voz de la esperanza”. El costo económico fue asumido por Radio Belgrano Sociedad Anónima, y la

antena transmisora se instaló en el edificio del Ministerio de Obras Públicas. Ese año, el 17 de Octubre, los festejos del “día de la lealtad peronista” en la Plaza de Mayo fueron televisados. El 18 de noviembre de 1951 se transmitió por primera vez en Argentina un partido de fútbol por televisión. El encuentro entre San Lorenzo y River Plate terminó igualado 1 a 1, y fue televisado desde “el Gasómetro” por LR3 TV Canal 7 bajo la dirección de Jaime Yankelevich. Con el eslogan “Siempre presente en las manifestaciones del deporte argentino”, Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF) auspició esta transmisión. La cámara que seguía el partido estaba dirigida por Samuel Yankelevich y coordinada por Max Koelble.³⁶⁴ El domingo anterior, 11 de noviembre, no había habido fútbol debido a las elecciones presidenciales en las que fue reelecto Perón (su fórmula, con Juan Hortensio Quijano, superó a la de los radicales Ricardo Balbín y Arturo Frondizi). En esa jornada electoral, las mujeres argentinas, incluida Eva Perón, desde su cama en el Hospital de Lanús, ejercieron el derecho de voto por primera vez.

El primer canal de televisión funcionó inicialmente dentro de la estructura de la radio, y se llamó LR3 Radio Belgrano TV Canal 7. Se ha estimado que junto con los primeros equipos de transmisión, Yankelevich ingresó a la Argentina alrededor de 2.500 aparatos de televisión.³⁶⁵ Dos años después el número de televisores había crecido hasta alcanzar los 33 mil, y llegaría a 75 mil en 1957.³⁶⁶ Al principio, los pocos aparatos existentes en el país se instalaron en bares y comercios selectos, ante cuyas pantallas se agolpaba el público. En 1954 se abriría la primera fábrica de televisores de Argentina, la Copehart Argentina.³⁶⁷

A pocos meses de realizada la primera transmisión televisiva, y a la edad de 58 años, Jaime Yankelevich murió en la ciudad que había sido testigo de su impresionante carrera y ascenso personal. El *New York Times* dio cuenta de su partida. Con la sucesión por herencia sus bienes se dividieron, y el imperio que había construido se disgregó. A partir de entonces, la televisión creció lentamente en Argentina y hasta 1960 el Canal 7, estatal, era la única emisora.

Actualmente llevan el nombre de Jaime Yankelevich una calle del predio de Canal 7 y una plaza ubicada en el barrio de La Boca.

Tras el golpe de Estado de 1955 el nuevo gobierno comenzó un proceso de reestructuración de los medios de comunicación, con el fin de desarmar el sistema creado por el peronismo. Las licencias fueron revocadas y la titularidad de muchas emisoras cambió nuevamente de manos. Se formó la “Junta Consultiva Nacional” encargada de investigar a las emisoras privadas. Esta junta elaboró un crítico informe contra Jaime Yankelevich, quien, ya muerto, no podía defenderse. Sin pruebas claras se lo acusaba de fraudes fiscales y se lo llamaba “empleado a sueldo” de Perón.

302 Se trata de una invitación a la conferencia “El pueblo ‘joven’ de Israel: impresiones de un reciente viaje”, pronunciada por Mario Satanowaski (ver carta del presidente y secretario, Guillermo Cracovski y Bernardo Mayantz, 29.6.1954, Archivo César Tiempo, Biblioteca Nacional, Buenos Aires). A mediados de los sesenta, bajo la presidencia de Jacobo Kovadloff y con Bernardo Ezequiel Korembliit como director de Cultura, vuelven a invitarlo a participar en eventos en Hebraica y en enero de 1964 también lo invitan a colaborar con un artículo para la revista literaria *Davar* (ver carta de Bernardo Ezequiel Korembliit, 31.1.1964).

303 César Tiempo, *La campaña antisemita y el director de la Biblioteca Nacional*. Buenos Aires: Mundo Israelita, 1935. Ver también Graciela Ben-Dror, *Católicos, nazis y judíos...*, 108-115.

304 Flavia Fiorucci, “Neither Warriors Nor Prophets: Peronist and Anti-Peronist Intellectuals, 1945-1956”, tesis doctoral inédita, Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Londres: 2002, 49.

305 Flavia Fiorucci, “Los marginados de la Revolución: los intelectuales peronistas (1945-1955)”, en: *La Memoria de Nuestro Pueblo*, Año 5 (febrero 2009), 17-21. Ver también su “¿Aliados o enemigos? Los intelectuales en los gobiernos de

Vargas y Perón”, en: Raanan Rein y Rosalie Sitman (comp.), *El primer peronismo: de regreso a los comienzos*. Buenos Aires: Lumiere, 2005, 83-108, así como su tesis doctoral “Neither Warriors Nor Prophets”.

306 Raanan Rein, *Entre el abismo y la salvación...*, cap. 4; Ernesto Goldar, *El peronismo en la literatura argentina*. Buenos Aires: Freeland, 1971. Esta fue también la visión de la embajada norteamericana en Buenos Aires. Ver el informe acerca del encuentro entre Perón y los intelectuales nacionalistas en noviembre de 1947: NA, 835.42/11-1847, Embajada en Buenos Aires a Departamento de Estado, 18.11.1947.

307 Rosalie Sitman, *Victoria Ocampo y Sur: entre Europa y América*. Buenos Aires: Lumiere, 2003; John King, *Sur: Estudios de la revista argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura, 1931-1970*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1989.

308 Sobre *Hechos e Ideas* ver Alejandro Cattaruzza, “Una empresa cultural del primer peronismo: la revista ‘Hechos e Ideas’ (1947-1955)”, en: *Revista Complutense de Historia de América*, N° 19, 1993, 269-289; Ana Virginia Persello, “De la diversidad a la unidad: hechos e ideas: 1935-1955”, en: Noemí Girbal-Blacha y Diana Quattrocchi-Woisson (directoras), *Cuando opinar es actuar. Revistas argentinas del siglo XX*. Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia, 1999.

309 Carlos Miguel Herrera, “Socialismo y ‘revolución nacional’ en el primer peronismo”, en: *EIAL*, Vol. 20, N° 2, 2009. En las elecciones de abril de 1954, el Partido Socialista de la Revolución Nacional presentó sus candidatos en la Capital Federal, entre ellos estaba Saúl Groisman.

310 Raanan Rein y Claudio Panella (comp.), *Cultura para todos...*

311 Norberto Galasso, *Vida de Scalabrini Ortiz*. Buenos Aires: Ediciones del Mar Dulce, 1970, 99.

312 César Tiempo a Máximo Yagupsky, 27.4.1954, Archivo Máximo Yagupsky en el Archivo de la Fundación IWO, Buenos Aires.

313 Eliahu Toker (comp.), *Buenos Aires esquina Sábado. Antología de César Tiempo*. Buenos Aires: Archivo General de la Nación, 1997, 17.

314 Del disco *César Tiempo por él mismo, cancionero del judío errante*, grabado en Buenos Aires en agosto de 1967 por el poeta para el sello AMB. La versión en CD forma parte del libro compilado por Toker, *Buenos Aires esquina Sábado...* Ver también “Tiempo, César”, en: Norberto Galasso (coord.), *Los malditos: hombres y mujeres excluidos de la historia oficial de los argentinos*. Buenos Aires: Ediciones Madres de Plaza de Mayo, 2005, Vol. 1, 360-365.

315 Para información e interpretaciones acerca de la vida de Tiempo y su obra, ver Eliahu Toker, *Buenos Aires esquina Sábado...*; Leonardo Senkman, *La identidad judía en la literatura argentina*. Buenos Aires: Pardés, 1983, 153-195; Naomi Lindstrom, *Jewish Issues in Argentine Literature*. Columbia: University of Missouri Press, 1989; Ricardo Feierstein, “César Tiempo, un hombre de dos mundos”, en: Ricardo Feierstein y Stephen A. Sadow (comp.), *Crecer en el gueto, crecer en el mundo*. Buenos Aires: Milá, 2005, 304-317. Ver también su propia autobiografía: César Tiempo, *Capturas recomendadas*. Buenos Aires: Librería del Jurista, 1978.

316 Sobre los grupos literarios de Boedo y Florida ver Jesús Méndez, “Argentine Intellectuals in the Twentieth Century, 1930-1943”, tesis doctoral inédita, The University of Texas at Austin, 1980.

317 Manuela Fingueret, *César Tiempo: El poeta de los tres nombres*, manuscrito inédito, 44-45.

318 El tema de la prostitución judía en la Argentina sigue despertando mucho interés. Entre las publicaciones más recientes ver, entre otros, Nora Glickman, *The Jewish White Slave Trade and the Untold Story of Raquel Liberman*. Nueva York: Taylor & Francis, 2000; Isabel Vincent, *Bodies and Souls: The Tragic Plight of Three Jewish Women Forced into Prostitution in the Americas*. Nueva York: Harper Perennial, 2005; Haim Avni, “Clientes”, *rufianes y prostitutas. Comunidades judías de Argentina e Israel frente a la trata de blancas*. Buenos Aires, Leviatán, 2014.

319 Clara Beter, *Versos de una...* (con nota autobiográfica de César Tiempo). Rosario: Ameghino, 1998. Significativamente, este primer libro de Tiempo se publicó por el sello editorial de Claridad de Antonio Zamora, con una clara línea ideológica socialista.

320 Gleizer era el editor de libros de intelectuales argentinos como Scalabrini Ortiz, Vicente Cutiño y Arturo Cacela. Ver Verónica Delgado y Fabio Espósito, “La emergencia del editor moderno”, en: José Luis de Diego (dir.), *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006, 59-88, especialmente 76-78; Domingo Buonocore, *Libreros, editores e impresores de Buenos Aires*. Buenos Aires: Bowker, 1974, cap. V, 87-111, especialmente 102-105.

321 Leonardo Senkman, *La identidad judía en la literatura argentina*.

322 Manuela Fingueret, *César Tiempo...*, 51.

323 César Tiempo, “Alberto Gerchunoff vida y manos”, en: *Hispania*, Vol. 35, N° 1, febrero 1952, 37-41, 38.

324 *La Opinión*, Sección Cultural, Buenos Aires, 10.12.1972, 9.

325 Manuela Fingueret, *César Tiempo...*, 49.

326 César Tiempo, “Alberto Gerchunoff vida y manos”, 37-41.

327 Ana E. Weinstein y Miryam E. Gover de Nasatsky (comp.), *Escritores judeo-argentinos: bibliografía 1900-1987*. Buenos Aires: Milá, 1994, tomo 1, 65-74; Juan Pablo Bertazza, “Cuestión de ponerse”, *Página/12*, Radar Libros, 27.7.2008.

328 Mónica Esti Rein, *Politics and education in Argentina...*, cap. 3.

329 Agradezco a Alejandro Dujovne por esta entrevista con Alejandra Prilutzky.

330 Lily Sosa de Newton, *Diccionario biográfico de mujeres argentinas*. Buenos Aires: Plus Ultra, 1986.

331 Moshé Korin, “Intelectual, escritor y ensayista de las letras judeoargentinas. Homenaje a Bernardo Ezequiel Koremblit”, en: www.delacole.com *Crítica* representaba una mezcla de prensa amarilla y expresión intelectual. Ver Silvia Saitta, *Regueros de tinta: el diario Crítica en la década de 1920*. Buenos Aires: Sudamericana, 1998.

332 Sobre FORJA ver, entre otros, Miguel Ángel Scenna, *F.O.R.J.A., una aventura argentina (de Yrigoyen a Perón)*. Buenos Aires: Belgrano, 1983; Arturo Jauretche, *FORJA y la década infame*. Buenos Aires: Peña Lillo, 1974; Mark Falcoff, “Argentine Nationalism on the Eve of Perón: Force of Radical Orientation of Young Argentina and Its Rivals”, tesis doctoral inédita, Princeton University, 1970;

Cristian Buchrucker, *Nacionalismo y peronismo...*, 258-278; Alberto Spektorowski, *Autoritarios y populistas. Los orígenes del fascismo argentino*. Buenos Aires: Lumiere, 2013, *pássim*.

333 Haydée Marta Quadraccia, *Korembli: pensamiento y lenguaje de un humanista*. Buenos Aires: Dunken, 2005.

334 Bernardo Ezequiel Korembli, “La bohemia cultural judeoargentina de las décadas del ’30, ’40 y ’50”, en: Ricardo Feierstein y Stephen A. Sadow (comp.), *Recreando la cultura judeoargentina/2*. Buenos Aires: Milá, 2004, tomo 2, 51-56.

335 Manuela Fingueret, *César Tiempo...*, 25.

336 Manuela Fingueret, *César Tiempo...*, 50.

337 César Tiempo a Máximo Yagupsky, 27.4.1954, Archivo Máximo Yagupsky.

338 Norberto Galasso, *Los Malditos...*, 364.

339 *Ídem*.

340 Norberto Galasso, *Los Malditos...*, 365.

341 Carta del presidente y el secretario de Hebraica, David Fleischer y Saúl Bermann, a César Tiempo, 31.7.1973, Archivo César Tiempo.

342 Andrea Matallana, *Jaime Yankelevich: la oportunidad y la audacia*. Buenos Aires: Capital Intelectual, 2013; A. Matallana, “Inventando la radio comercial: apuntes para una biografía de Jaime Yankelevich”, en: *Revista de Instituciones, Ideas y Mercados*, N° 58, mayo 2013, 147-166.

343 Matthew Karush, *Cultura de clase: Radio y cine en la creación de una Argentina dividida, 1920-1946*. Buenos Aires: Ariel Historia, 2013; Andrea Matallana, *Locos por la radio: una historia social de la radiofonía en la Argentina, 1923-1947*. Buenos Aires: Prometeo, 2006.

344 Diego Acosta, “La radio: de los pañales a los pantalones largos”, en: *Todo es Historia*, N° 258, 1988, 58-69.

345 Sergio Arribá, “El Peronismo y la política de radiodifusión”, en *VI Encuentro Panamericano de Comunicación*, Universidad Nacional de Córdoba, 2013, 22.

346 Andrea Matallana, *Jaime Yankelevich...*, 89.

347 Andrea Matallana, *Imágenes y representación*. Buenos Aires: Aurelia, 2010,

348 Mark Healey, *El peronismo entre las ruinas: el terremoto y la reconstrucción de San Juan*. Buenos Aires: Siglo XXI Argentina, 2012.

349 Matallana, *Jaime Yankelevich...*, 110.

350 *Ibid.*, 88.

351 Andrea Matallana, *Imágenes y representación*, 155.

352 Andrea Matallana, *Jaime Yankelevich...*, 128-129.

353 Mirta Varela, “Peronismo y medios: control político, industria nacional y gusto popular”, <http://www.rehime.com.ar>

354 Raanan Rein y Claudio Panella (comp.), *Peronismo y prensa escrita*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata, 2008.

355 Mirta Varela, “Peronismo y medios...”.

356 Sergio Arribá, “El Peronismo y la política de radiodifusión”, 21; Silvia Mercado, *El inventor del peronismo: Raúl Apold, el cerebro oculto que cambió la política argentina*. Buenos Aires: Planeta, 2013.

357 Mirta Varela, “Peronismo y medios...””, 6.

358 Diego Acosta, “La radio: de los pañales a los pantalones largos”.

359 Mirta Varela, “Peronismo y medios...””, 8.

360 Sergio Arribá, “El Peronismo y la política de radiodifusión”, 33.

361 Martín García, “El peronismo y su relación con los medios de comunicación”, en: *Revista Peronistas*, 2004, 145, 150.

362 Andrea Matallana, *Imágenes y representación*, 167.

363 Noemí María Girbal-Blacha, “La industria invisible. Entre las finanzas y la política. Empresas de cultura popular en la Argentina peronista (1946-1955)”, en: *H-industri@*, N° 11, Buenos Aires, 2012; y el capítulo de Nora Mazziotti en: Guillermo Orozco Gómez *et al.*, *Historias de la televisión en América Latina*. Barcelona: Gedisa, 2012, 23-63.

364 Carlos Ulanovsky, Silvia Itkin y Pablo Sirvén, *Estamos en el aire*. Buenos Aires: Emecé, 1999. Sobre el uso y abuso del fútbol en aquellos años, ver Raanan Rein y Julio Frydenberg (comp.), *La cancha peronista: fútbol y política, 1946-1955*. Buenos Aires: Universidad Nacional de San Martín, 2015.

365 Sergio Arribá, “El Peronismo y la política de radiodifusión”.

366 Andrea Matallana, *Jaime Yankelevich ...*, 127.

367 Martín García, “El peronismo y su relación con los medios de comunicación”,
152.

CAPÍTULO 6

APOYO SINDICAL Y EMPRESARIAL: DE ÁNGEL PERELMAN A JOSÉ BER GELBARD

La historiografía sobre las experiencias judías en América Latina, en general, y en Argentina, en particular, tiende a presentar a la colectividad judía como homogénea, y en esta imagen parece que sus miembros pertenecen en su totalidad a la clase media o alta, un posicionamiento enfatizado por la atención que la investigación ha puesto en varias historias étnicas de integración social y económica de gran éxito. Los argentinos judíos son representados en la bibliografía como un grupo social que experimentó en su totalidad un rápido y exclusivo ascenso social. Este cuadro supone una exageración que no nos permite detectar ciertos fenómenos actuales y que nos aleja de la realidad socioeconómica de la mayoría de los judíos en la primera mitad del siglo XX argentino. Y de la misma forma en que este presupuesto dominante llevó a muchos investigadores a desechar la opción de investigar acerca de los judíos de clase trabajadora y de los judíos pobres, ellos tampoco se dieron cuenta de la existencia de miles de judíos de la clase obrera que dieron su apoyo al naciente peronismo a mediados de la década de 1940.

Más aún, mientras que el *establishment* de la comunidad, en su mayoría, mantenía sus reservas hacia el gobierno peronista y el movimiento justicialista,

distintos dirigentes judíos del movimiento trabajador no solamente se identificaron con el naciente movimiento político sino que también jugaron un papel importante en la movilización del apoyo popular al peronismo. El nombre más conocido es el de Ángel Perelman, fundador en 1943 y primer secretario general de la Unión Obrera Metalúrgica. Perelman es reconocido por su aporte a las manifestaciones obreras del 17 de octubre de 1945, que dieron origen a la coalición política que ganó las elecciones generales de febrero de 1946. Lo poco que sabemos de Perelman surge de su libro de memorias, *Cómo hicimos el 17 de Octubre*, originalmente publicado en 1962.³⁶⁸

Autodefinido como “militante obrero”, Ángel Perelman era continuador de una tradición familiar de activismo político. Su padre había sido miembro del Partido Comunista hasta 1935, año en el que según su hijo abandonó la disciplina partidaria debido a una desilusión con la nueva estrategia “reformista y antinacional” adoptada por el partido, en consonancia con la política de “frentes populares” del comunismo internacional prosoviético. La consideración negativa sobre la deriva antinacional del comunismo argentino iba a afectar también enormemente a la percepción de Ángel sobre el camino por el cual debían dirigirse las aspiraciones del proletariado argentino.

Ángel Perelman inició su carrera como obrero metalúrgico a la temprana edad de diez años, cuando tuvo que abandonar los estudios y entrar como aprendiz en un taller ante la pérdida del empleo de su padre, como consecuencia del impacto que sobre la Argentina tuvo la recesión económica mundial de 1929-30. En su obra en defensa del peronismo *Cómo hicimos el 17 de Octubre*, Perelman describe el ambiente de miseria reinante en esos años en las “villas desocupación” de la capital argentina, donde se hacinaban las familias de los trabajadores que se habían quedado sin empleo, y cómo los muchachos de su edad acudían en masa a las fábricas, que ofertaban puestos en talleres a través de anuncios en el diario *La Prensa*. Empezó su actividad sindical a los 14 años, durante la llamada Década Infame que llegaría hasta 1943, de la que recuerda especialmente las actuaciones de la Sección Especial de las fuerzas de seguridad,

encargada de reprimir al comunismo. Sin embargo Perelman aduce que durante este período el socialismo y el comunismo se vendieron a la oligarquía extranjera, desistiendo de sus objetivos revolucionarios de clase.

Según su visión, que reproduce varios clichés compartidos por muchos militantes peronistas de la época, estos partidos de izquierda respondían a los intereses de una clase obrera integrada principalmente por inmigrantes europeos, incapaces de desligarse de la cosmovisión propia del proletariado europeo y entender acabadamente las necesidades de los trabajadores en las circunstancias de Argentina. Sin embargo, y siempre según Perelman, las restricciones económicas de la década del 30 habían promovido la necesidad del desarrollo de una todavía débil industria nacional que satisficiera la demanda de productos ante la disminución de las importaciones. Este proceso habría impulsado un nuevo fenómeno migratorio desde las provincias agrarias hacia la capital del país, dando lugar a un nuevo proletariado nativo, que jugaría un papel fundamental durante los acontecimientos que llevaron a la explosión del entusiasmo popular en favor de Perón en octubre de 1945.

La política de “frentes populares” adoptada por la izquierda tradicional había resultado en la colaboración de sindicalistas, socialistas y comunistas, especialmente patente en la dirección de la principal asociación sindical, la CGT, dando lugar, en opinión de Perelman, a una política “ultrarreformista y conservadora”. Solo quedaban excluidos de este conservadurismo los sindicalistas apolíticos de la agrupación USA, quienes se manifestaron en contra de la “guerra imperialista”. La oposición de Perelman a la dirección de la izquierda sindical alcanzó sus cotas máximas durante la protesta realizada por el sector metalúrgico en junio de 1942, en la que él participó de forma activa como trabajador del taller CATITA. Perelman se oponía a supeditar los intereses de los trabajadores nacionales a las necesidades de los Aliados, y por ello entendió que la posición pro-Aliados de los comunistas —que trataron de interrumpir la protesta alegando que el paro en la producción afectaría al esfuerzo de guerra británico— suponía una doble traición, de clase y nacional. A pesar de la

oposición comunista, los obreros metalúrgicos llevaron adelante la huelga durante 17 días, siendo finalmente suspendida por los dirigentes comunistas en una asamblea en la que la policía tuvo que intervenir para evitar su linchamiento por parte de los trabajadores que, como Perelman, querían continuar con la huelga. Los desafectos a la dirección sindical pensaban ya en la necesidad de reorganizar la representación sindical de los metalúrgicos al margen de los comunistas.

La oportunidad de romper con ese liderazgo se presentó cuando, a principios de 1943, los obreros descontentos con los comunistas y los socialistas de la fábrica Fontaneres acudieron a Perelman para gestionar la formación de un nuevo sindicato metalúrgico, que vería la luz en el mes de abril, con él mismo como secretario general, bajo el nombre de Unión Obrera Metalúrgica. En junio de ese año las Fuerzas Armadas daban su golpe contra el gobierno, y en noviembre Perón era nombrado al frente de la recién creada Secretaría de Trabajo y Previsión. Según Perelman, la connivencia del comunismo argentino con el imperialismo británico había sido máxima durante la presidencia de Roberto Ortiz y, cuando este murió, socialistas y comunistas, aliados del imperialismo extranjero, habían atacado las medidas de su sucesor Ramón Castillo, cuando en realidad iban dirigidas a promover la consolidación de la industria nacional. En esta visión, ante la debilidad política de una incipiente burguesía nacional, el Ejército fue el actor que tuvo que erigirse en defensa de los intereses nacionales, actuando como el valedor político de esa burguesía nacional. En este contexto, Perón habría jugado un papel fundamental para asegurar una tendencia progresista en ese movimiento, que permitiría a los trabajadores argentinos defender sus intereses dentro del nuevo proyecto nacional: “El proceso de despertar político y sindical de la clase obrera... estaba adquiriendo un enorme vuelo”.³⁶⁹

Hacia mediados de 1944, Perelman propuso a la dirección del nuevo sindicato solicitar una reunión con Perón para pedir su apoyo a una serie de demandas salariales. Sin embargo, ante la oposición de la mayor parte de la comisión,

decidió hacer una visita al jefe de la Secretaría de Trabajo y Previsión a título personal, junto con el único miembro sindical que había apoyado su solicitud. En esta reunión quedó convencido de la convergencia de intereses existente entre Perón y su sindicato, y tras insistir nuevamente consiguió que la comisión de la UOM aprobara una reunión oficial con la Secretaría dirigida por Perón. Ante la sorpresa del mismo Perelman, esta reunión obtuvo una asistencia masiva, de hasta 20 mil trabajadores metalúrgicos, iniciando lo que Perelman denominó el triunfo de la “izquierda nacional”. Según el sindicalista argentino judío, ante la comprensión por parte de los trabajadores de que el liderazgo obrero tradicional no perseguiría la toma del poder por parte de la clase trabajadora, el proletariado argentino apoyó el capitalismo de Perón, que al menos era “nacional”, marco en el que quedaban defendidos sus intereses de clase, aunque fuera parcialmente. Surgiría de este proyecto una alianza entre sindicatos, burguesía y el Ejército, bajo el liderazgo de Perón.

En su relato, Perelman veía que el nuevo proyecto nacional estaba inicialmente acotado por las resistencias de la oligarquía, que se movilizó ante el gradual incremento del protagonismo político de Perón, en una heterogénea alianza con la burocracia soviética, seguida ciegamente por los comunistas argentinos, y con el imperialismo norteamericano. Esta alianza gozaba del amparo de los partidos tradicionales argentinos y andaba al compás marcado por las recurrentes declaraciones del embajador norteamericano Braden. El arresto de Perón a principios de octubre fue recibido como un ataque a los trabajadores en el seno de la UOM. Perelman describe entonces el debate obrero sobre el camino a seguir ante esa situación, del que surge una mayoría predispuesta a respaldar a Perón, con un espíritu de lucha ya latente, pero en actitud de espera ante el desarrollo de los acontecimientos. Según Perelman, para los trabajadores, herederos de las consignas tradicionales del obrerismo político, las arengas que en aquel mes hacía Perón sobre “el gobierno de las masas populares” suponían “la recuperación de un viejo lenguaje perdido”.³⁷⁰

Pese al apoyo comunista a la salida del gobierno de Perón, en las discusiones

que tuvieron lugar en la confederación sindical, la CGT, la mayoría decidió finalmente convocar a la huelga para el 17 de octubre, por 16 votos frente a 11. Esta decisión fue masivamente apoyada por las clases populares, que de forma espontánea, en palabras de Perelman, tomaron la decisión de dirigirse hacia la Plaza de Mayo. Ese día se selló definitivamente la alianza de Perón con la clase obrera, que situaba a los trabajadores a la vanguardia del movimiento nacional. No faltaron judíos en esta demostración de clamor popular, como demuestra una anécdota relatada por la esposa del diplomático Israel Jabbaz. De origen alepino, y de clase media baja, Jabbaz terminó los estudios secundarios en el turno de noche para poder trabajar durante el día. En la primera cita que tuvo con la que luego sería su mujer, Jabbaz tuvo la idea de llevarla a la manifestación en favor de Perón.

Otro dirigente argentino judío que jugó un papel importante en la movilización obrera de octubre de 1945 fue Ángel Yampolsky. Yampolsky, que se había formado ideológicamente en el anarquismo, era secretario general del Sindicato Autónomo del frigorífico La Negra de Avellaneda. Participó en las luchas de los trabajadores de la carne en los años 1944 y 1945, pero estaba entre los que advirtieron tempranamente la posibilidad de actuar fuera del “comunismo sectario” en el gremio y, por lo tanto, se opuso a la dirección comunista de la Federación Obrera de la Industria de la Carne, liderada por José Peter. Así que lo acompañó a Cipriano Reyes en su acercamiento a la política laboral de la Secretaría de Trabajo y Previsión durante ese período. No sorprende que aquellos dirigentes de la zona Avellaneda-Dock Sud fueran sindicados como “matones” o “lumpenaje” por los comunistas. Yampolsky jugó un rol clave en la movilización obrera del 17 de octubre de 1945. Según Reyes: “En las primeras horas de la tarde, varias columnas confluyen en Avellaneda, ante el puente ubicado en la unión de las calles Pavón y Mitre. Era una muchedumbre de cincuenta mil personas. Ahí estaban grandes contingentes del frigorífico La Negra, encabezados por su secretario general Ángel Yampolsky, de las fábricas de vidrio de Papini y otras empresas de Temperley, Lomas,

Lanús, etc., movilizados por los compañeros Vicente Garófalo, José Calverio, Raúl Pedrera, Helio Mutis y Juan Rodríguez”.³⁷¹

Yampolsky formó parte del Comité de Enlace Intersindical en esos días de octubre y luego se contó entre los fundadores del Partido Laborista. Este partido, surgido como una de las secuelas del 17 de Octubre, tenía mucha gravitación dentro de la coalición peronista en sus etapas formativas, y aseguró su triunfo electoral. Yampolsky integró la comisión que tuvo a su cargo la redacción de la Declaración de Principios del laborismo, junto con José María Argaña, Vicente Garófalo, Alcides Montiel y Antonio Sánchez. Yampolsky también alentaba el repudio público que hizo el nuevo partido de todas las actividades antisemitas de la Alianza Libertadora Nacionalista. Con un amplio consenso se decidió que Yampolsky fuese candidato a diputado nacional por la provincia de Buenos Aires en la boleta del Partido Laborista, encabezada por Cipriano Reyes y Ernesto Cleve.³⁷² Después de su elección se distanciaron algo con Cipriano Reyes, por desafiar el liderazgo de Perón, aunque Reyes lo estimaba mucho como luchador. Falleció, en ejercicio de sus funciones, poco tiempo después.

A Rafael Kogan, secretario gerente de la Unión Ferroviaria (UF), hay que darle mucho crédito por el apoyo que este importante gremio le brindaba a Perón. Kogan, uno de los fundadores de la UF, había acumulado desde su puesto burocrático un considerable poder en el gremio más importante de Argentina en aquellos años. Dado su estratégico lugar de negociación en una economía históricamente dependiente de las exportaciones agrícolas, los trabajadores ferroviarios, de La Fraternidad y la Unión Ferroviaria, organizaron los sindicatos más poderosos del país. A comienzos de la década del cuarenta constituían, ellos solos, más de un tercio de los afiliados a la CGT. A lo largo de esa década cambiaron varios dirigentes en la UF, mientras que Kogan se mantuvo en esta función, el máximo cargo administrativo dentro de su estructura, hasta 1948. En octubre de ese año fue suplantado por Manuel Palmeiro, más cercano al nuevo secretario general, Pablo Camero López.

El gobierno militar surgido del golpe de junio de 1943 decidió intervenir los sindicatos vinculados con los trenes, con la esperanza de debilitar al movimiento obrero. El interventor, capitán de fragata Raúl A. Puyol, destituyó a todos los miembros de la comisión directiva, contra la cual se formularon velados cargos de “malversación de fondos” y “violaciones del estatuto”. Además, Puyol declaró cesantes, sin sumario, al asesor letrado del gremio, Juan Atilio Bramuglia, y al secretario gerente, Rafael Kogan. Estas medidas provocaron una reacción hostil entre muchos ferroviarios. En un volante titulado “Un mes de intervención en la Unión Ferroviaria”, se expresaba “alarma e inquietud” frente a estos despidos. Los firmantes, identificados por su sección y no por su nombre —por temor al nuevo gobierno militar— protestaron contra los hombres puestos por Puyol al frente del sindicato, y enfatizaban que:

Tampoco podemos pasar por alto [...] la separación de sus cargos de los compañeros Rafael Kogan y doctor Juan Atilio Bramuglia [...] sin dar ninguna razón atendible para justificar siquiera tan grave medida. En este caso se trata de compañeros de larga y probada actuación en la Unión Ferroviaria, en la que siempre se desempeñaron sin defraudar la confianza en ellos depositada. Sin embargo, la intervención los ha separado sin reparar en la injusticia que cometía y en el daño moral que ocasionaba.³⁷³

En las semanas siguientes, Perón y Domingo Mercante empezaron una serie de reuniones con los dirigentes de la Unión, y a finales de octubre Puyol fue reemplazado por Mercante, un militar cercano a Perón y vinculado por lazos familiares con los trabajadores ferroviarios. Mercante aceptó la renuncia de quienes habían sido designados por Puyol y resolvió reponer al secretario gerente Kogan y al asesor letrado Bramuglia. A partir de ese momento, a instancias de Bramuglia y Kogan, la “UF fue la base del peronismo en el país. Porque yo tengo que decirlo con franqueza, diciendo absolutamente la verdad”, confesaba José Domenech, expresidente de la Unión Ferroviaria y ex secretario general de la CGT, “que el 99% de los dirigentes de la UF, todos se hicieron

peronistas”.³⁷⁴

Nacido en 1879, Kogan estaba vinculado a la generación anterior de los ferroviarios, la de militantes socialistas que venían de antes de 1943, donde se destacaban José Domenech y Luis González. Los distintos dirigentes de la UF, desde Antonio Tramonti a Domenech, solían consultar con Kogan constantemente, porque sus conocimientos y experiencia le daban un lugar de importancia en el sindicato. La Unión Ferroviaria tenía una estructura muy centralizada que era conducida por un pequeño grupo de dirigentes, una mesa chica, y la persona que estuvo en el lado largo de esa mesa durante más tiempo que cualquier otra en las décadas del 30 y el 40 era Kogan. Él, junto con algunos dirigentes y el entonces asesor letrado del sindicato, Bramuglia, convencieron a la masa societaria de apoyar al naciente peronismo.

Para el Partido Socialista, el hecho de que Borlenghi, Bramuglia y Kogan pasaran al otro campo significaba oportunismo y traición. A finales de agosto de 1943 *La Vanguardia*, en su columna “El socialismo y sus hombres”, elogiaba la figura del “compañero Rafael Kogan”, como un hombre de “probada fortaleza moral, de voluntad inquebrantable”, así como por “su energía, su espíritu de lucha”. El fundador de la Unión Ferroviaria, “animador permanente de esa poderosa organización”, era descrito de esta manera:

Rafael Kogan, obrero calderero del Ferrocarril Sud, respondiendo a los imperativos de la solidaridad, quedó cesante a raíz de la huelga sostenida por los ferroviarios en el año 1918. Y lejos de significar esa situación un quebranto para su moral, junto con un pequeño grupo de trabajadores, luego de analizar las causas para la derrota, comprendiendo la necesidad de modificar el sistema de organización, se dio a la tarea de crear lo que durante dos décadas fue orgullo del movimiento obrero argentino [...] Tiene ahora Rafael Kogan 64 años de edad. Su riqueza material es igual que cuando perdió su trabajo en el Ferrocarril Sud. Pero su acervo intelectual y moral se ha enriquecido con una experiencia de veinte años al servicio de sus compañeros de trabajo. Hombre honesto a carta cabal.³⁷⁵

Abraham Krislavin, que llegó a ser subsecretario en el Ministerio del Interior, y David Diskin, ambos del sindicato de Empleados de Comercio, servirían después también como importante nexo entre el gobierno peronista y varias personas y grupos judíos.³⁷⁶ Diskin se incorporó al Consejo Directivo de la Asociación de Empleados de Bahía Blanca ya en 1937. Desde 1943 se vinculó con Perón y, en 1945, al igual que otros dirigentes gremiales de origen judío, como Yampolsky, participó en la fundación del Partido Laborista. Al año siguiente se incorporó al Directorio de la Caja de Jubilaciones para Empleados de Comercio, así como al Consejo Directivo de la Confederación General de Empleados de Comercio de la República Argentina, lugar que ocupó hasta 1955. También fue miembro del Consejo Directivo de la Confederación General del Trabajo de la República Argentina a lo largo de la década peronista, 1946-1955.

En aquellos años recorrió el territorio nacional y varios países del continente como misionero de la doctrina justicialista. En 1948, Diskin se integró en la delegación argentina, en representación de la CGT, ante la Conferencia Internacional del Trabajo. En esas funciones permaneció hasta 1954. Gozando del apoyo de Borlenghi, en 1951 fue elegido diputado nacional, cargo para el que fue reelecto en 1954. Diskin participó en el congreso constitutivo de la peronista Asociación de Trabajadores Latinoamericanos Sindicalistas (ATLAS) en la Ciudad de México, en 1952, e integró al año siguiente la delegación que acompañó al presidente Perón en su viaje a Chile. Su importancia se hizo más visible cuando ocupó la tribuna junto a Perón y Evita en el Teatro Colón y en el Luna Park.

Por su lealtad al justicialismo tuvo que pagar un alto precio. Fue encarcelado por la Revolución Libertadora y condenado a prisión perpetua, acusado de traición a la patria. Sin embargo, a los pocos meses fue liberado y se exilió en Chile, donde entró en la Comisión de Resistencia, residente en dicho país. En 1958 regresó a la Argentina, bajo el amparo de la amnistía decretada por el gobierno de Arturo Frondizi. A principios de la década de 1970 fue electo

secretario general de la Confederación General de Empleados de Comercio de la Argentina, y designado presidente del Banco Sindical de la República Argentina. También fue miembro del consejo directivo de las “62 Organizaciones” desde 1969 hasta 1975.

El diputado nacional Alberto Rocamora, en un acto celebrado en la Capital Federal el 27 de octubre de 1998, donde habló David Diskin, recordó que durante la presidencia de este en el Banco Sindical, concedió un préstamo a cada integrante de la delegación que viajó a Madrid en un avión chárter que trajo de regreso al país a Juan Domingo Perón. En 1972 participó en la comisión redactora de la Ley de Contratos de Trabajo junto con los legisladores nacionales, en representación de la CGT y de la Confederación de Empleados de Comercio. Con el regreso de la democracia volvió a la política municipal de Bahía Blanca, y en los años noventa fue electo concejal municipal más de una vez.

La importancia de dirigentes como Perelman, Yampolsky, Kogan o Diskin, radica en parte en el hecho de que su rol y significación no tuvieron que ver necesariamente con su identidad judía, sino con su condición de argentinos judíos. En muchos casos, parece que a nadie le importó su origen hebreo. Quizás esto pueda revelar una apertura por parte del peronismo hacia los judíos, más que la designación de un funcionario u otro para tratar asuntos específicamente judíos.

Gelbard, el peronismo y la burguesía nacional

Cuando le conté de este libro, Fernando Gelbard me escribió: “Mi padre, José Ber Gelbard, fue miembro del gabinete del general Perón en 1954/55 y en 1973/74, pero nunca fue peronista. Sí fue amigo del General y compañero de planeamiento, discusiones y acción política y económica”.³⁷⁷

Y efectivamente, hasta 1973, José Ber Gelbard no fue peronista. Ante los más cercanos confesaba ser radical, pero solo los más íntimos sabían sobre su

cercanía al Partido Comunista, organización a la que estuvo afiliado hasta inicios de la década del sesenta y a la que, en el más estricto secreto, aportó fondos y contactos. Sin embargo, su vida y su obra lo llevaron a jugar un importante papel en la alianza policlasista que el peronismo intentaba formar, y en las políticas económico-sociales del mismo. Por eso, peronistas y antiperonistas a la vez lo identificaron con este movimiento populista argentino. Además, su identidad judía no era un secreto y contribuyó a la identificación de por lo menos un sector de la colectividad judeoargentina con el peronismo, lo que provocó en más de una ocasión expresiones antisemitas en 1973 y 1974.

De todos modos, si bien su cercanía a un movimiento como el peronista, de defensa y reivindicación de la clase trabajadora, resultaba lógica a la luz de su trayectoria, el pacto de unión no fue sellado hasta 1973, cuando a instancias del mismo Perón se convirtió en ministro de Economía, pasando así a formar parte destacada en el derrotero de este movimiento, tanto en sus logros como en su destino trágico entre principios de los 50 y mediados de los 70. Los conceptos de “justicia social” y “comunidad organizada”, así como de un Estado que asumía las responsabilidades nacionales y sociales del capital, resultaban muy atractivos para Gelbard, que detestaba las viejas políticas económicas dominadas por la élite tradicional de Buenos Aires y por sus socios británicos. Además, una clase trabajadora con un creciente poder adquisitivo y un mercado interno en expansión eran buenos para los intereses de la Confederación General Económica (CGE), aquel grupo de pequeños y medianos industrialistas orientados hacia el mercado nacional. Gelbard inició su colaboración con el peronismo como jefe de la CGE, la asociación que había impulsado para organizar a los empresarios nacionales. Según el historiador James Brennan:

La figura dominante de la CGE durante las siguientes dos décadas fue un provinciano y ex viajante de comercio, José Ber Gelbard, primer presidente de la CGE. Gelbard, hijo de inmigrantes judíos polacos y propietario de un negocio en Catamarca, pasaría a ser el principal ideólogo de la “burguesía nacional” y el más sólido defensor de la alianza entre empresarios y trabajadores y de un programa

económico federalista [...] Gelbard ayudó a inculcar un sentimiento de “misión” a los miembros de la CGE, el cual tenía que ver con el papel liberador que habrían de desempeñar en el país los pequeños empresarios o bolicheros, y en la causa del federalismo y el nacionalismo económico que permitiría a los pequeños capitalistas obtener la liberación nacional a través de su cruzada por el capitalismo popular.³⁷⁸

En los años cincuenta y sesenta, Gelbard intentaba cuidar que su organización fuese vista como independiente, para sostener así relaciones con la totalidad del arco político, económico y militar. Gelbard aceptaba el impulso del peronismo en la CGE, pero sostenía que la misma se había creado en 1952, justamente el año más difícil del peronismo, cuando se lanzó un plan de ajuste que no estaba en las líneas de la CGE.³⁷⁹ En rigor, ya mucho antes de la existencia de la CGE, Gelbard había logrado erigirse en líder indiscutido de los hombres de negocios argentinos —también denominados “bolicheros”, por el reducido tamaño de sus empresas—, apoyándose en una militancia de décadas, iniciada durante sus años de juventud en la provincia de Catamarca, una de las zonas más pobres del relegado norte argentino. En lugar de retomar la escuela primaria que había abandonado en su país natal, trabajó como “cuentenik” (vendedor a préstamos) y vendedor ambulante de hojitas de afeitarse, preservativos y peines, y comenzó a tejer una red de empresarios de las provincias del norte, para brindarse ayuda mutua y presionar al gobierno central para no ser discriminados en sus políticas económicas.

Allí, al norte argentino, había llegado el 1 de abril de 1930, a los 13 años, escapando de la miseria y los pogromos que asolaban Radomsko, su pueblo natal en Polonia, junto a su padre, el sastre Abraham, su madre Sara Tyberg y sus cuatro hermanos, para establecerse en la provincia de Tucumán. A Radomsko regresaría cuarenta y tres años más tarde, en una limusina, para sacarse el resentimiento de la infancia, luego de ser condecorado como ministro de Economía de Argentina por el premier polaco Stanislaw Jerek³⁸⁰. La familia

del joven Gelbard salió de Polonia a través de la ciudad portuaria de Danzig (Gdansk actualmente). En Argentina los esperaban sus tíos Felipe Cracovsky, vendedor ambulante, y Moisés Tyberg, talabartero, ambos asentados en la provincia de Tucumán, donde lograron integrarse rápidamente en la incipiente comunidad judía local, que comenzaba a levantar asociaciones tales como la Casa Israelita de Socorros Mutuos, Préstamo y Ahorro y la Sociedad de Residentes Polacos, presidida por Tyberg. En aquella provincia afloraban también instituciones sionistas como el Centro Cultural Sionista, dirigido por Jacobo Farber, cuyo hijo estaría vinculado a los futuros negocios de José Ber, a quien de niño llamaban Iapso.³⁸¹

Apenas llegaron a San Miguel de Tucumán, alquilaron una casa en la calle San Martín al 600, a la que convirtieron en pensión, alquilando sus habitaciones a vendedores ambulantes, actividad a la que también ellos se dedicaban. En el año 1934, José comenzó a trabajar en la imprenta de los Iurcovich, que eran afiliados al Partido Comunista Argentino en Tucumán. Al año siguiente comenzó su actividad gremial en la Sociedad Israelita de Vendedores Ambulantes, fundada por su primo Wolf Tyberg. En 1936 abandona la imprenta para unirse a su tío Cracovsky en la venta de corbatas y camisas en el camino que une Tucumán y Catamarca. Este trayecto lo hacía junto con Francisco Murdosky, que era el jefe del Partido Comunista en Catamarca. Gracias a esa ocupación logró hacer grandes amistades con los siriolibaneses de esa provincia, especialmente con la familia Saadi, a la que pertenecían los futuros caudillos de Catamarca.

En 1938 José Ber Gelbard contrajo matrimonio con la que era su novia desde los 15 años, Dina Haskel, hija de los fundadores de la comunidad judía local. Se casaron en Tucumán y enseguida se mudaron a San Fernando del Valle de Catamarca. Allí abriría junto con Miguel Behar la Casa Nueva York, una tienda de lencería y de ropa masculina. En la capital catamarqueña había una importante actividad de vendedores ambulantes judíos y árabes. La comunidad hebrea local estaba integrada en su mayoría por judíos de origen siriolibanés, lo

cual dificultaba la integración del nuevo matrimonio, de origen asquenazí. Los inmigrantes judíos y sus descendientes fueron bien recibidos por la élite catamarqueña, reconociéndoseles su importante actividad comercial. Se les abrieron incluso las puertas del elitista club “25 de Agosto”. Gracias a que el socio de Gelbard era miembro del club, este pudo ser también admitido. En dicha institución, José incrementaría notablemente sus relaciones políticas y comerciales.

A raíz de su relación con José Iurcovich en la provincia de Tucumán, y con Murdosky en la de Catamarca, Gelbard comenzó a militar en el Partido Comunista. Su rol era el de recaudar fondos para el partido en las provincias norteñas, donde una importante fuente de recursos provenía de los empresarios judíos.³⁸² Comenzada la Segunda Guerra Mundial, su militancia política aumentó, tratando de reclutar nuevos adeptos y de juntar fondos para el comunismo local. Entre las actividades relacionadas con la recaudación de fondos se puede destacar el contrabando de coches desde Paraguay, que luego revendían en Catamarca y cuyas ganancias iban a las arcas del partido. A causa de esta militancia le fue negada la ciudadanía argentina por más de una década. A pesar de esto, Gelbard no cortó su relación con la comunidad judía local y por otro lado logró ser uno de los fundadores de la Cámara de Comercio de Catamarca, lo que le dio la oportunidad de codearse con otros empresarios.

Gelbard se iría erigiendo de esta forma en representante de empresarios modestos del interior argentino, quienes al ser “bolicheros” olvidados carecían de poder de *lobby* político. Frente a los intereses de la Unión Industrial Argentina (UIA) —dirigida por la tradicional oligarquía agraria que a partir de la década de 1930 había diversificado sus inversiones en grandes industrias—, estos pequeños empresarios esgrimían con orgullo su condición de “bolicheros”. Ellos eran *self made men* que adoptaban con entusiasmo lo que siempre había sido tomado como una calificación despectiva que de ellos hacían los porteños, de la misma manera que la clase trabajadora había adoptado orgullosa su identidad, antes despectiva, de “descamisados”.³⁸³

En agosto de 1942, Gelbard fue elegido delegado por la Cámara de Comercio de Catamarca en el Consejo Central de Comercio de la República Argentina. Gracias a este nombramiento logró entablar relaciones con el empresariado nacional. De esa forma su persona fue ganando importancia en los medios empresarios y políticos, especialmente en el norte del país. Unos meses antes de que Perón fuera elegido presidente de la Nación, Gelbard fue elegido presidente de la Federación Económica de Tucumán, una de las más importantes del país. Este nombramiento le abrió las puertas para comenzar su plan de organización de empresarios y comerciantes que habían sido excluidos de la Unión Industrial Argentina y de la Sociedad Rural Argentina.

A causa de su militancia en el Partido Comunista y de su amistad con el dirigente radical Ricardo Balbín, Gelbard apoyó a la Unión Democrática en las elecciones presidenciales del 24 de febrero de 1946, e incluso llegó a participar en alguna de las manifestaciones en contra de la candidatura de Perón, en las que se vinculaba al militar argentino con el fascismo. Luego de la victoria de Perón, Gelbard continuó su actividad como empresario y militando en el comunismo, ya a nivel nacional. Fue parte del Directorio partidario, cuyo fin era penetrar en los mercados de bienes y finanzas. El mismo estaba integrado por empresarios como Gelbard, Simón Duchovsky o Samuel Sivak. En ellos recaía la responsabilidad de custodiar los fondos del Partido Comunista.

Para 1948, Gelbard ya había organizado la Federación Económica Tucumana y la Federación Económica del Norte Argentino. Por su parte, Juan Perón comenzó a mirar con interés a este grupo de pequeños industriales, quienes además compartían diversas concepciones políticas del peronismo, como la promoción industrial, el estímulo al mercado interno y la forja de una alianza entre empresarios nacionales y trabajadores. Este interés tenía que ver con el enfrentamiento de la UIA con Perón, quien a poco de asumir en 1946 había decretado la intervención de la entidad empresaria. El primer encontronazo había sido en 1944, mientras él era secretario de Trabajo y Previsión, cuando la UIA se opuso a la legislación impulsada por el Coronel para incrementar los

beneficios de las jubilaciones.

Las grandes agrupaciones industriales representadas en la UIA estaban orientadas hacia unos intereses que contrastaban con la preocupación de Gelbard y el perfil del empresariado que él encarnaba, quienes además de reclamar beneficios públicos para la región norte del país, buscaban sostener una política de salarios altos que permitieran el consumo de la producción y los servicios de las pequeñas empresas. Décadas más tarde, evocaría Gelbard:

Los hombres que surgimos del interior del país nos lanzamos a la acción para modificar las políticas de dependencia elaboradas en las grandes metrópolis. Veníamos tratando de que no se confunda urbanización con una industrialización concentrada y déforme de tres o cuatro mini regiones del país. Tampoco desarrollo nacional con grandes empresas cuya expansión puede estar trazada en base a intereses diferentes de los nuestros³⁸⁴.

Las tensiones con la oligarquía de la UIA llevaron a Perón a intentar reorganizar las fuerzas empresariales para contar con su apoyo político. Un primer intento de reorganización incluyó la creación de la Asociación Argentina de la Producción, Industria y Comercio (AAPIC), que incluía a grupos empresariales más amplios que los del sector industrial, único integrante de la UIA. Pero este proyecto fracasó pronto, y Perón reemplazó a la AAPIC en agosto de 1948, mediante la creación de la Confederación Económica Argentina (CEA), que consiguió aglutinar a parte del antiguo empresariado industrial de la UIA interesado en acercarse al gobierno. Sin embargo, la nueva entidad aún mantenía ciertas reservas respecto a la participación de empresarios de las regiones del interior, que se veían desfavorecidos y comenzaban a presionar para que se los incluyera en la Confederación. En ese marco destacaron las capacidades negociadoras de Gelbard, cuyos esfuerzos se dirigirían a fomentar la inclusión de estos sectores empresariales hasta entonces desplazados del poder. Su relación con Perón iba a ser fundamental en este sentido.³⁸⁵

En abril de 1950 sus destinos se cruzaron por primera vez a instancias del empresario Alberto Dodero y el secretario de Asuntos Económicos, Alfredo Gómez Morales. Perón convocó a Gelbard para impulsarlo a formar una “UIA nacionalista”. Envalentonado, al mes siguiente Gelbard organizó un congreso donde se redactó el Acta de Catamarca, que daba inicio a la Confederación Argentina de la Producción, la Industria y el Comercio (Capic), bajo la premisa de crear un “organismo de carácter nacional auténtico”. En este período Gelbard participaba de las reuniones del Consejo Económico Nacional, así como de reuniones del gabinete nacional por decisión del propio Perón. La Capic sería el verdadero antecedente de la CGE, creada por Gelbard en agosto de 1952. El historiador James Brennan definió a la CGE como “por lo menos en parte, la respuesta de la segunda y tercera generación de inmigrantes a la resistencia de las estructuras oligárquicas de la sociedad argentina”, y dijo que su característica principal era “el antiliberalismo y el nacionalismo”. Esta afirmación es cierta para inmigrantes semitas, judíos y árabes a la vez, y sus descendientes en Argentina.³⁸⁶ “En las provincias en las cuales hasta un exitoso empresario como Gelbard solía estar a una generación de distancia del más humilde de los trabajadores, el discurso antioligárquico de Perón resultaba muy atrayente”.

La CGE sería la principal plataforma de influencia de Gelbard sobre el gobierno nacional, siendo él mismo su primer presidente. Las relaciones entre esta organización y Perón estaban basadas en intereses recíprocos: él recibía apoyo de los empresarios porque con su política económica los intereses comerciales de ellos se beneficiaban. Cabe destacar también que la CGE nunca fue absorbida por la estructura corporativista del movimiento peronista. Es decir, su apoyo a la política de integración económica y desarrollo que llevaba a cabo el gobierno nacional no significó una adhesión total al peronismo. A pesar de esto, ambos tenían una afinidad ideológica muy grande.³⁸⁷

La misión de esta organización bien se podría resumir en las palabras que Gelbard expresó en el Congreso de la Productividad, donde hizo referencia a una fórmula que satisfacía por igual a trabajadores y empresarios, la de “salarios

altos y mano de obra barata”,³⁸⁸ o la que afirmó casi veinte años después, “socializar los ingresos pero no la propiedad privada”, en el marco de un “capitalismo popular y federal”.³⁸⁹ Por eso, la CGE se convirtió en la primera entidad patronal en celebrar un evento junto a la CGT, al organizar conjuntamente en 1955 el Congreso Nacional de Productividad y Bienestar Social, pocos meses antes del derrocamiento de Perón.³⁹⁰

El golpe de estado que derribó a Perón significó también la disolución e intervención de la CGE hasta 1958, años en los cuales, de acuerdo a Guillermo O’Donnell, surgió una alianza “liberal” entre la burguesía agraria y las grandes industrias, que en muchas ocasiones intentó avanzar sobre la otra alianza, la peronista, de carácter policlasista y defensiva, conformada entre la débil y pequeña burguesía industrial urbana y los sectores obreros, unidos en una estrategia “mercadointernista”³⁹¹.

Según el historiador Gary Winia, la estrategia de la UIA, que tenía en su seno a seis de las nueve principales empresas foráneas, “aceptaba la tendencia a la desnacionalización como una bendición, en vez de percibirla como una amenaza, mientras atacaba con vehemencia la expansión del Estado”. Por el contrario, la CGE, formada íntegramente por empresas nacionales, “continuaba encabezando la cruzada en favor de una legislación restrictiva, destinada a obstaculizar el fácil acceso del capital extranjero a la industria nacional, en especial por medio de la adquisición de las empresas ya existentes”.³⁹² Aquí también había una coincidencia con los peronistas que consideraban que el aumento de la penetración extranjera era una forma más sutil de dominación económica exterior. Con la CGE declarada ilegal y un clima político adverso, Gelbard se concentró en su faceta empresarial. Entre varios negocios, como hoteles, comercios, o diarios de baja circulación, se asoció con otros dos argentinos judíos, Manuel Madanes, que había fundado la empresa fabricante de neumáticos FATE, y Julio Broner, quien también sería presidente de la CGE, en su fábrica de cajas de embrague para automóviles Wobron. Sus negocios lo equiparaban al

resto de los grandes empresarios argentinos. Pero, tal vez por sus sufridos orígenes, Gelbard tenía objetivos distintos. Tal como lo describe su biografía, María Seoane:

Gelbard fue un paradigma de la burguesía argentina: no dejó de recurrir a las corporaciones para presionar al gobierno, al *lobby* para enriquecerse, a la evasión impositiva para defender sus ganancias, a la prebenda estatal o a las prácticas monopólicas para expandir sus empresas (Aluar y FATE), ni dudó en aceptar comisiones por sus buenos oficios. Pero a diferencia de lo que sucedió con la gran burguesía industrial y terrateniente argentina, que ya adhería al fundamentalismo de mercado en los años sesenta y setenta, Gelbard prefirió las alianzas con la sociedad civil al vicio autoritario de recurrir a los cuarteles. Eligió apostar al desarrollo del mercado interno, criticar la alta concentración de la riqueza y la inequidad, y defender un modelo de país industrializado sin exclusiones. No hubo, en esa apuesta de Gelbard, ambigüedad ni secreto.³⁹³

Según Brennan, Gelbard había logrado construir un poderoso grupo industrial. Sus contactos con el Estado habían dado beneficios en el pasado y eran esenciales para el futuro. Al mismo tiempo:

Gelbard y su equipo económico estaban genuinamente preocupados por elevar el nivel de vida de los trabajadores, como parte de un proyecto para desarrollar un capitalismo nacional justo, que evitaría una revolución socialista en el país. Su preocupación no era tan solo hacer buenos negocios. Cuando hablaba de su oposición a un liberalismo antinacional y anticomunitario, y de su deseo de establecer un modelo humanista de desarrollo económico, no se trataba de un mero discurso hueco.³⁹⁴

En 1958, los militares entregaron el poder a cambio de mantener proscrito al Partido Peronista. La asunción del gobierno de Arturo Frondizi significó un intercambio de favores: Gelbard inclinó a su grupo en el apoyo al flamante

gobierno, y Frondizi devolvería el estatus legal a la CGE. Pero con vistas al futuro, Gelbard nunca dejó de frecuentar a Perón, exiliado en Madrid, aunque manteniendo una discreción que le permitiese a la CGE no ser asociada con su movimiento.

Por otras razones, ligadas al antisemitismo de diversos funcionarios tanto del peronismo como de los gobiernos militares, mucho más profunda fue su discreción en relación a su judaísmo y su sionismo. Ambas cuestiones habían estado presentes en los inicios de su militancia, pues durante la adolescencia había activado en el Centro Cultural Sionista, donde buscaba desbancar a los que denominaba “viejos sionistas”, interesados en el teatro idish y el deporte pero poco afectos a la política y el socialismo, contactándose además con el flamante Comité de la Liga Pro Palestina Obrera. Estos ideales se vincularon incluso con su actividad gremial empresaria, cuando en 1935 participó en la Sociedad Israelita de Vendedores Ambulantes. Su último cargo formal dentro de las organizaciones judías lo tuvo después de su casamiento con Dina Haskell y su mudanza a Catamarca en 1938, en el Centro de la Juventud Israelita de dicha provincia.

De hecho, su crecimiento político lo alejaría de los cargos comunitarios, pero no de la militancia judía. De estrecha relación con los presidentes de la DAIA, Gregorio Faigón e Isaac Goldenberg, y con el embajador israelí Jacob Tsur, contribuyó a partir de los años sesenta con dinero e información para las organizaciones comunitarias de Argentina, aportando datos que ayudaron al Mossad, según María Seoane, en la captura del nazi Adolf Eichmann.³⁹⁵ Durante el episodio de la creación de la OIA, y ante la división de la dirigencia comunitaria, el empresario optó por seguir leal a la antigua asociación, sin dejar por ello de tener relaciones informales con la OIA. En un evento en esta entidad en el año 1949, conocería a Eva Perón, con la cual tendría una estrecha relación. En 1958 viajó secretamente a Israel para entrevistarse con el primer ministro David Ben Gurión y la canciller Golda Meir, ultimando además los detalles de la que iba a ser la segunda visita oficial de Meir en Argentina, en mayo de

1959.³⁹⁶ En otro de sus viajes secretos a Israel, en 1969, Gelbard manifestaría su muy buena impresión de las cooperativas agrícolas denominadas *kibutzim*, que se venían desarrollando desde cuatro décadas antes de creado el Estado.

Junto con Israel Dujovne, que era presidente de la Sociedad Hebrea Argentina en los años cuarenta, y Gregorio Faigon, que llegaría a presidir la DAIA a fines de los sesenta, Gelbard fundó una constructora que en la década de 1970 ayudaría a financiar a la CGE. Aparte de ellos, seguía manteniendo una estrecha relación con los embajadores israelíes en Buenos Aires. A pesar de estas relaciones y sus aportes económicos a la comunidad judía, nunca aceptó formar parte de ninguna comisión directiva.

En esa nueva etapa al frente de la CGE, Gelbard se apoyaría para dirigir la organización en un grupo de empresarios bastante heterogéneo, tanto en relación con su perfil social como en lo relativo a la actividad económica a la que se dedicaban. Especial mención merecen cuatro de estos empresarios, algunos de ellos también judíos: los ya citados Julio Broner e Israel Dujovne, Ernesto Paenza (católico casado con una judía) e Ildefonso Recalde. Como se ha indicado, Broner era socio comercial de Gelbard, y era al igual que él hijo de inmigrantes hebreos de Polonia (según algunas fuentes nació en Zaklikow en agosto de 1921 y recién llegó a la Argentina durante la Segunda Guerra Mundial, pero según otras, a diferencia de Gelbard, Broner nació y creció con su familia en el Chaco). Gracias a la concesión otorgada por Perón en 1955 para crear la planta Wobron de fabricación de embragues para automóviles, Broner fue capaz de desarrollar un auténtico monopolio en el sector. Broner fue un miembro destacado de la burguesía nacional encarnada por Gelbard, especialmente a raíz de la creación de la Cámara Industrial de Fabricantes de Automotores, Repuestos y Afines (CIFARA), de la que se valió para hacer *lobby* a favor de la industria nacional. Broner llegaría a presidir la CGE durante el período en que Gelbard fue nombrado ministro del gobierno peronista.

Israel Dujovne fue el único porteño dentro de este club de figuras destacadas de la CGE, lo que no es de extrañar dada la lógica que tenía la organización de

promover la integración de las regiones en el tejido industrial del país. Dujovne fue también el dirigente más vinculado al Partido Comunista. Se enriqueció con sus actividades en la construcción a través de su empresa Kunar, y llegaría a presidir la CGE en los años 60. Ildefonso Recalde, oriundo de Rosario y destacado empresario de la industria textil, jugó un papel importante en hacer de la CGE un foro de expresión de los economistas nacionalistas, a través de la dirección del Instituto de Investigaciones Económicas y Financieras de la organización. Recalde se convertiría en la mano derecha de Gelbard, y gracias a ser el dirigente más alejado del Partido Comunista gozó de una mayor legitimidad de cara al *establishment*, en favor de la CGE. Por último, cabe destacar a Ernesto Paenza, quien entró en la organización como empresario dedicado a la exportación y la importación, y llegó a ser secretario de Desarrollo Industrial y presidente del Banco Nacional de Desarrollo en la década del 70.

Gelbard avanzó con el nuevo gobierno en la normalización de la CGE. Frondizi había cumplido su promesa de devolver la personería jurídica a la organización, pero Gelbard se había opuesto a la gestión “desarrollista” de inversiones extranjeras que impulsaba este presidente. Según sostenía, “los recursos técnicos, los capitales, y todos los demás factores de la producción estaban volcados a crear un bien que en algunos casos es de segunda prioridad social y económica en el desarrollo nacional”. Y ponía como ejemplo uno de los emblemas del desarrollismo, la industria automotriz, al señalar: “A pesar de que no teníamos caminos, las fábricas automotrices seguían saturando de unidades el mercado interno”.³⁹⁷ Aclaraba, sin embargo, que “nosotros no desdeñamos las inversiones extranjeras, siempre y cuando se destinen a aquellos sectores determinados por el interés nacional y, obviamente, no afecten la capacidad de decisión nacional”.³⁹⁸

La CGE desarrolló en un documento producido por su centro de estudios su propia visión sobre el desarrollismo, señalando que este modelo implicaba una “distorsión de la estructura productiva, generando desempleo, agravando los problemas de vulnerabilidad del sector externo, y aumentando la dependencia

económica y tecnológica”, que fomentaba una “orientación del capital extranjero hacia los sectores de mayor rentabilidad, sin seguir el orden de prioridad exigido por las necesidades de la economía”, con una nueva exigencia de importaciones “que agravó la situación de pagos internacionales”. De acuerdo con este análisis, al final de la experiencia el endeudamiento con el exterior había crecido sustancialmente y se había perdido una parte esencial del control autónomo de las decisiones económicas. Por eso, las elevadas tasas de desarrollo en este modelo “implicaban una permanente postergación de los sectores del trabajo y la producción nacional”.³⁹⁹

En 1962, tras el derrocamiento de Frondizi, Gelbard firmó desde la CGE una plataforma conjunta con la CGT para elevar el nivel de vida de los trabajadores. Pero estos pequeños avances tendrían su final en 1966, con la asunción del gobierno de facto del general Juan Carlos Onganía. Según Gelbard, desde aquel año había habido “un notabilísimo incremento de las utilidades del sector financiero”. Opinaba que el gobierno y los sectores económicos que lo apoyaban se oponían a la salida democrática porque “ellos, en un acto electoral, tienen que conformarse con lo que realmente son: minorías de minorías”,⁴⁰⁰ y afirmaba que se trataba de una política de recetas basadas en el ajuste del cinturón, y que para la CGE esa premisa era “inmoral, injusta, y por si ello fuera poco, totalmente ineficaz”. Agregaba: “En nuestra concepción del proceso, no solo es justo mejorar el ingreso real de los trabajadores, sino que constituye un requisito para crear un gran mercado interno que sirva de expansión a las fábricas nacionales”.⁴⁰¹

La llegada de otro presidente uniformado, Alejandro Agustín Lanusse, a comienzos de 1971, pareció reencauzar las relaciones de Gelbard y la CGE con el gobierno. En un principio, Lanusse eligió a la CGE como su interlocutor empresarial, privilegiándola por encima de los sectores económicos liberales. Eso le permitió a Gelbard jugar un papel importante en el pacto entre Perón y Lanusse en 1972, que posibilitaría el retorno del viejo líder al país. En este período, Gelbard hizo también uno de sus mayores negocios, sobornando a los

militares que gobernaban para que le facilitaran créditos y energía para la construcción de la planta de aluminio Aluar, que el Ejército buscaba desarrollar por razones económicas y militares, y para lo cual necesitaba además de la capacidad empresarial de Gelbard. Mientras tanto, él mantenía sus visitas a Perón en Madrid, y el General no tenía reparos en mostrarse “gelbardista”, e incluso se ha llegado a decir que afirmaba que un ataque a Gelbard era equivalente a un ataque a su propia persona.⁴⁰² Perón intentaba convencerlo de ser el jefe de la conducción económica del gobierno que asumiría una vez que se levantase la proscripción a la que el Partido Justicialista había sido condenado por los militares, quienes lo habían destituido dieciocho años atrás, en 1955. Sucedió que, además de su liderazgo sobre los empresarios nacionales, Gelbard le aportaba a Perón, por medio de la CGE, los conocimientos económicos técnicos de los que carecían los cuadros peronistas.⁴⁰³ Y para Gelbard y la CGE era la opción de arribar, finalmente, al poder político que les permitiría diseñar la política económica del país.

La situación fue revelada con detalles por el mismo Gelbard, poco antes de su designación como ministro. En el verano de 1973 *La Opinión*, de Jacobo Timerman y su socio Abrasha Rotenberg, fue el único diario que apoyó a Gelbard abiertamente. Precisamente en esos días, Rotenberg coincidió con Gelbard. Fue durante sus vacaciones en Punta del Este, y este aceptó el ofrecimiento de organizar una reunión con varios conocidos. De acuerdo a Rotenberg, durante esa velada, Gelbard “comenzó por referirse a la situación económica del país, a las décadas de crecimiento mínimo, a la perversa política que beneficiaba a los intereses extranjeros y castigaba a los nacionales” y “sobre todo, a la cruel distribución de los beneficios a favor de algunos privilegiados a costa de las mayorías”, todo lo cual era acompañado de cifras, estadísticas, y comparaciones que, apunta Rotenberg, “manejaba con gran solvencia e impresionante precisión”. Gelbard aseveró allí que “por ahora, contamos con el apoyo del peronismo y, sobre todo, la buena disposición del general Perón. Por lo tanto, la respuesta lógica sería votar a Perón”. Pero acto seguido acotó que,

“sin ánimo de ofender tengo que advertirles a los que van a votar al peronismo que pueden cometer una grave equivocación”, con lo que, narra Rotenberg, “un murmullo de sorpresa y desconcierto recorrió el salón”. Entonces, Gelbard explicó:

Creo que la obligación es esclarecer lo que conozco. El peronismo que viene me asusta. El peronismo que va a triunfar es el sector más oscuro, reaccionario y antisemita. No me refiero solo a la derecha. También la izquierda peronista, que actúa bajo consignas revolucionarias y apariencias progresistas, contiene un trasfondo y una sustancia fascista. A este peronismo no hay que votarlo. Si gana las elecciones —y tiene muchas probabilidades de lograrlo— es imprescindible que sea con una ventaja mínima. Este peronismo tiene una carga profunda de revanchismo, resentimiento y espíritu destructivo. Y lo que es peor, de irrealidad. Por eso les he pedido que nos reuniéramos para que no lo voten, y transmitan mi mensaje a sus amigos. Debemos demostrar que somos muchos los que nos enfrentaremos con ellos cuando muestren quiénes son de verdad. Estamos a tiempo de evitarlo.

Como era lógico esperar, le preguntaron cómo podía ser parte de ese peronismo que representaba “al fascismo reaccionario y antisemita”.⁴⁰⁴ Esta preocupación era compartida por muchos argentinos judíos que esta vez, más que en las elecciones presidenciales de 1946 o 1951, iban a dar su voto al justicialismo. También en la cancillería israelí, en Jerusalén, como veremos en el último capítulo de este libro, siguieron con preocupación los sucesos en el seno del movimiento peronista. Con el regreso del mismo al poder, en 1973, Gelbard quedó asociado sin fisuras al derrotero de este movimiento. Su liderazgo indiscutido entre los industriales nacionales de la CGE, que tenía, según la misma institución, un millón trescientos mil afiliados, lo ubicaba en un rol clave dentro del diseño pergeñado por Perón para su vuelta al poder, pues el anciano líder buscaba recrear aquella alianza entre industriales nacionales y trabajadores, con el fin de desarrollar un “capitalismo nacional”⁴⁰⁵ en el que el

concepto marxista de “lucha de clases” (entre los trabajadores y los capitalistas) fuera reemplazado por una alianza de clases.

Gelbard renunció a la conducción de la CGE luego de aceptar el cargo de ministro. En su discurso de despedida, afirmó que “hay que afrontar el compromiso de colaborar con el gobierno. No debe perderse de vista que a nuestra derecha no existe nada, a lo sumo un símbolo gastado al que no puede volverse, y todo lo que pueda darse se halla a nuestra izquierda. Sin el cumplimiento de este compromiso que hemos tomado desde nuestro movimiento con otros sectores, se crearía una situación en el país cuyo desenlace nadie puede prever”.⁴⁰⁶ A instancias de Perón, fue designado el 25 de mayo de 1973 como ministro de Economía y Hacienda de la Nación por el recién asumido presidente Héctor Cámpora, quien había ganado las elecciones de ese año en representación del General, que estaba proscrito. Cámpora veía a Gelbard como un factor extraño al peronismo, pero debía obedecer la orden de Perón de designarlo como ministro.⁴⁰⁷

Pocos meses antes, la CGE había presentado un programa a todo el arco político, aunque sabía del seguro triunfo del peronismo, denominado “Sugerencias del empresariado nacional para un programa de gobierno”, donde sentaba las bases del programa económico que pondría en el centro de la escena a los empresarios nacionales y los trabajadores. Las mismas fueron ratificadas a poco de asumir Gelbard en las “Coincidencias Programáticas del Plenario de Organizaciones Sociales y Partidos Políticos”, forjadas entre la CGE y la CGT, en las que José Ignacio Rucci, por la central sindical, y el delfín de Gelbard en la CGE, Julio Broner, firmaron un documento en el que criticaban la presencia dominante del capital extranjero, el cual “tenía como consecuencia la oligopolización y monopolización de la economía”. Luego, afirmaban que “en los últimos 18 años el país ha asistido a un proceso de injusta distribución del ingreso, por la cual los trabajadores asalariados que alcanzaron una participación de más del 50% del ingreso nacional durante el gobierno del general Perón, hoy lo hacen en solo el 36,1%”. Así, ratificaban en el documento que “el gobierno,

CGT y CGE se comprometen a aunar esfuerzos para restituir a los trabajadores asalariados su participación sustraída en el ingreso nacional”. El objetivo final era recomponer el salario a un nivel cercano al 50% del Producto Bruto Interno, es decir la cifra que había logrado la clase trabajadora durante el anterior gobierno peronista.

El audaz plan económico promovido desde los inicios por Gelbard contemplaba fuertes regulaciones por parte del Estado, principalmente a través de veinte medidas económicas que serían convertidas en leyes por el Congreso.⁴⁰⁸ Estas medidas tenían como objetivo aumentar salarios, jubilaciones y otros beneficios sociales, y promover la empresa nacional a través de la ampliación del consumo interno y una mayor disponibilidad de crédito público y privado. Se trataba de una política que iba a estar regulada por un pacto social entre empresarios y sindicatos, que posibilitaría también un aumento y posterior congelamiento de los salarios, así como un congelamiento de los precios.⁴⁰⁹ Por primera vez en la historia argentina, eran los trabajadores nucleados en la CGT y los empresarios nacionales de la CGE quienes parecían tener el poder de diseñar la política económica, gracias al consenso en torno a la figura de Perón.

Así, el 15 de junio de 1973 los líderes de la UIA, la Sociedad Rural Argentina (SRA), las Confederaciones Rurales Argentinas (CRA) y la Bolsa de Comercio de Buenos Aires se reunieron en el teatro San Martín junto a los líderes de la CGE y la CGT para avalar este plan, aunque obviamente se trataba de un apoyo obligado por las circunstancias, ajeno a cualquier tipo de convicción.⁴¹⁰ Máxime teniendo en cuenta las medidas que se implementarían para financiar el recambio productivo que daría al Estado y la empresa nacional un lugar central en la nueva economía. Una de ellas sería la apertura de nuevos canales comerciales con el exterior; para esto los contactos de Gelbard con los países del bloque comunista serían la clave. A los sectores de la derecha que criticaron el relacionamiento con los países comunistas, Gelbard respondió que “el concepto de fronteras ideológicas pertenece a la prehistoria de las relaciones internacionales”.⁴¹¹

La otra fuente de divisas estaría en el aumento de la frontera agropecuaria, para lo que se demandaría al sector agropecuario que su producción no descansara en la rentabilidad proveniente del favorable suelo argentino,⁴¹² sino que incrementara sus exportaciones mediante mayores inversiones y adelantos tecnológicos. Todo lo cual parecería una afrenta directa de Gelbard y Perón al poderoso sector agrario, que había conducido los hilos de la política argentina durante gran parte de su historia. De hecho, Gelbard no ocultaba que se iría “reduciendo la importancia relativa del sector agropecuario, lo que cambiará las fuentes tradicionales de poder en el país”, e incluso sostenía en relación a la oligarquía diversificada que “no queremos que Argentina sea una colonia rica, ni que estas mejoras lleguen siempre a un grupo selecto, generalmente parasitario de la población”.⁴¹³ Otra de las nuevas leyes económicas se relacionaba con las limitaciones a la radicación del capital extranjero, el que se permitiría solo en aquellas áreas en las que no existiese un competidor nacional y en los casos en los que no obtuviera ventajas sobre proyectos de inversión nacional. Era otra de las grandes luchas que debería dar el nuevo gobierno, tanto contra las empresas multinacionales como contra el sector político desarrollista que, en los hechos, proponía una fuerte apertura a estos capitales. El principal cuadro intelectual de este sector era Rogelio Frigerio, un hombre que manejaba la línea editorial del diario de mayor tirada, *Clarín*, medio que recrudeció sus críticas cuando Perón eligió a Gelbard en lugar de Frigerio para conducir la política económica.⁴¹⁴ Ante la imposibilidad de censurarlo, Gelbard logró incidir para que la CGE y la CGT presionaran a varias empresas para que retiraran su publicidad, de modo que el medio tuvo que aceptar cambios en su línea editorial.⁴¹⁵

El diario con el que Gelbard contó desde un principio para hacer frente a la oposición mediática fue *La Opinión* de Timerman, con quien había identidad ideológica en su enfrentamiento al *establishment* económico,⁴¹⁶ pero también intereses compartidos. Para Gelbard, era la posibilidad de contar con un medio que no respondiera a intereses contrarios a su proyecto, y para Timerman, con el beneplácito de las empresas asociadas a la CGE, así como la ayuda estatal para

conseguir que la empresa productora de papel Papel Prensa fuera traspasada a un socio de Gelbard y Timerman, David Graiver. Para ello, Gelbard utilizó el poder que tenía como ministro de Economía con el objetivo de presionar para que uno de los mayores accionistas de Papel Prensa, César Civita, vendiera sus acciones, que luego fueron adquiridas por Graiver, así como de brindar créditos y beneficios fiscales para que Graiver pudiera quedarse con la empresa.⁴¹⁷ Cuando luego de la renuncia de Cámpora llegó Perón al gobierno, el 12 de octubre de 1973, ratificó en su cargo a Gelbard, que en una de sus primeras acciones diseñó las metas económicas del Plan Trienal 1974-1977. Allí se señalaba que “el eje central de la política de desarrollo industrial consiste en el impulso a la empresa de capital nacional y la reversión del proceso de transnacionalización”, y que “el Plan se propone que el dinamismo de la economía se vaya trasladando de los monopolios extranjeros, como ha ocurrido durante el último período, hacia el conjunto del sector privado nacional, el Estado y los empresarios nacionales”.⁴¹⁸ Gelbard intentaba transmitir el carácter épico del Plan, señalando que mucho más fácil habría sido elaborar una política para mantener intacta la estructura de dependencia económica y social. Lo que estaba haciendo “no fue un juego intelectual destinado a buscar un envase más bonito para enquistar la dependencia, sino una denodada investigación de los medios que nos permitan liberarnos cuanto antes de los nefastos poderes del colonialismo económico, ideológico y cultural”.⁴¹⁹

Si bien este enfrentamiento con el campo, las multinacionales, y el diario de mayor tirada podría ser percibido como una jugada excesivamente ambiciosa,⁴²⁰ existía una perspectiva económica favorable para el mejoramiento en volumen y precio de las exportaciones agrarias y, fundamentalmente, el consenso en torno a Perón podía alimentar un nuevo equilibrio político.⁴²¹ De hecho, los primeros resultados del plan fueron inmejorables: a fines de ese año, se había logrado que la participación de los trabajadores creciera del 33 al 42% del Producto Bruto Interno, mientras que el consumo había aumentado el 5,3% y el desempleo había caído del 6,1% al 4,5%, en un contexto donde la

economía había crecido 4,8%.⁴²²

Para Gelbard, significaba un contundente triunfo socioeconómico, pero era consciente de las debilidades de un proyecto sostenido en parte por la débil burguesía nacional.⁴²³ En un discurso ante empresarios de la CGE, señaló que los industriales argentinos tradicionales “eran empresarios vergonzantes que apreciaban su máxima realización cuando podían comprar un buen lote de terreno en la pampa húmeda. Se ataban al país pastoril”. Además, hizo referencia a la histórica “proliferación de jóvenes viejos en la conducción” y, a modo de autocrítica, afirmaba que “si hace un cuarto de siglo, quienes pugnábamos por una nación industrializada y moderna y con un empresariado nacional hubiéramos comenzado a formarnos y a formar una generación de empresarios progresistas en lugar de ejecutivos imitativos y reaccionarios, la Argentina sería un país diferente”. Afirmaba que “como viejos jóvenes venimos, sin ninguna clase de demagogia, a exigir vuestra participación” para dejar “un pasado cavernario del que lamentablemente fuimos cómplices”.⁴²⁴

Aparte de la oposición de las multinacionales y de los terratenientes, Gelbard era confrontado por la organización paramilitar y de ultraderecha Alianza Anticomunista Argentina (Triple A), al mando del ministro de Desarrollo Social y mano derecha de Perón, José López Rega, quien organizaría con su banda paraestatal una campaña contra el ministro de Economía.⁴²⁵ También estaba amenazado por las organizaciones armadas de extrema izquierda, que lo señalaban como un agente del capitalismo. En relación a ambos, Gelbard afirmó que “La Gran Paritaria Nacional (parte del Pacto Social) tiene a nuestro juicio mayor poder de transformación que un acto de terrorismo. Pero son los terroristas materiales e intelectuales de ambos extremos los que no aceptan esta senda de Reconstrucción y Liberación Nacional”.⁴²⁶ De hecho, era frecuente en sus discursos hacer referencia a la “revolución pacífica” que había encarado Perón. Más tarde afirmaría:

El general Perón dijo que las revoluciones se pueden hacer con sangre o con

tiempo y eligió el tiempo. Abrió las puertas a todos y no cerró los puños a nadie. Él no analizaba la sangre de nadie. No le importaba la cantidad de glóbulos peronistas que tuviera. Lo importante era que quisiera construir la patria, y ese es el ejemplo que tenemos que seguir.⁴²⁷

Elogiar públicamente a Perón ya no era para Gelbard un inconveniente sino, por el contrario, una necesidad, la de apoyarse en su principal sostén político. Su otro gran sostén, fuera de la CGE, era la CGT. En mayo de 1974, concurrió a esta organización para ofrecer una conferencia en su Escuela de Capacitación de Dirigentes Sindicales. Allí, con tono épico afirmó:

Ustedes y nosotros peleamos toda la vida por un proceso de liberación nacional, tuvimos estas ideas mucho antes de que fueran oficiales, y en no pocas oportunidades fuimos marginados de la sociedad por sostenerlas. Resultaría difícil poder encontrar un mejor aliado que la CGT en este proceso. Únicamente el respaldo popular será el apoyo para consolidar y profundizar la política económica social que conducirá a nuestro país hacia su más completa realización y liberación.

Este apoyo, precisó, tenía que ver con que los trabajadores coordinaran la movilización que ya habían dispuesto las amas de casa, los jubilados y los jóvenes con la Secretaría de Comercio, para que juntos le pusieran fin de inmediato a las andanzas de quienes parecían no tener suficiente madurez para cumplir con los acuerdos de precios que se habían suscrito.⁴²⁸ Tenía lugar por entonces la crisis del petróleo de agosto de 1973, iniciada cuando la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) resolvió triplicar unilateralmente el precio del barril en el mercado internacional.⁴²⁹ Al mismo tiempo se cerraron los mercados europeos a las carnes argentinas⁴³⁰ y comenzaban a complicarse las variables económicas, lo que se traducía en violaciones del Pacto Social y continuas remarcaciones de los precios. Se notaba la suba de la inflación, que, anualizada, llegaba al 13%.

En medio de las turbulencias, Gelbard fue citado por el Congreso para exponer su visión sobre la economía. Allí lanzó uno de sus discursos más políticos y confrontativos, afirmando que “haciendo gala de total impunidad, algunos sectores desalojados del espectro político están sabotando nuestra tarea de cambio”. Luego se refirió a esos sectores como los “abogados y gestores de los monopolios internacionales”, afirmando que era una “paradójica rutina” que “sostengan su inquietud, ahora, por el futuro de la pequeña y mediana empresa, el costo de vida y las inversiones extranjeras, expresando defender los intereses nacionales y populares”, ya que “hasta donde llega nuestra memoria, fueron esos mismos grupos los que hicieron posible que los asalariados perdieran sustancialmente su participación en el ingreso nacional y que ciertas aventuras se calificaran como aporte de capitales extranjeros”.

Tras esta introducción, señaló que “un cambio tan drástico de las tradiciones políticas económicas liberales, impuestas por los empleados de los monopolios, no podía funcionar sin ciertos tropiezos”, e hizo referencia en este sentido a “dos problemas reales, cuya magnitud y origen se vienen exagerando interesadamente, el desabastecimiento y el mercado negro”. Agregó: “Estas desviaciones, frente al contexto que acabamos de describir, no son un hecho capital”. Al respecto, afirmó que estos problemas sucedían también con los primeros gobiernos peronistas, pero que eso no había impedido “que los sectores populares alcanzaran a participar de la mitad de las riquezas, porque eso sucede con la expansión de la economía en simultáneo con un alto nivel de ingreso para los trabajadores”. Señaló también que “bajo el pretexto del desabastecimiento y el mercado negro, se desea sabotear la política votada por el pueblo”, y que “el liberalismo en la Argentina solo trajo miseria para el pueblo”. Gran parte de la exposición se refirió también a la inédita ampliación de países con los que Argentina comenzaba a realizar intercambios comerciales y proyectos de inversión. Al respecto, afirmó que “esta política de inversiones extranjeras en siderurgia, industria naval, petroquímica, no fue negociada con los poderes coloniales, ni requirió las célebres devaluaciones o las giras por el mundo para

iniciar búsquedas de préstamos salvadores”. Embistió luego contra las organizaciones de ultrazquierda, a quienes denominó como “agentes de la anarquía, que desean apresurar el proceso sin reparar en que le hacen el juego a los reaccionarios de siempre”. Y sobre el final hizo un balance de toda la gestión, remarcando como uno de los mayores logros el hecho de que “la participación de los trabajadores en el ingreso nacional pasó del 33 al 42,5%, la desocupación que en abril de 1973 era del 6,6% en octubre era del 4,4%, y la tasa de inflación anual pasó del 80% al asumir a menos del 13%”.⁴³¹

Pero no serían las cuestiones económicas sino las políticas las que comenzarían a hacer tambalear a Gelbard y su proyecto. En medio de la feroz lucha al interior del peronismo entre la organización peronista armada Montoneros y la Triple A, y del violento clima social creado por estas y otras organizaciones de ultraderecha y ultrazquierda, a los 78 años falleció, el primero de julio de 1974, Juan Perón.⁴³² Con la muerte de Perón, también murió el proyecto de impulsar el crecimiento autónomo de la sociedad argentina sin romper los límites del capitalismo, mediante el anhelado Pacto Social que arbitraría en el enfrentamiento entre trabajadores y empresarios.

Sin su mayor sostén político y en medio de un clima económico enrarecido por la inflación y el desabastecimiento, los viejos enemigos de Gelbard comenzaron a ajustar cuentas. López Rega intensificó sus ataques antisemitas, realizando una pegatina de afiches en los que lo acusaba de “judío bolche”, “sionista” y “judío vendepatria”,⁴³³ continuando la campaña que había iniciado a través de los pasquines *El Caudillo*, *Las Bases*, y *Patria Peronista*, que financiaba con dinero del Ministerio de Desarrollo Social, y desde *Cabildo*, donde se señalaba a Gelbard como uno de los financistas del aparato “judeo-marxista-montonero”.⁴³⁴

Atemorizado, Gelbard solicitó la intervención del Congreso Judío Mundial, pues no confiaba en la dirigencia de la DAIA de aquel entonces, y creía además que un organismo judío mundial activaría la paranoia antisemita de López Rega, algo que en parte sucedió, luego de que este se entrevistara con las autoridades

judías y buscara desprenderse de las acusaciones.⁴³⁵

Pero lo que, por real, más daño le haría, sería la intensa cobertura de sus pasados actos de corrupción en el caso Aluar, que fueron desempolvados por la oposición y largamente cubiertos por los medios de prensa, con la excepción de *La Opinión*, donde Timerman volvió a defender a Gelbard, manifestando que las acusaciones tenían una motivación antisemita.⁴³⁶

Para setiembre, cuando se había consumido el tiempo de duelo de la sociedad argentina y los factores de poder volvían a operar, el diario *La Nación* consiguió publicar al anteproyecto de ley agraria que se discutía en el gabinete económico para impulsar la reconversión productiva del campo. Tras su difusión, la Sociedad Rural Argentina (SRA) manifestó que esa ley, redactada por el secretario de Agricultura y Ganadería, Horacio Giberti, introduciría “factores de perturbación para la familia argentina” ya que era “un ataque directo a la propiedad, e introduce ideas ajenas al sentir nacional y violatorias de la Constitución”, agregando que poseía “un fuerte contenido colectivista, que crea bases jurídicas para la reforma agraria”.⁴³⁷

La mayor parte de los medios comenzó a hacer referencia a expropiaciones, aunque Giberti intentaba aclarar que no se trataba de un proyecto definitivo.⁴³⁸ Con una CGE menguada, el apoyo que debía brindar la CGT, que junto a la CGE había demandado desde siempre una reforma agraria, resultaba entonces clave no solo para la puesta en marcha de la ley, sino para la supervivencia misma de Gelbard. Por eso, Argentina se sorprendió cuando, tras algunos titubeos, los dirigentes de la CGT sumaron sus críticas al proyecto, y dejaron totalmente aislado a Gelbard.⁴³⁹ A ojos de todos, Gelbard y la CGE sobrestimaron la unidad de filas en la clase trabajadora y empresarial.

Sucedía que, con su poder menguado en virtud de que el Pacto Social mantenía congelados por dos años los reclamos salariales, los dirigentes sindicales habían comenzado a buscar su propia supervivencia sectorial. Muchos de ellos, incluso, ya se encontraban unidos a funcionarios de Isabel Perón, la

sucesora del General en el gobierno, cuyo proyecto de país en nada se parecía al de Gelbard.

Liliana de Riz, en su trabajo *Retorno y derrumbe*, dice que sin la presencia de Perón la credibilidad del esquema económico se esfumaba: “Había fracasado el Pacto Social y con él temblaban los cimientos de todo el edificio construido por Gelbard. Es en ese contexto que la ofensiva sindical, aliada a los sucesores de Perón, terminará por derrocarlo. Para ello, la cúpula sindical no vacilará en abandonar la batalla contra los terratenientes. La CGT cambió radicalmente su posición y no avaló el anteproyecto de ley agraria. Esta vez era un proyecto reformista que se desmoronaba bajo la presión de la burguesía agraria y con el consentimiento de la CGT”.

Pocos días antes de la polémica, tal vez consciente de que su tiempo podía acabarse, Gelbard solicitó la difusión en cadena nacional de un mensaje que buscaba ser un resguardo, o bien su legado. Allí señaló que los indicadores económicos habían mejorado notoriamente desde que se pusieron en práctica sus políticas económicas. También dejó algunos juicios, como que “a partir de 1955, las denominadas reglas de mercado, que existen y deben respetarse bajo ciertas condiciones, llevaron siempre miseria para el pueblo trabajador”, que “las tesis económicas aplicadas por los técnicos adiestrados en las grandes metrópolis extranjeras solo sirvieron para mantener nuestra dependencia”, y que los problemas económicos que persistían “tienen arreglo sin caer en cirugías monetaristas o reaccionarias”.⁴⁴⁰

Pero, hacia octubre, Gelbard ya era un cadáver político que ni siquiera podía apoyarse en los empresarios nacionales, quienes buscaban alejarse de una CGE que era asociada a esa altura con un proyecto vencido.⁴⁴¹ El 19 de ese mes, le presentó a Isabel Perón su renuncia indeclinable, en la que hacía hincapié en la necesidad de continuar con el proyecto. Pareciera que ese día de octubre no solo se fue un ministro de Economía, sino que también se perdió una propuesta política y, lo que es más grave, no existió reemplazo para la misma.⁴⁴²

Gelbard regresó así a la gestión de su grupo económico, mientras el país se

derrumbaba con una presidenta incapaz de resolver la extrema violencia y el caos económico y social. En marzo de 1976, pocos días antes de que derrocaran a Isabel Perón, otorgó su primera entrevista a la prensa. Allí señaló que existía una campaña destinada a exhibir las tragedias argentinas como un resultado de la política económica aplicada entre mayo de 1973 y octubre de 1974, “cuando la realidad es que estamos sufriendo las consecuencias de haber abandonado aquella política”. Agregó: “La maniobra es clara: primero se hizo arriar las banderas del desarrollo con justicia social y soberanía, y ahora se trata de asegurar que nadie se atreva en el futuro a levantar estas mismas banderas”. Mantuvo también su defensa de la acción esclarecida de la CGE y de Perón, sobre quien afirmó: “Dijo, mientras yo esté en el gobierno esta política económica no la cambio. Y no la cambié”. Y afirmó Gelbard que lo mismo había sostenido Perón sobre el proyecto de acuerdo social, ya que “la lucha de clases nos lleva a la destrucción”.⁴⁴³

En medio de una profunda inestabilidad socioeconómica, el 24 de ese mes la Junta Militar llevó a cabo un golpe de estado para instaurar el llamado Proceso de Reorganización Nacional, que tendría como objetivo a corto plazo aniquilar a los integrantes de las organizaciones armadas de ultraizquierda, y a largo plazo destruir vidas y registros de aquella alianza de empresarios nacionales y trabajadores que, desde el primer peronismo, le disputaba el poder de la oligarquía diversificada. Por eso, una de las primeras medidas del gobierno de facto fue la intervención de la CGE y la CGT, un plan económico de ajuste que redujo la participación de los salarios del 43% del PBI al 25% para 1977,⁴⁴⁴ y una política de terrorismo y persecución no solo para las organizaciones armadas sino para todos los disidentes a su proyecto, que tuvo como saldo entre 10 mil y 30 mil asesinatos. La proporción de argentinos de origen judío entre las víctimas de esta dictadura brutal fue relativamente muy alta en relación a su peso demográfico. Sabiendo que, como ícono y mayor representante de la burguesía nacional, sería uno de los principales objetivos, en 1976 Gelbard tomó la decisión de partir hacia el exilio en Estados Unidos. Para fines de aquel año, los

militares centraron su investigación en las sociedades de Graiver, acusado de haber administrado el dinero que el grupo Montoneros había obtenido por secuestros extorsivos, con Gelbard, Madanes, Broner, y Timerman.

Prácticamente la totalidad de la prensa,⁴⁴⁵ incluso *La Opinión*, pese a las advertencias de Gelbard, había apoyado el golpe de estado, silenciando los secuestros, torturas, asesinatos y desapariciones.⁴⁴⁶ Según el periodista Rogelio García Lupo, “Gelbard intentó convencerlo a Jacobo de que no jugara *La Opinión* a favor del golpe de los ‘militares buenos’ contra Isabelita, y Jacobo no le hizo caso. Gelbard tenía en claro que no había militares buenos si venía el golpe y caía Isabelita, sino que lo que venía era lo que vino”. El antiguo rival de Gelbard, *Clarín*, que junto con los diarios *La Nación* y *La Razón* negociaría con los militares la adquisición de la mayoría accionaria de la empresa Papel Prensa,⁴⁴⁷ vio también la posibilidad de que la Junta Militar avanzara sin contemplaciones contra su viejo enemigo y su organización, la CGE, por lo que solicitaba a los militares el máximo rigor para con Gelbard.⁴⁴⁸

Pocas semanas después, la Junta Militar le retiró la ciudadanía argentina, dejándolo apátrida en el exilio, y confiscó sus bienes valorados en 50 millones de dólares.⁴⁴⁹ En abril de 1976, durante un viaje que Rotenberg realizó a Estados Unidos, acordó un encuentro con Gelbard en el Hotel Plaza de Nueva York. Después lo describió así: “era un hombre que había estado enfermo: se lo veía cansado y se desplazaba con cierta morosidad aunque intentaba disimularlo. Aquel hombre poderoso, sólido, duro y racional, que jamás perdió el control de las situaciones más comprometidas, era una persona que también podía ser frágil y desamparada”. Hablaron sobre el rumbo de Argentina, y Rotenberg intentó tranquilizarlo afirmándole que, como los demás golpes, aquel sería transitorio. Pero Gelbard le advirtió: “No se trata de un golpe militar común. Tienen planes muy ambiciosos: quieren construir otro país, un país nuevo de minorías privilegiadas y mayorías inermes. Cuando abandonen el poder, la Argentina será irreconocible. Tardaremos muchos años en reconstruirla”.⁴⁵⁰

En octubre, un aneurisma cerebral acabó con su vida. Años atrás, al comienzo de su gestión económica pública, había señalado: “No podríamos convivir con nuestra conciencia si, en el momento de actuar, salimos vencidos por los viejos de siempre, por aquellos que combatimos toda la vida. Sería una nueva derrota que afectaría, básicamente, al país que va a heredar esta juventud”.⁴⁵¹

368 Ver sus memorias: Ángel Perelman, *Cómo hicimos el 17 de Octubre*. Buenos Aires: Coyoacán, 1962. Sobre el 17 de Octubre, véanse, entre otros, Juan Carlos Torre (comp.), *El 17 de octubre de 1945*; Santiago Senén González y Gabriel D. Lerman (comp.), *El 17 de octubre de 1945: antes, durante y después*. Buenos Aires: Lumiere, 2005.

369 Ángel Perelman, *Cómo hicimos el 17 de Octubre*, 41.

370 *Ibid.*, 63.

371 Torcuato Di Tella, *Perón y los sindicatos*. Buenos Aires: Ariel, 2003, 335, 343; Cipriano Reyes, *Yo hice el 17 de octubre*. Buenos Aires: CEAL, 1984, tomo I, 111, tomo II, 199, 213, 226.

372 Luis Gay, *El Partido Laborista en la Argentina*. Buenos Aires: Biblos, 1999, 56; Santiago Senén González, *Laborismo. El partido de los trabajadores*. Buenos Aires: Capital Intelectual, 2014, 27-28.

373 JAB Papers, Caja 15/1.

374 Entrevista con J. Domenech, Proyecto de Historia Oral, Instituto Di Tella, Buenos Aires, II, 177. Véase también, Hugo del Campo, *Sindicalismo y peronismo: los comienzos de un vínculo perdurable*. Buenos Aires: CLACSO, 1983, II parte.

375 *La Vanguardia*, 29.8.1943.

376 Ver Raanan Rein, *Juan Atilio Bramuglia...*, 57-58. Diskin fue miembro del Consejo Directivo de la CGT (1946-1955) y diputado nacional (1952-1955). Ver Guillermo David, *Perón en la chacra asfaltada: figuras del peronismo bahiense*.

Punta Alta: Ediciones de la Barricada, 2006, 9-32; David Diskin, *El compañero Borlenghi: su trayectoria, su integridad, su temple*. Buenos Aires: s/e, 1979.

377 Correspondencia del autor con Fernando Gelbard, abril de 2014.

378 James P. Brennan, “Industriales y bolicheros: la actividad económica y la alianza populista peronista, 1943-1976”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, N° 15, Buenos Aires: 1997, 119, 130.

379 *Primera Plana*, “La rebelión de los empresarios”, N° 470, Buenos Aires, 17.

380 María Seoane, *El Burgués Maldito*. Buenos Aires: Planeta, 1998, 351.

381 *Ibid.*, 29-32. Sobre la colectividad judeotucumana, ver Elisa B. Cohen de Chervonagura, *La comunidad judía de Tucumán*. Tucumán: Sociedad Unión Israelita Tucumana, 2010.

382 Isidoro Gilbert, *El oro de Moscú*. Buenos Aires: Planeta, 1999, cap. 12.

383 Eduardo Basualdo, *Estudios de historia económica argentina. Desde mediados del siglo XX a la actualidad*. Buenos Aires: FLACSO/Siglo XXI, 2006, 27; Jorge Schvarzer, *Empresarios del pasado. La Unión Industrial Argentina*. Buenos Aires: Imago Mundi, 1991; James P. Brennan, “Industriales y bolicheros...”, 116.

384 *Boletín del Ministerio de Economía* N° 36, 28.6.1974, “El ministro de Economía presidió en Catamarca la clausura de una reunión de jóvenes empresarios”, 7.

385 Ver James Brennan y Marcelo Rougier, “José B. Gelbard. Líder empresarial y emblema de la ‘burguesía nacional’”, en: Raanan Rein y Claudio Panella (comp.), *La segunda línea. Liderazgo peronista, 1945-1955*. Buenos Aires: EDUNTREF/Pueblo Heredero, 2014, 195-213.

386 James P. Brennan, “Industriales y bolicheros...”, 118-119. Ver también Marcelo Rougier y Martín Fiszbein, *La frustración de un proyecto económico. El gobierno peronista de 1973-1976*. Buenos Aires: Manantial, 2006, 55.

387 James P. Brennan y Marcelo Rougier, *The Politics of National Capitalism: Peronism and the Argentine Bourgeoisie, 1946-1976*. University Park, PA: Pennsylvania State University Press, 2012, 86-88; entrevista del autor con David

Selser, el actual tesorero de la CGE, Buenos Aires, julio 2014.

388 Rougier y Fiszbein, *La frustración de un proyecto económico...*, 56. Ver también Rafael Bitrán, *El congreso de la productividad. La reconversión económica durante el segundo gobierno peronista*. Buenos Aires: El Bloque, 1994.

389 Declaraciones de Gelbard luego de la firma del Acta de Compromiso Nacional.

390 *Primera Plana*, “La rebelión de los empresarios”, 16, 19.

391 Guillermo O’Donnell, “Estado y Alianzas en la Argentina, 1956-1976”, en: *Desarrollo Económico*, N° 64, Vol. 16, 1977, 523, 534, 546-7.

392 Gary Wynia, *La Argentina de posguerra*. Buenos Aires: Belgrano, 1986, 301.

393 María Seoane, *El Búgués Maldito*, 14; Entrevista del autor con Duilio Brunello, que trabajó en la FATE con Gelbard y colaboró con él en la CGE (Buenos Aires, julio 2014).

394 James P. Brennan, “Industriales y bolicheros...”, 133, 137.

395 María Seoane, *El Búgués Maldito*, 84, 65, 122. Sobre el secuestro de Eichmann por los agentes del Mossad, ver Raanan Rein, “Reconsiderando el caso Eichmann”.

396 María Seoane, *El Búgués Maldito*, 107.

397 *Revista Cuestionario*, “Reportaje polémico a Gelbard”, 14.

398 *Boletín del Ministerio de Economía*, N° 13, 18.1.1974, 5.

399 Confederación General Económica, “Nueva política económica, su sentido y sus metas para 1974”, en: *Estudios sobre la Economía Argentina*, N° 17, editado por el Instituto de Investigaciones Económicas y Financieras. Buenos Aires: 1973, 37, 40.

400 *Primera Plana*, “La rebelión de los empresarios”, 16. Ver también Julio Broner y Daniel Larriqueta, *La revolución industrial argentina*. Buenos Aires: Sudamericana, 1969.

401 *Boletín del Ministerio de Economía*, N° 1, 18.1.1974, 6-7.

402 Alejandro Horowicz, *Los cuatro peronismos. Historia de una metamorfosis trágica*. Buenos Aires: La Biblioteca de Tiempo, 2010, 3.

403 Gary Wynia, *La Argentina de posguerra*, 305.

404 Abrasha Rotenberg, *Historia confidencial. La Opinión y otros olvidos*.

Buenos Aires: Sudamericana, 1999, 146-149.

405 Liliana de Riz, *Retorno y derrumbe: el último gobierno peronista*. México: Fs. Ediciones, 1981, 60. Perón hacía referencia a la “creación” de “un capitalismo de preeminencia social que atempere el sacrificio de los pueblos”.

406 María Seoane, *El Burgués Maldito*, 256.

407 James P. Brennan, “Industriales y bolicheros...”, 135.

408 Liliana de Riz, *Retorno y derrumbe...*, 86.

409 Cecilia Vitto, “Plan económico del tercer gobierno peronista. Gestión de Gelbard (1973-1974)”, en: *Problemas del Desarrollo*, Vol. 43, N° 171, 2012; Alejandro Horowicz, *Los cuatro peronismos...*

410 Carlos Leyba, *Economía y política en el tercer gobierno de Perón*. Buenos Aires: Biblos, 2003, 23.

411 *Revista Cuestionario*, “Reportaje polémico a Gelbard” (1974), 14.

412 Gary Wynia, *La Argentina de posguerra*, 294.

413 *Revista Cuestionario*, “Reportaje polémico a Gelbard” (1974), 14.

414 Graciela Mochkofsky, *Pecado Original: Clarín, los Kirchner y la lucha por el poder*. Buenos Aires: Planeta, 2011, 43.

415 Julio Ramos, *Los cerrojos a la prensa*, Buenos Aires: Amfin, 1993, 155.

416 Graciela Mochkofsky, *Timerman. El periodista que quiso ser parte del poder (1923-1999)*. Buenos Aires: Sudamericana, 2003, 165, 201.

417 Martín Sivak, *Clarín, el gran diario argentino. Una historia*. Buenos Aires: Planeta, 2013, 248.

418 *Plan Trienal 1974-1977*, Ed. Ministerio de Economía, 1973, apartado “Para qué y para quiénes se produce”.

419 *Boletín del Ministerio de Economía*, N° 11, 2.1.1974, 2.

420 Eduardo Basualdo, *Estudios de historia económica argentina...*, 115.

421 Gary Wynia, *La Argentina de posguerra*, 314.

422 *Boletín del Ministerio de Economía*, N° 26, 19.4.1974, 8; *Boletín del Ministerio de Economía*, N° 21, 21.3.1974, 3.

423 Liliana de Riz, *Retorno y derrumbe...*, 91.

424 *Boletín del Ministerio de Economía*, N° 36, “El ministro de Economía

presidió en Catamarca la clausura de una reunión de jóvenes empresarios”, 28.6.1974, 7.

425 María Seoane, *El Burgués Maldito*, 363. Sobre la Triple A ver Ignacio González Janzen, *La Triple A*. Buenos Aires: Contrapunto, 1986; Marcelo Larraquy, *López Rega*. Buenos Aires: Sudamericana, 2004, *pássim*.

426 *Boletín del Ministerio de Economía*, N° 26, 19.4.1974, 11.

427 *Boletín del Ministerio de Economía*, N° 50, 4.10.1974, 2.

428 *Boletín del Ministerio de Economía*, N° 31, “ Los trabajadores y el gobierno combatirán a los enemigos de la liberación nacional”, 24.5.1974, 2.

429 Carlos Leyba, *Economía y política en el tercer gobierno de Perón*, 51. Según Leyba, en octubre de 1973 el peso de las importaciones petroleras era del 3,1%, pero llegó al 15% poco tiempo después.

430 Leyba cita cifras de organismos multilaterales que señalan que luego de una primera etapa de apreciación en el valor de las *commodities*, a fines de 1973, el mercado europeo restringiría la compra de carne entre un 60 y 70% para preservar a sus países de la salida de divisas.

431 Ministerio de Economía, “ Exposición del ministro de Economía de la Nación, José Ber Gelbard, ante la sesión realizada hoy por la Honorable Cámara de Senadores de la Nación, 19 de junio de 1974”, 24.6.1974.

432 Alejandro Horowicz, *Los cuatro peronismos...*, 3.

433 María Seoane, *El Burgués Maldito*, 363.

434 Graciela Mochkofsky, *Timerman...*, 333.

435 María Seoane, *El Burgués Maldito*, 375, 377.

436 Graciela Mochkofsky, *Timerman...*, 201.

437 Sociedad Rural Argentina: *Memoria y Balance* (1974), 48.

438 Juan Carlos Torre, *El gigante invertebrado. Los sindicatos en el gobierno, Argentina 1973-1976*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2004, 90.

439 *Ibid.*, 91; James P. Brennan, “ Industriales y bolicheros...”, 137.

440 *Boletín del Ministerio de Economía*, N° 45 – Anexo, 30.8.1974, 6; Carlos Abalo, *El derrumbe del peronismo y la política económica del gobierno militar*. Buenos Aires: IDES, 1976, 94.

- 441 Carlos Abalo, *El derrumbe del peronismo...*, 88.
- 442 Alejandro Horowicz, *Los cuatro peronismos...*
- 443 “Habla Gelbard”, *Revista Cuestionario*, N° 1324, marzo 1976.
- 444 Eduardo Basualdo, *Estudios de historia económica argentina...*, 122.
- 445 Eduardo Blaustein y Martín Zubieta, *Decíamos ayer: la prensa argentina bajo el Proceso*. Buenos Aires: Colihue, 1998; James P. Brennan, “Industriales y bolicheros...”, 139. Luego de un período de apoyo formal, los grandes grupos capitalistas lanzaron su ofensiva contra Gelbard y la CGE que incluyó una dura campaña de prensa y difamación. Ver Martín Sivak, *Clarín, el gran diario argentino...*, 292.
- 446 Graciela Mochkofsky, *Timerman...*, 230.
- 447 Graciela Mochkofsky, *Pecado Original...*, 75.
- 448 Martín Sivak, *Clarín, el gran diario argentino...*, 287.
- 449 María Seoane. *El Burgués Maldito*, 411.
- 450 Abrasha Rotenberg, *Historia confidencial...*, 276.
- 451 *Boletín del Ministerio de Economía*, N° 36, 28.6.1974, “El ministro de Economía presidió en Catamarca la clausura de una reunión de jóvenes empresarios”, 7.

CAPÍTULO 7

EL JUSTICIALISMO VISTO POR LOS ISRAELÍES, 1946-1976

Juan Perón invirtió considerables esfuerzos propagandísticos en el frente doméstico y en el extranjero para convencer a sus críticos y adversarios de que no era un líder fascista. Hasta en la sección infantil de la revista *Mundo Peronista* aparecían notas como la que decía: “Te damos permiso para que te enojos y grites cuando oigas decir que el general Perón es un *dictador* o un *fascista*. El general Perón es el jefe del movimiento popular extraordinario. Los *dictadores* no tienen en cuenta al Pueblo, sino lo esclavizan. El general Perón es un argentino que ama a su tierra. La palabra fascista es un vocablo *foráneo*, extranjero, que no tiene nada que ver con lo argentino”.⁴⁵² En Estados Unidos, por lo menos, estos esfuerzos no fructificaron.

Para Spruille Braden, embajador norteamericano en Argentina de mayo a setiembre de 1945 y subsecretario de Estado para Asuntos Interamericanos hasta junio de 1947, Washington no debía adoptar una actitud conciliadora frente a gobiernos dirigidos por líderes como Perón. En un artículo que publicó después del triunfo peronista en las elecciones de febrero de 1946, Braden escribió:

Con la derrota de Alemania, la Argentina continuó bajo la dictadura sin reticencias de hombres uniformados que habían bebido de la misma fuente que Hitler, Mussolini y Franco. Mientras el pueblo argentino viva bajo la férula de esa

dictadura [...] ninguno de nosotros podrá disfrutar de noches tranquilas.⁴⁵³

The Nation, un semanario progresista liberal neoyorquino, alegó a principios de 1946 que la estrategia política de Perón había sido “copiada directamente de su mentor nazi, Adolf Hitler”. En otro artículo explicaba a sus lectores que el régimen de Perón “convirtió el antisemitismo en parte integral de su plataforma”.⁴⁵⁴

Esta mácula que pesaba sobre Perón, como hemos visto, tenía su origen en las posturas germanófilas que se destacaban en las fuerzas armadas argentinas desde comienzos de siglo, y —para gran disgusto de Estados Unidos— en la neutralidad adoptada por Argentina durante casi toda la Segunda Guerra Mundial, así como en la entrada en el país de criminales de guerra nazis y de colaboradores del Tercer Reich. En el *Libro Azul*, publicado por el Departamento de Estado norteamericano en vísperas de las elecciones presidenciales argentinas, con la esperanza de que sirviera para impedir la victoria de Perón, se decía que los alemanes “dominan en la actualidad en la Argentina la organización económico-industrial, comercial y agrícola que necesitan para constituir una base para la reconstrucción del poder agresor germano”.⁴⁵⁵

Desde su ingreso a la Casa Rosada, en junio de 1946, Perón puso por lo tanto gran empeño en mejorar su imagen en la escena internacional. Comprendió que la mejora de las relaciones con Estados Unidos era una condición imprescindible para la concreción de su plan de industrialización y modernización del país. Para ello se esforzó, entre otras cosas, en quitarse de encima cualquier sospecha de fascismo y antisemitismo, y procuró establecer buenas relaciones con la comunidad judía de su país, y posteriormente también con el nuevo Estado judío, Israel. Uno de los objetivos era llegar a captar la simpatía de los judíos estadounidenses, con la esperanza de que estos, en cuya gran influencia Perón creía de manera exagerada, provocaran un cambio en la opinión pública del país del Norte respecto de Argentina, y también entre los

círculos que tomaban decisiones en Washington. Según Jacob Tsur, primer embajador de Israel en Buenos Aires, Perón “estaba convencido del poder del judaísmo mundial y de su influencia en la opinión pública, particularmente en Norteamérica”.⁴⁵⁶

Las organizaciones judías norteamericanas también adoptaron una actitud de sospecha respecto de Argentina y el régimen gobernante. Ya en julio de 1945 el presidente del American Jewish Committee, Louis Lipsky, había escrito:

El Estado fascista de la Argentina ha escrito una vergonzante página de colaboración con el Eje a lo largo de los años que duró la guerra. Incluso durante la Conferencia [de San Francisco, donde se creó la Organización de Naciones Unidas] estuvo involucrado en actividades que demostraron su continua amistad con la Alemania nazi al proveer refugio y salvaguarda a criminales nazis y a sus posesiones robadas.⁴⁵⁷

Esta posición era común en los medios de prensa norteamericanos. George Messersmith, que reemplazó a Braden como embajador estadounidense en Buenos Aires, estaba muy preocupado por la postura hostil hacia Argentina en el Departamento de Estado y en la importante prensa liberal de su país.⁴⁵⁸ Messersmith, que llegó a trabar una relación amistosa con Perón, sostenía que “no había nada totalitario, fascista o nazi” en el régimen, y estaba convencido de la voluntad del General de mejorar las relaciones con Estados Unidos y de promover la cooperación argentina en el marco del sistema interamericano. En algunas ocasiones expresó su gran pesar por lo que llamaba “ciertas notas imprecisas y extremadamente tendenciosas”, que seguían siendo moneda corriente en los más destacados periódicos norteamericanos, en particular cuando caracterizaban al régimen peronista como fascista y antidemocrático. En un memorando secreto que envió al secretario de Estado, el Embajador se quejaba:

En lo que concierne a la prensa norteamericana, los comentarios y editoriales

apuntan cada vez más a que la Argentina es un Estado fascista totalitario, inamistoso hacia los Estados Unidos y con planes siniestros para sus vecinos. Algunos de nuestros periódicos y de nuestros editorialistas hablan de la Argentina como si estuviéramos en una especie de guerra con ella y se tratase de un país enemigo.⁴⁵⁹

En este ambiente, el veterano diplomático no se conformó con quejarse. En su intento por modificar la imagen argentina en Estados Unidos, Messersmith se dirigió en forma directa a personalidades clave del periodismo de su país. Un ejemplo de ello es su larga carta (43 páginas) a Arthur Sulzberger, del *New York Times*, en la que afirma categóricamente: “Sé algo sobre dictaduras, y esta no es una de ellas en el sentido que conocemos de dicho término”.⁴⁶⁰

Al ser designado Messersmith como embajador en Buenos Aires, la prensa liberal celebró el nombramiento de quien era considerado como una persona “que conoce y odia el nazismo como resultado de un conocimiento de causa cercano y profundo”. Era descrito como poseedor de un olfato singular, “capaz de detectar a un hijo de p... en la medida en que el viento porte el aroma”, por lo que sabría cómo hacer frente al peligro subyacente en el liderazgo de Perón.⁴⁶¹ No pasaron sino algunos meses desde la publicación de notas de este tenor, cuando comenzaron a aparecer artículos que aludían a la actitud apaciguadora de Messersmith respecto del “dictador fascista”. En agosto de 1946, Messersmith recibió un mensaje amenazador de uno de los asistentes de Braden en el que se le recordaba que cuando Nelson Rockefeller intentó apaciguar a la Argentina en 1945, la oposición determinada del *New York Times* y del *Washington Post* forzó su alejamiento del Departamento de Estado.⁴⁶²

Los sucesores de Messersmith en el cargo —James Bruce (1947-1949), Stanton Griffis (1949-1950) o Albert Nufer (1953-1955)— tampoco estaban satisfechos con la forma en que la prensa de su país cubría los sucesos en la Argentina de Perón, considerando que ello podía significar un obstáculo en el camino hacia la mejora de las relaciones entre ambas naciones.⁴⁶³ Poco después

de haber asumido sus funciones, Bruce elogió la personalidad del matrimonio Perón y por ello fue blanco de ataques en varios periódicos estadounidenses.⁴⁶⁴ Para el jefe de la legación diplomática israelí, Jacob Tsur, se trataba en primer lugar de la incapacidad de los periodistas de Estados Unidos de comprender lo singular del caso argentino:

La prensa extranjera, y en particular la norteamericana, acostumbraba describir al presidente de la Argentina con colores exóticos de un típico dictador sudamericano, y a veces trataba de adherirle la etiqueta de doctrinas que conocíamos del Viejo Mundo, comunismo por un lado, fascismo por el otro. Este es uno de los errores de la opinión pública en el mundo, que se crea moldes rígidos e intenta verter en dichos moldes todo fenómeno para el que tiene dificultad de explicar.⁴⁶⁵

La imagen del primer peronismo en Israel

Sorprendentemente, el cuadro en el Estado de Israel era más complejo en cuanto a la imagen del peronismo, tal y como se reflejó en la prensa hebrea durante las primeras dos presidencias de Perón. Esta conclusión es el resultado del análisis de contenidos de siete diarios, que reflejaban la diversidad de ideas en la sociedad israelí: desde *Herut*, en el extremo derecho del abanico, pasando por *Maariv*, *Hatzofé*, *Haaretz*, *Davar*, *Al Hamishmar*, hasta *Kol Haam*, perteneciente al Partido Comunista.

Examiné el tratamiento del justicialismo por parte de estos periódicos según la forma en que cubrieron un número de eventos centrales, ya sea para las relaciones bilaterales entre Israel y Argentina, como en la historia del peronismo de aquellos días, en particular el establecimiento de relaciones diplomáticas entre ambos países (junio-setiembre de 1949), la visita a Israel del presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado argentino, Diego Luis Molinari (marzo de 1950), la firma del acuerdo económico entre ambos países

(abril de 1950); la visita a Buenos Aires de Iosef Sprinzak, presidente de la Knéset, el parlamento israelí (mayo-junio de 1950), las elecciones presidenciales argentinas (noviembre de 1951), la muerte de Evita (julio de 1952), la visita del canciller Moshé Sharett a la Argentina (abril de 1953) y el derrocamiento del régimen peronista (junio-setiembre de 1955).

Es necesario referirse, en primer lugar, al volumen de la cobertura de los temas argentinos en la prensa israelí de aquel entonces. La revista *Mundo Peronista*, que enaltecía al régimen justicialista y sostenía que en todos los rincones del planeta, incluido el Estado judío, los ojos se dirigían hacia el accionar peronista, decía: “Perón no solo ha dignificado la comunidad judía argentina, como parte del Pueblo Argentino. La trascendencia de su Doctrina y de sus realizaciones es mundial y ha tenido honda repercusión en la Nación israelí”. La publicación vinculaba tal popularidad del líder con la gran simpatía que este había mostrado hacia el Estado judío, explicando a sus lectores que “Perón, para el pueblo de Israel, es algo tan querido y propio como para nuestro pueblo”.⁴⁶⁶

Está claro que en tales afirmaciones había una gran cuota de exageración y de distorsión. La cantidad de noticias y de artículos sobre Argentina que se publicaba en la prensa israelí no era muy grande, pero en las referencias al país sudamericano no se podía encontrar una imagen monocromática y homogénea del régimen peronista, a diferencia de lo que sucedía en general en la prensa europea y norteamericana. En distintos círculos israelíes era posible hallar puntos de vista diferentes respecto de dicho fenómeno argentino.

Esta misma complejidad puede encontrarse también en el primer jefe de la legación israelí en Buenos Aires. En los informes a su ministerio en Jerusalén, y en sus memorias, Jacob Tsur describió al gobierno de Perón como responsable de reformas sociales significativas que le garantizaban el apoyo popular, pero lo caracterizó también por la limitación de libertades y un culto a la personalidad poco habitual en los regímenes democráticos:

Desde mi llegada a este país no estuve de acuerdo con la opinión común que veía en el régimen imperante solamente lo negativo. En la difusa ideología de Perón y en su forma de gobernar podía encontrarse también un aspecto positivo. No en vano le seguía la gran masa del pueblo: el pueblo obtuvo, después de décadas, un presidente que se preocupaba por su situación y por sus salarios. Pero el régimen tenía también gran medida de obstrucción, de turbiedad, de falsedad, de hipocresía...⁴⁶⁷

Para ilustrar mi argumento acerca de la imagen compleja del justicialismo en los medios de comunicación israelíes me voy a concentrar aquí solamente en la cobertura que dieron los periódicos israelíes a la caída del régimen peronista. *Haaretz* —matutino liberal, el más antiguo de los periódicos independientes— procuró generalmente atenerse a una descripción objetiva del alzamiento de junio y de la autodenominada Revolución Libertadora en setiembre, manteniendo la neutralidad, por un lado, y conservando un trato respetuoso hacia Perón, por el otro, además de la información inevitable en el sentido de que no habían habido “víctimas judías en Argentina”.⁴⁶⁸

En *Maariv* —vespertino fundado en 1948— la cobertura fue mucho más extensa, apareciendo titulares en versales negras y en un lugar destacado de la primera página de cada edición. El periódico no se conformó con la transcripción de noticias, sino que publicó además artículos interpretativos. El más interesante de ellos es el que escribió el director de internacionales en la edición del 17 de junio. Con una actitud de soberbia hacia América Latina en general (“las revueltas militares son una exclusividad de América del Sur. En América Latina jamás ha surgido una verdadera democracia y pocos son los regímenes cuyos corazones están consagrados al beneficio de las masas”) y tras haber enumerado los diversos defectos del régimen de Perón (“el presidente-dictador”), intentó elogiar al régimen. La colisión entre este y la Iglesia Católica llevó al autor de dichas líneas a comparar al peronismo con la Revolución Francesa y con los republicanos en la Guerra Civil Española. A la Acción Católica Argentina la denominaba “fuerzas de choque”. Las reformas sociales de Perón

fueron exhibidas de forma positiva. La oposición “reaccionaria” fue comparada con Franco y descrita con colores tenebrosos y en tono mordaz. Y resumía:

Considerando que esta es la alternativa, la opinión pública en el mundo se vuelca más hacia Perón y su régimen, a pesar de sus numerosas debilidades, a pesar de su esencia totalitaria, a pesar de la corrupción que afectó a muchos de sus cuerpos [...] **no cabe duda de que el régimen de Perón es uno de los mejores que jamás tuvo América Latina y su continuidad es una de las condiciones para que esta región importante del mundo salga de un atraso de generaciones.**⁴⁶⁹

Tres días más tarde, *Maariv*, que apuntaba a una propuesta periodística de más calidad, publicó otro artículo, que también era en lo esencial favorable al líder argentino.⁴⁷⁰ Si bien la cita de las palabras de Perón respecto de la grandeza de Mussolini y su deseo de seguir sus pasos, como así también de evitar sus errores, no podía despertar la simpatía del lector israelí, al mismo tiempo describía al presidente como una persona enérgica y capaz, además de subrayar que sus reformas beneficiaron a la clase obrera argentina. El autor consideraba que el enfrentamiento con la Iglesia era el error más grave de Perón, y que podía sellar el destino de su régimen.

También en el marco de las numerosas noticias sobre el levantamiento de setiembre, *Maariv* incluyó varios artículos que, a fin de cuentas, mostraban cierta simpatía y aprecio por el régimen peronista. El más destacado fue el que Philip Ben tituló “¿Qué vendrá después de Perón?”, aparecido el 20 de setiembre de 1955. Ben escribió que Perón era sin lugar a dudas un tirano, aunque “no se trataba de la tiranía estática y conservadora de una casta militar [...] el ‘peronismo’ representaba una idea de dictadura social y, aunque no exenta de máculas del fascismo, pueden atribuírsele ciertos logros”. Más allá de la demagogia que caracterizó al régimen, Perón efectivamente mejoró la situación de los sectores populares de la población, dándoles honor y orgullo propio. No hubo en Argentina campos de concentración, enfatizó Ben, y también era

relativamente bajo el número de presos políticos, manteniéndose en la Argentina peronista cierta dosis de libertad de expresión. El autor expresó pesimismo por el futuro argentino y agregó que, sea cual fuere la opinión sobre el peronismo, no se podía borrar esa década. No había un camino de regreso a la situación argentina anterior al ascenso de Perón. Sobre la base de los logros y de los fracasos del peronismo debía construirse y continuar progresando.⁴⁷¹

La misma tendencia se notaba en *Davar* —fundado en 1925 como el diario de la Histadrut, Confederación General de los Trabajadores de Israel, e identificado con el partido socialdemócrata MAPAI, que más adelante se transformaría en el partido Laborista (Haavodá). Un artículo de Shlomo Shafir, director de noticias internacionales, intentaba explicar la caída del régimen de Perón evitando los blancos y negros en su examen de los hechos.⁴⁷² Mencionaba los “métodos reprobables” de Perón, que afectaron al Estado de derecho y las libertades individuales, pero también “su política social progresista”.

Las informaciones en *Herut* y *Hatzofé* sobre el fracasado golpe de junio de 1955 revelan cierta inclinación a favor de Perón. *Hatzofé*, del partido religioso ortodoxo, calificó los bombardeos a Plaza de Mayo por parte de aviones de la Marina como “salvajes”, destacando el apoyo a Perón y sus logros y concluyendo que el presidente saldría reforzado de este intento de derrocarlo.⁴⁷³ Su posterior caída, en setiembre del mismo año, fue cubierta con crónicas objetivas, sin toma de posiciones, aunque con comentarios traducidos del *New York Times*, periódico que sostenía que la única diferencia entre la Argentina peronista y las depuraciones soviéticas residía en el hecho de que ninguna persona enjuiciada era ejecutada allí. Lo peor que podía pasarle era un encarcelamiento prolongado.⁴⁷⁴

Herut, por su parte, publicó un artículo del director de la sección política, que intentaba resumir la década peronista. El autor destacaba que Perón había tenido un programa político constructivo, mientras que lo único que logró unir a sus rivales era su oposición al régimen:

Perón puede señalar el logro multidimensional de haber transformado a la Argentina de país semicolonial en Estado industrializado y diversificado. Perón puede señalar el logro de haber hecho mucho por elevar el nivel de vida de las masas argentinas. Sin importar el resultado del enfrentamiento actual en la Argentina, ninguno de los sucesores de Perón podrá volver las agujas del reloj hacia atrás. Las fuerzas que despertó el régimen peronista en Argentina todavía pueden hacerse sentir, no solo en la Argentina sino en toda América del Sur.⁴⁷⁵

De todos los periódicos israelíes examinados, *Herut*, del sionismo revisionista de derecha, es el que más simpatía expresó hacia el peronismo durante todo el tiempo que duró el régimen, y fue así hasta el último momento. El diario evitó, por lo general, publicar informes negativos sobre los acontecimientos en Argentina y siempre trató respetuosamente al matrimonio Perón. Pareciera que la combinación de acentos nacionales, acentos sociales y liderazgo carismático resultaba atractiva para los miembros del partido revisionista de Menajem Beguin.

En la izquierda israelí, la evaluación general del régimen de Perón siguió siendo negativa. Mordejai Najumi, de *Al Hamishmar* —publicación del Partido Unificado de los Trabajadores (MAPAM), fundado en 1943— caracterizó a su período de gobierno como “una época de hechos concretados por un dictador, y de demagogia”. Solo atribuyó al líder un reducido apoyo de la clase trabajadora en las últimas etapas de su gestión, y ello debido a la inflación y a la hostilidad del régimen hacia la Iglesia. La conclusión del artículo era que, por fin, había llegado la hora de que “verdaderos izquierdistas” unieran al pueblo y lo condujeran por una vía “real”, y no por el sendero de las ilusiones por el que lo había guiado Perón.

El órgano del Partido Comunista israelí, *Kol Haam*, reaccionó en cierto modo con perplejidad ante los sucesos de Argentina entre junio y setiembre de 1955, reacción que quizá se originaba en la existencia de un conflicto de intereses entre el comunismo argentino y la política exterior soviética. El 19 de junio aún había una actitud claramente hostil al peronismo. “En su política

interna, Perón siguió el camino de Mussolini”, escribía este periódico, y afirmaba, con sorna, que el General había erigido organizaciones gubernamentales para imponerlas a la clase obrera y había dictado leyes supuestamente “beneficiosas para los trabajadores”. Al igual que el fascismo italiano y la Iglesia Católica, decía, el régimen procuró mantener una política de armonía de clases y de paz social, y “mediante la demagogia social intenta atraer a los trabajadores carentes de conciencia de clase”. De hecho, sostenía el órgano comunista, el régimen argentino operaba en contra del perseguido movimiento obrero. En esos momentos, también el periódico judeocomunista argentino *Tribuna* equiparaba a los miembros de la OIA con los de los Judenrat, es decir los judíos que colaboraron con los nazis en los guetos de las zonas bajo ocupación alemana durante la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, el artículo de *Kol Haam* no ocultaba su satisfacción por la oposición de Perón al “capital norteamericano” y al cardenal Spellman, “enviado de Wall Street y del Vaticano”. El autor aseguraba a su público lector que “el PCA combate para restituir las libertades democráticas y la independencia económica de la Argentina”, y que dicho partido contaba “con gran influencia entre los trabajadores urbanos y rurales”.⁴⁷⁶

Tres meses más tarde, el mismo activista comunista publicaba otro artículo sobre Argentina. En esta ocasión, la línea era menos antiperonista.⁴⁷⁷ El golpe de Estado de los militares era presentado como el resultado de una conspiración entre el Departamento de Estado y “los peces gordos de Wall Street”. No eran las reservas generadas por el carácter antidemocrático del régimen de Perón las que constituían la base de la oposición norteamericana, sostenía el periódico. En Washington se toleraba a cualquier dictadura siempre y cuando esta respondiera a sus dictados. La razón fue que Perón se atrevió a enfrentar los intereses económicos capitalistas y, más grave aún, se atrevió a cooperar con la Unión Soviética. Pareciera que el periódico comunista prefería la “tercera posición” en el área de la política exterior a un gobierno que se rindiese a las órdenes norteamericanas.

Vemos entonces que en el Israel de los años 50 no era posible encontrar una imagen unidimensional y uniforme del régimen peronista, a diferencia de lo ocurrido en otros países; en numerosos círculos del Estado hebreo era posible hallar un enfoque diferente y más complejo del tema. La lucha de Perón en contra del antisemitismo, así como las buenas relaciones entre ambos países influyeron en el tratamiento del justicialismo en los medios israelíes. También es cierto que la prensa hebrea dependía en su mayor parte de los partidos políticos israelíes; las posturas reflejadas en ella —también en lo referente a asuntos internacionales, incluido el peronismo— estaban coloreadas por la posición de cada uno de los partidos respecto a la política adoptada por el gobierno de Israel.

Además, en contraste con la prensa norteamericana, que básicamente tendía a retratar al peronismo como una típica dictadura latinoamericana y una campaña de megalomanía para concretar los deseos irrefrenables de Juan Perón y Eva Duarte, los periódicos israelíes solían dedicarle un lugar central al aspecto ideológico de ese movimiento político sudamericano. Parte del antiperonismo destilado por la prensa israelí era fruto del hecho de que muchos de los artículos se basaban en cables y comentarios originados en agencias de noticias anglosajonas y en los periódicos más importantes de Estados Unidos, destacándose en primer lugar el *New York Times*, dado que ningún periódico israelí tenía un corresponsal permanente o un enviado itinerante en el subcontinente, que pudiera salir a realizar notas sobre Argentina. Generalizando, pueden verse en los periódicos de la izquierda israelí expresiones hostiles, a veces extremas, hacia el peronismo, identificándolo con el fascismo, mientras que en la prensa de derecha se distingue la simpatía, en algunos casos —como el de *Herut*— casi incondicional, hacia el régimen argentino.

El enfoque más sofisticado del fenómeno peronista puede verse patentemente en las publicaciones intelectuales de la época. En ellas podían presentarse, con mayor extensión que en la prensa diaria, diversos aspectos de la sociedad, el régimen, la cultura y la ideología en la Argentina de Perón. Dos ejemplos

destacados son el artículo de I. Toledo: “El régimen de Perón: su retrato y su futuro”, aparecido en la publicación mensual política y literaria *Molad* en ocasión del inicio de la segunda presidencia de Perón en 1952, y el artículo de Iacov Versano (quien después, con el apellido Oved, se convirtió en un historiador especializado en el movimiento anarquista argentino) que se publicó en la revista *Mibifnim*, perteneciente al movimiento kibutziano. El artículo, titulado “El régimen justicialista en la Argentina”, fue escrito en vísperas del golpe de Estado que derrocó a Perón, tras haber finalizado Versano un período de trabajo en Buenos Aires, como delegado del movimiento kibutziano, y regresado a Palmajim, *kibutz* en el que aún reside. Ambos artículos reflejaban puntos de vista de la izquierda, pero se permitían criticar a los partidos tradicionales de la izquierda, socialistas y comunistas, e intentaban comprender el firme apoyo que la clase obrera argentina daba a su carismático líder.⁴⁷⁸

El reverso de una imagen

El regreso de Juan Domingo Perón al poder en Argentina, al cabo de un prolongado exilio, despertó en muchos argentinos esperanzas de que con él retornaría la estabilidad política en aquel país. Después de haber sido depuesto por un golpe de Estado militar en setiembre de 1955, los sucesivos regímenes políticos (civiles y militares, democráticos o autoritarios) intentaron garantizar la estabilidad y el desarrollo, al tiempo que excluían al peronismo y a sus seguidores del sistema político. Perón, que había violado las reglas del juego democrático durante su presidencia, fue deslegitimado desde el punto de vista político; igual suerte corrió el movimiento peronista, cuyo núcleo siguió siendo el de la clase obrera, leal al derrocado general. Todos estos intentos fracasaron y fueron acompañados por revueltas militares, violencia política y represión. La brecha en la sociedad argentina entre peronistas y los diversos bandos antiperonistas se profundizaba cada vez más. Perón mismo fue asilándose en diversos países de América Latina hasta que, a comienzos de la década de 1960,

cruzó el Atlántico y se estableció en España, con la anuencia de la dictadura del generalísimo Francisco Franco.

La continua exclusión de la vida política de que era objeto el mayor de los movimientos políticos y sociales de Argentina contribuyó a una polarización de las posturas de algunos sectores del bando peronista, que se tradujo en agitadas relaciones laborales, manifestaciones y protestas, y el surgimiento de movimientos guerrilleros. Con la escalada de la Guerra Fría y los temores por las posibles influencias de la Revolución Cubana en las luchas sociales en todo el continente, se intensificó la preocupación entre los altos mandos militares y las élites gobernantes de que el peronismo se volcara hacia la izquierda. En estas circunstancias, parecía que la única vía para garantizar el orden y la estabilidad de la república austral era permitir el retorno del anciano general desde su exilio, con la esperanza de que el caudillo, entonces de 78 años, tuviera las claves para la salvación. Se trataba, claro, de esperanzas exageradas. El diplomático Jacob Tsur, embajador de Israel en Buenos Aires durante la primera presidencia de Perón, se encontró con él en vísperas de su regreso al país y quedó sorprendido por las mellas que había dejado el tiempo en el viejo militar:

No le había visto en veinte años. Le recordaba en su uniforme militar, erguido, seguro de sí mismo, sonriente y exhibiendo su blanca dentadura. Admito y reconozco que estaba emocionado antes de nuestro encuentro... Ahora se encontraba frente a mí envejecido, encorvado, vestido con un albornoz. Tenía setenta y ocho años, pero me parecía viejo, cansado y enfermo, más que un octogenario... Decidí no prolongar nuestra conversación. El hombre me parecía enfermo y quebrantado, patético.⁴⁷⁹

En esta sección vamos a examinar las imágenes de Perón y de la doctrina peronista en la prensa israelí en el período que se extiende entre su regreso definitivo a la Argentina en junio de 1973 y su muerte y la asunción del gobierno por parte de su tercera esposa, María Estela Martínez de Perón (Isabelita), en julio de 1974. Asimismo, se considerarán las consecuencias de

estos acontecimientos en la comunidad judía en Argentina y en las relaciones entre Israel y ese país, tal como fueron percibidas por los periodistas contemporáneos.

A comienzos de los años setenta desaparecieron muchos de los elogios y la valoración positiva de algunos aspectos del peronismo y fueron reemplazados por una imagen mucho más negativa. Sin embargo, tampoco del análisis de las notas y los artículos que se publicaron en Israel en 1973 y 1974 se desprende una imagen unidimensional. Creo que las reservas que se ponían ahora de manifiesto tenían raíces duales. Por una parte, desde mediados de la década anterior podían advertirse expresiones de posturas antisemitas y antiisraelíes, tanto en el ala derecha como en el ala izquierda del peronismo. También en sectores de la Confederación General del Trabajo (CGT) podían verse estas tendencias. Por otra parte, la política exterior argentina con respecto al conflicto en Medio Oriente comenzó a desplazarse gradualmente, a lo largo de la primera mitad de los años setenta, hacia lo que se percibía como posturas más favorables a los países árabes en general, y a los palestinos en particular. Es notorio que en este período, curiosamente, entre las nuevas generaciones de argentinos de origen judío fueron muchos más los que se sumaron al peronismo, en sus diversas vertientes, que los que lo hicieron durante las dos primeras presidencias de Perón.

Tampoco en este período la prensa israelí trató de forma demasiado extensa la breve presidencia de Perón, al contrario de lo que cabía esperar en un país en el que siempre los asuntos argentinos despertaron relativo interés, tanto por encontrarse allí una gran comunidad judía como por las buenas relaciones que hubo entre los dos estados desde fines de los años cuarenta. La razón de esta cobertura no tan amplia es obvia. Al regresar Perón a la Argentina, en Israel se vivía aún la euforia de la victoria en la Guerra de los Seis Días y la conquista de Cisjordania y la Franja de Gaza. Sin embargo, en la misma semana en que Perón asumió el cargo como presidente, el estallido de la guerra de Yom Kipur, el 6 de octubre de 1973, desvió la atención pública en el joven Estado a la

campaña militar y a lo que fue considerado por una comisión investigadora como “la omisión” de la cúpula política y militar. Las noticias internacionales, incluidas las originadas en Argentina, no encontraron gran eco en los medios de comunicación en hebreo en aquellos meses.

Otro tema que conviene mencionar es el cambio que ocurrió en el panorama de los medios de comunicación en Israel a comienzos de la década del setenta. Se trataba de una época de transición, en la que comenzó a hacerse evidente la preponderancia de la prensa privada y el relegamiento a un segundo plano de la prensa partidaria e ideológica, que había tenido sus orígenes en el período anterior al del establecimiento del Estado en 1948.⁴⁸⁰ La sociedad israelí era ya mucho más grande y diversificada y las nuevas circunstancias sociales y económicas devaluaron la importancia de la prensa partidaria. En esta época era más evidente también cierta actitud condescendiente hacia América Latina. Israel ya era un país desarrollado que había crecido en población, economía y poder. No era ya el país que tuvo que imponer un plan de austeridad, con una vida gris y pobre comparada con la efervescente Buenos Aires, ni necesitaba desesperadamente los envíos de carne que llegaban desde el Río de la Plata. El Estado de Israel se veía a sí mismo como parte del mundo occidental desarrollado, mientras que Argentina comenzaba a ser considerada como un país del Tercer Mundo.

Exilio forzado y retorno

En los años en que Perón permaneció en el exilio, no solo no pudo ser aislado políticamente sino que continuó de hecho cumpliendo un importante papel como árbitro de la vida política argentina, a pesar de estar distanciado físicamente de la patria. Desde su casa quinta en los suburbios de Madrid, mantuvo un contacto estrecho con los líderes gremiales y con militantes de las diversas ramas del movimiento, mediante enviados y representantes que transmitían mensajes e instrucciones a sus adeptos. Sus representantes y

apoderados, a los que reemplazaba con frecuencia para impedir que acumularan demasiado poder, lo mantenían actualizado. La quinta “17 de Octubre” del barrio de Puerta de Hierro, en las afueras de la capital española, se convirtió en la meca de un constante peregrinaje de numerosas personalidades identificadas con el movimiento del presidente depuesto. Mediante estos canales, Perón logró mantener encendidas las brasas y rescoldos entre sus simpatizantes y alimentar la esperanza de que en un futuro no muy lejano volvería como inquilino de la Casa Rosada, el palacio presidencial argentino.

Fueron años en los que realizó diversas maniobras y manipulaciones para garantizar su posición en el movimiento, y sus políticas se caracterizaron por movimientos pendulares, destinados a dividir e imperar en el movimiento heterogéneo que llevaba su nombre. Con sus elogios a la izquierda revolucionaria, Perón logró también atraer el apoyo de numerosos jóvenes radicalizados, que eran niños todavía cuando la Revolución Libertadora derrocó al régimen peronista. El exiliado militar se negó a condenar las actividades del grupo guerrillero peronista Montoneros, central en los años setenta, al que denominó “las unidades especiales del movimiento” y a través del cual trataba de presionar al régimen militar para que devolviera a los uniformados a sus cuarteles y permitiera la celebración de elecciones generales.

En julio de 1972, mientras el gobierno que encabezaba debía combatir una inflación galopante y a grupos armados que desde la derecha y la izquierda de la arena política sembraban el terror, el general Alejandro A. Lanusse intentó convocar a todas las “fuerzas democráticas” para participar en un Gran Acuerdo Nacional, un frente común para planificar la restitución de las instituciones del gobierno a manos de civiles elegidos de forma libre. Ante la negativa de los partidos políticos de cooperar con él, Lanusse decidió anular la proscripción del peronismo, que duraba ya 17 años. Las medidas de Lanusse no se originaban en una simpatía hacia el peronismo, sino en la comprensión de que el régimen militar no podría resolver los problemas de la nación sin el apoyo popular. Otra razón de peso era la esperanza de poder así contener el creciente avance de la

izquierda independiente.⁴⁸¹

A pesar de iniciarse la rehabilitación del peronismo, el camino aún se encontraba bloqueado para Perón. Según la ley electoral aprobada en 1972, solamente quien residiera en Argentina de forma permanente durante los siete meses anteriores a las elecciones podría postularse como candidato. Por esta razón, en las elecciones de marzo de 1973 la fórmula peronista fue encabezada por Héctor Cámpora, conocido por su lealtad casi ciega a Perón, al frente de una coalición denominada Frente Justicialista de Liberación (FREJULI). Jacob Tsur lo describió en sus memorias como una persona gris y sin valor, mientras que Abraham Alón, representante de la Histadrut en Argentina, escribió:

El Dr. Cámpora [...] es de una personalidad sumamente pálida, siendo su principal ventaja su incondicional lealtad a Perón desde hace décadas. Últimamente fue el delegado personal de Perón en la Argentina. Aún no están claros los criterios del ex presidente para justificar esta elección, cuando podía haber preferido una personalidad más destacada, aunque puede ser que la razón resida en la falta de voluntad por parte de Perón de colocar a la cabeza de la lista de candidatos a una persona demasiado independiente, que pueda concentrar autoridad y poder más allá de lo que se espera.⁴⁸²

La candidatura de Cámpora dejó en claro a todos los observadores que Perón era quien movía, desde Madrid, las piezas en el tablero en Buenos Aires. La Juventud Peronista vitoreaba al candidato cantando “Qué lindo, qué lindo / qué lindo que va a ser / el Tío en el gobierno / Perón en el poder”. El FREJULI, con la candidatura de Cámpora, obtuvo alrededor del 49% de los votos. Tras asumir el poder el 25 de mayo, el delegado ocupó el sillón de Rivadavia durante 49 días solamente. En ese breve período se hicieron patentes todas las tensiones entre las diversas facciones del movimiento peronista, cada una de las cuales manifestaba su lealtad al líder, decía ser la corriente peronista “auténtica” y se refería a las demás con calificaciones tales como “traidoras” o “infiltradas”. El enfrentamiento principal era entre los Montoneros y la derecha peronista,

organizada alrededor de los mecanismos burocráticos de los sindicatos y del ministro de Bienestar Social, José López Rega, quien fuera el secretario personal de Perón durante los últimos años de su exilio.

En junio de 1973, Perón regresó a la Argentina. Varios cientos de miles, según algunos, o dos millones de sus seguidores, según otros, fueron a esperarlo en las inmediaciones del aeropuerto internacional de Ezeiza, en el conurbano bonaerense. Se trataba de la concentración popular más grande de la historia política argentina. En el lugar se produjo un sangriento enfrentamiento entre grupos armados de la derecha peronista y de la izquierda y Montoneros. Hubo decenas de muertos y cientos de heridos.⁴⁸³ Este incidente puso en evidencia la dificultad de Cámpora para dominar y moderar a las corrientes rivales del bando peronista. A mediados de julio, Cámpora se vio obligado a renunciar a la primera magistratura, después de un dramático anuncio de Perón en el que retiró su apoyo a la gestión de gobierno de su exdelegado. Se abrió así el camino para que el avejentado líder pudiera presentar su candidatura y acceder al poder.

Las nuevas elecciones tuvieron lugar a fines de setiembre. Esta vez, Perón en persona obtuvo más del 60% de los votos. El 12 de octubre de 1973 asumió por tercera y última vez la presidencia argentina. Su retorno al poder era visto, tanto por la derecha como por la izquierda, como una fuente de esperanzas, quizá la última posible. Parecía que finalmente había llegado la panacea para los males de la República, y el final del desmembramiento político, social y económico que venía sufriendo desde hacía dos décadas. La expectativa era que Perón pudiera lograr la cooperación entre diferentes sectores sociales, comenzando por empleadores y trabajadores, para cumplir la promesa de una rehabilitación nacional.

La ola de violencia no cesó tras la jura de Perón. El Ejército Revolucionario del Pueblo, el movimiento guerrillero no peronista más importante, de tendencia trotskista, renovó su campaña paramilitar. En la derecha se intensificó la actividad de la Alianza Anticomunista Argentina, conocida por sus siglas AAA, que secuestraba y asesinaba a militantes de la izquierda. Perón intentó

poner fin a la violencia y establecer un marco de solidaridad nacional. Una mejora de la situación económica que se expresaba en el aumento de las exportaciones, y con ellas las reservas de divisas, así como en la contención de la inflación, aseguraría un creciente apoyo público a Perón.

El Presidente se sentía ahora lo suficientemente fuerte como para expulsar del movimiento que encabezaba a aquellos elementos que antes habían tenido su visto bueno, mientras combatieron al régimen militar. Ahora, sin embargo, eran considerados como un obstáculo para una política pragmática, una amenaza a su liderazgo y un peligro para la estabilidad de su gobierno. La Juventud Peronista y los Montoneros comenzaron a ser relegados hasta que, en el marco de los festejos del 1 de mayo de 1974, Perón anunció oficialmente la ruptura y el cisma. Lo hizo durante su alocución ante una manifestación masiva en la Plaza de Mayo, el mismo escenario público y simbólico en que nació el movimiento peronista el 17 de octubre de 1945. En su discurso, Perón recalcó que su gobierno estaba comprometido con la liberación nacional, no solo del yugo del colonialismo, sino también de traidores infiltrados que actuaban desde dentro y que eran más peligrosos aún que aquellos que actuaban desde afuera. Decenas de miles de simpatizantes del ala izquierda del peronismo comenzaron a replegarse y a irse de la plaza, que quedó semidespoblada. Fue esta una ruptura pública y, por lo tanto, definitiva, entre Perón y la izquierda peronista.

Apenas un par de meses después, el 1 de julio de 1974, Perón, el más destacado de los líderes que tuvo Argentina en el siglo XX, sucumbió debido a un agravamiento de sus problemas cardíacos. El cargo pasó a su viuda y vicepresidenta, María Estela Martínez de Perón, conocida por su nombre artístico de Isabel o Isabelita.

El peronismo despierta temores de ser antisemita

Desde la visita que había realizado Perón a la Argentina en noviembre de 1972, la prensa hebrea había comenzado a publicar notas sobre la situación en el país

sudamericano y su desmembrada sociedad, así como sobre el General y su movimiento. En un extenso artículo en *Haaretz*, Abraham Paz escribió sobre el carismático liderazgo de Perón y sus diversas etapas desde que asumió la presidencia por primera vez en 1946, sin hacer una referencia seria a su doctrina política.⁴⁸⁴ Al día siguiente aparecieron dos notas adicionales sobre el tema. En ambas se expresaba la preocupación por las posibles consecuencias que tendría el regreso de Perón para los judíos de Argentina, una comunidad que se estimaba entonces en unas 300 mil personas. En una se informaba sobre los temores de los judíos de Buenos Aires sobre “una nueva ola de antisemitismo”, y la segunda también vinculaba a Perón con la posibilidad de un brote antisemita en aquel país.⁴⁸⁵ Unos siete meses después, *Haaretz* informaba de que “Perón prometió a una delegación israelí una postura amistosa”, aunque el mismo diario añadía de inmediato su reserva al citar “fuentes” anónimas que sostenían que “cuando Perón estuvo en el poder... su gobierno no mostró una actitud demasiado amistosa hacia Israel y hubo antisemitismo en su trato a los judíos argentinos”,⁴⁸⁶ dos argumentos que este libro ha refutado por completo. En el mismo número, *Haaretz* caracterizaba al peronismo como un movimiento político proclive a la violencia, basado en grupos guerrilleros. La imagen del peronismo presentada en este caso era, como vemos, abiertamente negativa.

En cambio, en el matutino *Davar*, identificado con el gobernante Partido Laborista, heredero del histórico MAPAI, encontramos en junio de 1973 notas que destacan la actitud proisraelí del gobierno argentino en organismos internacionales. En una de ellas se enfatizaba que “los argentinos rechazaron una demanda de expulsar a los delegados israelíes”, y adoptaron asimismo una postura equilibrada respecto del conflicto árabe-israelí, llegando a debatir con los sirios. En otra nota, se mencionaba que el semanario peronista *Mayoría* había publicado un artículo titulado “Israel cumple un cuarto de siglo —un ejemplo de resurrección y fe nacional”.⁴⁸⁷ *Davar* puso también de relieve el hecho de que el ministro de Economía del gobierno peronista fuera judío, agregando algunos datos biográficos sobre José Ber Gelbard, que había encabezado la CGE

y fue el enlace de Perón con el sector empresarial.⁴⁸⁸ El régimen peronista era presentado como favorable al Estado hebreo y por lo tanto merecedor de la simpatía israelí, sin tomar en consideración asuntos internos argentinos, o siquiera asuntos vinculados a la comunidad judía local.

En vísperas del regreso de Perón a la Argentina, el Ministerio de Relaciones Exteriores de Israel envió una delegación a Madrid para entrevistarse con él. Al frente de la misma se encontraba Jacob Tsur, que había sido el embajador israelí en Buenos Aires durante la primera presidencia de Perón. El objetivo del encuentro fue poner de relieve la actitud positiva del General hacia Israel, ante las aparentemente redobladas presiones de los gobiernos árabes hacia el gobierno argentino y diferentes círculos del peronismo.⁴⁸⁹ La visita que habían realizado poco antes siete embajadores de estados árabes a la residencia de Perón había hecho sonar varias alarmas en Jerusalén. La prensa israelí cubrió ampliamente el encuentro de Tsur y sus acompañantes. *Maariv* destacó la dimensión personal del acontecimiento: “El general Perón se abraza en Madrid con un delegado de la cancillería israelí. El emotivo encuentro tuvo lugar...”.⁴⁹⁰ La audiencia pareció un éxito diplomático israelí y Perón fue presentado como quien expresó una tajante postura proisraelí. “Es una buena apertura para las relaciones que se van entretejiendo entre Israel y el nuevo régimen en la Argentina”, escribió el periodista de *Maariv*. El vespertino, que a comienzos de los años setenta era el diario de mayor difusión en Israel, dedicaba más espacio a asuntos judaicos que los demás diarios, incluso cuando se trataba de cuestiones argentinas.

El informe de *Davar* sobre la entrevista entre Tsur y Perón también resaltaba la actitud positiva de Perón hacia Israel.⁴⁹¹ En su editorial enfatizaba que el líder argentino era “uno de los personajes más destacados en la arena en los últimos treinta años”, y si bien también decía de él que era “un anciano, que cuando ejerció la presidencia cometió no pocos errores”, el “anciano” era presentado como quien apoyaba a Israel y a la comunidad judía local, y quien debía fortalecer al gobierno de Cámpora. No obstante, durante el encuentro de Tsur con Perón entró a la habitación José I. Rucci, secretario general de la CGT,

abrumadoramente hegemónizada por peronistas, quien tuvo una actitud gélida para con el huésped israelí. “Pertenece a la ala antisemita y antiisraelí dentro de la Confederación”, escribió Tsur en sus memorias. Abraham Alón, representante de la Histadrut en Buenos Aires, caracterizó a Rucci como alguien antisemita y hostil hacia Israel, vinculado con la reacción y la extrema derecha.⁴⁹²

Una simpatía hacia el peronismo y su vertiente de izquierdas puede verse en *Al Hamishmar*. Este periódico relacionaba al peronismo con el socialismo. En el marco de una nota titulada “Los días más hermosos de la Argentina”, la periodista entrevistó al ministro Víctor Shem Tov, de MAPAM, que encabezó la delegación israelí que asistió en Buenos Aires a la ceremonia de jura de Héctor Cámpora.⁴⁹³ “Mi impresión, por los lemas y también por las charlas que mantuve, es que hay en la Argentina una nueva palabra; es una palabra que es la llave al corazón del pueblo y a su confianza, y esa palabra es socialismo”. La nota manifestaba la esperanza de que el régimen militar hubiera llegado a su fin y de que el gobierno de Cámpora tuviera éxito. En cuanto a la comunidad judeoargentina y las relaciones bilaterales entre los dos estados, Shem Tov manifestó su optimismo y el periódico describe cómo el Ministro fue recibido con honores en todos los sitios que visitó.

Una semana más tarde, en vísperas de las elecciones presidenciales, *Al Hamishmar* publicó un artículo titulado “Perón es el vencedor, el peronismo es lo problemático”.⁴⁹⁴ Ahí se planteaba la pregunta sobre para qué necesitaban los peronistas a Perón, a lo que respondía: “La presencia de Perón es necesaria para los neoperonistas también, para obtener su bendición para adoptar medidas necesarias, para mediar y hasta para decidir entre las diversas fuentes y corrientes, ya que todas ellas mencionan el mito peronista”. El autor hacía referencia a las limitaciones del poder de Cámpora y veía vitalidad en la figura de Perón, como un elemento aglutinante de la coalición heterogénea agrupada bajo su enseña.

Si comparamos la postura de *Al Hamishmar* con la que el mismo periódico había mantenido durante la primera presidencia de Perón, veremos que hubo un

interesante giro en su actitud hacia el líder y su movimiento. A fines de la década del cuarenta y comienzos de los años cincuenta, *Al Hamishmar* se identificaba con los socialistas y comunistas argentinos que combatían al peronismo y veían en ese fenómeno una variante sudamericana del fascismo. Sin embargo, a principios de los años setenta puede verse el intento por destacar la dimensión social e incluso socialista de la doctrina peronista, arrojando un haz de luz positiva sobre la imagen del líder argentino. El propio partido MAPAM había recorrido un largo camino desde su admiración por la Unión Soviética de Stalin y buscaba modelos alternativos de socialismo en Europa y el Tercer Mundo. Cabe señalar que de la misma manera en que las diversas corrientes dentro del peronismo se caracterizaron por una lectura selectiva de la vivencia peronista en el marco de sus esfuerzos por presentar como propio el mito peronista y justificar sus posturas, también *Al Hamishmar* adoptaba ahora una lectura selectiva similar a la de la izquierda peronista contemporánea.

Entre los diarios israelíes examinados, el que más claramente fija una posición es *Iediot Ajronot*, un vespertino independiente fundado en 1939, que fue adoptando con el tiempo un estilo de tabloide sucinto y sensacionalista. En él se refieren al regreso de Perón mencionando los desgarramientos sociales y políticos de Argentina, como si se tratara de un culebrón, en un tono general despectivo y soberbio.

La masacre de Ezeiza

El sangriento enfrentamiento entre las diversas facciones peronistas en las inmediaciones del aeropuerto internacional de Ezeiza, en el que debía aterrizar Perón a su regreso definitivo a Buenos Aires, fue titulado por *Iediot Ajronot*: “Vinieron a recibir a Perón y se toparon con fuego”. Según el periódico, alrededor de dos millones de personas esperaban al expresidente y los culpables de la masacre fueron los “trotskistas”, que comenzaron a disparar hacia grupos peronistas. En el párrafo siguiente, los agresores son descritos como

“marxistas”.

En *Haaretz*, en cambio, el informe de lo acontecido estuvo acompañado de una explicación sobre la segmentación interna del peronismo. El periódico vinculaba el “baño de sangre” a la debilidad del primer mandatario electo: “Mientras, pareciera que Perón fue elegido como presidente y que Cámpora es apenas su primer ministro”.⁴⁹⁵ Además de hacer la descripción de la alegría popular por el regreso del líder, *Haaretz* escribía de forma crítica y con escepticismo sobre lo que ocurría en el movimiento: “La activación de la milicia peronista devolvió a la arena una policía partidaria armada, una policía que ni siquiera puede garantizar la paz dentro del bando peronista”.

Maariv publicó en su primera página una nota bajo el título “Baño de sangre”, lamentando “el sangriento combate que convirtió lo que debió haber sido el regreso triunfal de Juan Perón a la Argentina tras 18 años de exilio en un baño de sangre y un espectáculo de horror”.⁴⁹⁶ *Al Hamishmar*, espantado por los sucesos, sostuvo que “los disparos comenzaron entre izquierdistas extremistas apoyados por guerrilleros urbanos, experonistas, que exigen una patria socialista, y peronistas ortodoxos cuyo lema es la patria peronista”.⁴⁹⁷

Perón es elegido presidente

La victoria de Perón en las elecciones presidenciales creó, al menos por un tiempo, una situación más clara, aunque los problemas que debía enfrentar Argentina estaban lejos de ser solucionados. *Davar*, órgano de la Confederación de Trabajadores, saludó con entusiasmo el resultado de los comicios y presentó al vencedor como el enviado de los sindicatos, cuyo triunfo incluía la esperanza de una democratización, particularmente tomando en cuenta lo que ocurría al otro lado de los Andes. “La ironía del destino”, escribía *Davar*, “es que después de liquidado el régimen democrático en Chile, la Argentina se haya convertido en el Estado democrático por excelencia del cono sur”. El periódico

recordaba a sus lectores que Perón era quien había politizado y mejorado la situación de los estamentos populares y que “ni los gobiernos democráticos, ni los regímenes militares [que le sucedieron] lograron disminuir su impacto en esas capas”.⁴⁹⁸ *Davar* enfatizaba entonces la forma democrática en que fue elegido Perón y la principal base social en que se apoyaba su nuevo gobierno, la de las clases obreras y populares.

En cambio, otros periódicos presentaron la elección de Perón de forma diferente y con menos entusiasmo. Shaul Ben Haim, a cargo de la sección de noticias internacionales de *Maariv*, presentó a Perón no como el representante de la voluntad popular, y a su elección no como el resultado de un proceso democrático propiamente dicho, sino como el triunfo evidente de las emociones sobre la razón y el sentido común. Bajo el título “También los trotskistas apoyan a Perón”, *Maariv* se burlaba de él como un presidente respaldado por el 100% del público, aunque se tratara de algo absurdo.⁴⁹⁹ Efectivamente, los obreros y los sindicatos abrigan la esperanza de que el regreso del peronismo garantizara una política económica que protegiese sus intereses; las patronales, por su parte, veían en Perón una especie de versión argentina de Charles de Gaulle, símbolo de la estabilidad conservadora y una barrera para contener las tendencias revolucionarias y la anarquía. Para la izquierda argentina, Perón era el único líder que podía garantizar la lucha antiimperialista, cuya meta era la liberación nacional. El exembajador Tsur, que se desempeñaba entonces como presidente del directorio del Fondo Nacional Judío y encabezó la delegación israelí que asistió a la ceremonia de asunción del mando de Perón, escribió:

Al regresar a la capital argentina, parecía que milagrosamente esta nación dividida se había unido; conservadores, nacionalistas y reaccionarios por un lado, progresistas, liberales y revolucionarios por el otro, unos y otros repetían: ojalá que dure. En su vejez apareció en la arena política con la imagen del salvador, y en su mano la panacea para todas las dolencias del país. Encarnaba los anhelos de quienes querían el orden y un régimen firme con un gobierno fuerte, así como los

sueños de la efervescente juventud universitaria, que apostaba por la revolución. Nadie supo explicar cómo se conjugan estos contrastes en esta compleja figura, pero la respuesta a todos estos difíciles interrogantes fue: Perón.⁵⁰⁰

En su artículo, Ben Haim cuestionaba la capacidad de Perón de dominar de modo efectivo lo que ocurría en su país, considerando su desgastada salud, su plataforma política ambigua y la falta de criterios del pueblo argentino, que no había considerado nada fuera del carisma del anciano líder, rematando con la frase “Perón regresó pareciendo una pintura moderna: cada cual ve en él lo que quiere ver”.

Aún más crítico era el artículo del escritor Hanoeh Bartov, quien hizo referencia a procesos en América Latina a la luz del sangriento golpe de Estado que derrocó al presidente electo de Chile, el marxista Salvador Allende.⁵⁰¹ Parte de su artículo contenía duras palabras para con Perón, al que describió como “un dictador anciano, que flirteó abiertamente con el fascismo y estuvo dieciocho años protegido por Franco, regresó a su país como vencedor y volvió a sentarse en el sillón presidencial”. Bartov, autor de varias novelas y una biografía del comandante en jefe del ejército israelí durante la guerra de Yom Kipur, no ocultaba a sus lectores su desilusión por la situación en Argentina y se burlaba de la arrogancia de sus pobladores: “Estos votantes, los miserables gauchos que buscan carisma, que buscan ley y orden, que adoran hasta hoy a Evita”. El mensaje que quiso transmitir mediante sus dos notas en *Maariv* fue el de una Argentina que no era miembro del club de países desarrollados de Occidente, en los cuales supuestamente había un público educado y racional, sino un Estado tercermundista en vías de desarrollo, en el que los votantes eran arrastrados por un líder carismático porque eran presas fáciles de la nostalgia por alguna época dorada perdida, sin pensar en los contenidos políticos ni en la plataforma del candidato, o sin tomar en cuenta sus probabilidades reales de cambiar las cosas.

A pesar de las significativas diferencias en sus concepciones políticas, también

Al Hamishmar escribió en términos parecidos, y allí abundaban, igualmente, los estereotipos y la arrogancia, aunque aspirara a un análisis ideológico más significativo, siendo un órgano de un partido socialista: “Los asuntos allí [en Argentina] no se rigen por la lógica pura y la razón política... El peronismo es una fantasía especial en la Argentina, una suerte de mezcla de factores y modalidades fascistas con una ideología socialista, no marxista, denominada Justicialismo”.⁵⁰² *Al Hamishmar* fue menos hostil hacia el peronismo, aunque con ciertas reservas hacia su doctrina socialista, que no consideraba lo suficientemente marxista. El periódico presentaba a Perón como la opción predeterminada y manifestaba la esperanza de que por su carisma y por la nostalgia de sus votantes, pudiera unificar a la nación argentina.

Haaretz optó también en esta oportunidad por un tono aparentemente objetivo. Enfatizaba que la participación en los comicios había sido más alta de lo que se esperaba, a pesar de que Isabelita, que no era una figura popular, era la compañera de fórmula de Perón, algo a lo que, según *Haaretz*, se oponía la mayoría de los argentinos.⁵⁰³ Perón, sostenía el artículo, era perfectamente consciente de la sombra tupida que proyectaba el golpe de Estado en el vecino Chile sobre los acontecimientos políticos en su país, pero ello no era sino una de las dificultades que se cernían sobre su gestión. La nota analizaba la gama de problemas que se vislumbraban, enfatizando la capacidad que había demostrado en el pasado el viejo caudillo argentino para sortear obstáculos de este tipo: “Políticos de casi todo el espectro en la Argentina consideran que si hay una persona capaz de imponer su autoridad tanto sobre la izquierda como sobre la derecha y poner fin al terrorismo, esa persona es Perón”.

El más categórico fue *Idiot Ajronot*. Con una fotografía de Perón sonriente, publicó un artículo de Shlomó Shamgar cuyo título no dejaba en los lectores lugar a dudas: “La elección de Perón —una tragedia para la Argentina”.⁵⁰⁴ Explicaba el autor que el recientemente elegido presidente “...ascendió desde el estamento de los oficiales militares, pero fue el más astuto de todos: supo adular a las masas, envolver a su régimen con una ‘ideología’ oportunista a la que

llamó ‘justicialismo’. Más adelante, argumentaba que “tras ejercicios políticos tenebrosos, Perón regresó a su país y al sillón del que había sido desalojado hace 18 años, antes de alcanzar a pagar el precio de su fracaso”. Hacia el final del artículo llegaba el apogeo de la actitud agresiva y sensacionalista de este vespertino: “Juan Perón es un espantapájaros, un demagogo viejo al que no alcanzaron a linchar cuando escapó de su país en 1955. Es una omisión, por la que la Argentina aún puede llegar a pagar un alto precio en el futuro cercano”.

De la lectura de los diarios hebreos y de sus informes sobre la elección de Perón se desprende una referencia amplia a las dificultades objetivas que hubiera tenido cualquier otro presidente argentino en aquellos días: las tensiones entre las fuerzas armadas y el sistema político partidario, las fisuras dentro del movimiento peronista, los enfrentamientos entre izquierda y derecha y, por supuesto, las dificultades económicas y la inflación galopante. Sin embargo, de un periódico a otro hay diferencias. Mientras que *Davar* tendía a manifestar la esperanza de que Perón fuera la respuesta adecuada para la crisis política y económica en Argentina, *Haaretz* presentaba una postura más neutra y *Maariv* profetizaba en forma dramática el caos en el país del Plata aún antes de que Perón asumiera el mando. Por su parte, *Al Hamishmar* presentaba una línea incoherente en relación con el líder justicialista, aunque con más simpatía que la que se podía encontrar en los vespertinos de gran difusión, *Iediot Ajronot* y *Maariv*. Todas las publicaciones destacaban el carismático liderazgo de Perón y el hecho de que en la caótica situación en que se encontraba el país, era quizás el único capaz de garantizar “orden y estabilidad”. La impresión que podía llevarse el lector israelí era que, aunque Perón no fuera precisamente un paladín de la democracia, su elección había sido democrática y existía la posibilidad de que salvara a su país de la sostenida crisis en que se encontraba.

La sombra de López Rega

Durante los primeros meses del gobierno de Perón, la prensa escrita en Israel

prestó poca atención a lo que ocurría en la lejana Argentina. La guerra de Yom Kipur y la sacudida que significó para la sociedad del joven Estado y su sistema político, durante la contienda armada y después de la misma, explican la falta de interés, al menos temporal, por los sucesos en América del Sur. No obstante, cabe destacar la participación de una delegación israelí, en plena guerra, en la ceremonia de jura de Perón, que estuvo encabezada por el exembajador Tsur y el embajador en funciones, Eliezer Doron. Los periódicos israelíes informaron que la comisión fue bien recibida.⁵⁰⁵ La guerra había estallado hacía menos de una semana, pero el Ministerio de Relaciones Exteriores resolvió que, de cualquier modo, Tsur saldría hacia Buenos Aires.

Debe explicarse que poco antes de la guerra de Yom Kipur, la comunidad judeoargentina organizada estaba más dividida que nunca. La Organización Sionista Argentina se escindió en vísperas de los festejos del 25° aniversario del Estado de Israel, con el alejamiento de los partidos sionistas de derecha. Cuando por fin se llevó a cabo el acto en el estadio Luna Park de la ciudad de Buenos Aires, en el mes de agosto, el representante oficial israelí, el parlamentario Itzjak Navón, fue humillado por jóvenes sionistas de izquierda que empezaron a corear lemas en contra de la discriminación de ciudadanos árabes en el Estado hebreo y contra la opresión del pueblo palestino en los territorios ocupados.⁵⁰⁶ Numerosos jóvenes judíos, sobre todo estudiantes universitarios, estaban ocupados primordialmente con los acontecimientos en Argentina y esperaban una nueva era que comenzaría con el retorno del peronismo al poder. Las posturas del ala izquierda del peronismo, caracterizadas por un enfoque crítico hacia Estados Unidos y su aliado en Oriente Medio, junto a la simpatía por los movimientos de liberación nacional en el Tercer Mundo, incluyendo el movimiento palestino, tuvieron eco también entre estos jóvenes.⁵⁰⁷

Al comenzar la guerra de octubre de 1973, los judíos argentinos no se mostraban demasiado preocupados por la suerte de Israel. Jacob Tsur señaló:

Los judíos creían que también en esta guerra, como hace seis años, Israel no revela

el alcance de sus victorias para impedir la intervención de las grandes potencias, y los dirigentes se refirieron con desprecio por las noticias que llegaban desde las capitales árabes, aun aquellas que eran ciertas (como, por ejemplo, el anuncio sirio de que había caído el enclave israelí en el monte Hermón), pues se habían acostumbrado a las vanas jactancias de los árabes.⁵⁰⁸

Recién al prolongarse el enfrentamiento se despertó un temor genuino. Por otro lado, en esta guerra, más que en las anteriores, se encontraban movilizados (y por lo tanto también entre los muertos y los heridos) familiares de judíos argentinos que habían emigrado y se integraron al nuevo país. Natán Lerner, quien a fines de los años cincuenta había sido vicepresidente de la DAIA, señaló que la guerra renovó la solidaridad judía en círculos que antes se separaban del marco de las actividades comunitarias convencionales, particularmente en grupos con tendencias a la izquierda. Se trataba de gente que ahora era activa en la organización de asambleas públicas y promovía la publicación de solicitudes proisraelíes por parte de no judíos.⁵⁰⁹ Cientos de jóvenes judíos se registraron como voluntarios para luchar defendiendo a Israel, pero la mayoría de ellos no llegó a Medio Oriente. Otros organizaron diversas actividades de esclarecimiento entre públicos judíos y no judíos.⁵¹⁰

Quienes esperaban un milagro con el retorno de Perón a la Casa Rosada, se desilusionaron. El líder se encontraba ya en el otoño de su vida: avejentado, enfermo y rodeado de ayudantes que, al menos en algunos casos, despertaban interrogantes con sus conductas. El más destacado era José López Rega, quien desde mayo de 1973 estaba a cargo de la cartera de Bienestar Social. “Lopécito” había sido un agente de la Policía Federal que luego ascendió a la jerarquía de cabo primero, con la que se retiró a principios de los años sesenta. Cuando aún lucía el uniforme, escribió un tratado de 740 páginas titulado *Astrología esotérica*, redactado en un lenguaje difuso, que incluía extrañas teorías sobre “colores de nombres y de países” y sobre la importancia de los diversos estilos musicales para las idiosincrasias nacionales. Sus tendencias místicas le valieron

el apodo popular de El Brujo. Tras ganarse la confianza de Isabel Perón, López Rega se trasladó a España, donde se desempeñó como custodio y luego como secretario privado del matrimonio, acumulando influencia y poder. Muchos comprendieron que el camino a Perón pasaba por López Rega y por ello convenía tener buenas relaciones con él.

El secretario general del Partido Justicialista por aquel entonces, Juan Manuel Abal Medina, dijo 25 años más tarde:

Cuanto más empeoraba la salud del General, más crecía la influencia de López Rega. En noviembre de 1972, López Rega no participó en ninguna reunión con contenidos políticos. Solamente entraba a esas reuniones para servir café. A fines de febrero de 1973 ya participaba en las reuniones y manifiesta a todos sus ideas. En abril ya se sentaba en el despacho de Perón e intervenía en las reuniones como uno de los dirigentes. López Rega se metía en todo y Perón se lo permitía.⁵¹¹

Por su parte, Eliezer Doron, entonces embajador israelí en Buenos Aires, escribió así sobre López Rega:

Con el regreso de Perón a la Argentina fue nombrado como ministro de Bienestar Social en el gobierno y, extraoficialmente, como el ‘Rasputín’ de la presidenta Perón, viuda del fallecido presidente. Fue acusado por la mayoría del pueblo argentino como sospechoso de corrupción, déspota, de haber asumido el control de Perón cuando estaba viejo y débil y de imponer su voluntad a la señora Perón después que asumió la presidencia. Logró escapar de regreso a Madrid antes del golpe de Estado militar [de marzo de 1976], dejando detrás su renombre como frívolo, atolondrado, ladrón y criminal [...] también se ganó la fama de antisemita [...] se ocupaba de astrología y parapsicología y por esas fuentes y estudiando el Talmud y la cabalá (así sostenía en su defensa) aprendió a valorar al pueblo judío y sus cualidades.⁵¹²

López Rega era considerado como el promotor de un vuelco proárabe en la

política exterior argentina y, particularmente, del estrechamiento de los vínculos con Libia, lo que generó preocupaciones tanto en el Ministerio de Relaciones Exteriores, en Jerusalén, como en el seno de los judíos en Argentina. Una expresión simbólica del lazo que se estrechaba entre los dos países podía verse en el acuerdo entre el Instituto del Tercer Mundo de la Universidad de Buenos Aires y la embajada libia en Buenos Aires, por el cual se iban a distribuir los libros de Muamar el Gadafi en español y una antología de discursos de Perón traducidos al árabe se distribuiría en Libia.⁵¹³ Libia era la principal abastecedora de hidrocarburos del país y después de que López Rega firmara con el régimen de Trípoli varios acuerdos económicos, afirmó que la presencia de judíos en el gobierno nacional ponía al país en una posición incómoda para negociar con países árabes, en una clara alusión a José Ber Gelbard.⁵¹⁴ López Rega se convirtió en el canal por el cual el antisemitismo árabe “estatal” obtuvo cierta influencia en Argentina, sumándose al conocido repertorio de estereotipos arraigados, como los de deicidas, grupo étnico que no se asimilaba, comunistas revolucionarios, capitalistas que arruinaban la economía nacional o sionistas con doble lealtad.

La derecha peronista y los acólitos de López Rega no se limitaban a señalar a Gelbard, ministro de Economía, sino que extendían el alcance a otros tres destacados argentinos judíos que, en su opinión, servían a intereses “extranjeros”: Julio Broner, presidente de la CGE, el influyente periodista Jacobo Timerman y el banquero David Graiver. Una delegación de dirigentes de la DAIA fue recibida en audiencia por Perón y manifestó su preocupación por la proliferación de publicaciones antisemitas y por las agresivas acusaciones contra los judíos. Perón rechazó la teoría de una conspiración antiargentina que, supuestamente, se había tejido con la participación de judíos. La DAIA se ocupó de que estas posturas fueran publicadas en octubre de 1973. No obstante, Perón se abstuvo de condenarlas abiertamente o de desligarse de elementos antisemitas en el heterogéneo bando de sus seguidores. Mientras se declararan peronistas, pero no pretendieran hablar en nombre del líder, podían expresar sus diversas y a

veces divergentes opiniones sobre todo tipo de asuntos, incluida la cuestión judía.

Cabe señalar que, si bien los cuatro presidentes que se sucedieron en la Casa Rosada durante 1973 se manifestaron en contra del antisemitismo, en la práctica las actividades antijudías se incrementaron y llegaron a colocar a la Argentina a la cabeza de los países en los que ocurrían estos incidentes.⁵¹⁵ Se oía reiteradamente sobre el “Plan Andinia”, según el cual supuestamente los “Sabios de Sión” se unían al sionismo internacional y al Estado de Israel para planificar la separación de las provincias patagónicas argentinas y establecer allí un segundo Estado judío.⁵¹⁶ A ello se sumaban publicaciones como *Ulises* y *Cabildo*, que agitaban contra la supuesta gran influencia judía que se dejaba sentir en Buenos Aires.⁵¹⁷ En el país sudamericano comenzó a expandirse el uso del concepto de “sinarquía” para denominar la conspiración internacional antiargentina, en la que teóricamente coparticipaban el capitalismo, el comunismo, el sionismo y la masonería. Perón mismo utilizó este concepto en varias ocasiones y lo vinculó entre otros, antes de regresar al poder, a los judíos o a los sionistas.⁵¹⁸ Pero no se trataba solamente de un discurso antisemita, sino también de acciones que podían llegar al daño físico, y que en parte se atribuyó la derechista y antijudía Alianza Libertadora Nacionalista. Hubo atentados, entre otros, contra la sinagoga sefardí Shalom en Buenos Aires y contra varios centros comunitarios en diferentes lugares del país, además de *graffiti* de lemas antisemitas en las paredes de edificios en diversos sitios. No obstante, debe verse esta agresión en el amplio contexto de la ola de violencia general que sacudió a toda la sociedad argentina en los años setenta.

Para garantizar un trato más favorable de las distintas facciones peronistas, aún en la era posterior a Perón, la DAIA publicó una recopilación de discursos del líder, de los años cuarenta y cincuenta, e informes de las audiencias en que recibió a los dirigentes de esta organización comunitaria en los años 1973 y 1974, que tenían como común denominador la expresión de simpatías de Perón por la colectividad judía de su país y condenas tajantes al antisemitismo y el

La muerte de Perón

El fallecimiento de Perón, el 1 de julio de 1974, fue una buena oportunidad para que también los medios de comunicación israelíes publicaran sus resúmenes y sus estimaciones, que volvían a expresar las posturas de los diversos periódicos, no solo respecto de los sucesos de los últimos tiempos sino sobre el fenómeno peronista en general. *Jediot Ajronot*, habitualmente más sensacionalista que los demás diarios, abundó una vez más en fotos de la Argentina y en descripciones de las lágrimas y la histeria en las calles de Buenos Aires.

Al Hamishmar, que en los años cuarenta y cincuenta intentó en más de una oportunidad descifrar el significado de este movimiento social y político, publicó escuetamente sobre la Argentina y no mencionó nada sobre el imponente funeral de Perón, que traía a la memoria las imágenes del duelo masivo por la muerte de Evita en julio de 1952. Al día siguiente del deceso publicó la noticia bajo el título “¡Murió Perón! Juan Perón, el hombre fuerte de Argentina en los cuarenta y cincuenta, que volvió al gobierno el año pasado”.⁵²⁰ También sacó una pequeña nota, “La leyenda de los Perón”, con una breve reseña histórica y una referencia al origen social “problemático” de la viuda, Isabel Martínez, que “fue bailarina de estilo oriental en Panamá” y heredaba ahora el cargo.⁵²¹ La nota destacaba las buenas relaciones del difunto general con Israel, en contraste con sus débiles lazos con los países árabes. En términos generales puede decirse que *Al Hamishmar* mantuvo una línea favorable a Perón en vísperas de su retorno a la Argentina, pero el trato se enfrió en cierta medida después del regreso.

En otros diarios era aún más patente la dicotomía al destacar las buenas relaciones de Israel con la Argentina peronista y la crítica dura a lo que se presentaba como un régimen tiránico rígido, que no permitía las actividades de

la oposición.⁵²² Todos los medios destacaron la polarización de la sociedad argentina con respecto a Perón y su gobierno. Así, por ejemplo, *Maariv* afirmaba que numerosos argentinos odiaban a Perón “por los medios con los que se mantuvo en sus dos primeros mandatos presidenciales de las décadas del cuarenta y del cincuenta, cuando aprovechó el apoyo popular que tenía para reprimir a la oposición y las libertades individuales, aunque muchos más lo amaron y respetaron aun durante los 18 años de su exilio, provocado por un golpe de Estado militar que lo derrocó”.⁵²³ Tres días más tarde, el mismo *Maariv* publicó una extensa nota del diplomático Jacob Tsur, quien presentaba a Perón de modo sumamente positivo.⁵²⁴ Tsur, que comprendió mejor que la mayor parte de los funcionarios israelíes el fenómeno peronista, incluyó el punto de vista personal, como quien conoció a Perón relativamente de cerca. El veterano diplomático pretendía revelar también el rostro humano del mandatario fallecido y explicar los abundantes contrastes de su personalidad. Pareciera que en su nota, Tsur intentaba descifrar el secreto del carisma y del éxito de Perón y así responder a la pregunta de por qué su muerte dejaba un espacio vacío tan grande. Es evidente que Tsur apreciaba a Perón como gobernante poderoso y dotado de las cualidades que le hubieran permitido, de ser más joven, cambiar la situación de su país.

En un editorial, *Davar* estimaba que “el ocaso del peronismo tras la muerte de Perón será aún mucho más rápido que el ocaso del gaullismo tras el retiro de De Gaulle”.⁵²⁵ Pero el proceso en Francia no había incluido enfrentamientos violentos, entre otras cosas por la tradición democrática gala, de la que carecían Argentina y el peronismo, por lo que cabía el temor de que se produjeran graves choques “e incluso derramamientos de sangre”. El órgano de la Confederación de los Trabajadores advertía que en la nueva constelación acechaba un peligro concreto de violencia antisemita, llamando a los líderes del judaísmo argentino a que estuvieran alerta y a la altura de las circunstancias.

También *Haaretz* estimaba que la muerte de Juan Perón dejaba un espacio vacío “que los argentinos tendrían dificultad en llenar”. Y agregaba: “Todas las

fuerzas políticas y sociales del país se organizaron en torno a él. Su desaparición conducirá tarde o temprano a que se agudicen las líneas ideológicas de los partidos. Su muerte también provocará la escisión entre elementos muy distintos entre sí, que Perón logró aglutinar”.⁵²⁶ En vísperas de la muerte de Perón, había publicado que la enfermedad del presidente estaba vinculada a la dolencia más profunda de la República. Decía:

De hecho, regresó a pedido de los gobernantes militares cuando la situación social del país estaba al borde de la explosión [...] El movimiento obrero siguió siendo “peronista”. Pero en el populismo con vestigios fascistas que caracterizó al movimiento durante su primer gobierno, hubo un cisma entre la derecha y la izquierda, donde la izquierda adopta cada vez métodos de terrorismo urbano, que amenaza con una guerra civil en la Argentina.⁵²⁷

Haaretz enfatizaba además que en su último período en la presidencia la política de Perón se caracterizó por la moderación y el conservadurismo, en comparación con lo que había ocurrido en las décadas del cuarenta y el cincuenta. De todos los diarios en Israel, *Haaretz* fue el único que continuó actualizando en forma corriente a sus lectores sobre lo que ocurría en Argentina después de la muerte del General y de que su viuda asumiera el cargo presidencial en su lugar.

La bailarina, del cabaret a la Casa Rosada

No habían transcurrido dos semanas desde la muerte de Perón, cuando el enviado de la Confederación de los Trabajadores en Buenos Aires escribió:

Es muy difícil aún evaluar el significado concreto que se desprende de la desaparición de quien fuera durante los últimos 30 años el eje central de la vida política en la Argentina [...] El punto más destacado que salta a la vista en estos

días es el hecho de que pese a haber sido durante tantos años el centro neurálgico del país, ha legado tan poco a las generaciones futuras. Es un hecho que el observador imparcial encontrará a la Argentina posterior a Perón como un país afectado por el conflicto interno, carente de prestigio internacional, sin un liderazgo digno e inmerso en una profunda crisis económica. Peor aún que todo esto, no hay indicios de que en el futuro cercano el país pueda sobreponerse al shock que le provocó la desaparición de su líder. Por el contrario, por lo visto se espera que haya una lucha por el poder entre las diversas facciones del movimiento peronista [...] La solución que los argentinos conocen desde hace varias generaciones puede aparecer en la forma de un nuevo golpe de Estado militar, que conducirá al país a una etapa adicional de inestabilidad y amargura.⁵²⁸

Naturalmente, la imagen de Isabel Martínez de Perón, la nueva presidenta, despertó la mayor atención de los medios de comunicación en el mundo, incluidos los israelíes, entre otras razones porque a sus 43 años era la primera mujer en la historia que llegaba al poder en el hemisferio occidental.⁵²⁹ Todos insistían en que recibió el cargo por herencia, sin relación alguna con su experiencia o sus aptitudes. *Iediot Ajronot* lo presentó como el capítulo de una novela romántica, describiendo el ascenso de una bailarina carente de recursos y haciendo caso omiso de las consecuencias concretas que los sucesos en Argentina tendrían en las vidas y los destinos de millones de personas.⁵³⁰ *Maariv*, que no se destacaba precisamente por su simpatía hacia Perón, publicaba una nota despectiva sobre los intentos de Isabelita de imitar el estilo de Evita.⁵³¹

La biografía de la nueva presidenta era presentada de forma poco halagüeña: “La delgada morena que trabajó como bailarina en un cabaret de Panamá, donde encontró a Juan Perón, fue al comienzo su secretaria, luego su mujer y ahora prestaba juramento como presidenta en ejercicio de la Argentina”. Los diversos periódicos recordaron que Isabel provenía de una familia pobre, que no había completado sus estudios primarios y que solo los esfuerzos de su madre habían permitido que continuara con sus clases de danza. Asimismo, subrayaron que

Perón mismo impuso a su esposa al sistema político argentino.⁵³² Durante varias semanas, los medios tuvieron dificultades para caracterizar la línea que seguiría la viuda y se refirieron a ella con dudas y desconfianza: “La gran pregunta que se presenta ahora a la Argentina es si la señora Perón podrá impedir el intento de la izquierda y de la derecha y aprovechar la oportunidad [...] como un intento de hacerles frente para dominar el país”.⁵³³

Menos de dos años detentó Isabel Perón el poder, período en el que se aceleró la caída al abismo de la violencia política asesina. Ya en su segunda semana en el cargo, fue baleado el exministro del Interior, Arturo Mor Roig. En la prensa israelí se destacó el asesinato también del director del diario platense *El Día*, David Kraiselburd, de origen judío. Kraiselburd fue secuestrado en pleno día en el centro de La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires, por un grupo de hombres armados. Al cabo de algunos días fue encontrado su cadáver en una casa, tras un enfrentamiento armado con la policía. En *Hatzofé* escribieron que Kraiselburd “defendió vehementemente a Israel y los asuntos judíos desde su diario”.⁵³⁴

En la práctica, había comenzado una guerra abierta entre la izquierda y la derecha. Según los informes de Amnistía Internacional, solo en 1974 hubo en Argentina 300 asesinatos políticos. Datos publicados por *The Buenos Aires Herald* señalaron un saldo de 1100 muertos por violencia política en el curso del año siguiente, 1975. La mayor parte de estas acciones fueron producto de brigadas derechistas. El concepto de “subversión” fue ampliado y aplicado de forma arbitraria, de modo que permitió sembrar el miedo entre los partidos políticos, la prensa, las universidades, el sistema judicial y los sindicatos. El método del secuestro y desaparición de personas, tan característico del régimen militar que defenestró a Isabel en marzo de 1976, ya se había extendido ampliamente en 1975. El gobierno peronista de Isabel, que adoptaba ahora una política económica de derecha con rasgos autoritarios, se caracterizó por la crisis política y financiera, el terrorismo y una inflación galopante. La Alianza Anticomunista Argentina (AAA), que funcionaba con el visto bueno del

ministro López Rega, prefirió en numerosas oportunidades elegir sus víctimas entre los judíos, vinculados o no a la izquierda.

La combinación entre violencia política, espiral inflacionaria y una presidenta carente de autoridad política y moral era casi una invitación abierta a un golpe militar. El 24 de marzo de 1976, las fuerzas armadas coordinaron sus acciones y tomaron las riendas del poder. El nuevo gobierno comenzó a dismantelar el Estado de bienestar peronista en sus diversas instancias y a liquidar a diversas facciones de la izquierda. En este contexto los argentinos judíos pagaron un alto precio en sangre.⁵³⁵

La prensa israelí dedicó un espacio relativamente extenso a los sucesos en Argentina y siguió con atención lo que pasaba en Buenos Aires. Esto resalta más cuando se considera que a partir de octubre de 1973, el sistema político y la sociedad en Israel, y por consiguiente también los medios de comunicación, estaban ocupados en digerir la crisis que produjo la guerra de Yom Kipur, con su alto precio en víctimas, y por entender quiénes fueron los responsables de la debacle. Al igual que en el primer período peronista, finalizado en setiembre de 1955, tampoco en esta etapa la imagen del régimen en la prensa israelí fue unidimensional ni uniforme, aunque con el correr del tiempo cambiaron los énfasis en los periódicos.

A fines de los años cuarenta y comienzos de los cincuenta, la imagen del peronismo era más compleja. Perón aparecía en gran medida como un amigo de Israel y como quien había tendido una mano para ayudar al joven Estado, que luchaba por su existencia y tenía grandes dificultades económicas para poder recibir las masivas olas migratorias que llegaban a sus costas. Esta imagen era menos recurrente en los medios en los años setenta. Las expresiones antisemitas de alguna gente de la derecha peronista y de varias figuras de la CGT han contribuido a crear una imagen exagerada y distorsionada de un peronismo antijudío, que aún persiste y que no diferencia entre las primeras dos presidencias de Perón y la tercera, que se desarrolló en un contexto nacional e internacional completamente distinto.

Davar expresó su satisfacción por el retorno del peronismo al poder. Como órgano de la Confederación de los Trabajadores israelíes hizo hincapié en la base popular y obrera del movimiento peronista, y por su vinculación oficialista puso de relieve los intereses directos del Estado de Israel y su política exterior. *Al Hamishmar*, dependiente del partido MAPAM, modificó su postura otrora hostil hacia el peronismo y mostró cierto entusiasmo por el fortalecimiento del ala izquierda dentro del movimiento justicialista. En consecuencia, manifestó su satisfacción por el triunfo de Cámpora y el retorno de Perón a su patria. Gradualmente, debido en parte al giro a la derecha de Perón, su entusiasmo fue decreciendo. *Maariv* y *Haaretz* publicaron la cobertura más amplia y variada sobre los acontecimientos en Argentina, correspondiendo al vespertino un enfoque soberbio y crítico de la política argentina en general y del peronismo en particular.

La inclusividad étnica del populismo peronista

Volviendo al punto de partida de este libro, insisto en la necesidad de reevaluar las actitudes de los argentinos de origen judío hacia el peronismo y las relaciones de Perón, su movimiento y su gobierno hacia los judíos y el Estado judío en los años cuarenta y cincuenta. El surgimiento del peronismo a mediados de la década de 1940 se considera un punto de inflexión crítico en la historia moderna de Argentina, y su impacto en la sociedad contemporánea es duradero. La mayor parte de los estudios se han centrado en diversos procesos de desarrollo económico y modernización social en la Argentina peronista, prestando poca atención a la inclusión de diferentes grupos étnicos de inmigrantes y sus descendientes nacidos en ese país.

La década peronista fue un tiempo de transformación de los significados y de las fronteras de la ciudadanía en el país sudamericano, donde se produjeron cambios profundos. Las acciones gubernamentales contribuyeron a la promoción de un debate sobre la comprensión y conceptualización de la ciudadanía. En

aquellos años, Argentina experimentó también cambios en la representación política y, simultáneamente, se transformó para empezar a convertirse en una democracia participativa y en una sociedad multicultural. Las identidades étnicas se volvieron menos amenazantes para el concepto de “argentinidad”. En lugar de fomentar la tradicional idea del “crisol de razas”, el régimen otorgó una creciente legitimidad a las “identidades con guión” o identidades múltiples, y puso énfasis en la amplia variedad de fuentes culturales sobre las que se cimentaba la sociedad argentina. De este modo, las autoridades concedieron un reconocimiento sin precedentes a la variedad multicultural.

Este libro ha examinado los esfuerzos del peronismo por movilizar apoyo entre la población judeoargentina, en especial mediante la sección judía del movimiento peronista, la Organización Israelita Argentina (OIA). Los líderes de la OIA abogaron por la integración social de los judíos; al mismo tiempo, sustentaron una identidad que, subrayando la nacionalidad argentina, no repudiaba su judaísmo o su sionismo, incluyendo los lazos sentimentales con la imaginaria madre patria de Israel. Así, con el apoyo del gobierno desafiaban la visión anterior respecto al “crisol de razas”.

El concepto de ciudadanía puede servir como lente y marco analítico para comprender la transformación de la relación entre los argentinos judíos, las instituciones y los símbolos del Estado argentino. Cualquier discusión sobre ciudadanía tiene que ver con pertenencia e integración a una comunidad política. En la Argentina preperonista, por lo menos a nivel del discurso público, había poco espacio para los no católicos. Desde sus primeros días como Estado-nación independiente, los estadistas e intelectuales de Argentina se preocuparon por la composición demográfica del país. Muchos compartían la idea de la necesidad de alentar la inmigración para “blanquear” la población y garantizar el desarrollo y el progreso, pero no todos estuvieron de acuerdo respecto de quién podía ser considerado argentino. Entre las élites liberales, aún los más acérrimos promotores de la inmigración hacían suya la idea del crisol racial. Se esperaba que todos los recién llegados, en especial quienes no eran católicos y/o

europeos, abandonarían las costumbres e idiosincrasias que traían consigo de sus países de origen para favorecer la nueva cultura que surgía en la sociedad de inmigrantes. La idea de una Argentina esencialmente blanca, cristiana, descendiente de europeos, era fundamental en los debates sobre la identidad nacional. Esta inquietud y las presiones para lograr la homogeneidad cultural y la asimilación se agudizaban en particular entre quienes estaban vinculados con los sectores nacionalistas católicos y xenófobos.

Como movimiento populista, el peronismo se caracterizó por su postura antiliberal. Ello hizo posible que desafiara las ideas tradicionales sobre el crisol racial argentino. Surgieron puntos de vista y enfoques novedosos que ampliaban el significado de la política y la ciudadanía por igual. Entonces, ¿qué cambió el peronismo en la relación entre etnicidad, ciudadanía, argentinidad y Estado? La respuesta simple es que a) el peronismo fue más allá de los derechos legales otorgados a los judíos como ciudadanos argentinos, y les ofreció también derechos políticos; b) legitimó el deseo que muchos de ellos tenían de ostentar una identidad doble. La representación política en la Argentina de Perón se volvió un tanto corporativa bajo su visión de la “comunidad organizada”. Confió al Estado un papel mediador entre distintos sectores o grupos de interés sociales, económicos y profesionales. Resulta interesante que, al lado de poderosos grupos organizados como los enmarcados en la Confederación General del trabajo (CGT), la Confederación General Económica (CGE), la Confederación General de Profesionales (CGP), la Confederación General Universitaria (CGU), o incluso la Unión de Estudiantes Secundarios (UES), también se reconociera a las comunidades étnicas. Perón a menudo conversaba con los líderes de las asociaciones judía, española, italiana o árabe y, de este modo, reconfiguraba los criterios de pertenencia a la comunidad política argentina, abriendo las puertas a lo que sería, décadas más tarde, la multicultural Argentina contemporánea.

- 452 *Mundo Peronista* 21, 15.5.1952, 50 (los subrayados en el original).
- 453 Spruille Braden, “The Germans in Argentina”, *Atlantic Monthly* 17, abril 1946, 43. Sobre Braden y su lucha contra Perón, ver Braden, *Diplomats and Demagogues*; Gary Frank, *Juan Perón vs. Spruille Braden...*; Albarto P. Vannucci, “Elected by Providence...”, 49-73; Fabián Bosoer, *Braden o Perón...*
- 454 Citado en Ignacio Klich, “A Background to Perón’s Discovery of Jewish National Aspirations”, en: *Judaica Latinoamericana*, Vol. I, Jerusalén: Magnes, 1988, 202.
- 455 Citado en James Bruce, *Those Perplexing Argentines*. Nueva York: Longmans, Green and Co., 1953, 10.
- 456 Jacob Tsur, *Cartas credenciales*, 45.
- 457 Ver Louis Lipsky, *Memoirs in Profile*. Fildadelfia: Jewish Publication Society of America, 1975, 579-580.
- 458 J.H. Stiller, *George S. Messersmith – Diplomat of Democracy*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1987, cap. 7. Sobre la imagen de Perón en la prensa occidental, ver Raanan Rein y Claudio Panella (comp.), *Peronismo y prensa escrita*, segunda parte.
- 459 George S. Messersmith Papers, Universidad de Delaware, memorando secreto para el Secretario, “Inter-American Collaboration”, 10.12.1946, 14; Carta personal a Little, 12.3.1947 e informe confidencial del 29.4.1947.
- 460 Ver, por ejemplo, GSM Papers, carta personal y confidencial a Sulzberger, 25.9.1946, 3.4.1947.
- 461 *U. S. News and World Report*, 19.4.1946; *Time*, 15.4.1946.
- 462 J.H. Stiller, *George S. Messersmith...*, 245.
- 463 Nufér al Departamento de Estado, 5.2.1953, NA, 611.35/2-553.
- 464 Ver recortes de prensa de noviembre de 1947 en James Bruce Papers, University of Maryland’s Library, College Park.
- 465 Jacob Tsur, *Cartas credenciales*, 119.
- 466 “Por la felicidad y la grandeza de todos los pueblos”, *Mundo Peronista* 80, 1.2.1955, 12-14 y “Un periodista extranjero”, *Mundo Peronista* 61, 15.3.1954, 15-16.

- 467 Jacob Tsur, *Cartas credenciales*, 62. Ver también 115, 124-125.
- 468 *Haaretz*, 17.6.1955, 19.9.1955 y 20.9.1955.
- 469 *Maariv*, 17.6.1955.
- 470 S. Ner, “Perón y ‘los descamisados’”, *Maariv*, 20.6.1955.
- 471 *Maariv*, 20.9.1955.
- 472 S. Shafir, “El golpe militar en la Argentina”, *Davar*, 21.9.1955.
- 473 M.B., “La rebelión en la Argentina y sus conclusiones”, *Hatzofé*, 20.6.1955.
- 474 *Hatzofé*, 20.9.1955 y 22.9.1955.
- 475 “Guerra civil en la Argentina”, *Herut*, 20.9.1955. Véase también la nota favorable en el recuadro “Nombres en las noticias – Juan Perón”, publicado el mismo día.
- 476 M. Najumi, “Cómo han derrocado a Perón”, *Al Hamishmar*, 22.9.1955 y B.B. “¿Qué ocurre en la Argentina?”, *Kol Haam*, 19.6.1955.
- 477 B.B., “¿Qué ocurre en la Argentina?”, *Kol Haam*, 20.9.1955.
- 478 I. Toledo, “El régimen de Perón: su retrato y su futuro” (en hebreo), *Molad*, N° 51 (julio 1952), 143-151; I. Versano, “El régimen justicialista en la Argentina” (en hebreo), *Mibifnim* (mayo 1956), 411-424.
- 479 Jacob Tsur, *Cartas credenciales*, 212.
- 480 Caspi, D. y Limor, I., *Los intermediarios: los medios de comunicación en Israel, 1948-1990* (en hebreo). Jerusalén: AM Oved, 1992.
- 481 Alejandro A. Lanusse, *Mi testimonio*. Buenos Aires: Lasserre, 1977; Lanusse, *Protagonista y testigo*. Buenos Aires: Marcelo Lugones, 1988.
- 482 Ver Jacob Tsur, *Cartas credenciales*, 210; A. Alón a M. Hatzor, 21.12.1972, Archivo P. Lavón del Partido Laborista, Tel Aviv, División 208 IV, Exp. N° 6007; y el artículo del encargado de noticias internacionales en *Maariv*, Shaul Ben Haim, “[Un] peronismo sin carisma”, *Maariv*, 24.5.1973.
- 483 Horacio Verbitsky, *Ezeiza*. Buenos Aires: Planeta, 1995; José Pablo Feinmann, *López Rega, la cara oscura de Perón*. Buenos Aires: Legasa, 1987.
- 484 *Haaretz*, “Del derrocamiento al retorno”, 20.11.1972.
- 485 *Haaretz*, 21.11.1972.
- 486 *Haaretz*, 14.6.1973.

- 487 *Davar*, 5.6.1973, 15.6.1973.
- 488 Egon Friedler, “Un ministro judío en la Argentina”, *Davar*, 18.6.1973.
- 489 Entrevista del autor con Joel Barroni (Jerusalén, 2.12.1986).
- 490 *Maariv*, nota de Yehoshua Bitzur, 18.6.1973.
- 491 *Davar*, “Perón retorna a la Argentina”, editorial, 21.6.1973.
- 492 Jacob Tsur, *Cartas credenciales*, 213; Alón a M. Hatzor, 20.8.1973, Archivo Lavón, División 219-4, Exp. N° 10 A.
- 493 *Al Hamishmar*, nota de Dalia Shjori, 17.6.1973.
- 494 *Al Hamishmar*, 24.6.1973.
- 495 *Haaretz*, 22.6.1973.
- 496 *Maariv*, 21.6.1973.
- 497 *Al Hamishmar*, 22.6.1973. Al respecto, ver también *Hatzofé*, 22.6.1973.
- 498 *Davar*, 25.9.1973.
- 499 *Maariv*, 23.9.1973.
- 500 Jacob Tsur, *Cartas credenciales*, 216.
- 501 Hanoch Bartov, “Viva Zapata”, *Maariv*, 25.9.1973, 5.
- 502 *Al Hamishmar*, 25.7.1973.
- 503 *Haaretz*, 24.9.1973.
- 504 *Iediot Ajronot*, 25.9.1973.
- 505 *Haaretz* y *Davar*, 23.10.1973; *Aurora*, 17.10.1973. Ver también Jacob Tsur, *Cartas credenciales*.
- 506 Ver el artículo de Natán Lerner, “América Latina: orígenes” y el testimonio de Jacob Tsur en Moshe Davis (comp.), *Identificación de la Nación con el Estado por la guerra de Yom Kipur* (en hebreo). Jerusalén: Instituto de Judaísmo Contemporáneo, 1975.
- 507 Al respecto, ver Haim Avni, *La juventud universitaria judía en la Argentina y el público organizado* (en hebreo). Jerusalén: Oficina del Presidente, 1971.
- 508 Testimonio de Jacob Tsur en: Moshe Davis (comp.), *Identificación de la Nación con el Estado...*, 237-238.
- 509 Natán Lerner, “Overview”, en: Moshe Davis (ed.), *The Yom Kippur War: Israel and the Jewish People*. Nueva York: Arno Press, 1974, 125-137.

510 Sobre las diversas reacciones en el seno de la comunidad en la Argentina, ver *Informativo DAIA*, “Desde la agresión a Israel y al pueblo judío en Iom Kipur al cese del fuego”. Buenos Aires: 1973, 6-10.

511 *Página/12*, 20.6.2003.

512 Eliezer Doron, *En observación y en enfrentamiento: del diario de un embajador de Israel* (en hebreo). Jerusalén: Mabat, 1978, 293; Jacob Tsur, *Cartas credenciales*, 211-212.

513 *Aurora*, 28.1.1974.

514 Natán Lerner, “América Latina: orígenes”, en: Moshe Davis (comp.), *Identificación de la Nación con el Estado...*, 112; *Aurora*, 7.2.1974, 29.5.1974.

515 Comité Judío Americano, *Comunidades judías de Latino América*, 36-47; Naomi F. Meyer, “Argentina”, en: *AJYB*, Vól. 74 (1973) y Vól. 75 (1974-75).

516 “El Plan Andinia”, apéndice en Aurelio Sallairai, *Los protocolos de los sabios de Sión y la subversión mundial*. Buenos Aires: s/e, 1972, 269-274. Un análisis y una refutación del plan pueden verse en DAIA, *Versión argentina de la mayor superchería del siglo*. Buenos Aires: DAIA, 1972.

517 Acerca de *Cabildo* y sus posturas antisemitas, puede consultarse Carlos Waisman, “Capitalism, Socialism, and the Jews: The View from *Cabildo*”, en: J.L. Elkin y G.W. Merks (ed.), *The Jewish Presence in Latin America*. Boston: Allen & Unwin, 1987, 233-252.

518 *Primera Plana*, 23.7.1971; *La Razón*, 13.12.1972; Juan D. Perón, “Prólogo”, en: Enrique Pavón Pereyra, *Coloquios con Perón*. Madrid: Editores Internacionales, 1973, 9.

519 DAIA, *Perón y el pueblo judío*.

520 *Al Hamishmar*, 2.7.1974.

521 *Al Hamishmar*, 3.7.1974.

522 *Davar*, 3.7.1974, *Hatzofé*, 3.7.1974. De hecho, desde 1973 Argentina adoptó posturas de política exterior más favorables hacia los árabes en los organismos internacionales cuando se debatían temas del Medio Oriente. Ver Regina Sharif, “Latin America and the Arab-Israeli Conflict”, *Journal of Palestine Studies*, Vól. 7, N° 1, 1977, 98-122.

523 *Maariv*, “Murió Juan Perón, el presidente que era la gran esperanza de la Argentina”. 2.7.1974.

524 Jacob Tsur, “El retorno y la muerte de Juan Perón”, *Maariv*, 5.7.1974, 20.

525 *Davar*, “[Un] peronismo sin Perón”, 3.7.1974.

526 *Haaretz*, 5.7.1974.

527 *Haaretz*, 1.7.1974.

528 Alón a M. Hatzor, 12.7.1974, Archivo Lavón, División 219-4 IV, Exp. N° 10 A.

529 María Sáenz Quesada, *Isabel Perón*. Buenos Aires: Planeta, 2003.

530 “Una ex bailarina de cabaret–presidenta de la Argentina”, *Iediot Ajronot*, 1.7.1974.

531 “Isabelita Perón intenta imitar el estilo de Evita”, *Maariv*, 1.7.1974.

532 “La señora Perón, de 43 años, fue elegida como vicepresidenta por voluntad de su marido, hace ya varios meses”, *Haaretz*, 1.7.1974.

533 *Ídem*.

534 *Hatzofé*, 19.7.1974, 21.7.1974.

535 Sobre el número elevado de víctimas judías en esos años, véanse Centro de Investigaciones Sociales de la DAIA, *Informe sobre la situación de los detenidos-desaparecidos judíos durante el genocidio perpetrado en Argentina*. Buenos Aires: DAIA, 1999; Daniel Goldman y Hernán Dobry, *Ser judío en los años setenta...*

FUENTES

- American Jewish Committee Files, YIVO, Nueva York.
- Archivo César Tiempo, Biblioteca Nacional, Buenos Aires.
- Archivo de la Fundación Francisco Franco, Madrid.
- Archivo de la Presidencia del Gobierno, Madrid.
- Archivo del Estado de Israel, Jerusalén.
- Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid.
- Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, Buenos Aires.
- Archivo General de la Nación, Buenos Aires.
- Archivo Máximo Yagupsky, Fundación IWO, Buenos Aires.
- Archivo P. Lavón del Partido Laborista, Tel Aviv.
- Archivo Sionista Central, Jerusalén.
- Juan Atilio Bramuglia Papers, Hoover Institution Archives, Stanford University.
- National Archives, Washington, D.C., y College Park, Maryland.
- Oral History Division, Institute of Contemporary Jewry, Hebrew University of Jerusalem, Jerusalén.
- Proyecto de Historia Oral, Instituto Di Tella, Buenos Aires.
- American Jewish Year Book.
- Foreign Relations of the United States.
- Aarons, Mark y John Loffus, *Unholy Trinity*. Nueva York: St. Martin's, 1991.
- Abalo, Carlos, *El derrumbe del peronismo y la política económica del gobierno militar*. Buenos Aires: IDES, 1976.
- Acha, Omar, *Los muchachos peronistas: Orígenes olvidados de la Juventud*

Peronista (1945-1955). Buenos Aires: Planeta, 2011.

Acosta, Diego, “La radio: de los pañales a los pantalones largos”, en: *Todo es Historia*, N° 258, 1988, 58-69.

Adamovsky, Ezequiel, “La bendita medianía: Los católicos argentinos y sus apelaciones a la ‘clase media’, c. 1930-1955”, *Anuario IEHS*, N° 22, 2007, 301-324.

Allison, Victoria, “White Evil: Peronist Argentina in the US Popular Imagination Since 1955”, en: *American Studies International*, Vol. XLII, N° 1, 2004, 4-48.

Amadeo, Mario, *Ayer, hoy, mañana*. Buenos Aires: Ediciones Gure, 1956.

Aráoz, Ernesto M., *La inmigración en la Argentina y sus vinculaciones con la cuestión social*. Salta: Imprenta de las Llanas, 1919.

Arce, José, *Mi vida*. Madrid: Editoriales Reunidas, Vol. II, 1958.

Arribá, Sergio, “El Peronismo y la política de radiodifusión”, en: *VI Encuentro Panamericano de Comunicación*, Universidad Nacional de Córdoba, 2013.

Astor, Gerald, *The “Last” Nazi: The Life and Times of Dr. Joseph Mengele*. Nueva York: Donald I. Fine, 1985.

Atkins, G.P. y L.V. Thompson, “German Military Influence in Argentina, 1921-1940”, en: *Journal of Latin American Studies*, Vol. 4, N° 2, 1972, 257-284.

Avni, Haim, “Antisemitismo en Argentina: las dimensiones del peligro”, en: Leonardo Senkman y Mario Sznajder (comp.), *El legado del autoritarismo*. Buenos Aires: GEL, 1995, 197-216.

_____, *Argentina, “The Promised Land”*: *Baron de Hirsch’s Colonization Project in the Argentine Republic* (en hebreo). Jerusalén: Magnes, 1973.

_____, *Argentina y la historia de la inmigración judía*. Buenos Aires: AMIA, 1983.

_____, *Argentina y las migraciones judías: de la Inquisición al Holocausto y después*. Buenos Aires: Milá, 2005.

_____, “Clientes”, *rufianes y prostitutas. Comunidades judías de Argentina e*

Israel frente a la trata de blancas. Buenos Aires, Leviatán, 2014.

_____, *Emancipación y educación judía: Un siglo de experiencias judías argentinas, 1884-1984* (en hebreo). Jerusalén: Shazar, 1985.

_____, *La juventud universitaria judía en la Argentina y el público organizado* (en hebreo). Jerusalén: Oficina del Presidente, 1971.

Baily, Samuel, *Immigrants in the Land of Promise: Italians in Buenos Aires and New York City, 1870-1914*. Ithaca, NY: Cornell University Press, 1999.

Baltíerrez, Rodolfo, “La creación del Estado de Israel”, en: *Todo es Historia*, N° 252, junio 1988, 36-39.

Bardini, Roberto, *Tacuara*. México D.F.: Océano, 2002.

Bascomb, Neal, *Hunting Eichmann*. Nueva York: Houghton Mifflin Harcourt, 2009.

Basualdo, Eduardo, *Estudios de historia económica argentina. Desde mediados del siglo XX a la actualidad*. Buenos Aires: FLACSO/Siglo XXI, 2006.

Bell, Lawrence, “The Jews and Perón: Communal Politics and National Identities in Peronist Argentina, 1946-1955”, tesis doctoral inédita, Ohio State University, 2002.

Ben-Dror, Graciela, *Católicos, nazis y judíos: la Iglesia argentina en los tiempos del Tercer Reich*. Buenos Aires: Lumiere, 2003.

_____, “La Argentina Católica y los judíos, 1943-1945”, en: *Proceedings of the Eleventh World Congress of Jewish Studies*, Vol. III, 1994, 345-352.

Bernetti, Jorge Luis y Adriana Puiggrós, *Peronismo: Cultura política y educación (1945-1955)*. Buenos Aires: Galerna, 1993.

Beter, Clara, *Versos de una...* Rosario: Ameghino, 1998.

Bianchi, Susana, “Iglesia Católica y peronismo: la cuestión de la enseñanza religiosa (1946-1955)”, en: *EIAL*, Vol. 3, N° 2, 1992, 89-103.

Bitsky, Edgardo, *La semana trágica*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1984.

Bitrán, Rafael, *El congreso de la productividad. La reconversión económica durante el segundo gobierno peronista*. Buenos Aires: El Bloque, 1994.

- Blanksten, George I, *Perón's Argentina*. Nueva York: Russell & Russell, 1967.
- Blaustein, Eduardo y Martín Zubieta, *Decíamos ayer: la prensa argentina bajo el Proceso*. Buenos Aires: Colihue, 1998.
- Boizard, Ricardo, *Esa noche de Perón*. Buenos Aires: Siruela, 1955.
- Bosoer, Fabián, *Braden o Perón: La historia oculta*. Buenos Aires: El Ateneo, 2011.
- Botta, Paulo, “La diplomacia argentina y la partición de Palestina desde el punto de vista de sus protagonistas”, ANMO, Vol. 1, N° 1, 2011, 5-27.
- Bower, Tom, *Klaus Barbie – The Butcher of Lyons*. Nueva York: Pantheon Books, 1984.
- _____, *The Paperclip Conspiracy: The Hunt for Nazi Scientists*. Boston: Little, Brown and Company, 1987.
- Braden, Spruille, *Diplomats and Demagogues*. New Rochelle, N.Y.: Arlington House, 1971.
- Brauner, Susana, *Ortodoxia religiosa y pragmatismo político: los judíos de origen sirio*. Buenos Aires: Lumiere, 2009.
- Brennan, James P., “Industriales y bolicheros: la actividad económica y la alianza populista peronista, 1943-1976”, en: *Boletín del Instituto “Dr. Emilio Ravignani”*, N° 15, 1997, 101-141.
- ____ y Marcelo Rougier, “José B. Gelbard. Líder empresarial y emblema de la ‘burguesía nacional’”, en: Raanan Rein y Claudio Panella (comp.), *La segunda línea. Liderazgo peronista, 1945-1955*. Buenos Aires: EDUNTREF/Pueblo Heredero, 2014, 195-213.
- ____ y Marcelo Rougier, *The Politics of National Capitalism: Peronism and the Argentine Bourgeoisie, 1946-1976*. University Park, PA: Pennsylvania State University Press, 2012.
- Broner, Julio y Daniel Larriqueta, *La revolución industrial argentina*. Buenos Aires: Sudamericana, 1969.
- Bruce, James, *Those Perplexing Argentines*. Nueva York: Longmans, Green and Co., 1953.

- Buchrucker, Cristian, *Nacionalismo y peronismo: la Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*. Buenos Aires: Sudamericana, 1987.
- Buonocore, Domingo, *Libreros, editores e impresores de Buenos Aires*. Buenos Aires: Bowker, 1974.
- Burzaco, Ricardo, “Los científicos alemanes y Perón”, en: *Todo es Historia*, mayo 1995, 8-25.
- Caimari, Lila, *Perón y la Iglesia Católica*. Buenos Aires: Ariel, 1994.
- _____, “Peronist Christianity and Non-Catholic Religions: Politics and Ecumenism (1943-1955)”, en: *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies*, Vol. 20, N° 39-40, 1995, 105-124.
- Caspi, D. e I. Limor, *Los intermediarios: los medios de comunicación en Israel, 1948-1990* (en hebreo). Jerusalén: AM Oved, 1992.
- Cattaruzza, Alejandro, “Una empresa cultural del primer peronismo: la revista ‘Hechos e Ideas’ (1947-1955)”, en: *Revista Complutense de Historia de América*, N° 19, 1993, 269-289.
- Chávez, Fermín, *Eva Perón sin mitos*. Buenos Aires: Fraterna, 1990.
- Cohen de Chervonagura, Elisa B., *La comunidad judía de Tucumán*. Tucumán: Sociedad Unión Israelita Tucumana, 2010.
- Confalonieri, Orestes D., *Perón contra Perón*. Buenos Aires: Antigua, 1956.
- Conradis, Heinz, *Design for Flight: The Kurt Tank Story*. Londres: Macdonald, 1960.
- Corbière, Emilio J., *Estaban entre nosotros*. Buenos Aires: Letra Buena, 1992.
- DAIA, *El pensamiento del presidente Perón sobre el pueblo judío*. Buenos Aires: DAIA, 1954.
- DAIA, “Medio siglo de lucha por una Argentina sin discriminaciones”, en: *Todo es Historia*, Suplemento, 1985.
- DAIA, *Perón y el pueblo judío*. Buenos Aires: DAIA, 1974.
- DAIA, *Proyecto Testimonio*. Buenos Aires: Planeta, 1998.
- DAIA, *Versión argentina de la mayor superchería del siglo*. Buenos Aires: DAIA, 1972.

DAIA – Centro de Investigaciones Sociales, *Informe sobre la situación de los detenidos-desaparecidos judíos durante el genocidio perpetrado en Argentina*. Buenos Aires: DAIA, 1999.

David, Guillermo, *Perón en la chacra asfaltada: figuras del peronismo bahiense*. Punta Alta: Ediciones de la Barricada, 2006.

Davis, Moshe (comp.), *Identificación de la Nación con el Estado por la guerra de Yom Kipur* (en hebreo). Jerusalén: Instituto de Judaísmo Contemporáneo, 1975.

De Nápoli, Carlos, *Los científicos nazis en la Argentina*. Buenos Aires: EDHASA, 2008.

De Riz, Liliana, *Retorno y derrumbe: el último gobierno peronista*. México: Fs. Ediciones, 1981.

Del Campo, Hugo, *Sindicalismo y peronismo: los comienzos de un vínculo perdurable*. Buenos Aires: CLACSO, 1983, segunda parte.

Del Carril, Bonifacio, *Crónica interna de la Revolución Libertadora*. Buenos Aires: Emecé, 1959.

Delgado, Verónica y Fabio Espósito, “La emergencia del editor moderno”, en: José Luis de Diego (dir.), *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006, 59-88.

DellaPergola, Sergio, “Jewish Autonomy and Dependency: Latin America in Global Perspective”, en: Judit Bokser Liweran, Eliezer Ben-Rafael, Yossi Gorny y Raanan Rein (comp.), *Identities in an Era of Globalization and Multiculturalism: Latin America in the Jewish World*. Leiden y Boston: Brill, 2008, 47-80.

_____, “Demographic Trends of Latin American Jewry”, en: Judith Laikin Elkin y Gilbert W. Merks (ed.), *The Jewish Presence in Latin America*. Boston: 1987, 85-133.

Devoto, Fernando, “Inmigrantes, refugiados y criminales en la ‘vía italiana’ hacia la Argentina en la segunda posguerra”, en: *Ciclos*, N° 19, 2000, 151-175.

- Di Tella, Torcuato, *Perón y los sindicatos*. Buenos Aires: Ariel, 2003.
- Díaz Araujo, Enrique, *La conspiración del 43*. Buenos Aires: La Bastilla, 1971.
- Dimenstein, Marcelo, “En busca de un pogrom perdido: memoria en torno de la semana trágica de 1919”, en: Kahan *et al.* (comps.), *Marginados y consagrados*. Nuevos estudios sobre la vida judía en la Argentina. Buenos Aires: Ediciones Lumiere, 2011, 121-141.
- Diskin, David, *El compañero Borlenghi: su trayectoria, su integridad, su temple*. Buenos Aires: s/e, 1979.
- Dizgun, John, “Immigrants of a Different Religion: Jewish Argentines and the Boundaries of Argentinidad, 1919-2009”, tesis doctoral, Rutgers University, 2010.
- Dobry, Hernán, *Los rabinos de Malvinas*. Buenos Aires: Vergara, 2012.
- Doron, Eliezer, *En observación y en enfrentamiento: del diario de un embajador de Israel* (en hebreo). Jerusalén: Mabat, 1978.
- Elath, Eliahu, *The Struggle for Statehood* (en hebreo). Tel Aviv: Am Oved, 1982.
- Eliachar, Elie, *Viviendo con judíos* (en hebreo). Jerusalén: Marcus, 1980.
- Erdei, Ezequiel, “Demografía e identidad: A propósito del estudio de la población judía en Buenos Aires”, en: Haim Avni *et al.* (comp.), *Pertenencia y alteridad. Judíos en/de América Latina: cuarenta años de cambios*. Madrid: Iberoamericana, 2011, 341-363.
- Escudé, Carlos, *Gran Bretaña, Estados Unidos y la declinación argentina, 1942-1949*. Buenos Aires: Belgrano, 1983.
- _____, *La Argentina vs. las grandes potencias. El precio del desafío*. Buenos Aires: Belgrano, 1986.
- Falcoff, Mark, “Argentine Nationalism on the Eve of Perón: Force of Radical Orientation of Young Argentina and Its Rivals”, tesis doctoral inédita, Princeton University, 1970.
- Feierstein, Ricardo, “César Tiempo, un hombre de dos mundos”, en: Feierstein

- Ricardo y Stephen A. Sadow (comp.), *Crecer en el gueto, crecer en el mundo*. Buenos Aires: Milá, 2005, 304-317.
- _____, *Historia de los judíos argentinos*. Buenos Aires: Planeta, 1993.
- _____, (ed.). *Los mejores relatos con gauchos judíos*. Buenos Aires: Ameghino Editora, 1998.
- _____ y Stephen A. Sadow (comp.), *Recreando la cultura judeoargentina*. Buenos Aires: Milá, 2004.
- Feinmann, José Pablo, *López Rega, la cara oscura de Perón*. Buenos Aires: Legasa, 1987.
- Figallo, Beatriz J., “Bolivia y la Argentina: los conflictos regionales durante la Segunda Guerra Mundial”, en: *EIAL*, Vol. 7, N° 1, 1996, 107-125.
- _____, “La Argentina y España durante la Segunda Guerra Mundial”, en: *Res Gesta*, enero-junio 1988, 69-83.
- Finchelstein, Federico, *La Argentina fascista: Los orígenes de la dictadura*. Buenos Aires: Sudamericana, 2008.
- _____, *The Ideological Origins of the Dirty War: Fascism, Populism, and Dictatorship in Twentieth Century Argentina*. Nueva York: Oxford University Press, 2014.
- Fingueret, Manuela, *César Tiempo: El poeta de los tres nombres*, manuscrito inédito, 44-45.
- Fiorucci, Flavia, “¿Aliados o enemigos? Los intelectuales en los gobiernos de Vargas y Perón”, en: Rein, Raanan y Rosalie Sitman (comp.), *El primer peronismo: de regreso a los comienzos*. Buenos Aires: Lumiere 2005, 83-108.
- _____, “Los marginados de la Revolución: los intelectuales peronistas (1945-1955)”, en: *La Memoria de Nuestro Pueblo*, Año 5, febrero 2009, 17-21.
- _____, “Neither Warriors Nor Prophets: Peronist and Anti-Peronist Intellectuals, 1945-1956”, tesis doctoral inédita, Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Londres, 2002.
- Frank, Gary, *Juan Perón vs. Spruille Braden: The Story Behind the Blue Book*.

- Lanham, MD: University Press of America, 1980.
- Freidenberg, Judith Noemí, *La invención del gaucho judío: Villa Clara y la construcción de la identidad argentina*. Buenos Aires: Prometeo, 2013.
- Freiwald, Aaron y Martin Mendelsohn, *The Last Nazi: Josef Schwammlinger and the Nazi Past*. Nueva York: W. W. Norton, 1994.
- Furman, Rubén, *Puños y pistolas*. Buenos Aires: Sudamericana, 2014.
- Galasso, Norberto (coord.), *Los malditos: hombres y mujeres excluidos de la historia oficial de los argentinos*. Buenos Aires: Ediciones Madres de Plaza de Mayo, 2005.
- _____, *Vida de Scalabrini Ortiz*. Buenos Aires: Ediciones del Mar Dulce, 1970.
- García Granados, Jorge, *The Birth of Israel – The Drama as I saw It*. Nueva York: A.A. Knopf, 1948.
- Gay, Luis, *El Partido Laborista en la Argentina*. Buenos Aires: Biblos, 1999.
- Gerchunoff, Alberto, *Los gauchos judíos*. La Plata: Talleres Gráficos Joaquín Sesé, 1910.
- Gilbert, Isidoro, *El oro de Moscú*. Buenos Aires: Planeta, 1999.
- Girbal-Blacha, Noemí María, “La industria invisible. Entre las finanzas y la política. Empresas de cultura popular en la Argentina peronista (1946-1955)”, en: *H-industri@*, N° 11, Buenos Aires, 2012.
- Gitter, Benno, *The Story of My Life*. Londres: Weinfeld & Nicolson, 1999.
- Glick, Edward B., *Latin America and the Palestine Problem*. Nueva York: Theodor Herzl Foundation, 1958.
- Glickman, Nora, *The Jewish White Slave Trade and the Untold Story of Raquel Liberman*. Nueva York: Taylor & Francis, 2000.
- Godio, Julio, *La caída de Perón*. Buenos Aires: CEAL, 1985.
- _____, *La semana trágica de enero de 1919*. Buenos Aires: Granica, 1985.
- Goldar, Ernesto, *El peronismo en la literatura argentina*. Buenos Aires: Freeland, 1971.
- Goldman, Daniel y Hernán Dobry, *Ser judío en los años setenta: testimonios del horror y la resistencia durante la última dictadura*. Buenos Aires, Siglo

XXI, 2014.

- Goldstein, Yosef (Jorge), “The Influence of the State of Israel and the Jewish Agency on Jewish Life in Argentina and Uruguay, 1948-1953” (en hebreo), tesis doctoral inédita, Hebrew University of Jerusalem, 1993.
- Gómez Reynoso, Celia, *El hada buena* [texto para segundo grado]. Buenos Aires: Luis Lesserre, 1953.
- González Janzen, Ignacio, *La Triple A*. Buenos Aires: Contrapunto, 1986.
- Gorelik, Adrián, *La grilla y el parque: espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 2010.
- Goyeneche, Juan Carlos, *Ensayos, artículos, discursos*. Buenos Aires: Dictio, 1976.
- Gutkowski, Helene, *Rescate de la herencia cultural. Vidas... en las colonias*. Buenos Aires: Editorial Contexto, 1991.
- Gutman, Daniel, *Tacuara – Historia de la primera guerrilla urbana argentina*. Buenos Aires, 2003.
- Gvirtz, Silvina, “La politización de los contenidos escolares y la respuesta de los docentes primarios, 1949-1955”, en: Rein, Raanan y Rosalie Sitman (comp.), *El primer peronismo: De regreso a los comienzos*. Buenos Aires: Lumiere, 2005, 37-49.
- Healey, Mark, *El peronismo entre las ruinas: el terremoto y la reconstrucción de San Juan*. Buenos Aires: Siglo XXI Argentina, 2012.
- Herrera, Carlos Miguel, “Socialismo y ‘revolución nacional’ en el primer peronismo”, en: *EIAL*, Vol. 20, N° 2, 2009.
- Horovitz, Irving Louis, “The Jewish Community of Buenos Aires”, en: *Jewish Social Studies*, Vol. XXIV, N° 4, octubre 1962, 195-222.
- Horowicz, Alejandro, *Los cuatro peronismos. Historia de una metamorfosis trágica*. Buenos Aires: La Biblioteca de Tiempo, 2010.
- Hourani, Albert y Nadim Shedhadi (ed.), *The Lebanese in the World: A Century of Emigration*. Londres: I.B. Tauris, 1992.

- Houston, John A., *Latin America in the United Nations*. Nueva York: Carnegie Endowment for International Peace, 1956.
- Huberman, Silvio, *Los pasajeros del Weser: la conmovedora travesía de los primeros migrantes judíos a la Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana, 2014.
- Hull, Cordell, *The Memoirs*. Nueva York: Macmillan, 1948, Vol. II.
- Humphreys, R.A., *Latin America and the Second World War*. Londres: Athlone Press, 1981, Vol. I.
- Hunt, Linda, *Secret Agenda: The United States Government, Nazi Scientists, and Project Paperclip, 1945 to 1990*. Nueva York: St Martin's Press, 1991.
- Jackisch, Carlota, *El nazismo y los refugiados alemanes en la Argentina 1933-1945*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano, 1997.
- Jauretche, Arturo, *FORJA y la década infame*. Buenos Aires: Peña Lillo, 1974.
- Jmelnizky, Adrián y Ezequiel Erdei, *La población judía de Buenos Aires: estudio sociodemográfico*. Buenos Aires: AMIA, Centro de Documentación e Información sobre Judaísmo Argentino Marc Turkow, 2005.
- Josephs, Ray, *Argentine Diary: The Inside Story of the Coming of Fascism*. Londres: Victor Gollancz, 1945.
- Kabchi, Raymundo (ed.), *El mundo árabe y América Latina*. Madrid: UNESCO, Prodhufi, 1997.
- Karush, Matthew, *Cultura de clase: Radio y cine en la creación de una Argentina dividida, 1920-1946*. Buenos Aires: Ariel Historia, 2013.
- Kaufman, Edy, "Jewish Victims of Repression in Argentina under Military Rule (1976-1983)", en: *Holocaust and Genocide Studies*, N° 4, 1989, 479-499.
- Kelly, David, *The Ruling Few*. Londres: Hollis & Carter, 1952.
- King, John, *Sur: Estudios de la revista argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura, 1931-1970*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1989.
- Klich, Ignacio, "A Background to Perón's Discovery of Jewish National Aspirations", en: *Judaica Latinoamericana*, Vol. I, 1988, 192-223.

- ____, “Árabes, judíos y árabes judíos en la Argentina de la primera mitad del novecientos”, *EIAL*, Vol. 6, N° 2, 1995, 109-143.
- ____, “Criollos and Arabic Speakers in Argentina: An Uneasy Pas de Deux, 1888-1914”, en: Hourani, Albert y Nadim Shehadi (ed.), *The Lebanese in the World: A Century of Emigration*. London: Centre for Lebanese Studies and Tauris, 1992, 243-284.
- ____, “El ingreso a la Argentina de nazis y colaboracionistas”, en: Klich, Ignacio y Mario Rapoport, *Discriminación y racismo en América Latina*. Buenos Aires: Latinoamericano, 1997, 401-428.
- ____, “Equidistance and Gradualism in Argentine Foreign Policy towards Israel and the Arab World, 1949-1955”, en: Sheinin, David y Lois Baer Barr (ed.), *The Jewish Diaspora in Latin America*. Nueva York: Taylor & Francis, 1996, 219-237.
- ____, “Failure in Argentina: The Jewish Agency’s Search for Congressional Backing for Zionist Aims in Palestine”, en: *Judaica Latinoamericana*, Vol. II, 1993, 245-264.
- ____, “La pericia científica alemana en el amanecer del proyecto nuclear argentino y el papel de los inmigrantes judíos”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, N° 10, 1994.
- ____, “The First Argentine-Israeli Trade Accord: Political and Economic Considerations”, en: *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies*, Vol. 20, 1995, 177-205.
- ____, “The Nazis in Argentina: Deconstructing Some Myths”, *Patterns of Prejudice*, Vol. 29, N° 4, 1995, 53-66.
- ____ y Cristian Buchrucker. *Argentina y la Europa del nazismo. Sus secuelas*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2009.
- ____ y Cristian Buchrucker, “El fin del Tercer Reich y la ‘conexión argentina’ en la bibliografía revisionista”, en: Klich, Ignacio y Cristian Buchrucker (comp.), *Argentina y la Europa del nazismo. Sus secuelas*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2009.

- Korembli, Bernardo Ezequiel, “La bohemia cultural judeoargentina de las décadas del '30, '40 y '50”, en: Feierstein, Ricardo y Sephen A. Sadow (comp.), *Recreando la cultura judeoargentina/2*. Buenos Aires: Milá, 2004.
- Lafiandra, Félix (ed.), *Los panfletos – su aporte a la Revolución Libertadora*. Buenos Aires: Itinerarium, 1955.
- Laikin Elkin, Judith, *The Jews of Latin America*. Michigan: Scholarly Publishing Office, University of Michigan Library, 2011.
- Lanús, Juan Archibaldo, *De Chapultepec al Beagle: Política exterior argentina, 1945-1980*. Buenos Aires: Emecé, 1984.
- Lanusse, Alejandro A., *Mi testimonio*. Buenos Aires: Lasserre, 1977.
- _____, *Protagonista y testigo*. Buenos Aires: Marcelo Lugones, 1988.
- Larraquy, Marcelo, *López Rega*. Buenos Aires: Sudamericana, 2004.
- Leonard, Virginia, *Politicians, Pupils and Priests. Argentine Education since 1943*. Nueva York: P. Lang, 1989.
- Lerdo de Tejada, Ana, *Un año más* [texto para segundo grado]. Buenos Aires: Luis Lleserre, 1953.
- Lerner, Natán, “América Latina: orígenes”, en: Davis, Moshe (comp.), *Identificación de la Nación con el Estado por la guerra de Yom Kipur* (en hebreo). Jerusalén: Instituto de Judaísmo Contemporáneo, 1975.
- _____, “Overview”, en: Davis, Moshe (ed.), *The Yom Kippur War: Israel and the Jewish People*. Nueva York: Arno Press, 1974, 125-137.
- Levy, Larry, *La mancha de la Migdal*. Buenos Aires: Norma, 2007.
- Lewin, Boleslao, *Cómo fue la inmigración judía en la Argentina*. Buenos Aires: Plus Ultra, 1983.
- Lewis Nouwen, Mollie, “*Oy, My Buenos Aires*”: *Jewish Immigrants and the Creation of Argentine National Identity, 1905-1930*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 2013.
- Leyba, Carlos, *Economía y política en el tercer gobierno de Perón*. Buenos Aires: Biblos, 2003.
- Lida, Miranda, “Catolicismo y peronismo: debates, problemas, preguntas”, en:

- Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, N° 27, 2005, 139-148.
- Lindstrom, Naomi, *Jewish Issues in Argentine Literature*. Columbia: University of Missouri Press, 1989.
- Lipsky, Louis, *Memoirs in Profile*. Fildadelfia: Jewish Publication Society of America, 1975.
- Lorch, Netanel, *Seven Chapters in Relations between Israel and Iberian America* (en hebreo). Jerusalén: Insituto de Relaciones Culturales Israel-Iberoamérica, 1977.
- Luca de Tena, Torcuato *et al.*, *Yo, Juan Domingo Perón*. Barcelona: Planeta, 1976.
- Lvovich, Daniel, *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*. Buenos Aires: Vergara, 2003.
- MacDonald, C.A., "The Politics of Intervention: The U.S. and Argentina, 1941-1946", en: *Journal of Latin American Studies*, Vol. 12, N° 2, 1980, 365-396.
- Marder, Jeffrey, "The Organización Israelita Argentina: Between Perón and the Jews", *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies*, Vol. 20, N° 39-40, 1995, 125-152.
- Mariscotti, Mario, *El secreto atómico de Huemul*. Buenos Aires: Sudamericana/Planeta, 1985.
- Matallana, Andrea, *Imágenes y representación*. Buenos Aires: Aurelia, 2010.
- _____, "Inventando la radio comercial: apuntes para una biografía de Jaime Yankelevich", en: *Revista de Instituciones, Ideas y Mercados*, N° 58, mayo 2013, 147-166.
- _____, *Jaime Yankelevich: la oportunidad y la audacia*. Buenos Aires: Capital Intelectual, 2013.
- _____, *Locos por la radio: una historia social de la radiofonía en la Argentina, 1923-1947*. Buenos Aires: Prometeo, 2006.
- McGann, Thomas F., *Argentina, the U.S., and the Inter-American System*,

- 1880-1914. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1957.
- McGee Deutsch, Sandra, *Las Derechas: The Extreme Right in Argentina, Brazil, and Chile, 1890-1939*. Stanford: Stanford University Press, 1999.
- Meding, Holger M., *La ruta de los nazis en tiempos de Perón*. Buenos Aires: Emecé, 1999.
- _____, “Refugio seguro. La emigración alemana de la posguerra al Río de la Plata”, en: Gurevich, Beatriz y Carlos Escudé (comp.), *El genocidio ante la historia y la naturaleza humana*. Buenos Aires: GEL, 1994, 254-255.
- Méndez, Jesús, “Argentine Intellectuals in the Twentieth Century, 1930-1943”, tesis doctoral inédita, The University of Texas at Austin, 1980.
- Mercado, Silvia, *El inventor del peronismo: Raúl Apold, el cerebro oculto que cambió la política argentina*. Buenos Aires: Planeta, 2013.
- Meyer, Naomi F., “Argentina”, en: *American Jewish Year Book*, Vol. 74, 1973, y Vol. 75, 1974-75.
- Mirelman, Victor A., *En búsqueda de una identidad: los inmigrantes judíos en Buenos Aires, 1890-1930*. Buenos Aires: Milá, 1988.
- Mochkořky, Graciela, *Pecado Original: Clarín, los Kirchner y la lucha por el poder*. Buenos Aires: Planeta, 2011.
- _____, *Timerman. El periodista que quiso ser parte del poder (1923-1999)*. Buenos Aires: Sudamericana, 2003.
- Montes de Oca, Ignacio, *Ustashas: el ejército nazi de Perón y el Vaticano*. Buenos Aires: Sudamericana, 2013.
- Moya, José C., *Primos y extranjeros: la inmigración española en Buenos Aires, 1850-1930*. Buenos Aires: Emecé Argentina, 1998.
- _____, “The Jewish Experience in Argentina in a Diasporic Comparative Perspective”, en: Brodsky, Adriana y Raanan Rein (ed.), *The New Jewish Argentina*. Boston: Brill, 2013, 7-29.
- Newton, Ronald C., *German Buenos Aires, 1900-1930: Social Change and Cultural Crisis*. Austin: University of Texas Press, 1977.
- _____, *The ‘Nazi Menace’ in Argentina, 1931-1947*. Stanford: Stanford

University Press, 1992.

O'Donnell, Guillermo, “Estado y Alianzas en la Argentina, 1956-1976”, en: *Desarrollo Económico*, N° 64, Vol. 16, 1977, 523-554.

Olivieri, Aníbal O., *Dos veces rebelde*. Buenos Aires: Sigla, 1958.

Orozco Gómez, Guillermo *et al.*, *Historias de la televisión en América Latina*, Barcelona: Gedisa, 2012.

Page, Joseph A., *Perón – A Biography*. Nueva York: Random House, 1983.

Panella, Claudio, *La Prensa y el peronismo: Crítica, conflicto, expropiación*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata, 1999.

Pavón Pereyra, Enrique, *Coloquios con Perón*. Madrid: Editores Internacionales, 1973.

Paz, Hipólito, *Memorias*. Buenos Aires: Planeta, 1999.

Perelman, Ángel, *Cómo hicimos el 17 de Octubre*. Buenos Aires: Coyoacán, 1962.

Perón, Eva, *Historia del peronismo*. Buenos Aires: Volver, 1987.

Perón, Juan D., *Del poder al exilio*. Buenos Aires: Ediciones Argentina, 1982.

Persello, Ana Virginia, “De la diversidad a la unidad: hechos e ideas: 1935-1955”, en: Girbal-Blacha, Noemí y Diana Quattrocchi-Woisson (directoras), *Cuando opinar es actuar. Revistas argentinas del siglo XX*. Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia, 1999.

Plotkin, Mariano, *Mañana es San Perón*. Buenos Aires: Ariel, 1993.

Posner, Gerald L. y John Ware, *Mengele – The Complete Story*. Nueva York: Cooper Square Press, 1986.

Potash, Robert A., *Perón y el GOU*. Buenos Aires: Sudamericana, 1984.

_____, *The Army and Politics in Argentina, 1945-1962*. Stanford: Stanford University Press, 1980.

Quadraccia, Haydée Marta, *Korembilit: pensamiento y lenguaje de un humanista*. Buenos Aires: Dunken, 2005.

Quijada, Mónica y Víctor Peralta Ruiz, “El triángulo Madrid-Berlín-Buenos Aires y el tránsito de bienes vinculados al Tercer Reich desde España a la

- Argentina”, en: *Ciclos*, Vol. X, N° 19, 2000, 129-148.
- Ramos, Julio, *Los cerrojos a la prensa*. Buenos Aires: Amfin, 1993.
- Rapoport, Mario, *Gran Bretaña, Estados Unidos y las clases dirigentes argentinas, 1940-1945*. Buenos Aires: Belgrano, 1980.
- ___ y Claudio Spiguel, *Relaciones tumultuosas: Estados Unidos y el primer peronismo*. Buenos Aires: Emecé, 2009.
- Rein, Mónica Esti, *Politics and Education in Argentina, 1946-1962*. Armonk, NY: Sharpe, 1998.
- Rein, Raanan (ed.), *Árabes y judíos en Iberoamérica: Similitudes, diferencias y tensiones*. Sevilla: Fundación Tres Culturas, 2008.
- ___, *Argentina, Israel y los judíos*. Buenos Aires: Lumiere, 2007.
- ___, *Entre el abismo y la salvación: El pacto Franco-Perón*. Buenos Aires: Lumiere, 2003.
- ___, *Franco, Israel y los judíos*. Madrid: CSIC, 1996.
- ___, *Juan Atilio Bramuglia. Bajo la sombra del líder: la segunda línea del liderazgo peronista*. Buenos Aires: Lumiere, 2006.
- ___, *¿Judíos-argentinos o argentinos-judíos?* Buenos Aires: Lumiere, 2011.
- ___, *Los Bohemios de Villa Crespo: judíos y fútbol en la Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana, 2012.
- ___ (ed.), *Más allá del Medio Oriente: las diásporas judía y árabe en América Latina*. Granada: Editorial de la Universidad de Granada, 2012.
- ___, “Nationalism, Education and Identity: Argentine Jews and Catholic Religious Instruction, 1943-1955”, en: Agosín, Marjorie (ed.), *Memory, Oblivion and Jewish Culture in Latin America*. Austin: University of Texas Press, 2005, 163-175.
- ___, “Reconsiderando el caso Eichmann: El presidente Frondizi en la encrucijada”, en: *Todo es Historia*, febrero 2014, 6-26.
- ___ y Claudio Panella (comp.), *Cultura para todos: el suplemento cultural de La Prensa cegetista (1951-1955)*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional, 2013.
- ___ y Claudio Panella (comp.), *Peronismo y prensa escrita*. La Plata: UNLP,

2008.

- ____ y Julio Frydenberg (comp.), *La cancha peronista: fútbol y política, 1946-1955*. Buenos Aires: Universidad Nacional de San Martín, 2015.
- República Argentina, Vicepresidencia de la Nación, *Libro negro de la Segunda Tiranía*. Buenos Aires: s/e, 1958.
- Reyes, Cipriano, *Yo hice el 17 de octubre*. Buenos Aires: CEAL, 1984.
- Riegner, Kurt J., “Argentina’s Jewry under Perón”, *Wiener Library Bulletin*, 9, N° 5, 1955.
- Rock, David, *Authoritarian Argentina – The Nationalist Movement, Its History and Its Impact*. Berkeley: University of California Press, 1993.
- Rodríguez Fabregat, Enrique, *Sión: Rebelión y cumplimiento*. Jerusalén: Instituto Cultural Israel-Ibero América, 1982.
- Rom, Eugenio P., *Así hablaba Juan Perón*. Buenos Aires: A. Peña Lillo, 1980.
- Rosenswaike, Ira, “The Jewish Population of Argentina: Census and Estimate, 1887-1947”, en: *Jewish Social Studies*, Vol. XXII, N° 4, octubre 1960, 195-214.
- Rotenberg, Abrasha, *Historia confidencial. La Opinión y otros olvidos*. Buenos Aires: Sudamericana, 1999.
- Rougier, Marcelo y Martín Fiszbein, *La frustración de un proyecto económico. El gobierno peronista de 1973-1976*. Buenos Aires: Manantial, 2006.
- Rouquié, Alain, *Poder militar y sociedad política en la Argentina*. Buenos Aires: Emecé, 1998.
- Rout, Leslie B. y John F. Bratzel, *The Shadow War: German Espionage and United States Counterespionage in Latin America during World War II*. Frederick, MD: University Publications of America, 1986.
- Rubel, Yaacov, *La población judía de la Ciudad de Buenos Aires. Perfil sociodemográfico*. Buenos Aires: Agencia Judía para Israel, Iniciativa de Demografía Judía, 2005.
- Sáenz Quesada, María, *Isabel Perón*. Buenos Aires: Planeta, 2003.

- _____, *La libertadora: de Péron a Frondizi, 1955-1958*. Buenos Aires: Sudamericana, 2007.
- Saitta, Silvia, *Regueros de tinta: el diario Crítica en la década de 1920*. Buenos Aires: Sudamericana, 1998.
- Sallairai, Aurelio, *Los protocolos de los sabios de Sión y la subversión mundial*. Buenos Aires: s/e, 1972.
- Sassone, Susana M., “Migraciones ilegales y amnistías en la República Argentina”, en: *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 6-7, 1987, 249-289.
- Scenna, Miguel Ángel, *F.O.R.J.A., una aventura argentina (de Yrigoyen a Perón)*. Buenos Aires: Belgrano, 1983.
- Schenkolewski-Kroll, Silvia, *The Zionist Movement and the Zionist Parties in Argentina, 1935-1948* (en hebreo). Jerusalén: Magnes Press, 1996.
- Schmelz, U.O. y S. DellaPergola, *La demografía de los judíos en la Argentina*. Tel Aviv: Tel Aviv University, 1974.
- Schvarzer, Jorge, *Empresarios del pasado. La Unión Industrial Argentina*. Buenos Aires: Imago Mundi, 1991.
- Scobie, James, *Buenos Aires: Plaza to Suburb, 1870-1910*. Nueva York: Oxford University Press, 1974.
- Sebreli, Juan José, *La cuestión judía en la Argentina*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo, 1973.
- Senén González, Santiago. *Laborismo. El partido de los trabajadores*. Buenos Aires: Capital Intelectual, 2014.
- ____ y Gabriel D. Lerman (comp.), *El 17 de octubre de 1945: antes, durante y después*. Buenos Aires: Lumiere, 2005.
- Senkman, Leonardo, *Argentina, la Segunda Guerra Mundial y los refugiados indeseables, 1933-1945*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1991.
- ____ (ed.), *El antisemitismo en la Argentina*, segunda edición. Buenos Aires: CEAL, 1989.
- ____, “El peronismo visto desde la legación israelí en Buenos Aires: sus

- relaciones con la OIA, 1949-1955”, en: *Judaica Latinoamericana*, Vol. II, 1993, 115-136.
- _____, “El 4 de junio de 1943 y los judíos”, en: *Todo es Historia*, N° 193, 1983, 67-78.
- _____, “Etnicidad e inmigración durante el primer peronismo”, en: *EIAL*, Vol. 3, N° 2, 1992, 5-38.
- _____, *La identidad judía en la literatura argentina*. Buenos Aires: Pardés, 1983.
- _____, “Las relaciones EE.UU.-Argentina y la cuestión de los refugiados de la post-guerra, 1945-1948”, en: *Judaica Latinoamericana*, Vol. I, 1988, 90-114.
- Seoane, María, *El Burgués Maldito*. Buenos Aires: Planeta, 1998.
- Sharif, Regina, “Latin America and the Arab-Israeli Conflict”, en: *Journal of Palestine Studies*, Vol. 7, N° 1, 1977, 98-122.
- Sheinin, David, *Argentina and the United States: An Alliance Contained*. Athens, Georgia: University of Georgia Press, 2006.
- _____, *Searching for Authority: Pan-Americanism, Diplomacy and Politics in United States-Argentine Relations, 1910-1930*. Nueva Orleans: University Press of the South, 1998.
- Simpson, Christopher, *Blowback: America's Recruitment of Nazis and Its Effects on the Cold War*. Nueva York: Weidenfeld & Nicolson, 1988.
- Sitman, Rosalie, *Victoria Ocampo y Sur: entre Europa y América*. Buenos Aires: Lumiere, 2003.
- Sivak, Martín, *Clarín, el gran diario argentino. Una historia*. Buenos Aires, Planeta, 2013.
- Sneh, Perla (ed.), *Buenos Aires idish*. Buenos Aires: CPPHC, Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, 2006.
- Sofer, Eugene F., *From Pale to Pampa: A Social History of the Jews of Buenos Aires*. Nueva York: Holmes & Meier, 1982.
- Solberg, Carl, *Immigration and Nationalism, Argentina and Chile, 1890-1914*. Austin: University of Texas Press, 1970.

- Somoza Rodríguez, José Miguel, “Educación y política en Argentina. Creación de identidades y resocialización de sujetos (1943-1955)”, tesis doctoral inédita. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia, 2002.
- Sosa de Newton, Lily, *Diccionario biográfico de mujeres argentinas*. Buenos Aires: Plus Ultra, 1986.
- Spektorowski, Alberto, *Autoritarios y populistas. Los orígenes del fascismo argentino*. Buenos Aires: Lumiere, 2013.
- Stack, Noreen Frances, “Avoiding the Greater Evil: The Response of the Argentine Catholic Church to Juan Perón”, tesis doctoral inédita, Rutgers University, 1976.
- Stawski, Martin, *Asistencia social y buenos negocios: política de la Fundación Eva Perón, 1948-1955*. Buenos Aires: Imago Mundi, 2009.
- Stiller, J.H., *George S. Messersmith – Diplomat of Democracy*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1987.
- Sutin, Stewart Edward, “The Impact of Nazism on the Germans of Argentina”, tesis doctoral inédita, University of Texas, 1975.
- Tal, Tzvi, “The Other Becomes Mainstream: Jews in Contemporary Argentine Cinema”, en: Brodsky, Adriana y Raanan Rein (ed.), *The New Jewish Argentina: Facets of Jewish Experiences in the Southern Cone*. Boston: Brill, 2013, 365-391.
- Temkin, Alfred, “Argentina, The Choice Before Perón”, en: *Commentary*, junio 1946, 14-21.
- Tiempo, César, “Alberto Gerchunoff vida y manos”, *Hispania*, Vol. 35, N° 1, febrero 1952, 37-41.
- _____, *Capturas recomendadas*. Buenos Aires: Librería del Jurista, 1978.
- _____, *La campaña antisemita y el director de la Biblioteca Nacional*. Buenos Aires: Mundo Israelita, 1935.
- Token, Eliahu (comp.), *Buenos Aires esquina Sábado. Antología de César Tiempo*. Buenos Aires: Archivo General de la Nación, 1997.
- _____, *El ídish es también Latinoamérica*. Buenos Aires: Instituto Movilizador

de Fondos Cooperativos, 2003.

Torre, Juan Carlos, *El gigante invertebrado. Los sindicatos en el gobierno, Argentina 1973-1976*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2004.

____ (comp.), *El 17 de octubre de 1945*. Buenos Aires: Ariel, 1995.

Tov, Moshé, *El murmullo de Israel – Historial diplomático*. Jerusalén: La Semana, 1983.

Tsur, Jacob, *Cartas credenciales N° 4* (en hebreo). Tel Aviv: Maariv, 1981.

Tulchin, Joseph S., *Argentina and the United States: A Conflicted Relationship*. Boston: Twayne, 1990.

Ulanovsky, Carlos, Silvia Itkin y Pablo Sirvén, *Estamos en el aire*. Buenos Aires: Emecé, 1999.

Vaccarezza, Alberto, *El Conventillo de la Paloma*. Buenos Aires: Ediciones del Carro de Tespis, 1965.

Vannucci, Alberto P., “Elected by Providence: Spruille Braden in Argentina in 1945”, en: Ronning, C.N. y A.P. Vannucci (ed.), *Ambassadors in Foreign Policy: The Influence of Individuals on U.S. – Latin American Relations*. Nueva York: Praeger, 1987, 49-67.

Verbitsky, Horacio, *Ezeiza*. Buenos Aires: Planeta, 1995.

Vincent, Isabel, *Bodies and Souls: The Tragic Plight of Three Jewish Women Forced into Prostitution in the Americas*. Nueva York: Harper Perennial, 2005.

Visacovsky, Nerina, “Herencias de 1947: Di ídische froy y el sufragio femenino”, en: Carolina Barry (comp.), en: *Sufragio femenino: Prácticas y debates políticos y culturales en Argentina y América Latina*. Buenos Aires: Eduntref, 2011, 91-111.

Vitto, Cecilia, “Plan económico del tercer gobierno peronista. Gestión de Gelbard (1973-1974)”, en: *Problemas del Desarrollo*, Vol. 43, N° 171, 2012, 111-134.

Wagner, Wolfgang, *Kurt Tank: Focke Wulf's Designer and Test Pilot*. Atlgen, PA: Schiffer, 1999.

- Waisman, Carlos, "Capitalism, Socialism, and the Jews: The View from *Cabildo*", en: Elkin J.L. y G.W. Merks (ed.), *The Jewish Presence in Latin America*. Boston: Allen & Unwin, 1987, 233-252.
- Walter, Richard, *Politics and Urban Growth in Buenos Aires, 1910-1943*. Nueva York: Cambridge University Press, 1994.
- Weinstein, Ana E. y Miryam E. Gover de Nasatsky (comp.), *Escritores judeo-argentinos: bibliografía 1900-1987*. Buenos Aires: Milá, 1994.
- Weisbrot, Robert, *The Jews of Argentina: from the Inquisition to Perón*. Filadelfia: Jewish Publication Society of America, 1979.
- Weiser Varon, Benno, *Professions of a Lucky Jew*. Nueva York: Cornwall, 1992.
- Welles, Sumner, *The Time for Decision*. Nueva York: Harper and Brothers, 1944.
- White, Elizabeth B., *German Influence on the Argentine Army, 1900-1945*. Nueva York: Garland, 1991.
- Wilde, Eduardo, *Obras completas*. Buenos Aires: Talleres Peuser, 1917.
- Wiesenthal, Simon, *Justice Not Vengeance: Recollections*. Nueva York: Grove Press, 1990.
- Wynia, Gary, *La Argentina de posguerra*. Buenos Aires: Belgrano, 1986.
- Yarfitz, Mir, "Uprooting the Seeds of Evil", en: Brodsky, Adriana y Raanan Rein (ed.), *The New Jewish Argentina: Facets of Jewish Experiences in the Southern Cone*. Boston: Brill, 2013, 55-79.
- Zanatta, Loris, *Perón y el mito de la nación católica: Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo (1943-1946)*. Buenos Aires: Sudamericana, 1999.
- Zimerman de Faingold, Raquel, *Memorias*. Buenos Aires: s/e, 1987.
- Zuleta Álvarez, Enrique, *El nacionalismo argentino*. Buenos Aires: La Bastilla, 1975.

CENTRAL ZIONIST ARCHIVES, JERUSALÉN. CORTESÍA DEL BETH
HATEFUTSOT PHOTO ARCHIVE, TEL AVIV

KEREN KAVEMETH LEISRAEL

PUEYRREDON 380

BUENOS AIRES.



Gran
FESTIVAL DE PURIM

"LES AMBASSADEURS"
AV. CENTENARIO 3360
SABADO 6 DE MARZO 1937
* DE 22 A 4 HORAS *

Cartel para el festival de Purim(Buenos Aires, 1937), donde se enfatiza el lazo con Eretz Israel/Palestina.



La entrada de la legendaria colonia agrícola judía de Moisés Ville, Entre Ríos, en el 75 aniversario de su establecimiento.

BETH HATEFUTSOT PHOTO ARCHIVE. CORTESÍA DE GUSTAVO
COHEN, ARGENTINA



Mosaico de identidades: gaucho judío con una Talit, el chal utilizado en los servicios religiosos judíos, tomando mate.



El presidente del Estado de Israel, Chaim Weizmann, durante una conversación con el embajador argentino Pablo Manguel (centro) y el embajador de Israel en Buenos Aires, Yaacov Tsur (derecha), agosto de 1951.



Envíos de ropa y frazadas de la Fundación Eva Perón para los residentes de los campamentos de inmigrantes en el nuevo Estado de Israel, recibidos en el puerto de Haifa por Yitzhak Navon, su futuro presidente, junio de 1955.

FIGURITA TARJETÓN FÚTBOL CAMPEÓN 66, NÚM. 11



LUIS ELIAS SOJIT
RELATOR DEPORTIVO

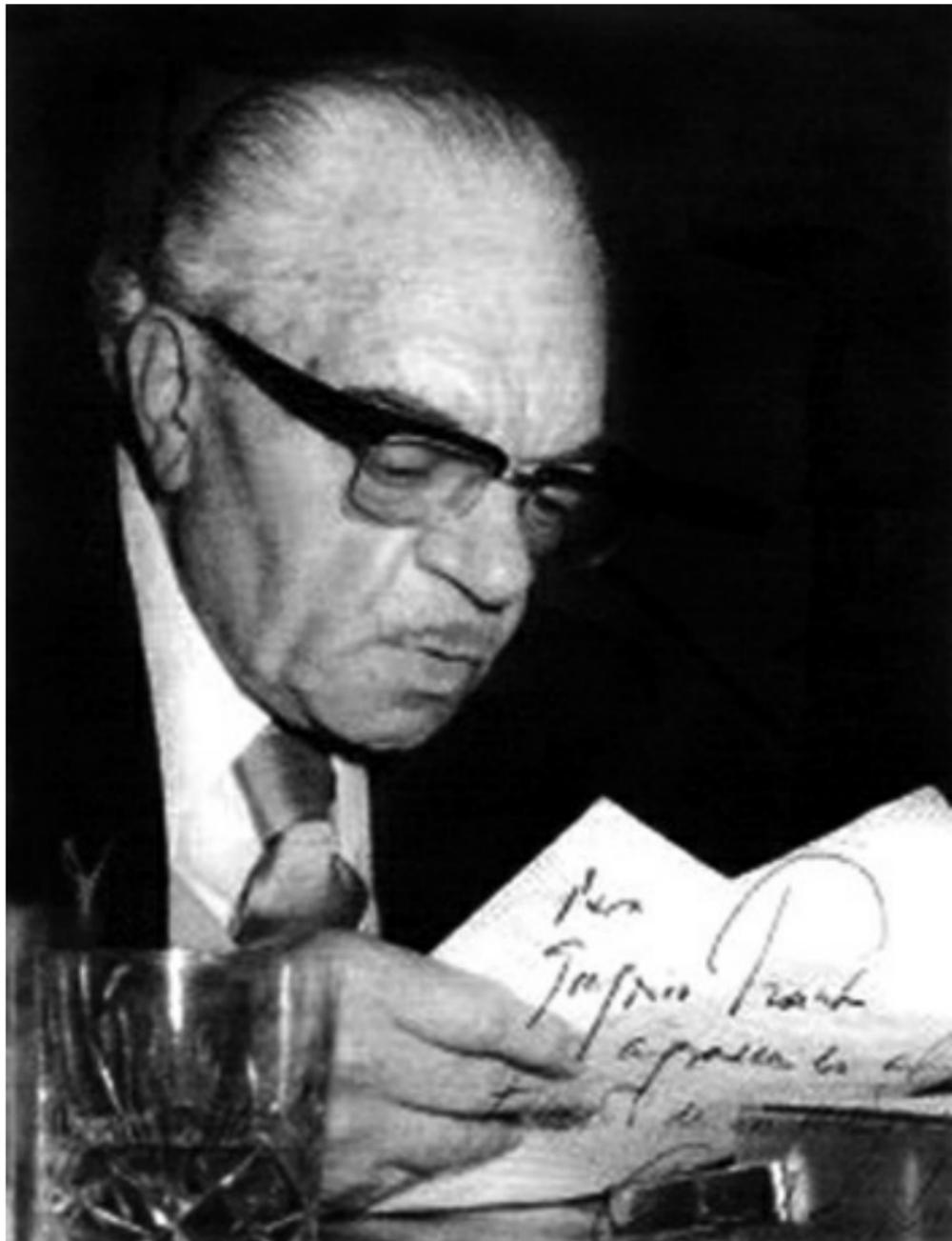
El popular cronista deportivo y miembro de la OIA, Luis Elías Sojit.

[HTTP://WWW.URGENTE24.COM/218782-POR-LA-MEMORIA-DE-GELBARD-QUE-LA-CGE-ENTREGUE-EL-DINERO](http://www.urgente24.com/218782-por-la-memoria-de-gelbard-que-la-cge-entregue-el-dinero)



El empresario y fundador de la Confederación General Económica,
José Ber Gelbard.

[HTTP://COMMONS.WIKIMEDIA.ORG/WIKI/FILE:C%C3%A9sar_TIEMPO.JPG](http://commons.wikimedia.org/wiki/File:C%C3%A9sar_Tiempo.JPG)



Per
Giuseppe Pardo
a persona da
fornire a...

Israel Zeitlin, conocido por el seudónimo de César Tiempo, escritor y periodista que dirigió el suplemento cultural de *La Prensa*, una vez que pasó a manos de la CGT (1950).

CATÁLOGO DE LA EXPOSICIÓN “OPERACIÓN FINALE”, BETH HATEFUTSOT PHOTO ARCHIVE, TEL AVIV, 2012

זהו לוחם בִּי זיכרוני (שם המשפחה)
 (שמות אחרים) זאב
 הוי ב רח' יהלום 83, רמת-גן
 שולד ביום 16.12.1906
 (מקום הולדת) אוסטריה
 הוינו ישראלית
 וזי רשום הוא בנרתיק ישראל כאדם הוינו חבר הוינו
 חברת הוינו וזי מרשם הוא שנה
 חברת אל על בע"מ
 חברת נווט' טיס

This is to certify that
 (surname) Zichroni
 (other names) Zeev
 residing at 83, Yahalom St., R. Gan
 born on (date) 16.12.1906
 in (place of birth) Austria
 is a national of Israel
 is registered in the State of Israel as a person following the
 occupation of an airline crew member, and is presently
 employed by El Al Ltd.
 as a Flight Navigator



חתימת בעל הרישום
 זיכרוני זאב

נרשם ב תל-אביב Tel Aviv
 ביום 3.9.1959

חתימת בעל הרישום
 בעל הרישום רשמי לחברי ולחברות לישראל בעל חזן
 שנה-בשנה הוינו מ.
 חשבונו רק לשם שימוש בקשר לרישום חבר הוינו חברת
 הוינו בארצות הרישום בישראל.

The holder may, at all times, re-enter the State of Israel
 upon production of this certificate,
 Valid for use only in connection with service as a crew
 member on aircraft of the registry of Israel.

El documento falso con el nombre de Zeev Zichroni que fue preparado para el secuestro de AdolfEichmann en 1960.

1889
1939

EL QUE LABRA SU TIERRA SE SACIA DE PAN
עֹבֵד אֲדָמָה יִשְׂבֹּעַ לֶחֶם

CINCUENTENARIO DE LA COLONIZACION ISRAELITA EN LA REPUBLICA ARGENTINA

<p>COLONIA MOISEVITZ PRINCE DE GIBRALTAR 1889 575 COLONOS</p> <p>COLONIA MAUDICQ PRINCE DE GIBRALTAR 1889 305 COLONOS</p>	<p>COLONIAS DE LA PROVINCIA DE ENTRE RIOS</p> <p>SAN ANTONIO 1892 SANTA ISABEL 1918 EL ASA 1892 PALMIRA 1917 LUDENVILLE 1894 UZUNO DUNABO 1925 LOPEZ BRUNO 1897 LEONARDO COMA 1931 SANTO ROSARIO 1908 LAZAROVIC 1936</p> <p>Total: 3783 COLONOS</p>	<p>COLONIA BACON PRINCE PRINCE DE GIBRALTAR 1889 1003 COLONOS</p> <p>COLONIA NARCISE LEVY PRINCE DE GIBRALTAR 1889 165 COLONOS</p>	<p>COLONIA DODA PRINCE DE GIBRALTAR 1889 20 COLONOS</p> <p>COLONIA MONTEPIRE PRINCE DE SANTA FE 1912 100 COLONOS</p>	<p>MEDAROS LA DAMPA 1912 29 COLONOS</p> <p>GOB. RIO NEGRO 1906 81 COLONOS</p> <p>GOB. DEL CHACO 1917 84 COLONOS</p>
---	---	--	--	---

Cartel para los festejos del 50 aniversario de la colonización agrícola judía en la Argentina, 1939.

ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, BUENOS AIRES



Pablo Manguel, primer embajador argentino en Israel y líder de la
OIA, con Juan Perón.

Cubierta

Portada

Dedicatoria

Agradecimientos

Introducción. La deconstrucción de un mito

Capítulo 1. La otra Tierra Prometida: la inmigración judía en Argentina

De “rusos” y “turcos” a criollos

Del Hotel de Inmigrantes, pasando por el conventillo, hacia la clase media alta

La sombra del golpe militar de junio de 1943

Capítulo 2. Los orígenes de la mácula fascista: la neutralidad argentina en la Segunda Guerra Mundial y la entrada de nazis en la posguerra

Inmigración y educación católica: Los desafíos de los argentinos judíos

La Argentina, ¿“paraíso de fugitivos nazis”?

Capítulo 3. La OIA: sección judía del Partido Peronista

Pablo Manguel: el hombre clave de la OIA

Blum: el rabino peronista

El enfrentamiento de Perón con la Iglesia y la libertad de cultos

Clérigos, nacionalistas y la campaña antisemita

Desperonizando una colectividad: la sombra de la Revolución Libertadora

Amram Blum: la principal víctima

Capítulo 4. El peronismo frente al nuevo estado judío

Entre presiones conflictivas: la abstención
argentina

Conflictos personales y disputas ideológicas

Las demandas nacionales judías y la “tercera
posición”

Júbilo ante el establecimiento del Estado judío

Desacuerdos en el Ministerio de Relaciones

Exteriores israelí

Apoyando a Israel frente al antisemitismo en la
Unión Soviética

Intereses económicos complementarios

Capítulo 5. Apoyo de los intelectuales y de los medios: los casos de César Tiempo y Jaime Yankelevich

Los intelectuales y el peronismo

César tiempo: el judío porteño

El equipo editorial de La Prensa: en pro de la
inclusión y el pluralismo

Esperando el regreso del peronismo

La televisión al servicio del peronismo

Primeros pasos en Argentina

Ingreso en la radiofonía

Expansión e integración

Entre el Estado y la radio

El peronismo, los medios y la radio

Conflicto y adaptación al cargo

Gestionando la llegada de la televisión

Capítulo 6. Apoyo sindical y empresarial: de Ángel Perelman a José Ber Gelbard

Gelbard, el peronismo y la burguesía nacional

Capítulo 7. El justicialismo visto por los israelíes, 1946-1976

La imagen del primer peronismo en Israel

El reverso de una imagen

Exilio forzado y retorno

El peronismo despierta temores de ser antisemita

La masacre de Ezeiza

Perón es elegido presidente

La sombra de López Rega

La muerte de Perón

La bailarina, del cabaret a la Casa Rosada

La inclusividad étnica del populismo peronista

Fuentes

Álbum de imágenes

Créditos

Sobre el autor

Rein, Raanan

Los muchachos peronistas judíos. - 1a ed. -

Buenos Aires : Sudamericana, 2015

(Historia)

EBook.

ISBN 978-950-07-5398-2

1. Ensayo histórico. I. Título

CDD 982

Edición en formato digital: septiembre de 2015

© 2015, Penguin RandomHouse Grupo Editorial

Humberto I 555, Buenos Aires.

Diseño de cubierta: Eduardo Ruiz

Fotografías de Roberto Elissalde, Archivo de la Academia Nacional de la Historia,
Archivo General de la Nación y Biblioteca Nacional.

Este archivo es una corrección, a partir de otro encontrado en la red, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos debes saber que no deberás colgarlo en webs o redes públicas, ni hacer uso comercial del mismo. Que una vez leído debe ser archivado o destruido. En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.

ISBN 978-950-07-5398-2

Conversión a formato digital: Libresque



RAANAN REIN

Es profesor y doctor en Historia, vicepresidente de la Universidad de Tel Aviv, director del Centro S. Daniel Abraham de Estudios Internacionales y Regionales de la misma universidad y editor de la revista *Estudios interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*.

Condecorado por el gobierno argentino como Comendador de la Orden del Libertador General José de San Martín por su aporte a la cultura argentina, es miembro correspondiente en Israel de la Academia Nacional de la Historia. Ha publicado numerosos libros y artículos académicos y periodísticos. Entre sus obras se destacan *Peronismo y Populismo: Argentina, 1943-1955* (1998), *Entre el abismo y la salvación: el pacto Franco-Perón* (2003), *Argentina, Israel y los*

judíos (2007, segunda edición), *Juan Atilio Bramuglia. La sombra del Líder y la segunda línea del liderazgo peronista* (2006) y *Los Bohemios de Villa Crespo: judíos y fútbol en la Argentina* (2012).

Foto: © Mijal Calderón